

# Nuestras Páginas para Imaginar



# EL LIBERTADOR

ALLEGRO MARCIAL

JOSE A. PUCHE

MA- MA:-----CON VOCECITA

The first system of music features a vocal line on a single staff and a piano accompaniment on a grand staff (treble and bass clefs). The vocal line begins with a whole note 'MA-' followed by a dotted line and then 'CON VOCECITA'. The piano accompaniment consists of rhythmic patterns in both hands, including a triplet of eighth notes in the right hand.

FIEL QUIERO DE-CIR LI-BER-TA- DOR!----- YO NO SEÑALAR MUY

The second system continues the vocal line with 'FIEL QUIERO DE-CIR LI-BER-TA- DOR!' followed by a dotted line and 'YO NO SEÑALAR MUY'. The piano accompaniment continues with similar rhythmic patterns, including a triplet of eighth notes in the right hand.

BIEN PERO LO DI-GO CON A-MOR,----!LI-BERTA-DOR!---!LIBERTA- DOR!----- MA-

The third system concludes the vocal line with 'BIEN PERO LO DI-GO CON A-MOR,----!LI-BERTA-DOR!---!LIBERTA- DOR!----- MA-'. The piano accompaniment features more complex rhythmic figures, including triplets of eighth notes in both hands.

-MÁ----- TU METIENES A MÍ Y EL CONTINENTE TIENE A SU SIMÓN.

-MÓN MA- MÁ:-----

CON VOCECITA FIEL QUIERO DECIR LIBERTADOR!

### EL LIBERTADOR

Mamá: con voccecita fiel quiero decir Libertador!  
yo no sé hablar muy bien pero lo digo con amor.

Libertador! . . . . . Libertador! . . . . .

Mamá: tú me tienes a mí y el continente tiene a su Simón.  
Mamá: con voccecita fiel quiero decir Libertador!

ISBN: 980-03-0277-8

Depósito Legal: LF 53319988001229

Nuestras Páginas  
para Imaginar

Esta obra, iniciativa del Ministro de la Secretaría de la Presidencia Dr. Asdrúbal Aguiar, se publica gracias al aporte económico del Banco Industrial de Venezuela y de la Oficina Central de Información.

De igual manera, se agradece el valioso apoyo técnico de la Dirección de Publicaciones de la OCI.



Ministerio de la Secretaría  
de la Presidencia de la República



Oficina Central de Información



## *NUESTRAS PÁGINAS PARA IMAGINAR*

Cada mes de diciembre, en los cinco años en que me tocó presidir por primera vez la Fundación del Niño (1969-1974), quise que –como un regalo de Navidad especial para nuestros muchachos– publicáramos una colección de lecturas infantiles bajo el hermoso título de *Páginas para Imaginar*.

Recogimos allí algunos de los mejores cuentos, poemas y canciones escritos para los niños venezolanos. Páginas que ayudaban a descubrir la maravillosa aventura de leer y que, con su airosa presentación, ponían alas a la fantasía.

Al mismo tiempo, se hizo un gran esfuerzo en su difusión, verdaderamente masiva, que pudo alcanzar a todas las regiones del país.

Con ocasión del primer volumen, Pablo Neruda nos envió una amable carta, donde con toda sencillez nos manifestaba su agrado, añadiendo: “Mucho me gustaría, si se imprime otra vez –y si hay sitio en él para un forastero– incluyera Ud. un poema sobre los pájaros de Venezuela que escribí hace muchos años. Se lo mando aquí mismo” Era una muestra de cariño y un reconocimiento al valor del libro, que le agradecemos mucho al poeta de América. Desde luego, su hermoso poema encabezó el segundo volumen de la serie y se encontrará como pórtico de esta edición, magníficamente acompañado por un par de creaciones de nuestro admirado amigo Mateo Manaure.

Quiso el pintor Manaure honrar de esta manera la memoria del poeta, haciendo un obsequio especial a los pequeños destinatarios del libro. Además, con su amable y generosa autorización, se han incluido como portadillas de las diversas secciones las que él preparara hace treinta años para el primer volumen.

Por gentil iniciativa de Asdrúbal Aguiar, se ha editado ahora este libro con un conjunto de aquellas lecturas a fin de mantener en circulación para los niños de Venezuela *Nuestras Páginas para Imaginar*.

Un equipo de lectores, dirigido por el profesor Germán Castillo Pinto, se esmeró en la selección de los textos para lograr que fuera representativa de lo publicado y –a la vez– bien balanceada. Por otra parte, una nueva edición exigía cambios en el diseño para adaptarse al estilo actual. En ello, Laura Liberatore ha hecho un bellissimo trabajo que, estoy segura, habrá de gustar por igual a niños y adultos.

Me siento muy agradecida a todos los que han participado para hacer posible este libro, que es para mí un verdadero regalo. Es un libro que me llega al corazón, tanto por el recuerdo de lo que significó en aquel momento la realización de los cinco volúmenes, como por las encantadoras páginas que éste contiene.

Quiero ofrecerlo pues de nuevo a los niños venezolanos como un presente de nuestro afecto, para que lo disfruten y, disfrutándolo, crezcan en conocimiento y en el amor a su país. Espero que esta nueva publicación contribuya también en alguna medida a que en las manos de todos nuestros niños pueda haber –como decía el título del quinto volumen de la colección– *siempre Páginas para imaginar*.

*Alicia Pinto de Caldera*

Caracas, junio de 1998

## *¿QUÉ ES UN LIBRO?*

Una pregunta que hoy día puede parecer trivial y hasta absurda, era difícil de contestar por muchos venezolanos a finales de la década del sesenta. Nunca habían visto un libro de cerca, ni podían vislumbrar lo que había dentro de él.

Fueron las Páginas para Imaginar los primeros libros que caminaron con paso firme en los hogares venezolanos rurales, las casitas del campo, las chozas de las selvas, los ranchos de las llanuras.

Gracias a la labor callada y constante de una mujer de gran vocación educadora, de una sensibilidad humana manifiesta en su preocupación por los niños y por la familia venezolana, la señora Alicia de Caldera, llegaron airosos, libres, luminosos, con la sonrisa que lleva cada dádiva. Su presencia, su grato colorido de mariposa abigarrada cautivó la mirada de niños, adultos, viejos, gente de todas las edades.

Su impresión diáfana de grandes caracteres nítidos se ofreció a los ojos sencillos y asombrados de generaciones que hasta entonces no conocían la palabra escrita. Su contenido ameno, prosa y poesía, llenó de sueños los atardeceres llaneros y andinos, las rutilantes noches orientales.

Fue impresionante para los que asistimos, ver como enjambres de niños se llevaban de las escuelas, de los parques, de los centros de distribución de Fe y Alegría, apretada al pecho, una mallita con una pelota, una golosina y lo más preciado: las Páginas para Imaginar, los primeros volúmenes que viajaron indistintamente por las escuelas de los caseríos, por los núcleos campesinos.

Aquella importante iniciativa que tantas manos infantiles recibieron y tanto cariño suscitó en el país, siguió realizándose año tras año, siempre con la señora Caldera y su laborioso equipo de trabajo como motor principal.

A las Páginas para Imaginar (1969), les siguieron Nuevas Páginas para Imaginar (1970), Otras Páginas para Imaginar (1971), Más Páginas para Imaginar (1972), Siempre Páginas para Imaginar (1973), todas agradables en lecturas, ilustraciones, colorido.

Más allá del calor humano, más allá del texto en sí, había la intención profunda de enaltecer la cultura y los valores tradicionales venezolanos, enriqueciendo así la formación patria de cada niño, incorporando la población juvenil a la marcha del país y poblando de sueños y esperanzas la infancia campesina y el mundo escolar ciudadano.

Fueron éstas las primeras lecturas creativas y recreativas de muchos venezolanos jóvenes y adultos que contribuyeron a estrechar el núcleo familiar, fomentaron la reunión en los hogares, revivieron el antiguo fabular con aquellos positivos sentimientos de curiosidad, interés y goce cultural.

Las hojeaban con veneración en muelles mecedoras manos enjutas de años, y torpes manitas ansiosas las manoseaban. Se inclinaban sobre ellas y deshojaban páginas para captar las voces y el mensaje auténtico de los escritores, las cabecitas bien arregladas de los alumnos ciudadanos y las largas trenzas y abundantes cabelleras de los escolares del campo.

Hoy, en la era de la computación y de los grandes avances tecnológicos, vuelven a las manos infantiles estas páginas viajeras.

Dirigido por la misma incansable capitana, a distancia de tres décadas, un equipo extraordinario, de alta creatividad, formado por personas poseedoras de una gran dosis de arrojo y amor por los niños venezolanos, ha logrado una nueva nueva edición: Nuestras Páginas para Imaginar, título acertado, porque son las páginas de todos nosotros, quienes se han esforzado por hacer realidad este hermoso proyecto y quienes sentimos a Venezuela y a sus niños con el más grande afecto y la más amplia esperanza. Nuestras, porque son las páginas de nuestra propia infancia, y de los niños de hoy.

Tal como antes, Nuestras Páginas, quieren entrar en cada casa venezolana, y en todas las escuelas de la geografía nacional.

Las Páginas, representan toda la fantasía, la serenidad y la belleza a la cual tienen derecho los pequeños lectores y sus familias, y a la cual queremos hacerlos volver. Este volumen viene a ser un oasis en medio de la dureza cotidiana que vive el niño de hoy.

Nuestras Páginas para Imaginar son una puerta de entrada a la curiosidad, a la capacidad de imaginar, fantasear, a ese mundo de sueños que duerme en cada niño y que queremos despertar con la palabra, con el texto claro y oportuno, con la lectura grata, inspiradora. En una época tan tecnificada y convulsa, donde todo ocurre tan velozmente, los niños no tienen tiempo para detenerse en una hoja, en una flor, en un pájaro, en una palabra. Estos relatos y poemas los invitan a hacer un alto en el tráfigo cotidiano, a detenerse ante la palabra inspiradora para ejercer la fantasía, para poner en marcha la imaginación, motor de la creatividad.

Los escolares las recibirán ansiosos, felices, con la alegría del árbol que recibe la lluvia bienhechora, con la sonrisa del pueblo marinero en un día de sol. Las maestras, las madres venezolanas abrirán también Nuestras Páginas, las leerán a los más pequeños, las pondrán en las manos de sus niños.

Nos corresponde hablar en nombre de los escritores venezolanos presentes en los cinco volúmenes próceres.

Estimulados por un llamado concientizador, animados por el concurso abierto año tras año presidido por jurados meritorios que aunaban sus esfuerzos a los de la señora Caldera y su valioso equipo, varios escritores venezolanos, afirmados o jóvenes, participaron entusiasmados y vieron plasmados en el papel sus cuentos y poemas, al lado de otros autores consagrados de indiscutibles méritos. Las figuras más significativas del género juvenil y de las letras nacionales estaban presentes: Aquiles Nazoa, Lucila Palacios, Oscar Guaramato,

Morita Carrillo, Jesús Rosas Marcano.

Muchos de los poetas y cuentistas que enviaron en un hermoso tiempo pasado sus excelentes creaciones literarias, hoy no están con nosotros, pero su lúcida memoria pervive en aquellas Páginas , breviario de la literatura infantil nacional. En representación de todos ellos, queremos hacer llegar a los niños venezolanos con esta nueva edición de las Páginas, una palabra de afecto y de estímulo, la promesa de un futuro brillante, de un camino abierto para los sueños.

Merece el reconocimiento de todos la señora Alicia Pietri de Caldera, una excelente madre venezolana que ayer como hoy tuvo la preocupación de llevar la lectura a todos los niños de nuestro país, inquietud que cristalizó en las anteriores y actuales Páginas, y en las recientes, novedosas publicaciones de la Fundación del Niño, la serie "Vamos a leer un cuento..." que en forma de encarte presenta relatos infantiles, con ingeniosas ilustraciones, para que los padres y maestros los lean en voz alta a los niños, o para que ellos mismos los disfruten. Es justo destacar la preocupación que ha mostrado la Fundación del Niño por publicar las obras de autores venezolanos, frente a otras ediciones de autores y temas extranjeros que inundan el país. Es el deseo evidente de estimular nuestros valores para acercar a los niños a su ambiente, integrándolos a sus propias raíces culturales.

Una voz, un llamado a los empresarios, ejecutivos, gobernantes de otras entidades, presidentes de asociaciones culturales o financieras, para que se reflejen en este logro y dediquen algo de su esfuerzo a iniciativas similares, que los dignificarán y afianzarán su prestigio dentro de la comunidad, como auspiciadores de la cultura y del desarrollo intelectual de la infancia venezolana. Confiamos en que otras personas se sentirán comprometidas y nazca en ellos la decisión de dedicar algo de su tiempo y posibilidades a una labor tan digna.

Nosotros escritores, con la pluma y el ejemplo de los precursores, tratemos de llevar, hoy, como ayer y mañana, digna y pulcramente,

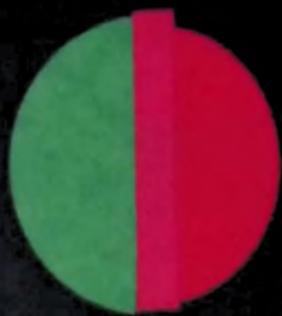
nuestras creaciones literarias a los niños, con el cariño de siempre, con un mensaje de fe, de optimismo y de empeño en hacer lo mejor que podamos por nuestro país.

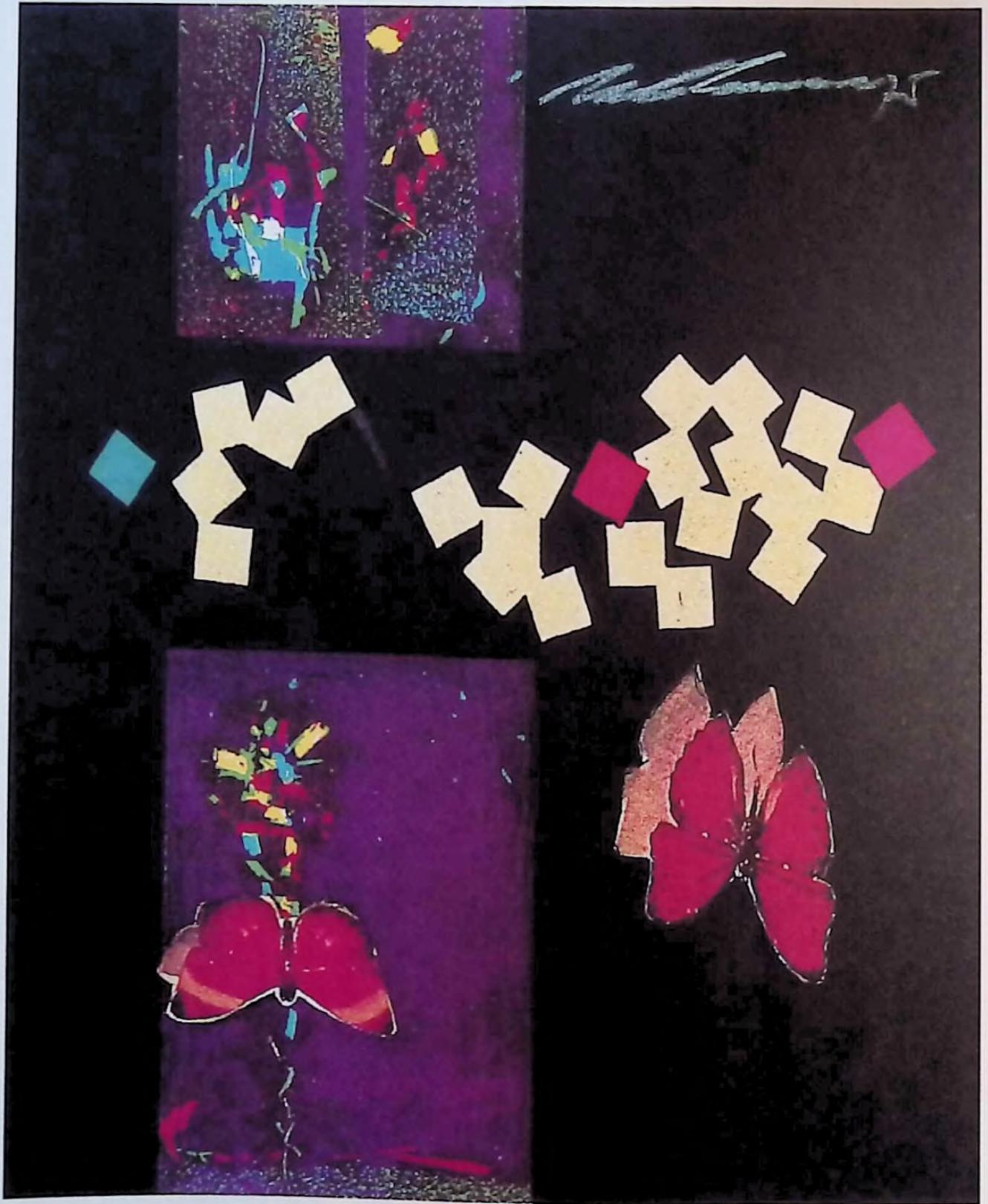
A los jóvenes literatos, bastión de nuestra cultura, los invitamos a realizar y participar en proyectos del mismo valor, que a la vez que los darán a conocer como creadores, contribuirán al crecimiento intelectual y humano de nuestros niños, a su correcta participación en la sociedad, a su positiva renovación.

La última palabra para los niños: que aprovechen, disfruten con emociones y sonrisas estas inspiradoras, hermosas, chispeantes, atractivas, divertidas lecturas, que sin embargo son producto de tanta reflexión y esfuerzo; que capten su mensaje, lo mediten y sepan atesorarlo para el futuro.

Marisa Vannini de Gerulewicz







Queremos sumar a esta edición, la carta que nos llega con el poema de Pablo Neruda, por considerar que ambos -carta y poema-, forman una unidad, son partes de la misma emoción y constituyen el medio más elevado de respaldo a esta labor nuestra, encaminada a llevar más libros hermosos a manos de los niños.

Isla Negra  
Agosto 18  
1970

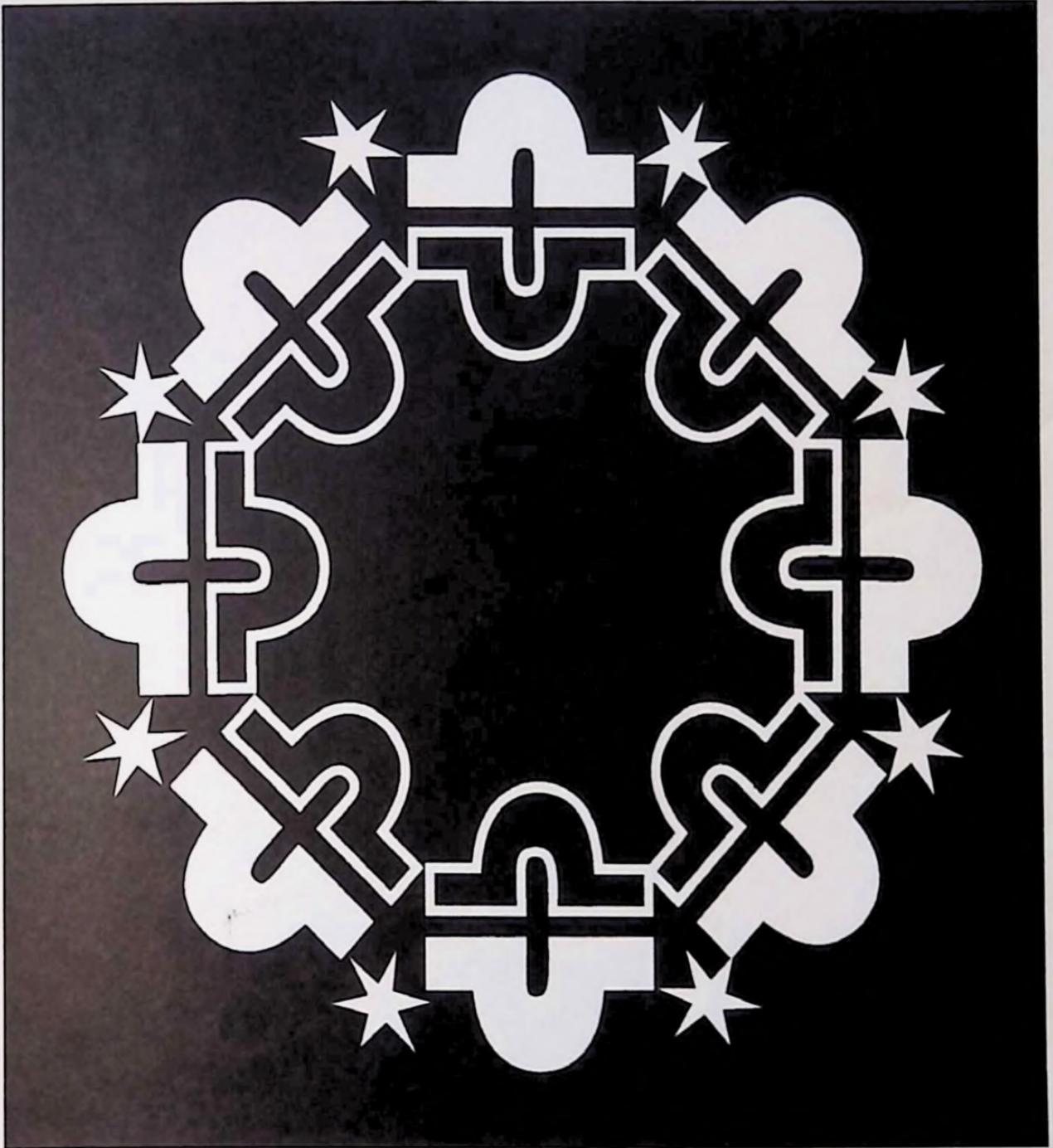


Señora Alicia, distinguida amiga,  
me comovió su atención, el  
libro tan bonito, su idea y  
su finalidad. No le contesté por  
mis viejes, ahora lo hago tarde  
pero ya se ve que no olvido  
su gentileza.

Mucho me gustaría,  
si se imprime otra vez - y si  
hay sitio en él para un fresco -  
incluyera Ud. un poema sobre  
los pájaros de Venezuela que  
escribí hace muchos años. Se  
lo mando aquí mismo.

La saludo a Ud. y al  
Presidente con mucho amistad.  
Entre mis amores está Venezuela,  
ustedes los saben. Gracias, hasta  
luego  
Pablo  
Neruda





Las Aves del Caribe  
Pablo Neruda





En esta breve ráfaga sin hombres  
a celebrar los pájaros convido,  
el vencejo, veloz vela del viento,  
la deslumbrante luz del tucusito,  
el limpiacasa que bifurca el cielo,  
para el garrapatero más sombrío  
hasta que la sustancia del crepúsculo  
teje el color del aguaitacamino.

Oh aves, piedras preciosas del Caribe,  
quetzal, rayo nupcial del Paraíso,  
pedrerías del aire en el follaje,  
pájaros del relámpago amarillo  
amasados con gotas de turquesa  
y fuegos de desnudos cataclismos:  
venid a mi pequeño canto humano,  
turpial del agua, perdigón sencillo,  
paraulatas de estilo milagroso,  
chocorocay en tierra establecido,  
mínimos saltarines de oro y aire,  
tintora ultravioleta y cola de hilo,  
gallo de rocas, pájaro paraguas,  
compañeros, misteriosos amigos,  
¿cómo la pluma superó a la flor?

Máscara de oro, carpintero invicto,  
¿qué puedo hacer para cantar en medio  
de Venezuela, junto a vuestros nidos,  
fulgores del semáforo celeste,  
martines pescadores del rocío,  
si del Extremo Sur la voz opaca  
tengo, y la voz de un corazón sombrío,  
y no soy en la arena del Caribe  
sino una piedra que llegó del frío?



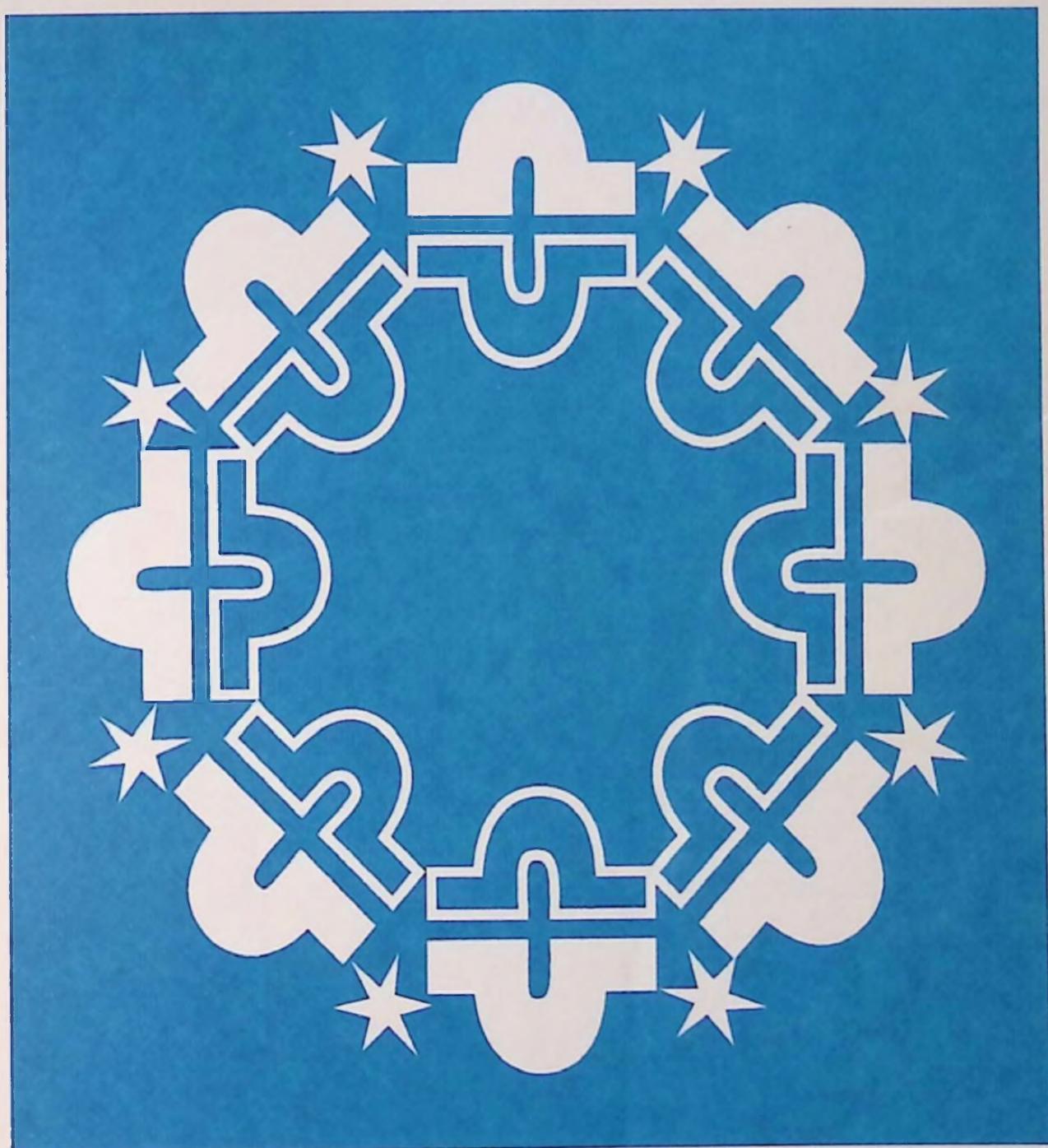


¿Qué voy a hacer para cantar el canto,  
el plumaje, la luz, el poderío  
de lo que vi volando sin creerlo  
o escuché sin creer haberlo oído?  
Porque las garzas rojas me cruzaron:  
iban volando como un rojo río  
y contra el resplandor venezolano  
del sol azul ardiendo en el zafiro  
surgió como un eclipse la hermosura:  
volaron estas aves desde el rito.

Si no viste el carmín del corocoro  
volar en un enjambre suspendido  
cuando corta la luz como guadaña  
y todo el cielo vuela sacudido  
y pasan los plumajes escarlata  
y dejan un relámpago encendido,  
si tú no viste el aire del Caribe  
manando sangre sin que fuera herido,  
no sabes la belleza de este mundo,  
desconoces el mundo en que has vivido.

Y por eso es que cuento y es que canto  
y por todos los hombres veo y vivo:  
es mi deber contar lo que no sabes  
y lo que sabes cantaré contigo:  
tus ojos acompañan mis palabras  
y se abren mis palabras en el trigo  
y vuelan con las alas del Caribe  
o se pelean con tus enemigos.  
Tengo tantos deberes, compañeros  
que me voy a otro tema y me despido.





Zapatitos de Lluvia  
Jacinto Fombona Pachano





Zapatitos de lluvia  
calza  
la pordiosera.

Se los dio su madrina,  
que es hilandera.

Zapatitos de lluvia  
calza  
resplandecientes.

Con lazos de arco iris  
se los anuda,  
con lazos de arco iris  
y de ponientes.

Zapatitos de lluvia  
calza  
por los senderos.

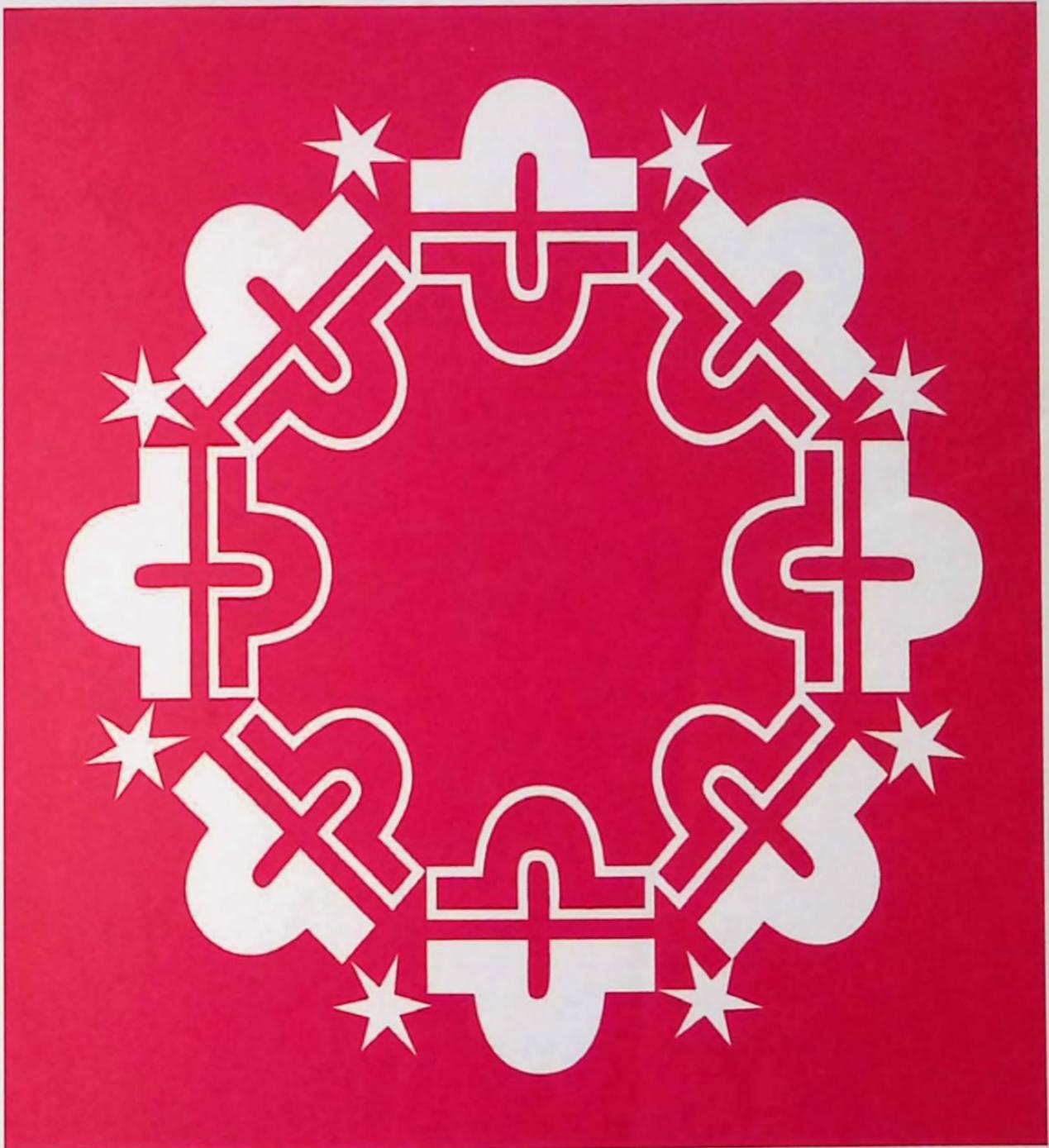
Cuando la niña pisa  
saltan luceros.

Zapatero:  
su madre no tenía  
para los suyos.

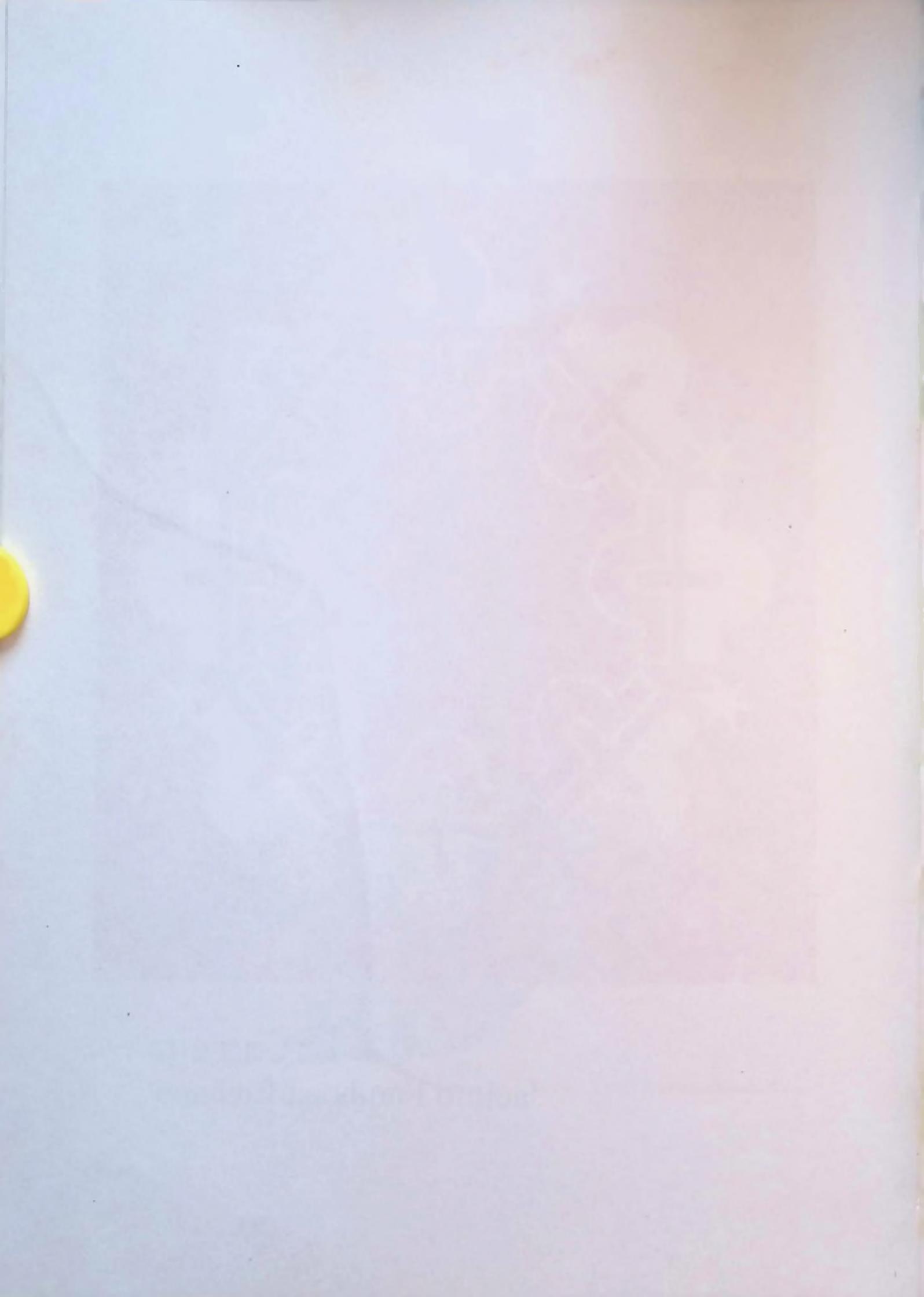
En cambio,  
la madrina hilandera  
los teje al gusto:  
de agua, de luz, de brisa,  
de lo que quieras.

Zapatitos de lluvia  
calza  
la pordiosera.





La Carreta  
Jacinto Fombona Pachano





La carreta del malojero  
salió muy de mañana,  
al par de la campana,  
por el sendero.

Y alegre y crujidora,  
la carreta del malojero  
al marchar parecía cargar la aurora.

Y fue en el sendero...  
La carreta del malojero  
se tropezó con la campiña,  
de talle perfumado y mañanero,  
bajo sus bucles verdes, como una niña...

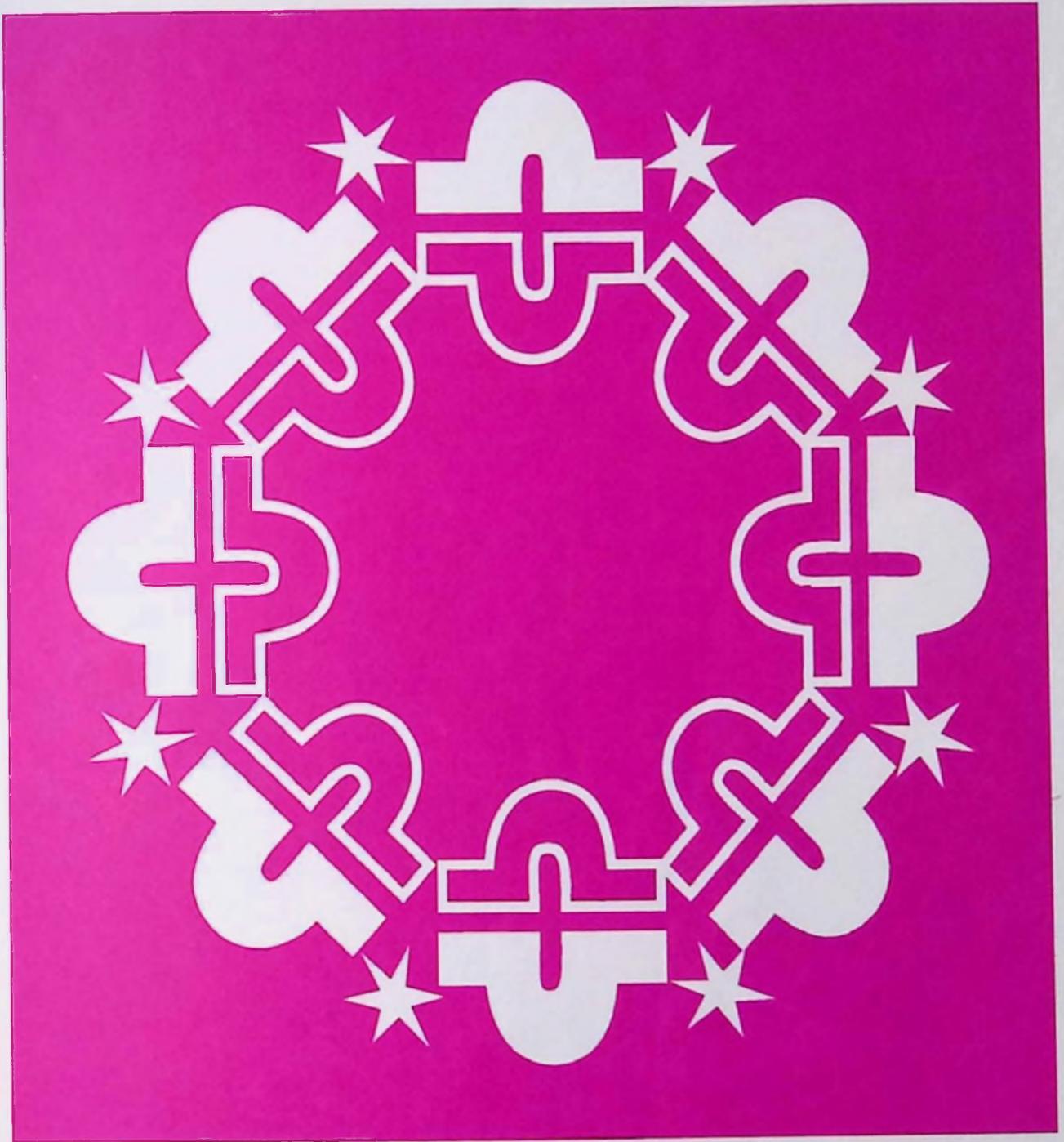
Y oyó decir a la campiña  
de bucles verdes: -Quiero  
que me lleves contigo por el sendero.

Cargó entonces con ella  
la carreta del malojero,  
como se carga una doncella.

Así llegó hasta el caserío,  
fresca de aurora la campiña,  
con su cuerpo mojado por el rocío  
y sus verdes bucles de niña.

Y esto lo celebraron esa mañana  
el burrito de carga y la campana...





El Morrocoy  
Efraín Subero



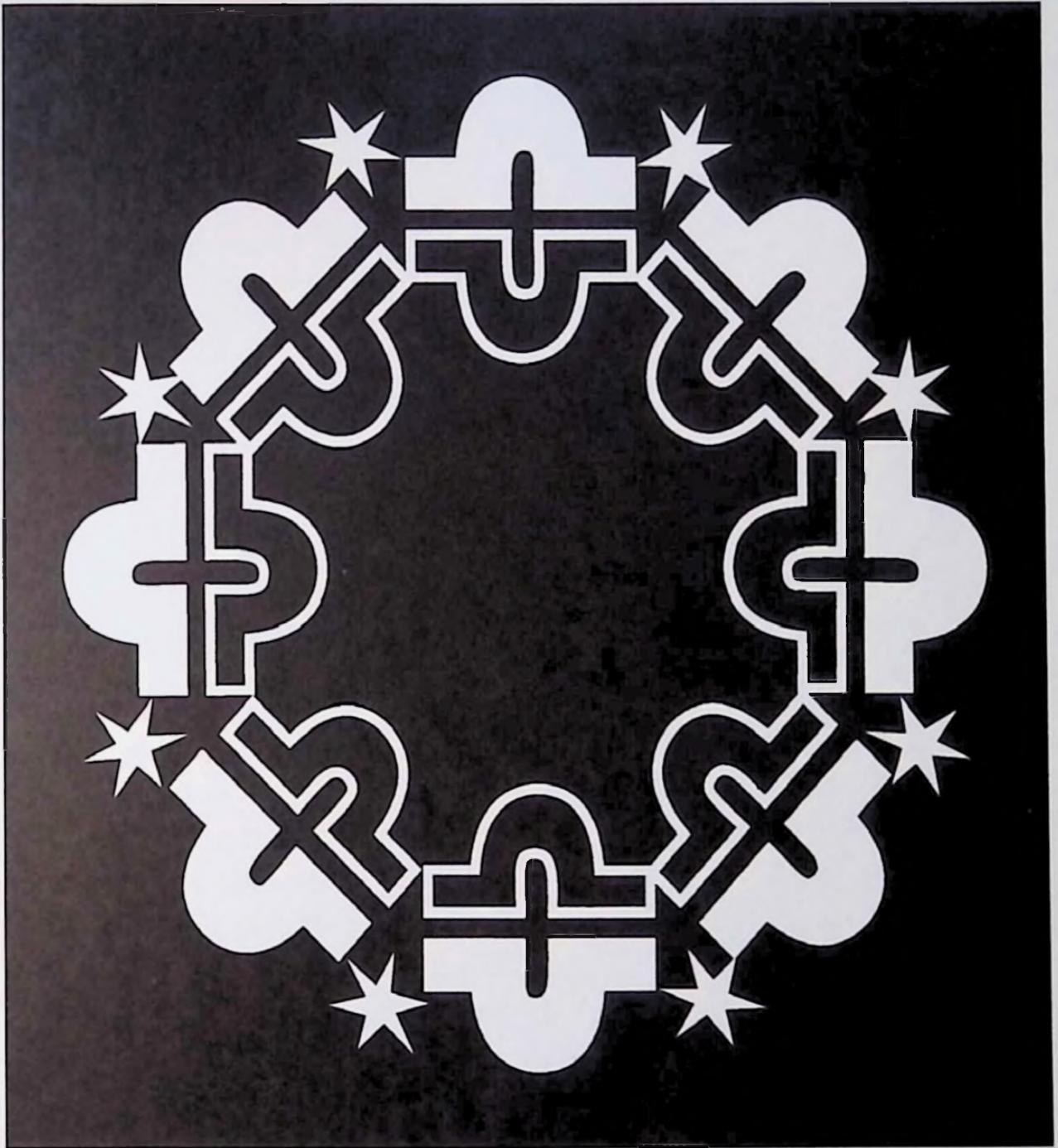
–Morrocoy: ¡saca la cara!  
¡Ponte a mirar la mañana!  
Mira la selva cercana.  
Oye los pollitos piar.

Lava tu vestido sucio  
caballero dormilón  
cómprate un real de jabón  
y te vas para el riachuelo.

¡Te pondrás faramallero  
caballero dormilón!

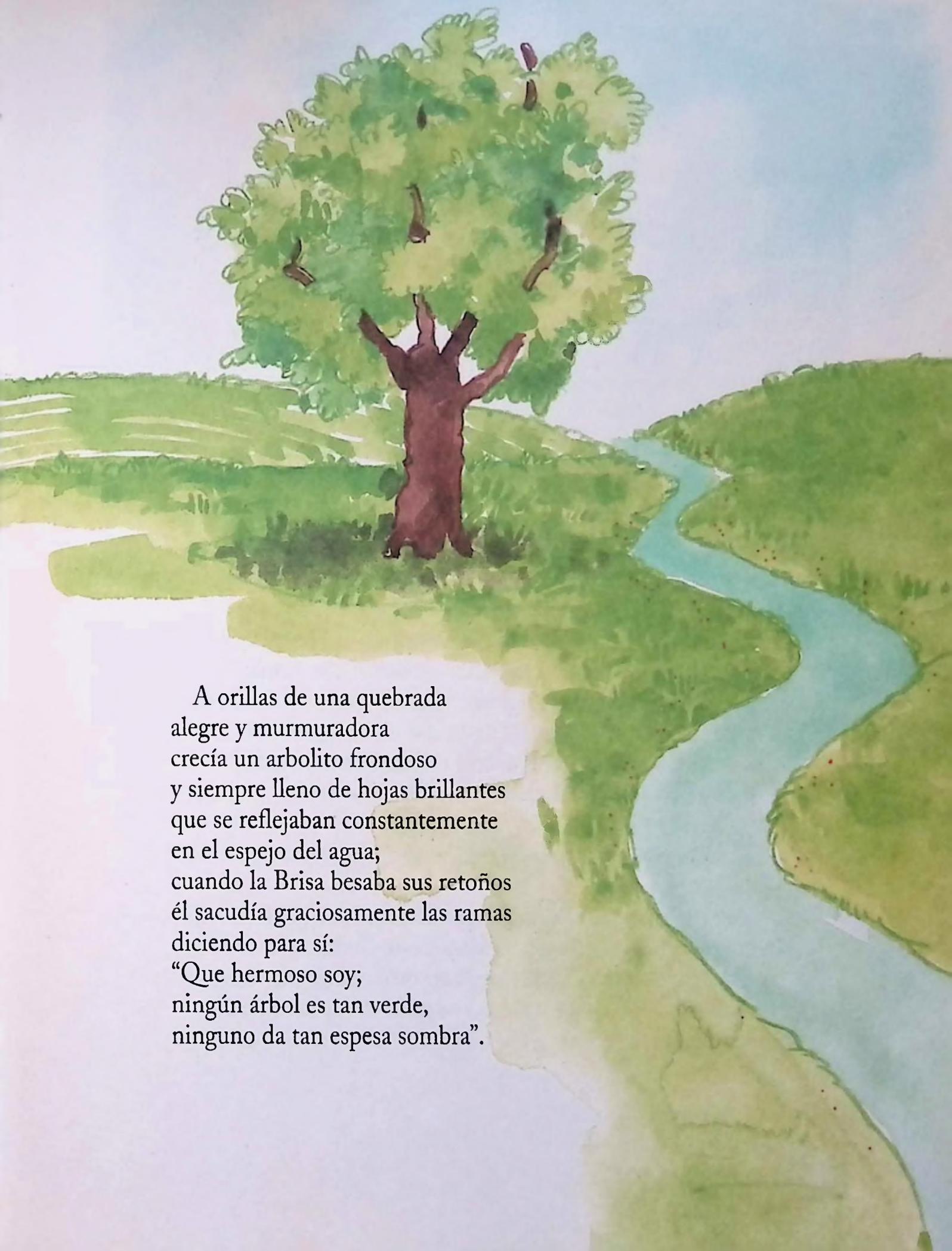






El Guamacho  
María Josefina de González Oria





A orillas de una quebrada  
alegre y murmuradora  
crecía un arbolito frondoso  
y siempre lleno de hojas brillantes  
que se reflejaban constantemente  
en el espejo del agua;  
cuando la Brisa besaba sus retoños  
él sacudía graciosamente las ramas  
diciendo para sí:  
“Que hermoso soy;  
ningún árbol es tan verde,  
ninguno da tan espesa sombra”.



De noche la Luna convertía en sombras los reflejos y dialogaba con el agua, el arbolito escuchaba la conversación porque además de bello, quería ser sabio. Dijo la Luna:

–Oye amiga quebrada: Anoche cuando comencé a salir tras la montaña, vi a los hombres haciendo un camino hacia acá.

El arbolito al escucharla, meció el ramaje con orgullo, pensando: Ese camino lo hacen para venir a verme... ¡soy tan hermoso!

Como lo había dicho la Luna, los hombres llegaron con sus máquinas.

Trazaban un amplio camino que abrió sendas de tierra roja dentro de la vegetación destruida y pasando cerca del arbolito, siguieron hacia adelante. Al otro día, al atardecer, una Tórtola llegó desconsolada y se posó en las altas ramas gimiendo:



–¡Ay mis hijitos, esos malos hombres se los llevaron...!  
–¿Cómo fue eso, qué pasó con tus hijitos? –preguntó el arbolito.

–Hice el nido muy bajo y lo vieron... se llevaron mis pichoncitos.

–¿Por qué no los protegiste?

–No tenía cómo... –contestó el Guamacho.

La pobre madre alzó el vuelo y se alejó.

Esa noche el arbolito preocupado oía dentro de su conciencia la queja de la Tórtola y esto lo hizo olvidar su soberbia; por la mañana no se miró en el espejo del agua como siempre solía hacerlo. Esperaba anhelante que volviera la Tórtola y cuando ésta llegó, no tardó en preguntarle:

–Amiga Tórtola ¿Podrías hacer tu nido en mis ramas para ocultarlo?

–No. No lo haría. Tú eres demasiado hermoso, brindas fresca y los hombres al acercarse buscando tu sombra, verían el nido... no sirves para ocultar a mis hijos.

–Si es por eso –insistió el arbolito. –Dejaré caer mis hojas y estaré desnudo y horrible. Al decirlo, se miró en el reflejo

sintiendo la impresión de haber perdido su lozanía y se estremeció pesaroso, pero continuó:

-Dime, si lo hago. ¿Harías tu nido en mis ramas?

-Tampoco. Lo descubrirían desde lejos; además el sol tostaría mis hijitos y la lluvia los ahogaría... no podría hacerlo.

Después de pensar un momento, el arbolito dijo:

-Aún no he florecido por primera vez; le pediré a Dios que me cambie las flores por espinas y así nadie podrá acercarse a tu nido.

-¡Así sí! dijo entusiasmada la Tórtola. Haré mi nido y nadie podrá alcanzarlo, mis hijos crecerán en paz. Entonces el arbolito, lleno de piedad, renunció a su belleza y olvidando su orgullo pidió al Señor que lo cubriera de espinas. Esa noche las estrellas lo miraban con infinita dulzura.





Al amanecer la Tórtola vio asombrada cómo el arbolito estaba cubierto por una densa red de espinas agudas, negras y ponzoñosas que lo hacían impenetrable.

Hizo su nido y el árbol feo a los ojos de todos, guardaba celosamente oculto entre las ramas, un tesoro de ternura.

Una tarde se acercaron dos hombres hasta la quebrada, el árbol tembló porque el nido escondido estaba lleno de píos...

-Qué lugar tan desapacible y triste -dijo uno de ellos- jamás ví tanta hostilidad en un paisaje.

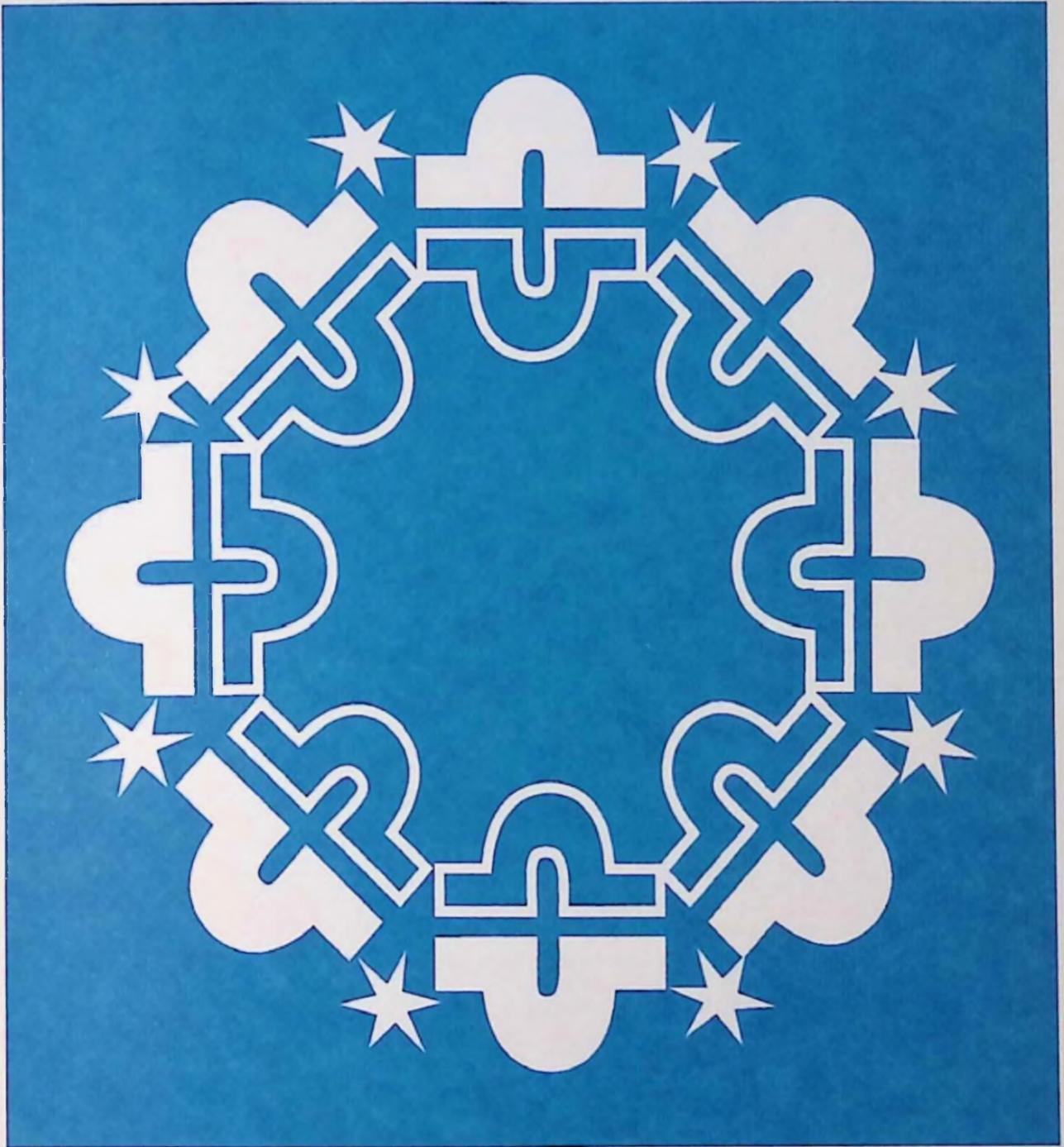
-Cierto, contestó el otro. Este árbol, sin flores, sin frutas, con sólo espinas...¡es tan feo!

El arbolito recordó un instante su pasada belleza y una profunda humillación le corrió por la savia; sin embargo, cuando los hombres se fueron sin haber descubierto el nido, una alegría íntima, muy honda y tierna le llenó las espinas de lágrimas; esa noche la Tórtola cobijó sus hijos agradeciendo al arbolito su protección y Dios que lo miraba todo, en premio a su bondad quiso que se cubriera de flores...

Al otro día, al salir el Sol, cada rayo de luz se quebraba en las pequeñas lágrimas que estaban suspendidas en las espinas y las convertía en pétalos que resplandecían como una cascada de oro.

Desde entonces el Guamacho es un árbol feo y espinoso donde con frecuencia anidan las aves y una vez al año amanece cubierto de flores.





El Cocuyo y las Estrellas  
Renato Agagliate M.



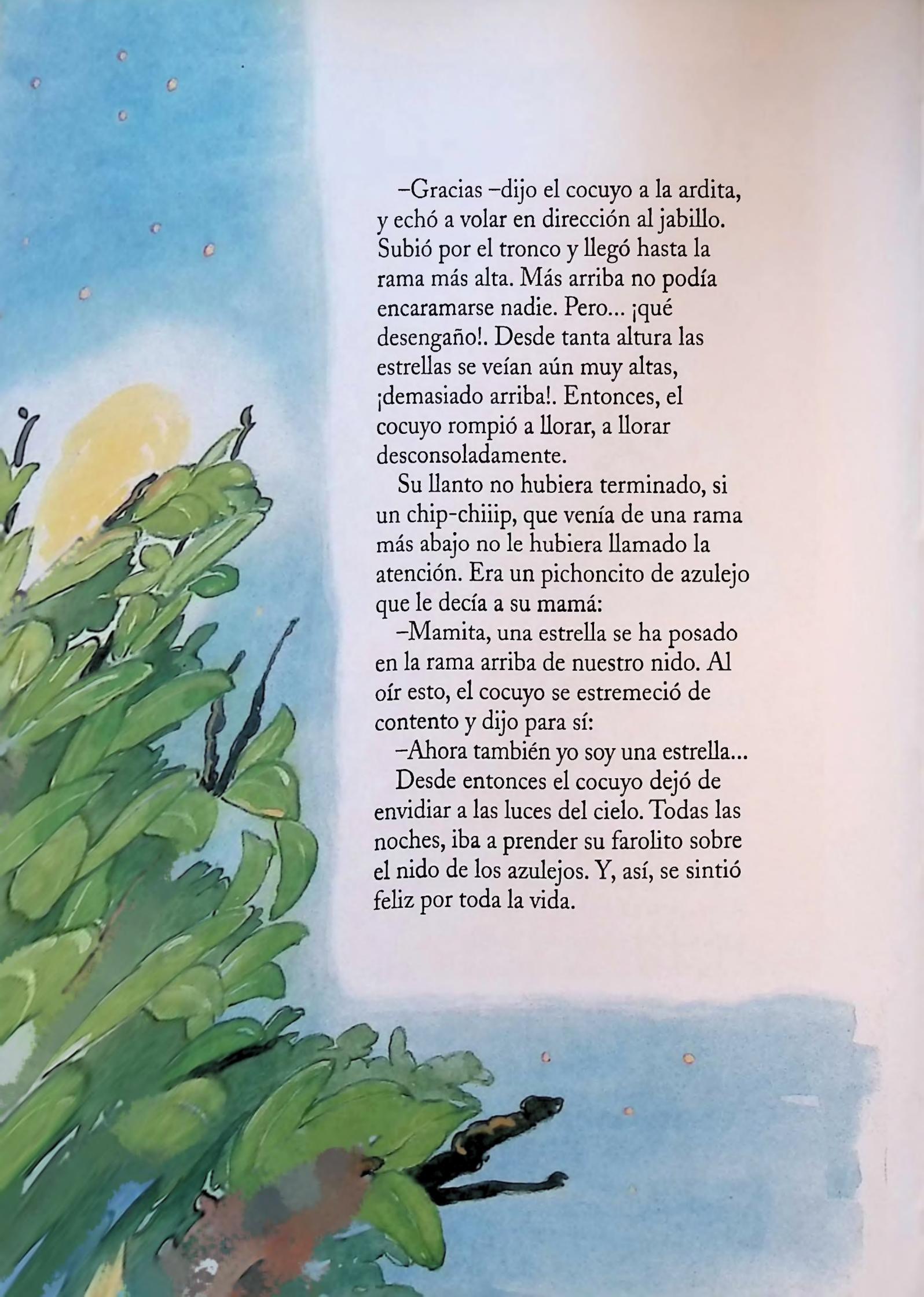


Había una vez un cocuyo, chiquito pero ambicioso. De noche se quedaba mirando las estrellas y decía:  
–Aquéllas son hermanas mías. ¡Qué suerte la de ellas brillar en el firmamento azul! ¡Qué lindas lucen! Todo el mundo las admira. Yo, en cambio, ¡qué infeliz soy! Mi lucecita se pierde en la inmensa oscuridad de la sabana.

Una noche, el cocuyo sintió tanta envidia de las estrellas, que decidió dejar la tierra y subir, subir hasta alcanzarlas. Antes, sin embargo, quiso consultar a una arditá vieja y sabia, para saber qué camino seguir.

La arditá escuchó el deseo del cocuyo, pensó un rato y, al fin, contestó:

–Amigo cocuyo: yo no conozco camino alguno que lleve al cielo. De todos modos, prueba a montarte en aquel jabillo grande: su rama más alta debe de estar muy cerca del cielo.



-Gracias -dijo el cocuyo a la ardita, y echó a volar en dirección al jabillo. Subió por el tronco y llegó hasta la rama más alta. Más arriba no podía encaramarse nadie. Pero... ¡qué desengaño!. Desde tanta altura las estrellas se veían aún muy altas, ¡demasiado arriba!. Entonces, el cocuyo rompió a llorar, a llorar desconsoladamente.

Su llanto no hubiera terminado, si un chip-chiip, que venía de una rama más abajo no le hubiera llamado la atención. Era un pichoncito de azulejo que le decía a su mamá:

-Mamita, una estrella se ha posado en la rama arriba de nuestro nido. Al oír esto, el cocuyo se estremeció de contento y dijo para sí:

-Ahora también yo soy una estrella...

Desde entonces el cocuyo dejó de envidiar a las luces del cielo. Todas las noches, iba a prender su farolito sobre el nido de los azulejos. Y, así, se sintió feliz por toda la vida.



La Estampillita Traviesa  
Alfredo Rivero Nadal





Hace ya tiempo, hubo una estampillita muy especial que podía hablar y pensar como nosotros. Vivía en un depósito de la Oficina de Correos junto con muchas compañeritas. Todas deseaban que las pasaran a una taquilla de ventas para que el público las comprara, y pegadas a un sobre las pusiera a viajar...

-¡Dios mío! -clamaba la estampillita traviesa. -¿Cuándo será que me pasarán a la taquilla?



Siempre repetía lo mismo, hasta que finalmente fue llevada a una taquilla y, a los pocos días, vendida. La compró nada menos que la feúcha mujer que había sido una muy adorable Hada Madrina, mas como se comportara mal, se le castigó despojándosele de sus mágicos atributos y convirtiéndosele en una vieja tan, pero tan llena de verrugas que todo el mundo le llamaba “La Verrugosa”.

Cuando Verrugosa tuvo en sus manos la estampillita, se dio cuenta de que se trataba de un sello muy especial y comenzó a hablarle:

–Oye estampillita, yo no me engaño, tú puedes pensar y hablar, ¿no es así?... Respóndeme.

–Es verdad –confesó temerosa la estampillita...

–Jé-je-je-jee –rió Verrugosa agregando: –Y dime ¿qué es lo que más deseas?

–Que me mandes en un sobre a un país lejano para pasear y divertirme bastante.



La Verrugosa entonces accedió a complacerla, pero a condición de que tratara de hacer una buena acción.

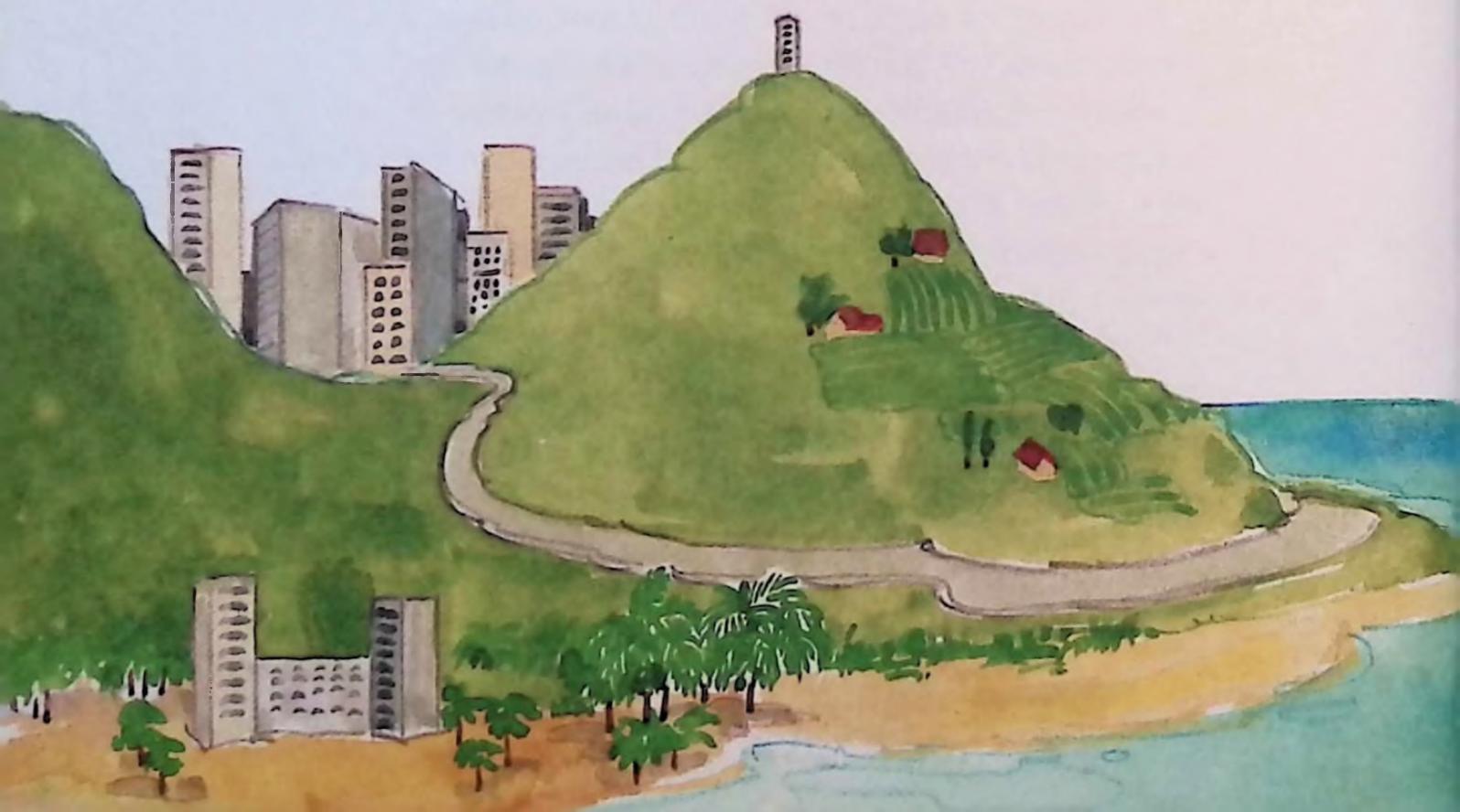
—Si tú, estampillita, llegas a realizar una buena obra y compartirla conmigo, se romperá el hechizo que pesa sobre mí y volveré a ser un Hada joven, bondadosa y bonita.

Esto diciendo, la pegó a un sobre que tenía preparado y la envió a Inglaterra por “vía aérea”.

Ya dentro del buzón, y posteriormente en pleno vuelo, la estampillita se preguntaba: —¿Qué buena acción podré hacer yo para que esa tal señorita Verrugosa se torne joven, buena y bonita?

Consultó con sus colegas, las demás estampillas, y ninguna le pudo contestar satisfactoriamente. A todas estas el viaje tocaba a su fin. Al ser desembarcada estuvo varias horas más dentro del bulto en el cual había llegado, hasta que después de clasificado su sobre, metiéronlo junto con muchos otros en la valija de El Cartero Silbador...

Silba que te silba y entrega que te entrega cartas. Así, entre largas caminatas, transcurrió para el cartero la mañana. Después de almorzar, prosiguió aquel hombre entre silbos su tarea... Con el bamboleo y los silbidos, la estampillita traviesa se había puesto muy nerviosa, y es que todavía no sabía en qué manos caería... Anocheciendo casi, el cartero había entregado toda la correspondencia menos aquella a la cual iba pegada la estampillita. Por fin llega a la dirección indicada en ese último sobre. Es un modesto apartamento de un antiguo edificio, pulsa el timbre, le abren y entrega dicho sobre a una viejecita... ¡llena de verrugas! (y muy parecida a Verrugosa, a quien la estampillita conociera aquí en Venezuela). Al retirarse El Cartero Silbador, la viejuchita



repasa con sus cansados ojos la correspondencia y dice en alta voz:

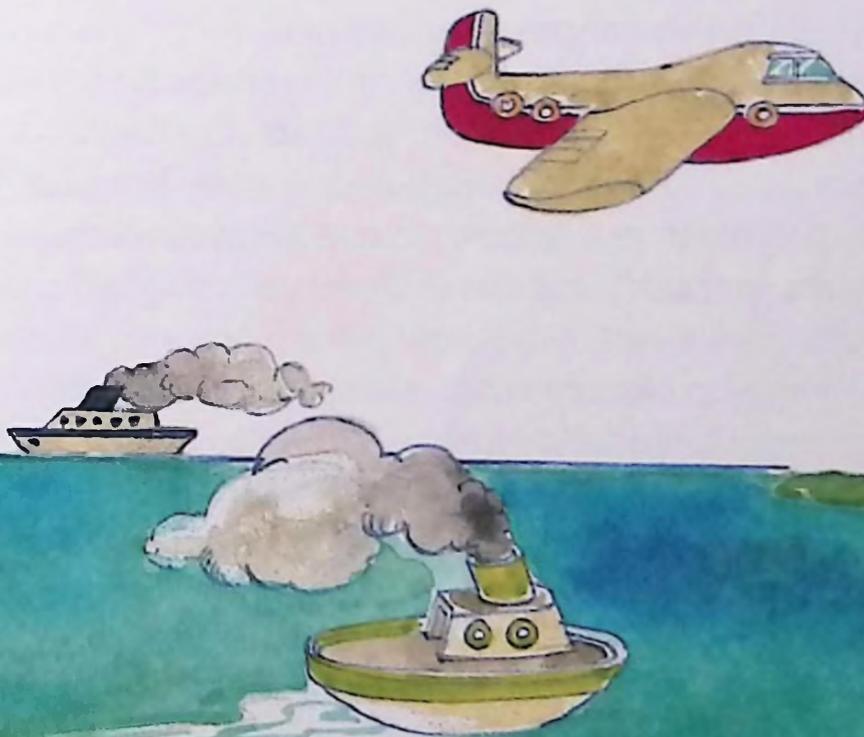
–Conque te manda mi hermana gemela ¿eh? Bien, supongo que ya habrás pensado en la buena acción que deberás hacer.

–No –contestó muy afligida la estampillita.

–Pues has de saber que soy más estricta que mi hermana, no en vano fue ella la culpable de nuestra desgracia... Ah, y soy también muy impaciente, por lo tanto, sólo te concedo 5 minutos para que pienses en algo interesante. –Dicho esto y siempre riendo (Jé-je-je-jee), no apartaba su vista del reloj... Cuando ya se vencían los cinco minutos, la estampillita, más para ganar tiempo que otra cosa, dijo:

–Señorita Verrugosa, como yo estuve tantísimos meses en el depósito de Correos, aprendí mucho acerca del origen de nosotras; yo le haré un relato en forma de cuento y Ud. lo escribe y lo hace llegar a los niños, ellos se divertirán y aprenderán, ¿no le parece una buena obra?

–¡Hum! Ya lo veremos –díjole Verrugosa–, entre tanto habla que yo escribiré.





La estampillita, con un hilo de voz apenas, comenzó su relato:

“Hace ya mucho tiempo que el hombre aprendió a escribir y a mandar saluciones y cartas; sin embargo no existíamos nosotras, las estampillas, y la gente tenía que pagar dinero en efectivo a los mensajeros de entonces o éstos no le entregaban las cartas. Ni qué hablar del grave problema que eso representaba para tantas personas, pues muchas veces no tenían un solo céntimo y ... de repente, ¡púquiti!, llegaba el cartero, al que si no pagaban no entregaba las cartas. Aquellas pobres gentes se ponían ¡tan tristes! y es que aunque fuese muy importante para ellas, ¿cuántas veces se quedarían sin saber qué mensajes contenían aquellos sobres?”

“Pensando en todos estos inconvenientes, un señor (inglés, por cierto) de apellido Hill, tuvo la feliz idea de preparar un papel, lo bastante grande como para estamparle un sello de aquella época y lo engomó para poderlo pegar a los sobres.



–Así –decía él– quien envíe la carta tendrá que pagar el importe de la estampilla, pero estará seguro de que la otra persona la recibirá sin problemas”.

“Al principio la idea del inteligente señor Hill dio sus tropiezos, aunque luego fue entusiastamente aceptada por todo el mundo. Eso ocurrió hacia la mitad del pasado siglo; con el correr de los años se ha progresado mucho tanto en lo referente a tamaño, diversidad y belleza de las estampillas, como al correo en general”.

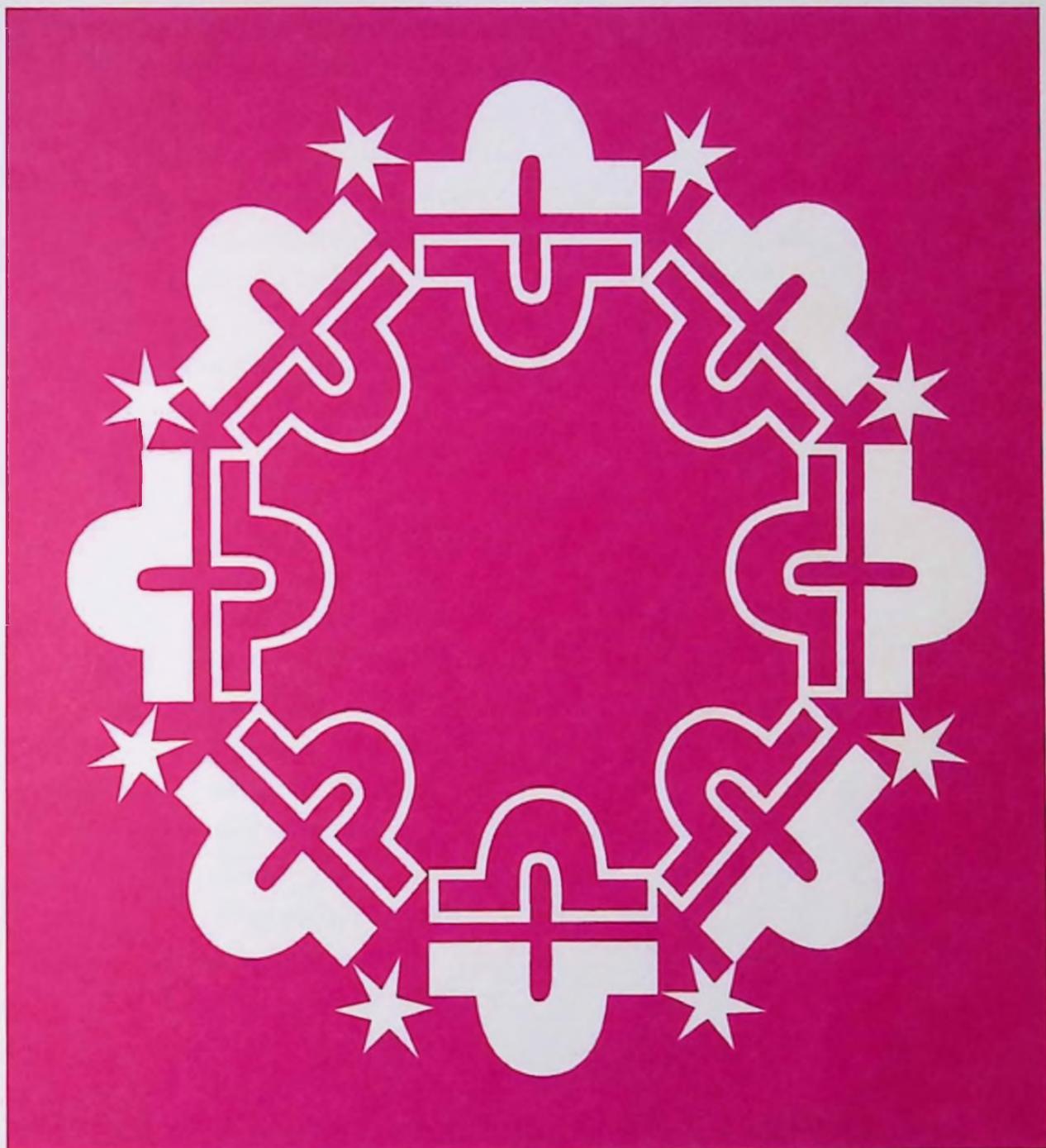
Algo semejante, pero muy simpático y con muchos detalles, escribió a manera de cuento la anciana, ateniéndose a lo que le dijera la estampillita traviesa. Lo cierto es que a los niños les agradó; debido a esto, aquella señorita Verrugosa residenciada en Inglaterra, fue a visitar a su hermana venezolana llevando consigo el sobre adonde continuaba pegada la vivaracha estampillita.

Al reunirse de nuevo, las verrugosas gemelas se abrazaron



larga, emocionada y fuertemente. Cuando se separaron, ambas estaban convertidas en ...¡dos bellísimas Hadas Madrinas ...! Se había roto el hechizo... Además, cada una había recuperado su reluciente vara mágica ¡las mismas que despiden chispas como estrellas! Con éstas y con idéntico gesto, tocaron el par de Hadas a la estampillita traviesa... en ese instante desapareció hasta el sobre y, en su lugar, comenzó a levantarse una singular llamita azul que al tomar forma definitiva quedó convertida en una angelical jovencita de hermosos y traviesos ojos... Seguidamente, las dos rutilantes Hadas Madrinas nombraron, a la ahora bella joven, ¡su ayudante especial!

Así hemos visto cómo gracias a la imaginación y a la escritura, nuestra heroína, aunque muy peculiar y traviesa estampillita que fuera, llegó a convertirse en linda y aplicada aprendiz de Hada que supo conservar su belleza y mágicos poderes al utilizarlos únicamente para realizar el bien.



La Canción de la Brisa  
Alarico Gómez



Aquella mañana, al pasar frente al jardín, la brisa, que es vecina de la rosa, dijo estas palabras:

–Buenos días, vecina rosa.

Y la rosa contestó:

–Buenos días, vecina brisa.

La brisa, con su paso menudo y sus trenzas doradas, siguió su camino. Al teñir la noche en negro y oro, llegó a su casita, que es un pequeño palomar, y como encontró que su hijo estaba todavía despierto, se puso a cantar así:

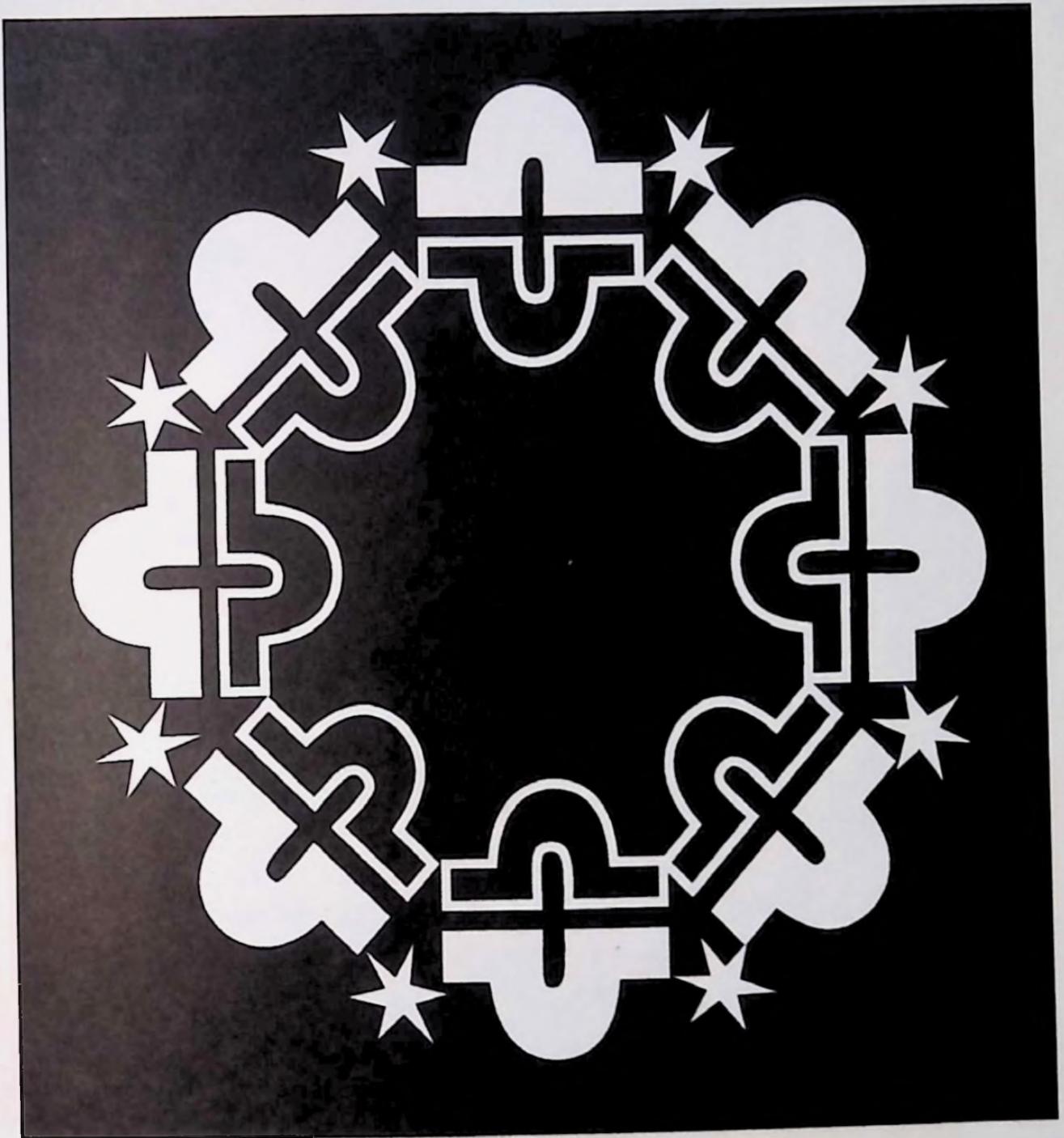
Las rosas del valle  
no quieren abrir;  
el agua les canta  
con dulce tin-tín:  
–Caballo de palo,  
montaña de añil;  
deditos de azúcar  
del ton-to-ron-jil.  
Y cuando mi niño  
se ponga a dormir,  
abrirán las rosas  
en el mes de abril.



Aquella canción tan bonita, hizo que el niño se quedara muy dormido.

De esta manera la brisa pudo ir a realizar su trabajo de todos los días, en las altas copas de los pinos. Y todas las rosas la saludaron con una sonrisa de plata.





Cuento para Niños  
Reyna Rivas





Sí, yo las vi. Son flores que caminan, son hojas que caminan.

Papá fue con nosotros a ver, él también, nuestro descubrimiento.

Era ya tarde. Casi de noche. En las alas de los cocuyos, la luz volaba.

Pero papá vio con sus propios ojos que las flores caminaban. Él vio las hojas ir de un lugar a otro y entrar en la casa que tienen junto al estanque del jardín. Es una casa muy distinta a la nuestra, más bien es una puerta

abierta en la tierra, allí cerquita de la alberca.

Después vino Diego a ver nuestro descubrimiento.

Diego tiene diez años. Nosotros, los demás somos más pequeños.

Juan tiene ocho como yo. Mi hermana tiene seis y Manuel seis y medio.

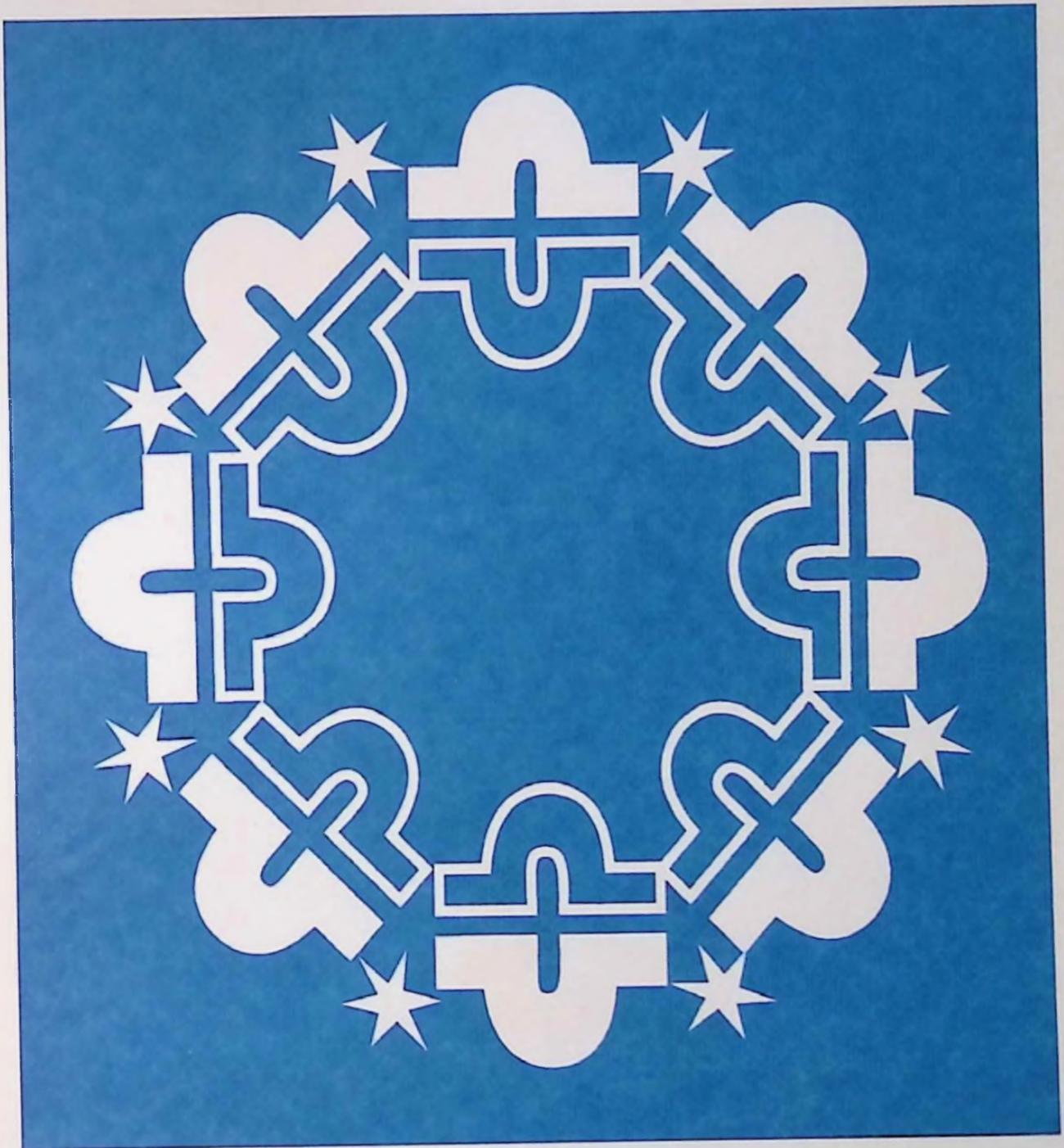
Diego miró largo rato las flores y las hojas mientras caminaban apuradas y entraban en su puerta, es decir, en su casa.

Todos queremos mucho a Diego. El es quien dice “que la luz vuela en las alas de los cocuyos”, que “las mariposas conocen las puertas de la luna” y que “el río es un espejo que anda”.

Y es Diego también quien dijo, después de haber mirado nuestro descubrimiento:

Si no fueran flores y hojas que caminan, es porque son hormigas que han florecido y están llevando rosas y hojas de perejil para adornar sus casas.





El Espantapájaros y la Luna  
Ana Teresa Hernández





Nadie sabía que en el huerto había un vendedor de sueños. Era el espantapájaros. Con su cara de trapo y su corazón de paja, soñaba.

Era el dueño del huerto y los pájaros lo amaban. En uno de sus brazos, había nacido un nido y él sentía el calor de los



pichones y el alegre canto de la familia de pájaros en la madrugada.

Espantapájaros no era feliz, a pesar de amar a todas las aves, de cuidar los surcos de perejil, yerbabuena, albahaca. Esa ronda de olores, que cada día vigilaba con sus ojos de botón bordados con sedalina negra.

Por las noches de luna, cuando los pájaros y las flores dormían, espantapájaros soñaba.

Un día, al atardecer, una lombriz, se había asomado desde su casa de terrón y le había dicho:

—¿Qué te pasa, espantapájaros? ¿Estás triste?





–No sé, si es lágrima o canción, pero, sueño tanto con viajar, no estar parado aquí, de sol a sol. Me gustaría conocer otras tierras, otros paisajes.

–Si así lo quieres, pon todo tu deseo en tu corazón de paja y se cumplirá. Esta noche, será noche de luna llena, a lo mejor se cumplen tus deseos.

–Gracias, amiga lombriz.

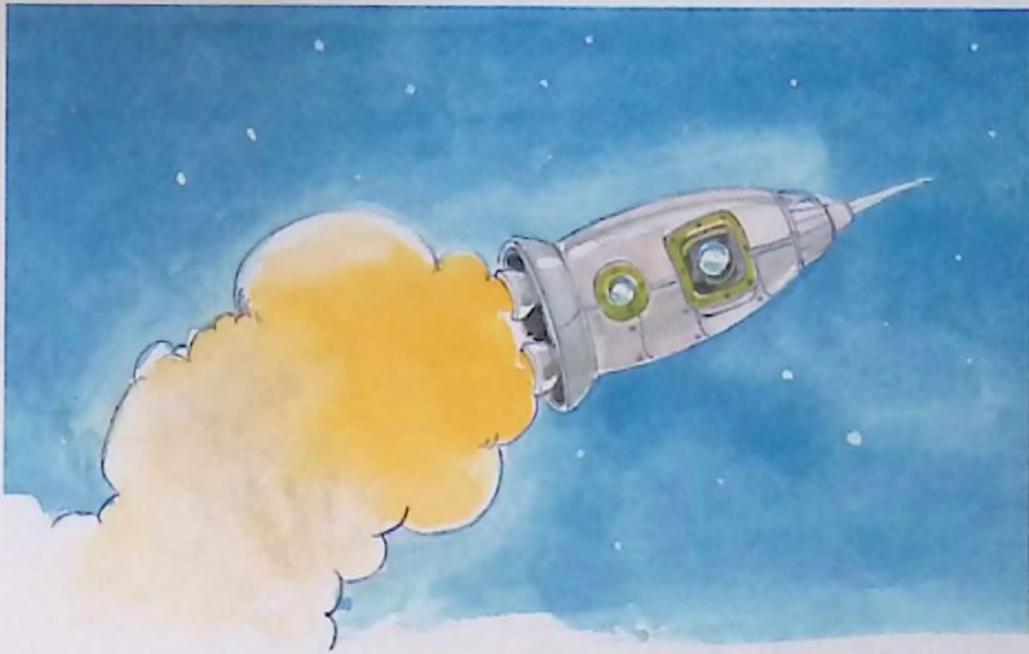
Esa noche, efectivamente, fue noche de luna llena. El huerto parecía un gran cine iluminado por una linterna gigante y las estrellas a lo lejos, eran cien mil cocuyos que nunca se apagaban. Espantapájaros se quedó mirando todo con nuevos ojos y de pronto oyó una voz que salía de cerca, muy cerca de donde estaba la siembra de hortalizas.

–¡Espantapájaros!, decía la voz, ¡Espantapájaros!, como eres vendedor de sueños, yo te voy a regalar uno.

–¿Quién eres tú?

–Soy el duende azul “Selenita” que baja cada cien años de la luna y hoy te queremos invitar a conocer nuestro satélite.

–¿Cómo haré?



¡Qué bello! Pudo ver como lo habían hecho otros astronautas antes que él, que allá arriba se ve el mundo en blanco y negro.

Espantapájaros veía y veía, de ese lado de la luna, sólo cráteres y más cráteres. El viajero se quedó mirando el Mar de la Tranquilidad, las sombras y los claros, luego de un paseo, quiso recoger una muestra de polvo de la luna o alguna roca, para llevársela a su amiga lombriz, así, ella creería de verdad, su sueño, pero le costaba sostenerse por la gravedad de la luna, seis veces menor que la de la tierra. Además, allá arriba, tan cerca del firmamento estrellado, no encontró ni una hierba, ni un pájaro, ni una rosa, ni un nido, ni una espiga.

Entonces, ¿qué iba a hacer allí, sin trabajo y tan solo? Pensó regresar. Al amanecer, le hicieron falta los trinos, la gota de rocío sobre la hierba, el retozar del sol por el claro del cielo.

Cerró los ojos. El duende azul le dijo: Serás otra vez espantapájaros y, ¿ves?, el mejor sueño es cumplir felizmente nuestra diaria labor. Es lo que realizamos.

Al día siguiente, rodeado de canto de las aves amigas,

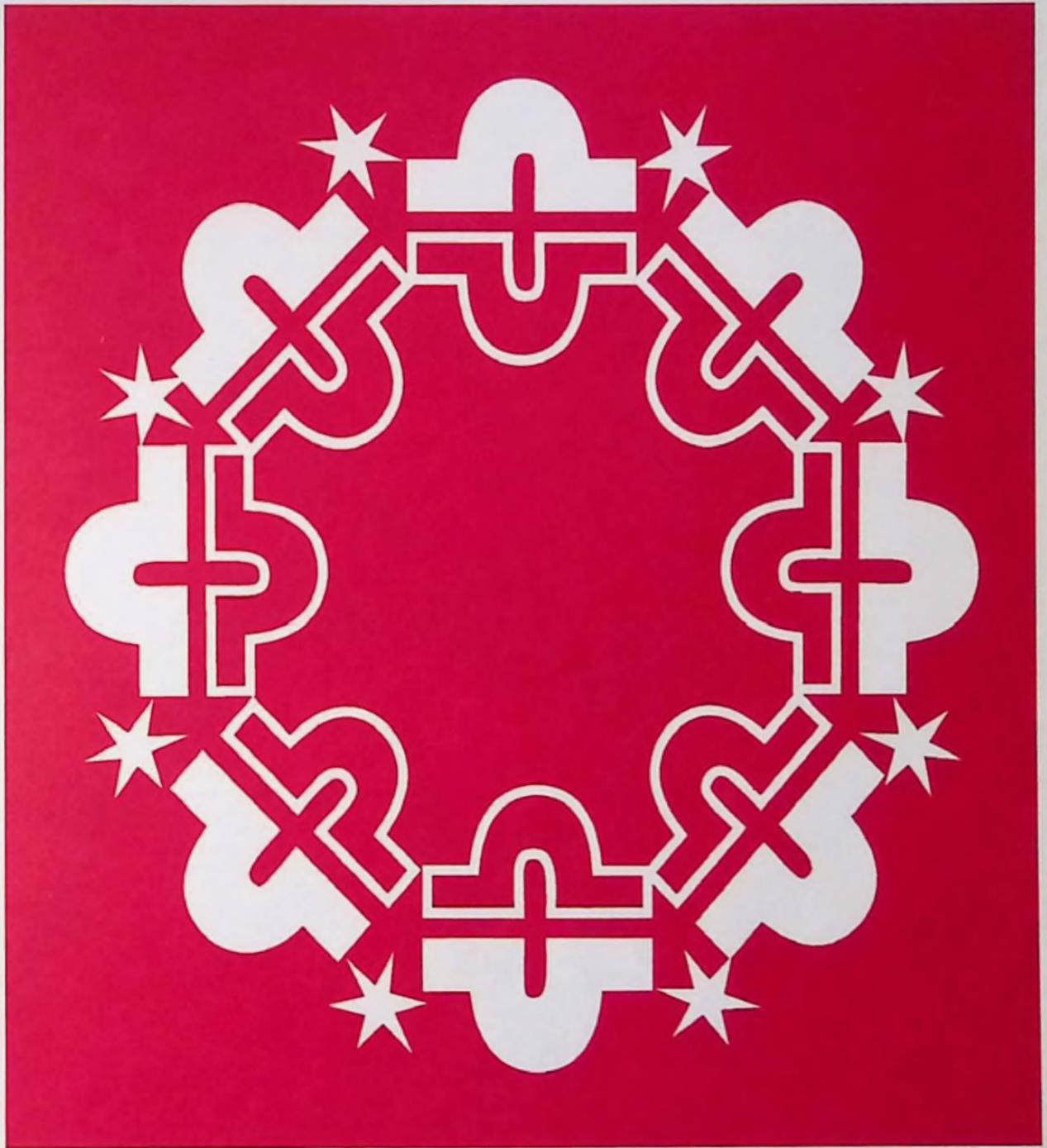
espantapájaros se veía contento. Más nunca estaré triste, pensaba. Soy el dueño de un mundo importante, que me pertenece. Guardo en mis brazos de madera el secreto del nido, conozco de la acuarela del azulejo y sé la Oración del Cristofué. Mi huerto está lleno de luz en el día y de noche, los cocuyos iluminan el sendero de las hormigas cuando se van a dormir.

Espantapájaros, vendedor de sueños, permanece despierto sin soñar, porque su huerto tiene pájaros libres que cantan como el agua cuando pasa por las piedras de un manantial.

Ahora sabe ser feliz con su trabajo. Por el sol del sendero, las hormigas que pasan, los gusanos, los bachacos, la lombriz, se empujan para ver a espantapájaros. Olvidado de sus sueños, sigiloso, de pie contra el viento, el sol, la lluvia, dice adiós con su sombrero de flecos a los pájaros que pasan.

De noche, un resplandor plateado de luz de luna, alumbra el camino del huerto.





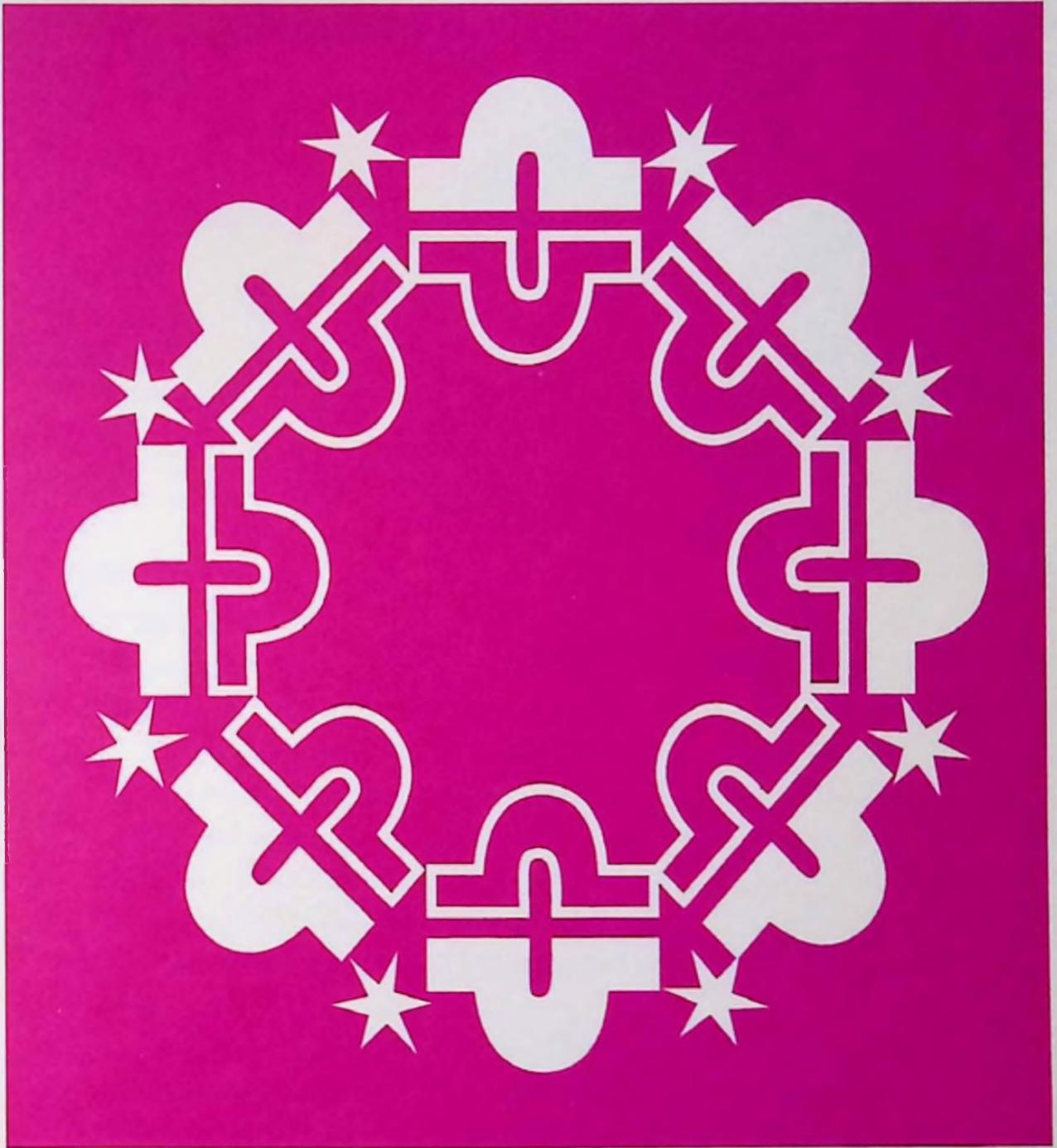
La Margarita  
Blanca Graciela de Caballero





Para cubrir  
su frágil  
corazón  
dorado,  
la margarita  
se puso  
una capita  
de algodón  
plisado.





La Venada de las Patas Feas  
Renato Agagiate M.





Pero hay días de susto, días de terror. Días peores que las noches rasgadas por garras de tigres. Son los días de quema: días en que todo es correr afanoso, con humo que ofusca la vista y sofoca el respirar. Tardes como la de hoy, en que cada hierba es una llama: todos los animales huyen, la paraulata llora la destrucción de su nido y el morrocoy, agotado, se rinde... Pero los venados corren, se ponen a salvo: rapidísimo el papá, rápido el pequeño, lenta y fatigada la mamá...

Han llegado a orillas del río y apagan el ardor de la carrera. La madre se refrigera; mira su rostro desfigurado en el agua; descansa; luego, coqueta, se acicala. El venadito la mira...

—Eres linda, mamá. Toda linda, pero no así son tus patas, peladas y torpes. Por culpa de ellas, casi la candela te agarra...

Mamá, ¡qué patas inútiles tienes!

–Tienes razón, hijo –contesta tristemente la madre-. Anda a descansar con papá.

A la sombra del masaguaro, el padre lo ha escuchado todo.

–Oye –le dice al venadito–, quiero contarte una cosa. Una vez había un venadito, dormilón como él solo, que todavía no sabía correr. Su madre lo dejaba oculto en un mogote y salía a pastar. Una tarde de marzo se incendió la sabana y todo ardió como hoy. La venada corría como el viento, más rápida que yo; pero no quería huir: tenía que salvar a su hijo. ¡Pobre chiquito! Entre él y la madre se había levantado una gruesa cortina de fuego. Sin pensarlo dos veces, la venada valiente arrancó y cruzó por las llamas. Salió al otro lado, pero con la



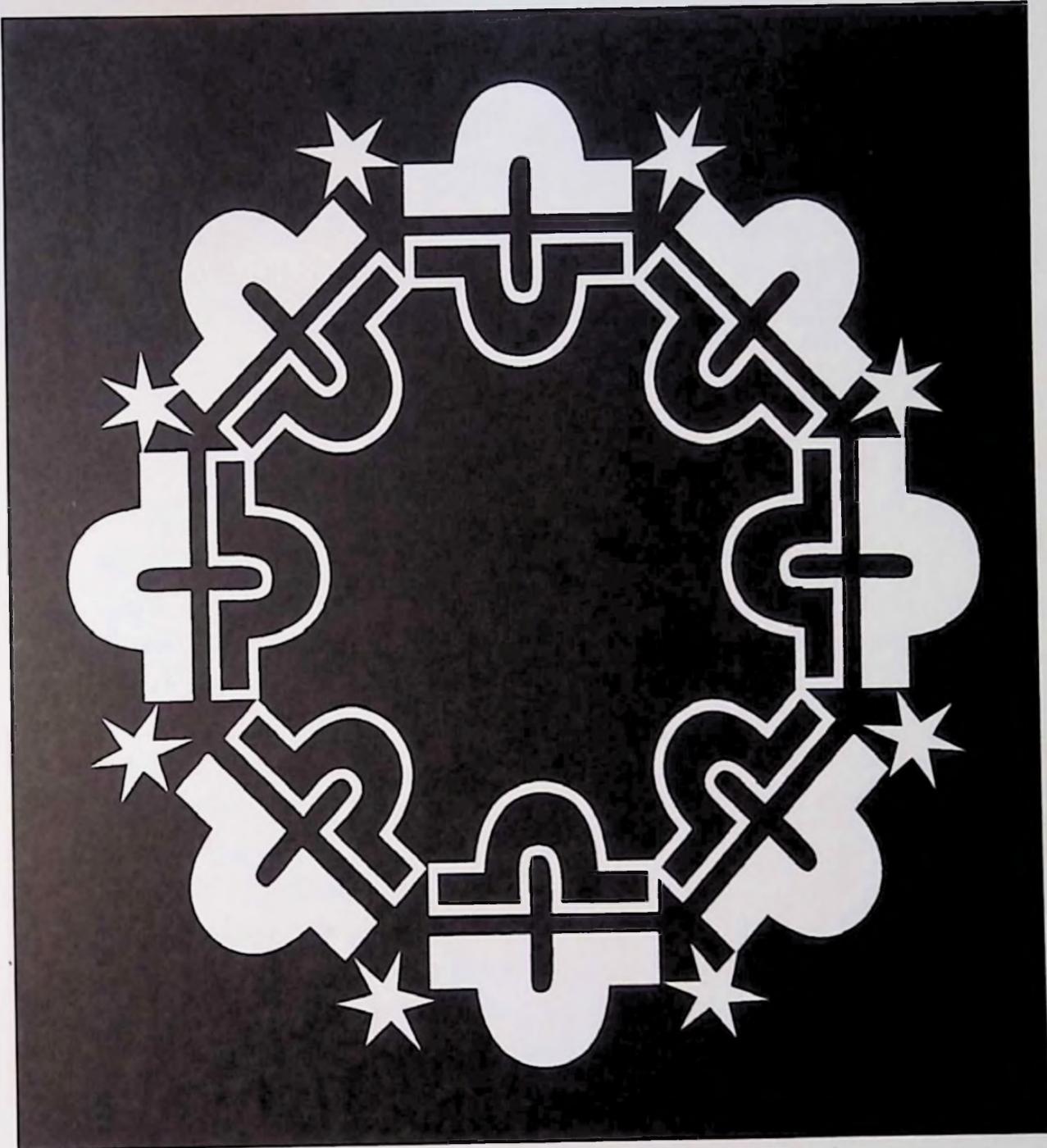
candela prendida en sus patas. Llegó adonde estaba el venadito y lo sacudió... antes que lo despertaran las llamas. El pequeño, entonces, echó a correr tras la madre y, pronto, llegaron los dos a la orilla del río. La madre entró al agua y le pareció sentirse aliviada. Sólo fue una impresión: sus patas, llenas de quemaduras, habían quedado contraídas y llagas para siempre. Entonces miró al hijito y, ocultando su dolor, le sonrió: estaba salvo por ella. Pero, luego, el venadito se olvidó de eso... y creció, creció...

-No sigas, papá -exclamó el venadito, interrumpiendo el relato. Y corrió al lado de la madre, que estaba entregando sus lágrimas al río.

-Mamá -le dijo-, no es verdad que eres lenta... No es verdad que tienes las patas feas...

Y comenzó a lamerle las cicatrices de las patas que lo habían salvado.





El Naranjo Feliz  
Arantzazu Amezaga de Irujo





Somos cinco arbolitos... cinco arbolitos que hemos crecido al mismo tiempo en esta pequeña huerta, bajo el cielo azul. Tengo recuerdos muy vagos de cuando no era más que una semilla... apenas si evoco la mano gruesa y amplia que me eligió entre otras y me puso en el hueco húmedo que fue mi primera cuna. Y también, recuerdo mis ansias... mis ansias de salir de la oscuridad de la tierra para ver lo que había más allá, bajo el sol. Oía hablar a las raíces, del Viento y del Cielo y de los pájaros y de las flores y tenía viva curiosidad por saber cómo eran. El día en que abrí mis





misma Tierra olvidaba. El don. Sí... el don. En el comienzo de la primavera, cada árbol debe escoger su don. Un don que marcará la ruta de la copa hacia el cielo. Porque para querer tocar las estrellas, hay que saber que se quiere llegar a ellas y para saber que se desea crecer hasta tan alto, hay que tener las raíces repletas de savia vigorosa. Pues la savia, es como la voluntad del árbol. La madre Tierra nos miró lentamente y con voz grave nos preguntó cuál era el don que pensábamos elegir.

-Yo quiero ser alto -dijo rápidamente el pequeño pino.

-Lo serás, consintió la Tierra.

-Yo quiero ser hermosa, pidió la acacia.

-Te daré la flor, respondió la Tierra.

-Yo quiero ser admirada, solicitó la mimosa.

-Te daré el perfume, asintió la Tierra.

-Yo quiero ser frondoso, exclamó el caucho.



-Lo serás,  
prometió la Tierra.

Yo sentía mucha  
timidez, tanta, que  
no me atrevía ni a  
hablar, pero la madre  
Tierra apremió, y  
entonces musité  
torpemente:

-Yo quiero ser  
feliz.

-A eso aspiran  
ellos al pedir su don,  
-me dijo la Tierra  
con suavidad- pero  
para ser felices han  
pedido algo. Piensa  
un poco aún... ¿Cuál  
sería tu felicidad?

-No lo sé... quizás  
sea dar. Sí... quisiera  
que alguien sea tan  
feliz por mí, como lo  
fui yo cuando no era  
más que una semilla,  
y una mano me puso  
en el surco.

-No has elegido la  
mejor parte, naranjo...  
de veras que no,  
gruñó el Viento.

Pasó algún tiempo. Se me llenaron de diminutas florecillas blancas las ramas, pero mis hermanos eran más hermosos que yo. El pino iba creciendo tan de prisa, que temía que pudiera hacerle algún rasgón al Cielo. La mimosa olía suavemente, y las rojas flores de la acacia atraían todas las miradas, y las hojas grandes, lustrosas y verdes del caucho eran tan numerosas, que apenas si se le veía el tronco por entre ellas, y cuando la Lluvia caía, parecían todas bordadas en plata. ¡Qué bellos eran mis cuatro hermanos! En cambio, yo me iba quedando muy pequeño, y ellos, a veces, se burlaban de mí.

—Eres un naranjo enano, me decían, y el Viento se sonreía también, irónicamente. La madre Tierra callaba, y yo... pues yo me sentía un tanto triste. Mi copa estaba desnuda, mis hojas eran pequeñas... No era en verdad, un árbol hermoso.

La madre Tierra me preguntó una vez:

—¿Aún quieres ser feliz?

Y volví a decir que sí, porque sentía mucho amor por los cuatro hermanos que estaban cerca mío, por el Cielo azul que me cubría, y por la mano ancha que me había sembrado, y por el Viento que me sacudía o me besaba, según su cambiante humor, y por la Lluvia que lloraba mansamente sobre mí, como pidiéndome consuelo. Y el amor que sentía por ellos me calmaba la lenta tristeza que se apoderaba de mí, sobre todo en las tardes, a la caída del Sol, cuando todos nos quedábamos mustios, temiendo que más nunca volviera a izar su bella cabeza sobre el mar.

Ser feliz, había pedido al principio de la primavera, cuando elegí el don. Pero el amor tiene que darse, y yo no tenía nada que dar. Era pequeño y feo, y mi don no llegaba. La madre Tierra me miró compasiva y musitó:

—Ser hermoso no cuesta nada, naranjo... pero para ser feliz,

hay que conocer la humildad.

Pasó otro tiempo. Mis hermanos estaban en la plenitud de su belleza. Los hombres se acercaban a mirarlos y decían:

—¡Qué cuatro árboles tan preciosos! Pero aquél... aquél está demasiado pequeño, habrá que cortarlo.

Y yo sentía una pena tremenda de que pensarán en quitarme las raíces. Mi aspiración era tenerlas siempre todas llenas de tierra y humedad. Recibía alborozado la Lluvia sobre mis hojas, y la bebía sediento... ¿Podía alguien quererme tan mal, como para quitarme la vida? Sí, pero era cierto que al lado de mis hermanos, yo parecía demasiado pequeño, demasiado escuálido.

Se reía de mí el Rosal, todo cubierto de rosas rojas como las flores de la Acacia; y la Parra con sus grandes hojas verdes y sus racimos morados; y la Trinitaria, que con sus florecillas menudas y color naranja, crecía en lo alto de una tapia. Me comparaban con el Pino cuya altura era admiración de todos... esbelto, con las ramas puntiagudas y flexibles, cada vez que el Viento lo acariciaba, producía un suave murmullo



que invitaba al reposo. Me comparaban con el Caucho que estaba espeso, y cuyas raíces enormes no parecían bastarse con el sitio que les diera la Tierra. Y me comparaban con la Mimosa tan grácil y alegre y coqueta, siempre llena de botoncitos amarillos y que emanaba tan dulce perfume por toda la huerta... y ¿qué decir de la Acacia? Sólo el Rosal podía competir con la belleza de su flor.

Sí. Yo sabía que todos estaban de acuerdo con los hombres, y que querían que fuera talado.

—Un árbol que no crece, que no perfuma, —decían en voz baja las Trinitarias a la Parra— no es un buen árbol.

Una noche sentí que mi savia se volvía espesa... muy espesa... y un dolor agudo me fue naciendo en la punta de mis ramas, allí, en el sitio mismo donde habían estado las pequeñas florecillas blancas, que para desgracia mía habían durado tan poco tiempo. Y, al día siguiente estaba todo lleno de granitos verdes.

Sentí horror de mi mismo... pero no quise distraer con mis pesares la silenciosa oración del Pino, ni la alegre danza de la Mimosa, ni la risa de la Acacia... ¡Estaban tan hermosos! No. No era raro que la Trinitaria y la Parra y el Rosal los mirasen con gusto, y que el Viento los acariciase tan suavemente, y que los gusanos oscuros no intentaran subir por sus troncos gruesos y húmedos, por temor a marchitar tanta belleza. Sobre la hierba verde y suave de la huerta, sus hojas lozanas, sus copas profundas, resplandecían bajo el Sol.

Entonces, pensé con ternura que era bueno verlos... que si la Tierra me había dejado más pequeño y delgado era para que pudiera contemplar la espléndida altura de mis hermanos. Ellos no podían verse a sí mismos... sólo, desde mi pequeño rincón de hierba, la belleza de la Acacia, la gracia de

la Mimosa, la esbeltez del Pino y la exuberancia del Caucho, tenían significado. Y mi felicidad -aquella que yo había pedido en el comienzo de la primavera- era poder contemplarlos en todo el esplendor de su florecimiento.

De ese modo, volvía a sentir aquella sensación alegre que me recorrió entero el día en que fui puesto en el surco, en forma de semilla, y en el que sentí el ansia primera de romper la oscura coraza para gozar de la luz del Sol.

Y fue entonces, y sólo entonces, cuando la conciencia de mi propia sencillez y de mi propio conocimiento se abrió en mí, cuando sentí un reventón en las puntas de mis ramas, y toda mi savia empezó a circular con fuerza, y una dulzura desconocida me perfumó todo por dentro.

Y a la mañana siguiente, cuando apenas me iba despertando de mi sueño, sentí la voz de los pájaros alegre y chillona decirme:

-Tienes frutos dulces... ¡tus frutos nos saben a gloria!

Y unos niños de ojos oscuros y manitas rosadas me palparon las ramas:

-Tiene naranjas... muchas naranjas ¡qué ricas naranjas!

Y sentí el pico de los pájaros, y los deditos de los niños, y la voz toda de los otros árboles hermanos.

-Al fin has florecido... pero tu carga es demasiado pesada y se te romperán las ramas -aseveró la Mimosa.

-Y se te inclinará la copa -sentenció el Pino.

-Y las flores no te duraran mucho, porque el fruto tendrá prisa por nacer, aseguró la Acacia.

-Y tus hojas no crecerán, pues la savia tendrá que alimentar el fruto... sentenció el Caucho, con voz grave.

-No. No elegiste el mejor de los dones -oí decir a la Trinitaria, que desde lo alto de la tapia, miraba curiosa mis



naranjas -mejor hubiera sido la flor... sólo la flor. El fruto duele al nacer... y las manos de los niños tirarán con fuerza de tus ramas y quebrarán algunas. Y los pájaros no dejarán que duermas nunca. Sus picos duros siempre estarán buscando el corazón de tus naranjas.

Pero la Tierra que había estado silenciosa, dijo alegremente:

-Pero él será feliz dando su don...

-También yo lo soy perfumando la huerta -musitó la Mimosa.

-Y yo, acariciando las estrellas -exclamó el Pino.

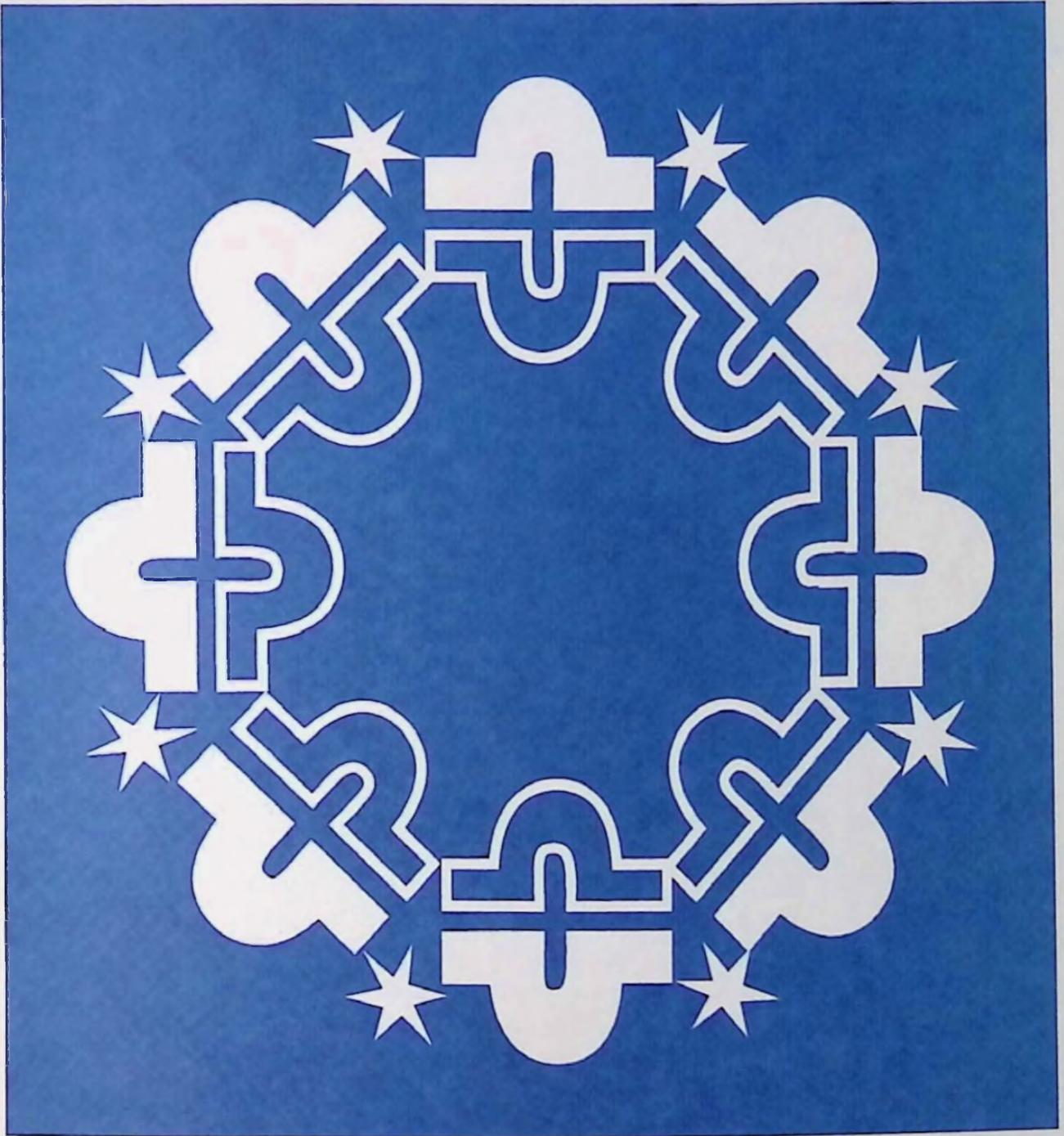
-Y yo, dando la alegría de mis flores rojas -dijo la Acacia.

-Y yo, que soy todo verde, y sirvo de descanso a la vista fatigada... masculló el Caucho.

-Sí, sois felices también. Pero él lo será más porque ha conocido antes su propio corazón, y la certeza de su propia insignificancia. Y porque ha querido amar... yo le di el fruto. Nunca será alto, ni frondoso, ni grande. Ni hermoso. Toda su savia está concentrada en su fruto. Pero cada vez que le nazca una naranja amarilla, será feliz. Y será aún más feliz, cuando un niño venga a quitársela de la rama. Entonces, sentirá que todo su cuerpo está compensado. Su felicidad está en su propio trabajo... en el largo tiempo en que va madurando su fruto.

La madre Tierra calló, y los árboles hermanos me miraron. No entendían y se pusieron a jugar con el Viento, que como era un poco sordo, apenas si oía nuestra charla. Entonces, incliné un poco mi copa, para que no pareciese altiva ni dura, y festejé en silencio mi don. Sabía que no era mejor ni peor que el de los otros... era solamente distinto. Pero me había costado mucho esfuerzo, y había pasado muy tristes noches. Ahora, al fin sabía que por la pulpa amarilla y sabrosa de mis naranjas, los niños y los pájaros serían dichosos. Sí, mi don, era un hermoso don. Y yo era, un naranjo feliz.





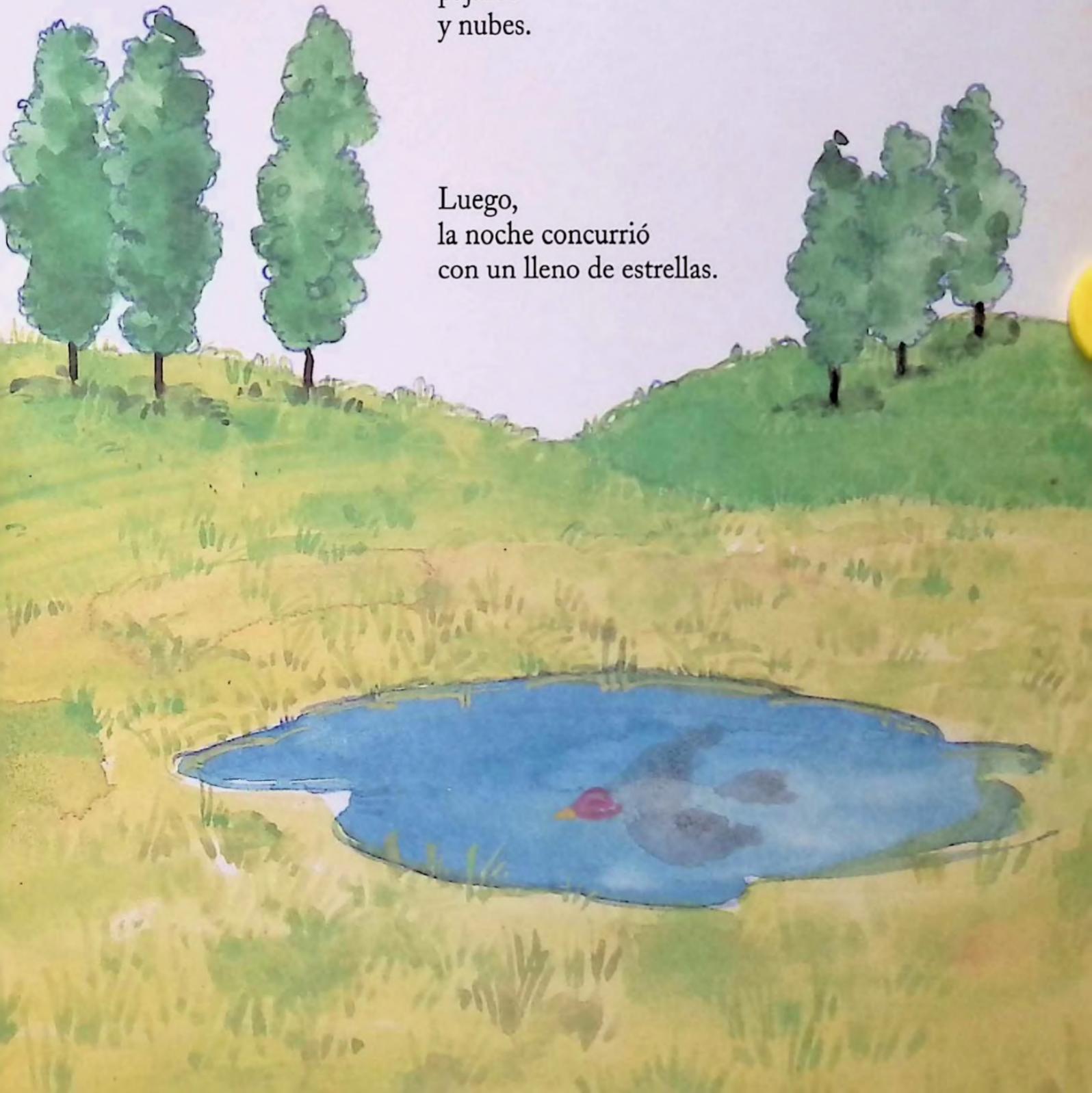
El Charco  
Julio Morales Lara



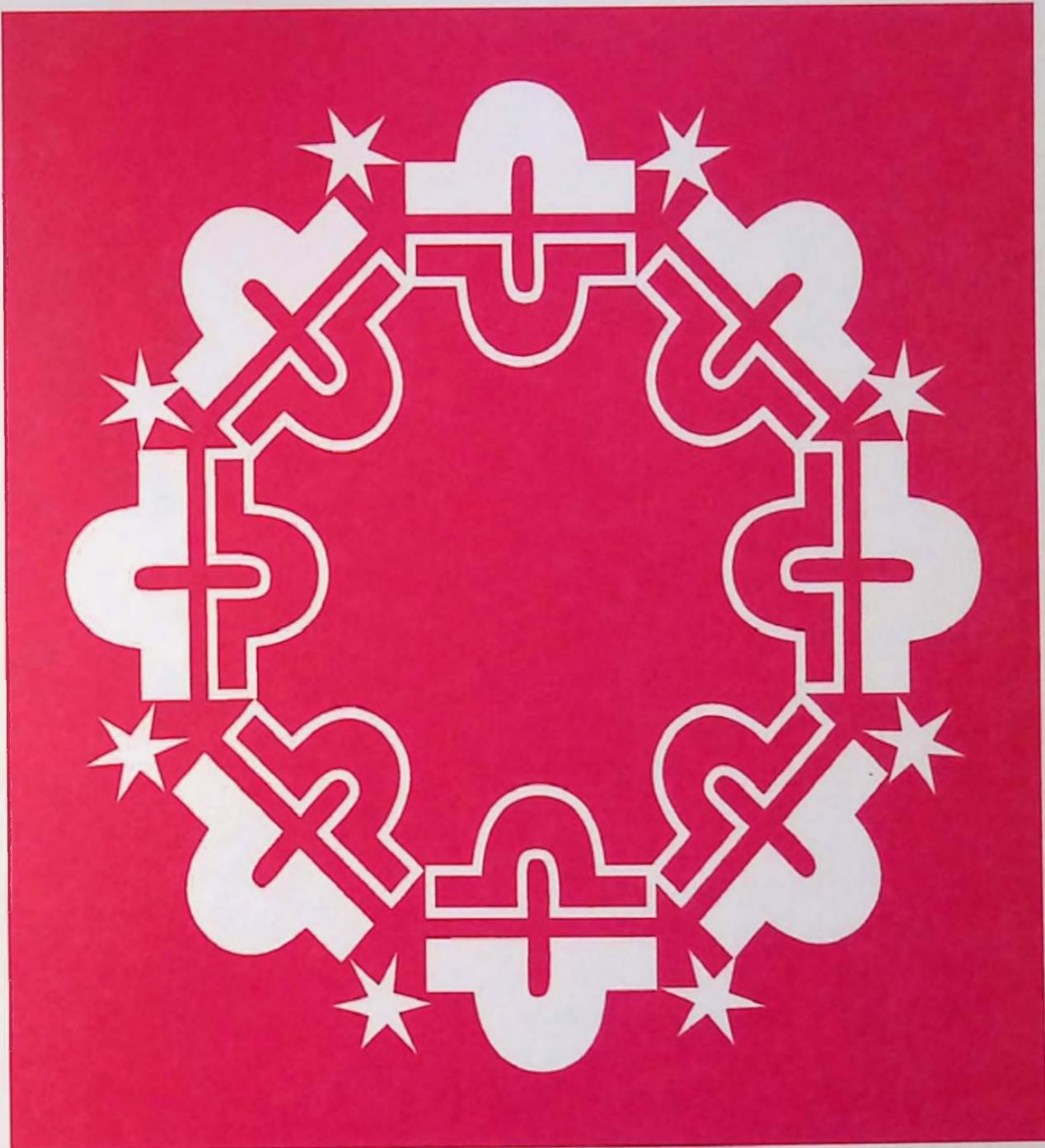
La lluvia  
abrió en el suelo  
su lente.  
Toda la tarde  
estuvo filmando  
árboles,  
pájaros  
y nubes.



Luego,  
la noche concurrió  
con un lleno de estrellas.







El Barquito de Papel  
Ana M. Alvarez de Vernet





Soy un barquito de papel y les voy a contar mi historia:

Antes de ser un barco era una hoja de un periódico o diario, mi hoja estaba llena de muchas noticias y fui llevada, junto con todas las demás hojas que formábamos el periódico, a la casa de un señorón muy serio que se puso sus anteojos y leyó con gran interés todo el diario de aquel día; cuando terminó el señor de leerlo, pasamos a manos de su esposa, una señora muy simpática y sonriente, la cual nos hacía sentir no poderle devolver aquella sonrisa con que nos leía...

Fui dejado sobre una mesilla y pensé:

—Se ha terminado ya el interés por nuestras noticias, artículos y chistes..., acabó mi vida.

Pero no fue así... una encantadora chiquilla de siete años, rubia y sonrosada, preciosa como un ángel bajado del cielo, se llegó a la mesa y tomando la hoja del periódico que era yo, hizo conmigo un bello barquito, muy fuerte, pues lo dobló muchas veces, me puso sobre la mesa y viéndome exclamó:

-¡Quién pudiera ir en este barquito de papel por el mundo entero, y conocer todos esos pueblos y hablar todos esos idiomas que hablan en ellos!...

Se asomó al balcón de su casa, conmigo entre las manos; yo me sentía muy feliz, ¡nunca hubiera imaginado ser un barco!

Llovía torrencialmente y por las calles corría el agua como si fueran ríos. Otros niños más abajo, jugaban en la puerta de su casa, también con barquitos de papel y los ponían en la corriente..., muchos se desbarataban, otros seguían hasta perderse de vista...

La niña me contemplaba y decía:

-Ninguno es tan lindo como tú...

Buscó papel de colores y haciendo una alegre banderita la colocó sobre mi parte alta. Entonces sí que me sentí orgulloso, no era un barco cualquiera... ¡Era un barco con todas las de la ley...! ¡hasta con bandera! ¡listo para zarpar!

Pero mi linda amita desde el balcón no podía ponerme en el agua y no se decidía a bajar a la calle; menos mal que la lluvia, en vez de ser menos fuerte, cada vez arreciaba más...

Yo me sentía desesperado por sentir el agua bajo mí, pues aunque aquella niña era muy linda, ya no satisfacía mis ansias de aventura...

Por fin se decidió ella, y bajando las escaleras abrió la puerta de la casa, la lluvia nos azotó y la chiquilla dudó en salir a la calle, pero por último se decidió y me besó con gran cariño, aquel beso me produjo una alegría muy grande,



y me juré que sería un barco muy fuerte y valiente, entonces la niña con gran rapidez me puso en medio de uno de aquellos torrentes, creí llegada mi última hora, el agua iba a ser presa de mí y sentí que estaba perdido..., pero, me erguí cuanto pude y con mucha gallardía emprendí mi viaje y con suaves movimientos de mi banderita dije adiós a mi amita... pero, cuando pasé frente a los niños de más abajo, les oí exclamar:  
-¡Mira qué barco tan lindo...! Vamos a pescarlo...

Corrieron tras de mí, desafiando la lluvia y por fin uno de ellos, me dio alcance, me sentí un poco abochornado y vi a lo lejos a la rubia niña, que miraba con desencanto mi aprisionamiento, y oí que gritaba a los niños:

-¿Por qué habéis cogido mi barco? El quizás hubiera llegado al mar, si ustedes lo hubieran dejado...!

Se rieron mucho los muchachos de lo que les decía la niña.

En esto se oyó la voz airada de una mujer, que llamaba a los niños y les reprendía por haberse mojado de aquella manera, los chiquillos entraron a la casa y me llevaron al cuarto de ellos.

-Mira chico -dijo el que me llevaba en sus manos-,



el barquito está enterito, no se echó a perder...

-Vamos a dejar que se seque...  
-le contestó el otro.

Y, así diciendo me dejaron sobre un mueble. Me mantuve todo lo derecho que pude, la banderita me hacía sentir muy orgulloso...

Cuando cesó la lluvia aquellos niños me pusieron al sol, para que me acabara de secar... entonces oí algo que llamó mi atención, pues nombraban a mi linda amita. Decían que a lo mejor ella estaba disgustada, porque ellos me habían tomado del agua.

Llegó la noche y los muchachos volvieron a llevarme a su cuarto, yo me sentía impresionado, pues había allí muchos juguetes buenos y muchos barcos, hechos



en madera y en metal, pero yo no fui despreciado por mis nuevos amos y fui colocado entre la orgullosa flota, que ni siquiera se dio por enterada de mi presencia allí...

Al día siguiente, llegó la misma señora aquella que reprendió a los niños el día anterior y oí con gran dolor que les decía:

-Gracias a Dios que a ustedes no les hizo daño el haberse mojado tanto ayer, en cuanto a la vecinita, la que vive una casa más allá, ustedes saben, la niña rubia, tan bonita que siempre se asoma al balcón, amaneció enfermita.

Los muchachos se condolieron mucho de que la niña se hubiera enfermado, y dijeron:

-¡Qué dolor nos da mamá! Ayer estaba bien... ¿nos darás permiso para ir a verla?

-Sí, creo que a la tarde los dejaré ir a darle un saludo...

Al oír aquello supliqué a Dios, con gran deseo, volver a ver a la criatura que me había hecho y que por ponerme en el agua se había enfermado...

¿Pero qué esperanzas podía tener de volver a verla?. Sentí escurrir por mí unas gotas, pero no de lluvia, eran auténticas lágrimas que brotaron de mí, no sé cómo...

Ahora podréis imaginar mi alegría cuando en la tarde, oí decir a mis amiguitos:

-¿No te parece que podríamos devolver su barquito a nuestra vecinita...?

-Eso mismo te iba a decir yo... -contestó el otro.

Yo quería gritar:

-Sí... sí... ¡llévenme!

Los niños ya resueltos complacieron mi íntimo deseo, que era también el de ellos, y me llevaron...

Traté de mantenerme muy erguido y arrogante

al encontrarme frente a mi querida amiguita, moví mi banderita en prueba de alegría.... y, ella tomándome en sus manos dijo:

-Pero si es mi barquito de papel... ¡muchas gracias! les dijo a los niños, y, yo recibí otro beso de labios de la linda niña.

-Te lo trajimos porque como tú lo hiciste y ya es un barco que ha navegado, creímos que te proporcionaría una alegría.

-¡Claro que sí! Ahora me alegro de que lo hayáis cogido, pues de esta manera está de nuevo en mi poder...

-Y... ¿qué vas a hacer con él? -le preguntaron los muchachos...



-Pues no sé...Lo conservaré mientras esté firme y arrogante... y después...

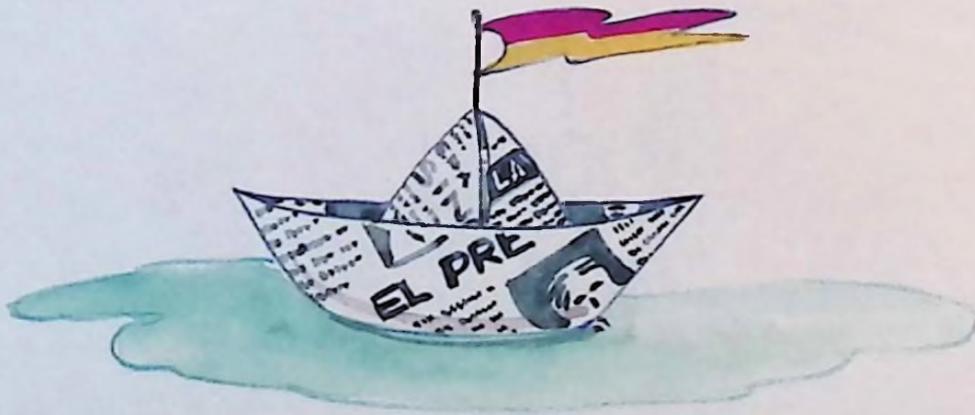
-¿Después qué harás? -volvieron a preguntar los niños con mucha curiosidad.

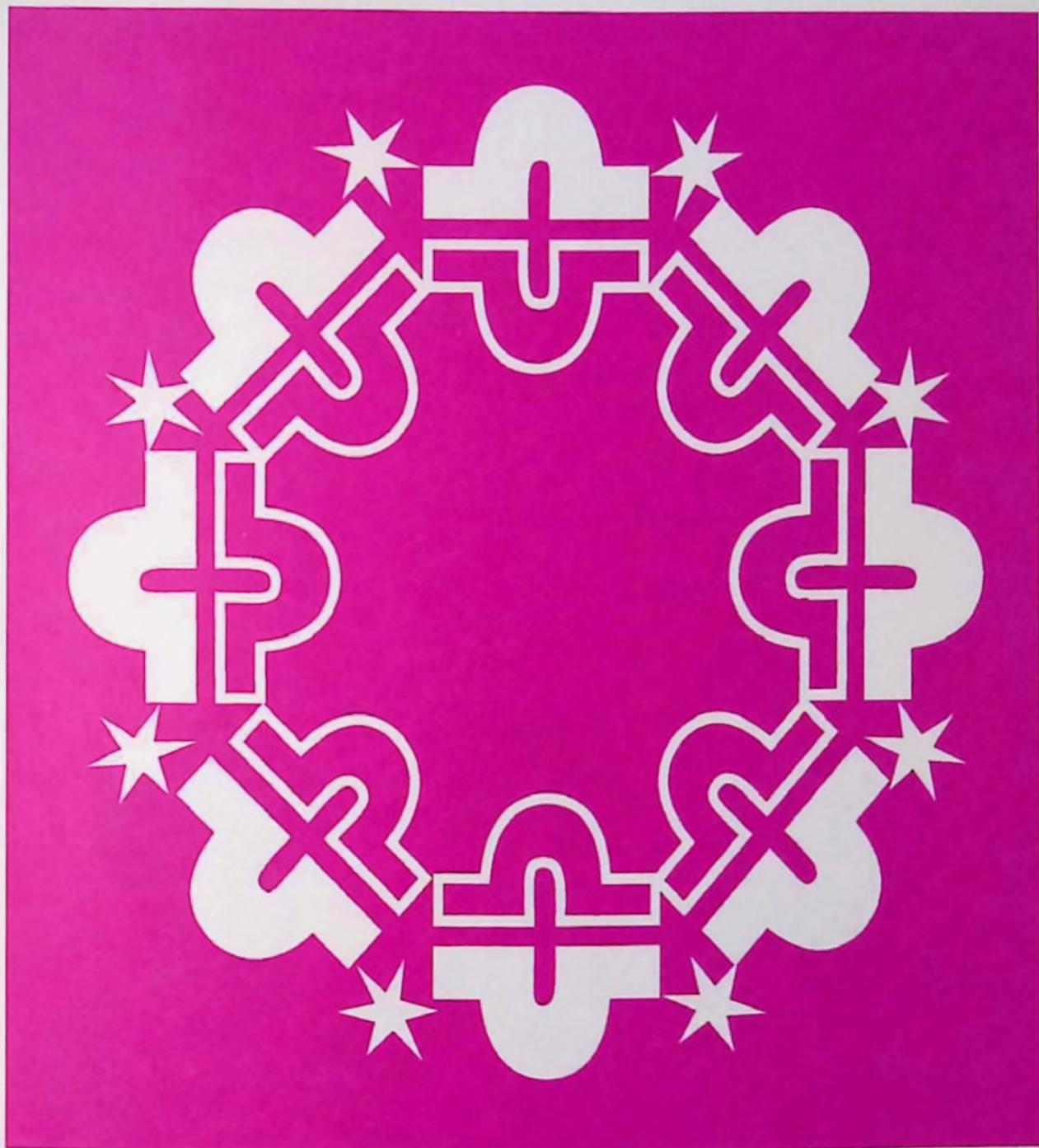
-Pues cuando ya se ponga viejo y feo, los convidaré a ustedes y le haremos los honores que se le hacen a los valientes... ¡luego lo quemaremos!; pero, cuando esto suceda, yo de todas maneras nunca olvidaré a mi barquito de papel...

-Nosotros tampoco -añadieron los niños-, él nos ha hecho comenzar nuestra amistad...

Y, aquí termina mi historia, queridos niños, estoy colocado cerca de mi bella amita y como me tiene debajo de un fanal de vidrio, duraré mucho sin ponerme viejo y feo...

Pero cuando esto llegue, no me sentiré triste sino por el contrario, muy satisfecho de haber vivido una vida tan llena de ilusiones y de alegrías, al lado de la bella rubita, que de una simple hoja de papel que yo era, con sus bellas manos, me dio la forma de un interesante barquito...





Poema de los *Reyes Magos*  
Efraín Subero



## Gaspar

-Niño Dios,  
aquí te traigo  
mis corderos  
de algodón  
para que corras  
sobre ellos  
hacia donde  
nace el sol.

## Melchor

-Yo que vengo  
de tan lejos,  
de cerca  
lo quiero ver.  
Quiero tocar  
sus cabellos,  
quiero la estrella  
encender.

¡Yo he venido  
de muy lejos  
sólo por jugar  
con él!

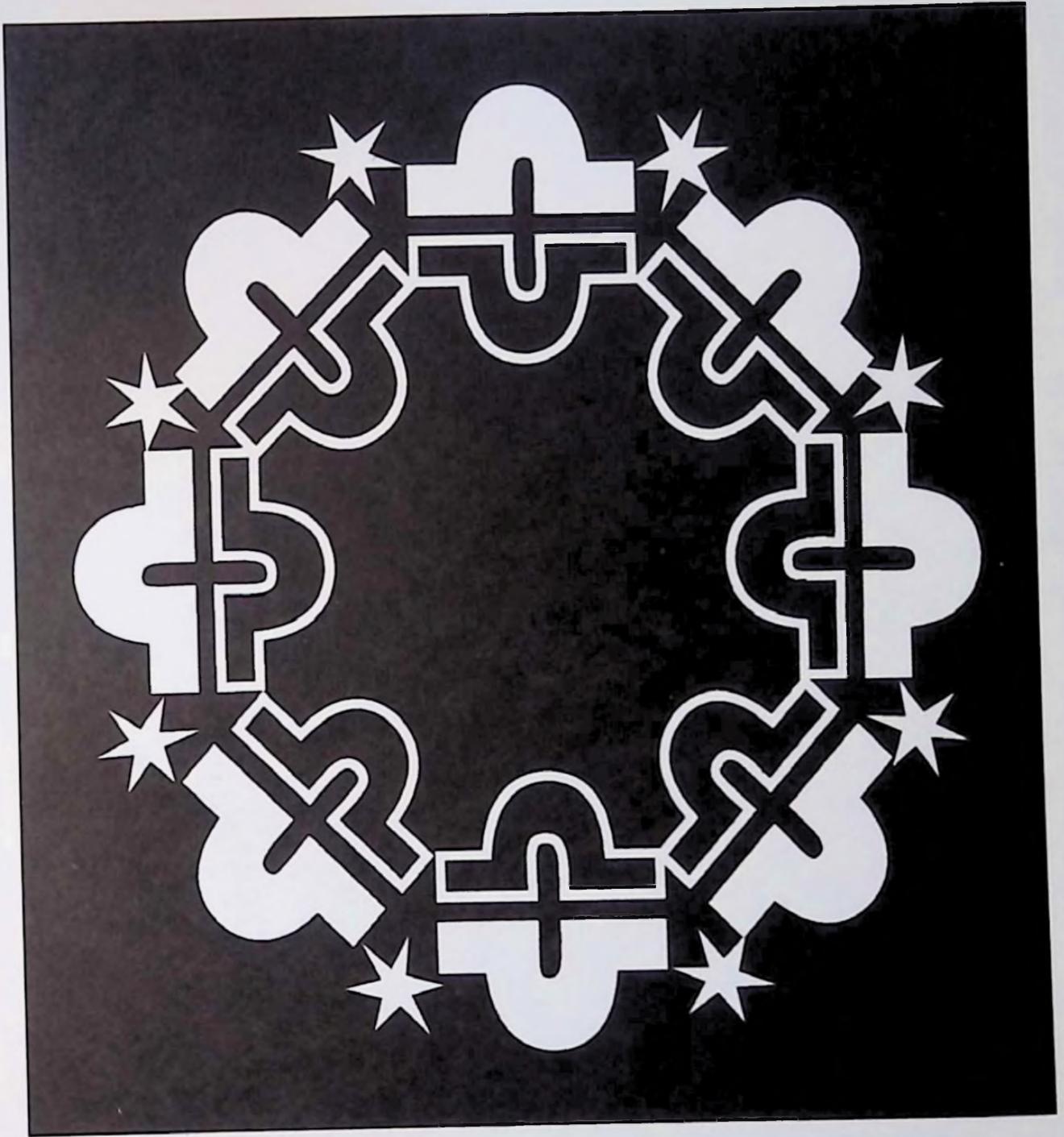




Baltasar

-Nada te traigo,  
amiguito.  
Nada te pude  
traer.  
Sólo tengo  
en el bolsillo  
lo que tú debes tener:  
un pedacito  
de espejo  
y un trompo  
con su cordel.  
Atrapé  
una mariposa  
y una flor  
se echó a llorar,  
se destiñó  
el arco iris  
y me dijo:  
-¡Eso está mal!

Nada te traje,  
amiguito.  
¡Pero te vine  
a mirar!  
Bajo la estrella  
encendida  
sobre el portal  
de Belén,  
tres Reyes  
rinden tributo  
a un niño,  
a un ángel,  
a un rey,  
¡en un palacio  
de paja  
junto a una mula  
y un buey!



Hermanito Indio  
Edda Arriaga



Hermanito indio  
llégate hasta mí,  
todas tus caricias  
las guardo yo aquí.

Hermanito indio  
que en el corazón  
llevas encendida  
la desolación.

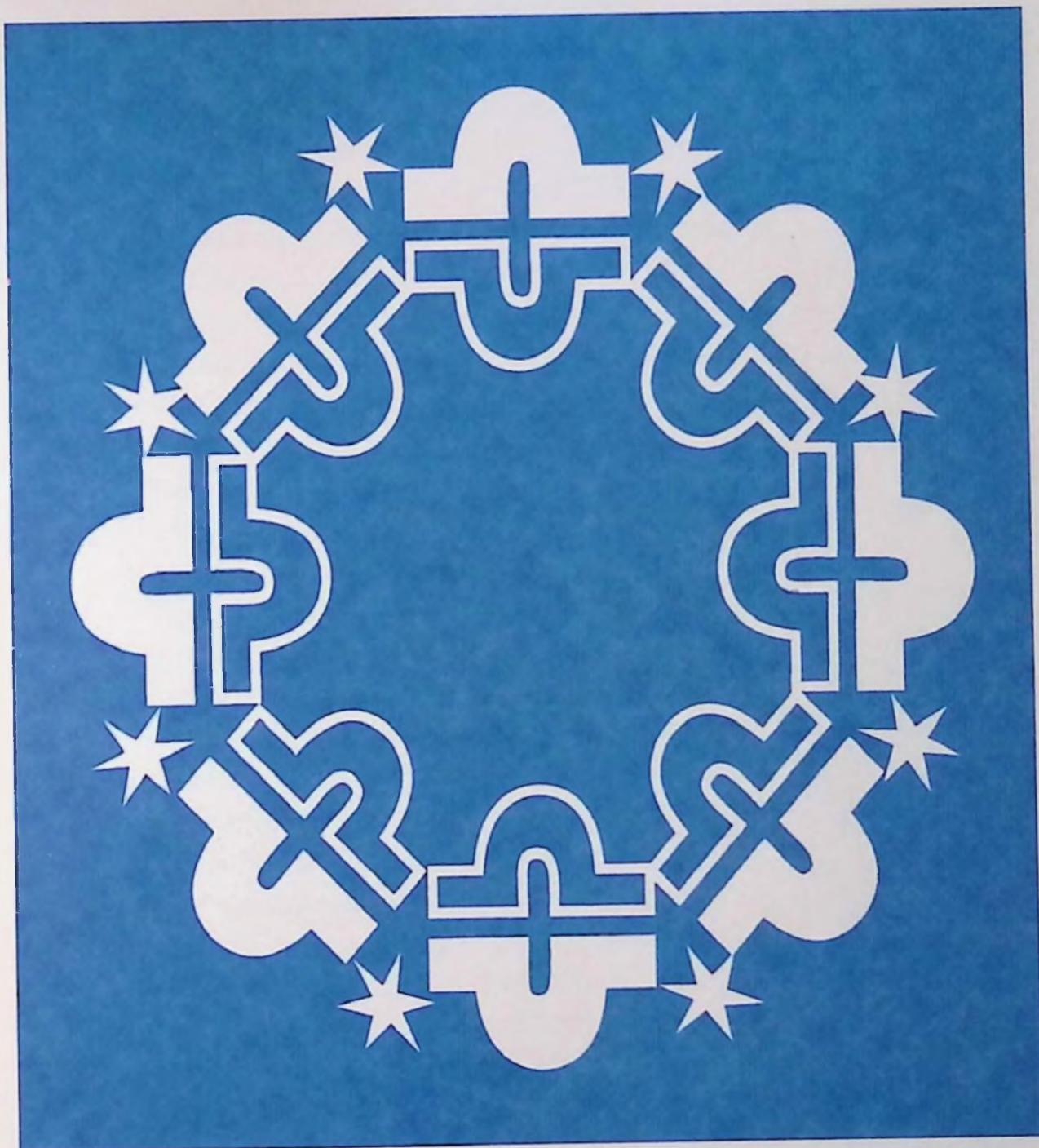
Hermanito indio,  
flor americana,  
eres la semilla  
de esta raza hermana.





Hermanito indio,  
que del mediodía  
llevas en tus ojos  
la melancolía...

Hermanito indio  
llégate hasta mí  
que seré una fuente  
de bien para tí.



La Hija de la Lluvia  
Fanny Mendizábal de Alfaro



Un día en que llovía alegremente sobre los campos, se vio bajar por las escaleras plateadas de la lluvia a una preciosa chiquilla brillante como un pedacito de sol.

Bajó y se puso a corretear entre las flores. ¡Qué fresca y alegre era la muchacha! Llevaba una falda tejida con hilos de lluvia y una blusa vaporosa hecha de nubes.

Corría riendo tras las mariposas y de cada una de sus huellas se levantaba una flor. Esta hermosa chiquilla era la hija de la lluvia. Por donde cruzaba iba dejando cadenas de flores nuevas... Jugó toda la tarde con los pájaros, con los niños, con las mariposas...

Pero cuando más entretenida estaba en el huerto, la música de la lluvia cesó de improviso. La muchacha alzó los ojos y vio que no colgaba ni un hilo de agua desde el cielo, para trepar por él. ¡Estaba perdida! ¿Cómo volvería, pues, a su país de nubes?

Corrió de un lado para otro, buscando desesperadamente una cadenita de gotas, pero no halló ninguna. Todas estaban cortadas y tiradas por el suelo, otras colgaban de los árboles, a otras se las llevaban los pájaros en las alas, pero ninguna bajaba directamente desde el cielo.



-Yo te llevaré allí -dijo una mariposa con alas de arco iris.  
-No podrás hacerlo, las nubes están muy altas.  
-Yo sí puedo llevarte -dijo el picaflor.  
-Tú tampoco. Perderías la fuerza en medio viaje y los dos caeríamos muertos a la tierra.  
-¡Qué hermoso destino el morir a tu lado! -suspiró el picaflor.  
Pero la niña estaba tan triste que ni agradeció la galantería.  
-Yo te haré subir por el hilo de mi papagayo -ofreció entonces un niño.  
-Tu papagayo no llega hasta el reino de las nubes.  
-Entonces quédate a vivir en mi casa hasta que vuelva a llover.  
-Mil gracias. Pero yo no acostumbro a vivir en las casas de los hombres. Yo vivo al aire libre.  
-Pues quédate conmigo. Vivirás entre mis flores, que son tan suaves, como las nubes -dijo entonces una rosa.  
-Y nosotros volveremos todos los días para jugar contigo -dijeron las aves.  
-Ustedes son muy buenos y les agradezco -contestó la hija de la lluvia.  
-¿Pero te quedas?  
-Sí, hasta que vuelva a llover.  
Pero pasó una semana y la lluvia no volvió. Ella permaneció llorando, de la noche a la mañana. Sin embargo, cierto amanecer, despertó con el rostro bañado de alegría. Acababa de distinguir a una estrella amiga que la miraba desde el cielo.  
-¡Ayúdame a subir! -rogó la niña.  
-¿Cómo?  
-Suéltame tus trenzas de oro.



-¿Subirás por ellas?

-Sí

-¿Crees que alcancen a la tierra?

-¡Oh sí, alcanzan...!

Y la estrella soltó sus cabellos rubios, que cayeron hasta las manos de la muchacha.

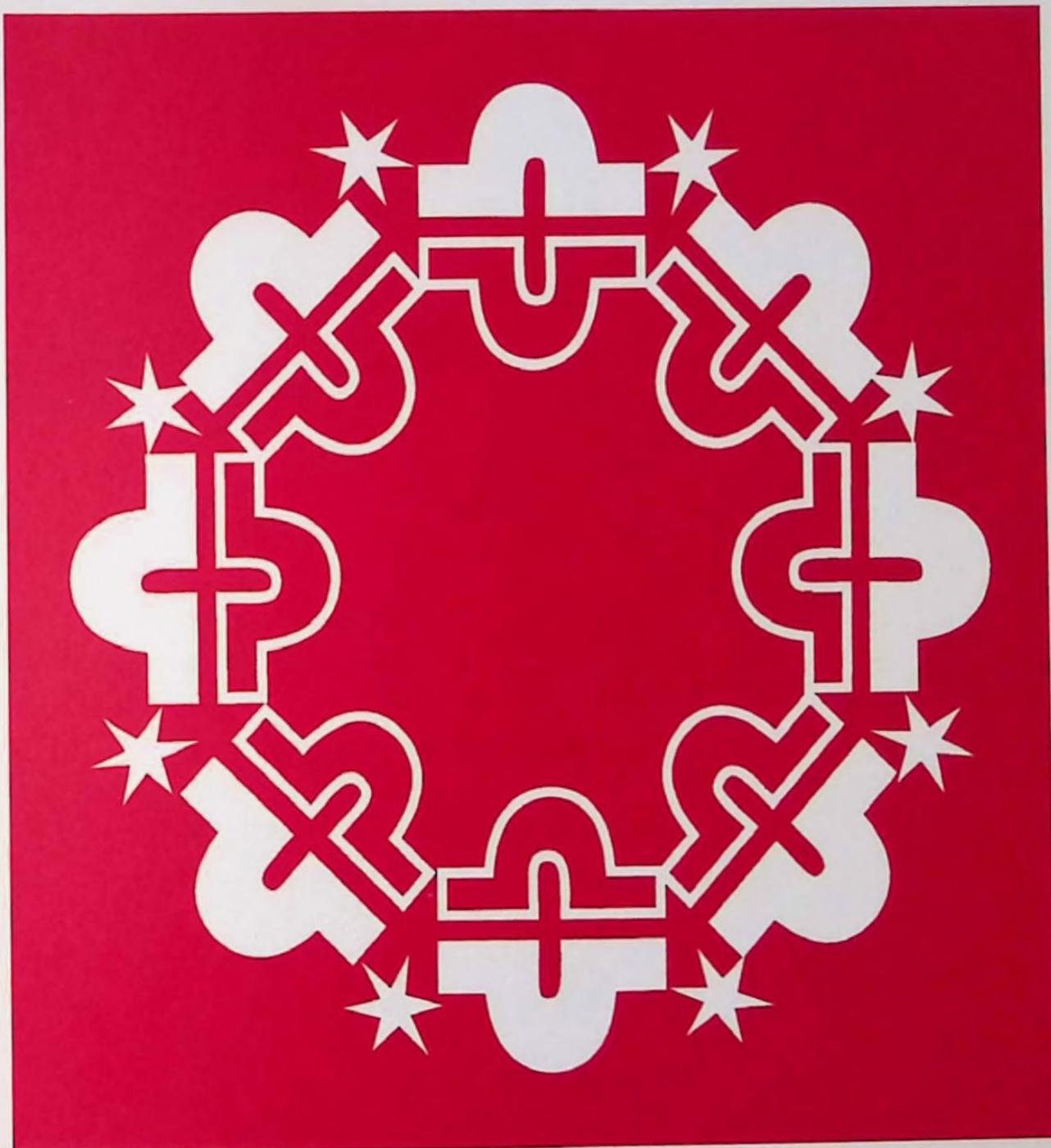
-Me voy, amiga. ¡Adiós...! -dijo y dio un beso a la rosa.



Desde ese momento la planta quedó bañada de resplandores.

La niña se colgó de las trenzas de la estrella y comenzó a trepar. Al poco rato se mecía en el aire y agitaba una mano en señal de adiós. Siguió subiendo y subiendo hasta perderse de vista.

Las lluvias se fueron. Pero, todas las noches caía una cadenita de agua sobre la rosa. Era que la hija de la lluvia se arrancaba uno de sus brillantes collares y se lo arrojaba a la flor como un regalo.



Tres Cuentos Frescos de Mamá Naturaleza  
Henry Hernández Pérez





**1** *El primero, el después y el luego de las hormigas “cosedoras”*

*Primero* hubo una mañana soleada.

*Después* una brisa fresca.

*Luego* cien cafetos batiendo sus melenas.

*Y por último* aparecieron las hormigas cosedoras.

*Primero* seis de aquellas hormigas trajeron las hojas.

*Después* una docena de ellas trajeron a los recién nacidos que llamaban “larvas”.

*Luego* el resto de las madres buscaron seda y agujas.

*Y por último* cosieron a sus hijitos entre dos plaquitas verdes del árbol más tierno del cafetal.

*Primero* hubo lluvias y caían gotas. Y las larvas no entendían qué eran aquellas bolsitas llenas de nada.



*Después* hubo brisa. Y las larvas cerraron el estuchito de su cuerpo para protegerse de ella.

*Luego* hubo sol. Y las nacientes hormigas con cuerpecito pálido abandonaron el abrigo que las recubría y tomaron pedacitos de él para abanicarse.

*Y por último* hubo luz. Y las hormigas con el tono caoba que da la madurez, abandonaron el hogar deshecho, rompiendo la seda vieja. Se lavaron con agua acumulada en la hoja superior y se secaron con sol y aire.

*Y por último* se despidieron con abrazos y se dedicaron a recorrer el cafetal.

*Primero* se enteraron de lo bello que era el mundo.

*Después* se rieron al saber que se llamaban cosedoras.

*Luego* fabricaron una familia.

*Y por último* buscaron seda y hojas para protegerla.

*Primero* hubo una mañana soleada, *después* una lluviosa, luego brisa y *por último* cien cafetos batiendo sus melenas.



## 2 *La mariposa blanca de la col*

La mariposa blanca de la col voló aquella tarde azul y pensó con orgullo, que era medallón del cielo.

Ordinariamente adoraba posarse sobre la margarita amarilla o sobre el crisantemo, pero aquella tarde azul pasó indiferente, porque llevaba una idea verde en sus antenas.

La mariposa blanca de la col, voló aquella tarde azul hacia el jabillo, y su blancura se esponjó al detener el vuelo.

Entonces, paciente, probó la comodidad de todas las hojas golpeando con sus patas delanteras.

Y en la noche tibia que siguió a aquel vuelo, se oyó el comentario de la siembra hogareña de coles, sobre la ausencia de una de sus reinas.

Después el sol se tapó y destapó los ojos varias veces y en



otra tarde azul cuando  
la mariposa blanca  
miraba a una flor  
refrescar sus colores  
con una gota de  
arcoiris, el jabillo en un  
despliegue de brazos  
despidió el vuelo de  
siete mariposas blancas  
sostenidas por siete  
pedacitos de brisa  
volandera.

Y ese mismo día,  
poco antes de  
oscurecer, la mariposa  
de la blancura grande,  
hinchida por el  
orgullo de ser madre,  
no pudo dejar de  
pensar que eran siete  
medallitas blancas en  
el pecho azul del cielo.



### **3** *La primavera de las chicharras*

Vestido de brillos, Abril contempló los primeros luceros de los naranjales; chispeó de alegría hacia todos los lados y ayudó a soltar matices rojos, amarillos, verdes, morados... y después llegó Mayo, de mano con la vida de las chicharras.

Y cada día del mes fue afinador para que sus membranas chirriaran. Mayo “cabeza de flores” habló con sus hijos

los árboles, para que albergaran a las hembras durante la serenata de los machos.

Y mientras las trompitas perforaban el futuro hogar, la orquesta continuaba tocando.

Hasta llegaron a las apuestas. Un bucare se ufano de tener más habitantes que su vecino, sumando flores de gallito y chicharras.

La noche en que Mayo danzó con Junio, las hembras bailaron al compás del canto monocorde y la noche en que Junio dio la bienvenida a Julio, árboles y chicharras brindaron con savia.

Así que el día que las larvas cayeron a tierra haciendo túneles, sus genitoras dormían cansadas de la fiesta.

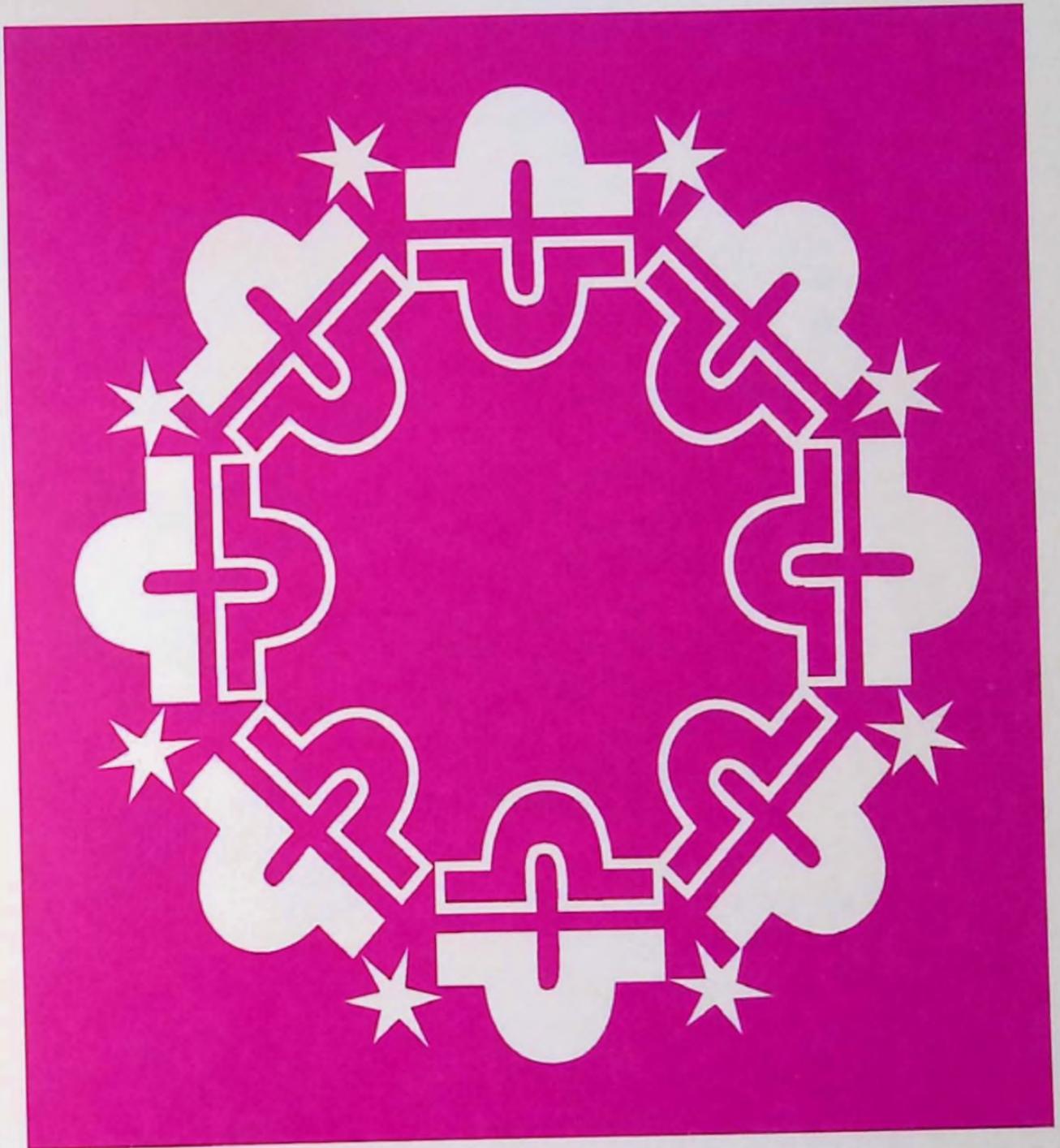
Después las horas correataron a los días y éstos a los meses y los años se escondieron en las ramas y echaron barbas.

Y un día, cuando el tiempo pasó entre los bosques arreando otra vez a Abril, las larvas, ahora más cortas y abultadas, se fijaron en el tronco que les sirvió de cuna para escuchar de nuevo los arrullos del árbol madre.

Y éstos fueron tan dulces y efectivos, que las casitas blancas aferradas al tronco, abrieron sus puertas y dejaron escapar una manada de hojas tiernas con alas.

Después contó el día que los árboles más pequeños creyeron que sus madres retoñaban. Y nadie se extrañó porque era Mayo. El mes "cabeza de flores" había llegado ya... de mano con la vida de las chicharras.





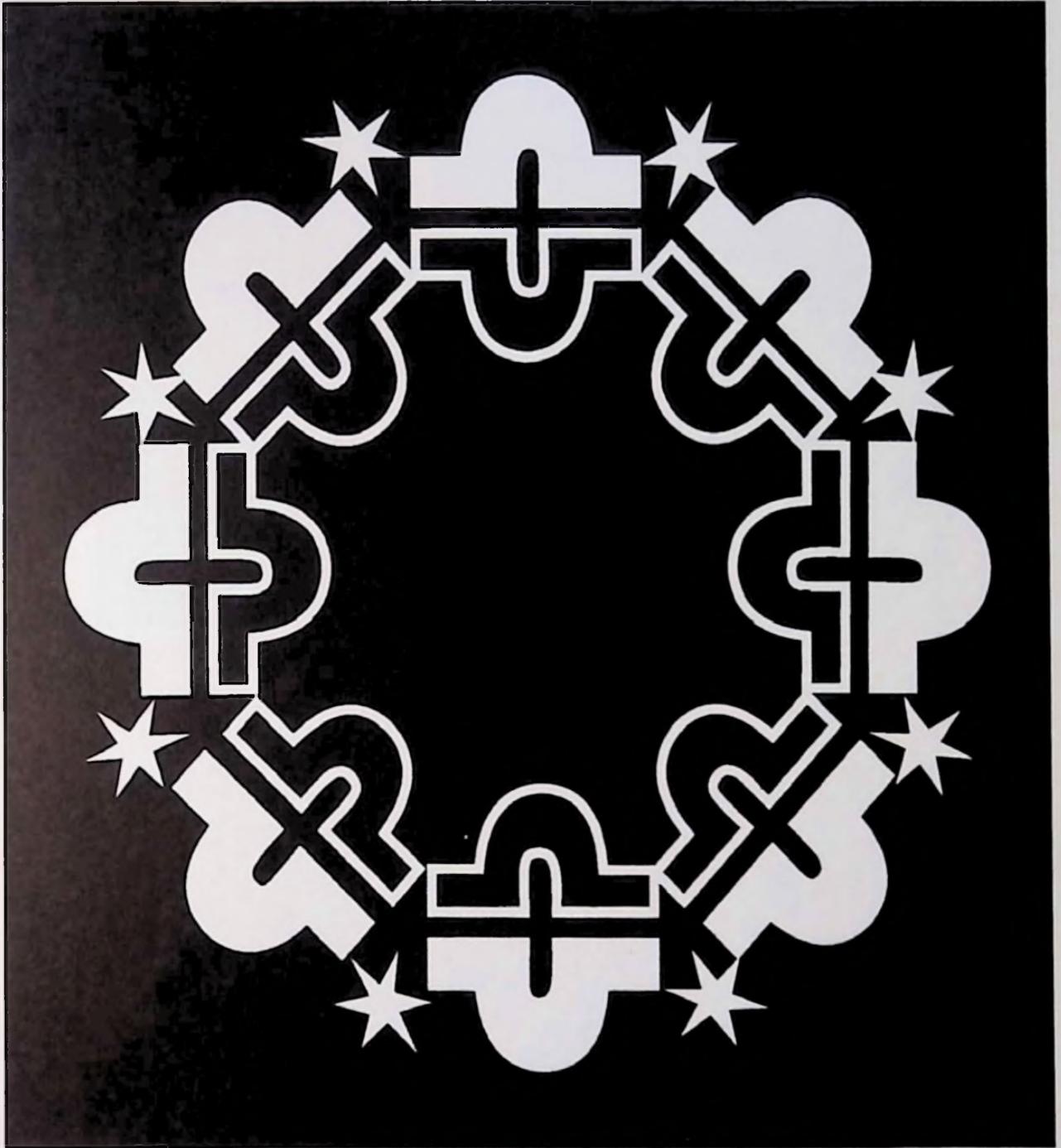
El Niño Pintor  
Carmen Delia Bencomo





Un niño pintor  
pregunta a una flor:  
¿Por qué Dios te ha dado  
tan lindo color?  
La flor no responde  
y roja se pone  
de puro rubor;  
entonces el niño  
toma su paleta  
y con gran cariño  
pinta ese primor.





Jesús, José y María  
Oscar Guaramato





Al llegar a la cuesta, el asno apresuró la marcha. María buscó acomodo en la montura y miró hacia el hombre. El polvo y el sudor pintaban duros rasgos en el rostro de José. La barba ensortijada parecía ahora un atado de hierbas secas. María bostezó y el ruido leve al aspirar hizo que el hombre la mirase.

-¿Cansada?

-No.

-¿Sueño, entonces?

-No. No siento sueño.

El hombre cambió de una a otra mano el rugoso bordón. El asno había terminado de subir y ya en la meseta condicionó el trotecillo al hilo del camino.

-Sí -murmuró el hombre-. Debes estar cansada. Hemos dejado atrás un pueblo y tres aldeas. También un río.

María comentó:

-Suerte tuvimos en encontrar el río. Estaba sedienta.

También tú. Y este -palmoteó sobre el lomo del asno- no hubiera resistido mi carga, así como estaba... ¿Observaste cuánta agua bebió? Bueno, ahora es noche y el aire es fresco. Esta mañana casi me ahogo con tanto polvo y tanto sol.

-El pueblo no está lejos.

En los ojos de María hubo un parpadear de inquietud:

-¿Encontraremos posada? En el otro pueblo y en las aldeas por donde pasamos no encontramos.

José no respondió. Registró el interior de una bolsa de fibras y sacó un trozo de pan. Mordió un pedazo. Miró a María -blanda de luna, húmeda de frío-. Ella sintió el masticar del hombre y preguntó, sin mirarle:

-¿Qué comes? Parece que comieras hojas secas, o cortezas de árboles. ¿Qué comes, José?

-Estoy comiendo pan. ¿Recuerdas, cuando salimos, al hombre que cargaba la ovejita?

-¿La ovejita con la pata quebrada?

-Sí. Ese. El mismo que me dijo: - "Qué bonita correa, señor. ¿La cortó usted?"

-Ah...

-Comprendí que sería feliz llevándola y se la di. Al despedirnos, él me dijo:

- "¿Quiere una de mis ovejas?" Pero no podíamos llevar también una oveja con nosotros, al lugar donde vamos, y le respondí: - "Mucho agradezco, señor, su ofrecimiento, pero he aquí a María, mi mujer, que pronto tendrá un hijo, y piénsela cuidando a un tiempo a su niño y al asno y a la oveja". Y él, sin desmayar en su empeño de retribuirme el regalo, respondió:

– “Entonces le daré un pedazo de queso y un trozo de pan. Queso de oveja y pan de pastor, ¿quiere?”

En ese instante el asno tropezó un pedrusco y María estuvo a punto de caer. José alzó el bordón para castigar al animal, pero María –plumón de brisa, rama de rocío– había mirado y el hombre apagó su ira y sólo fustigó con palabras:

–¡Vamos, burrito, vamos!

Adelante, bajo la claridad lunar, emergían las primeras casuchas del pueblo.

Y por todas las callejas deambuló José en busca de albergue. Y en todos los sitios le negaron posada.

Y sucedió que en la casa del viejo Tobías había festejos por la boda de su hija. Y cuando llegó José y suplicóle cobijo, el viejo se enterneció y ofreció a los forasteros los toneles inútiles, las sillas rotas y el pienso de las bestias. Y en el pesebre nació el niño. Y el niño se llamó Jesús.



Era ya neblina de madrugada cuando uno de los invitados salió al patio y oyó el llanto del niño. Y llevó la nueva a los que festejaban.

Y todos preguntaban su nombre. Y hubo una mujer que obsequió a María con un racimo de uvas y otra que trajo carne de cabra asada para José. Y cuando todos regresaron a la fiesta y María quiso dormir, llegaron tres hombres: blanco, uno; moreno, el otro, y negro el tercero.

Y dijo el negro:

-Toma, para tu niño.

Y dio a María un pomo de ungüentos olorosos.

Y dijo el moreno:

-Toma, para tu niño.

Y dio a María un pájaro de siete colores.

Y entonces el blanco llamó aparte a José y le dijo:

-Tú vienes de un pueblo lejano. Yo voy hacia un pueblo lejano. Tú no posees ni una mísera pieza de plata para dar lecho limpio a tu mujer. Yo te daré oro.

-¿Oro? -balbuceó José-. ¿Me darás oro?

-Sí. Te daré oro reluciente. Oro que nunca has tocado con tus manos.

José miraba al blanco -los ojos de añil, el cabello amarillo, el pecho de gladiador.

-¿En verdad me darás oro? -preguntó de nuevo.

-Ya lo has oído.

Jesús, el niño, lloraba junto a la lumbre del amanecer. El hombre blanco sonreía en la bruma. José preguntó, una vez más:

-Y... ¿a cambio de qué me darás tu oro?

La sonrisa del blanco llenaba toda su faz.

-He dicho que voy hacia un pueblo lejano. He caminado

durante días. Mis pies ya no resisten. Yo te doy mi oro y tú me das tu asno.

En los brazos de María goteaba el llanto del niño. “Es el frío del amanecer” -pensó José-. El hombre blanco se impacientaba. José miró a María -gacela de ámbar, tamborín de miel- y dijo de repente:

-Trato hecho.

-Toma tu oro.

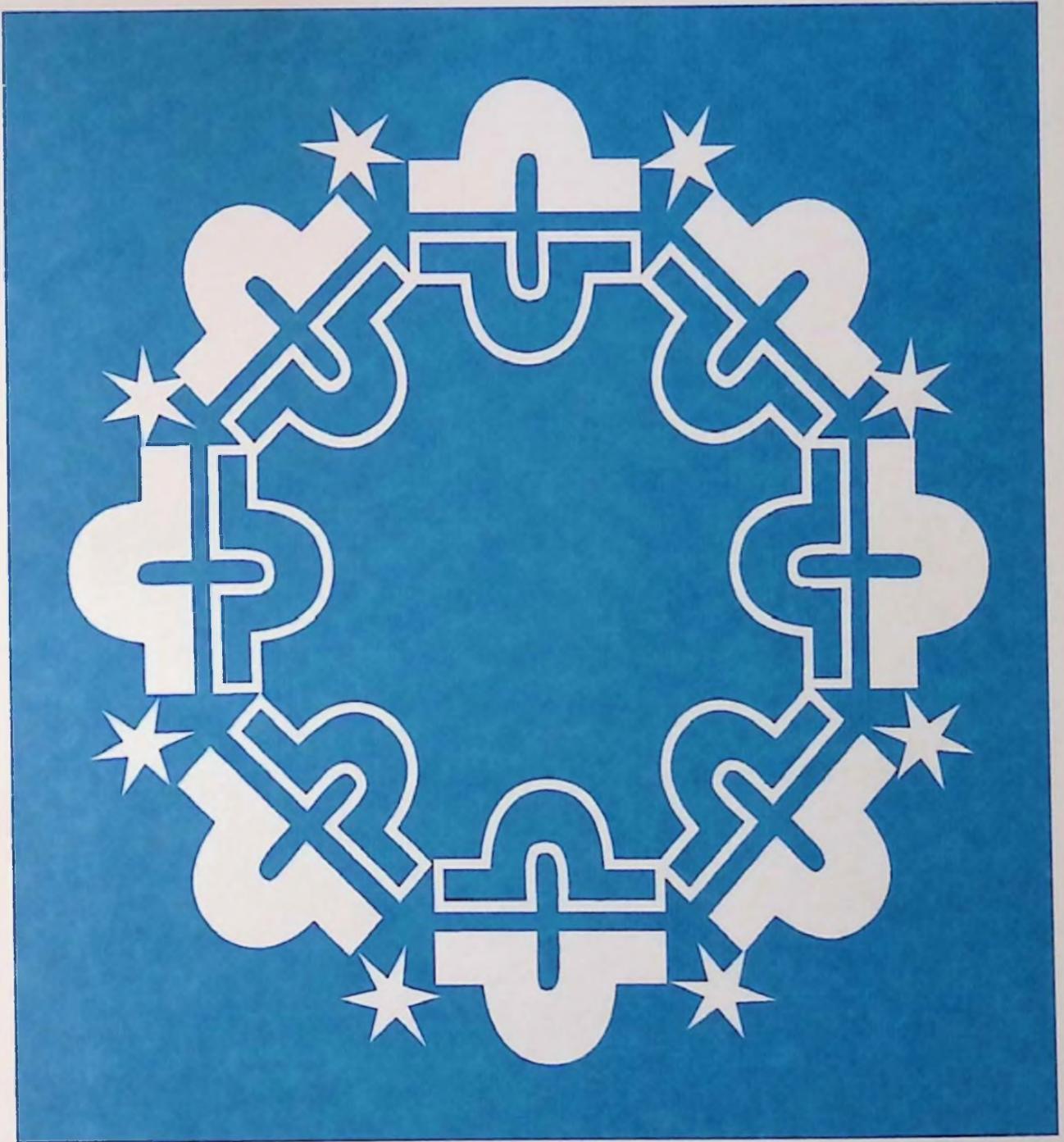
La pieza brillaba en sus manos como un pequeño sol. Y en una de sus caras había un ave con el cuello torcido. Y José observó: -“Es un ave de presa”.

El blanco montó sobre el asno y los otros le siguieron. Sobre el pesebre correteaba el alba.

Una semana después, José Carcurián y María Cumare llegaron a Cabimas. Y era Cabimas lugar donde reuníanse mercaderes de extrañas latitudes. Y uno de ellos, un sirio jorobado, trocó el dólar-oro por monedas de plata. Y, en las manos de José y María, eran las piezas como pequeñas lunas, donde un potrillo blanco corría sin descansar. Y entraron en la tienda de un mercader árabe y compraron a Jesús un venado de estambre y cuatro camisitas de seda artificial.







La Plantica  
Blanca Arias de Caballero



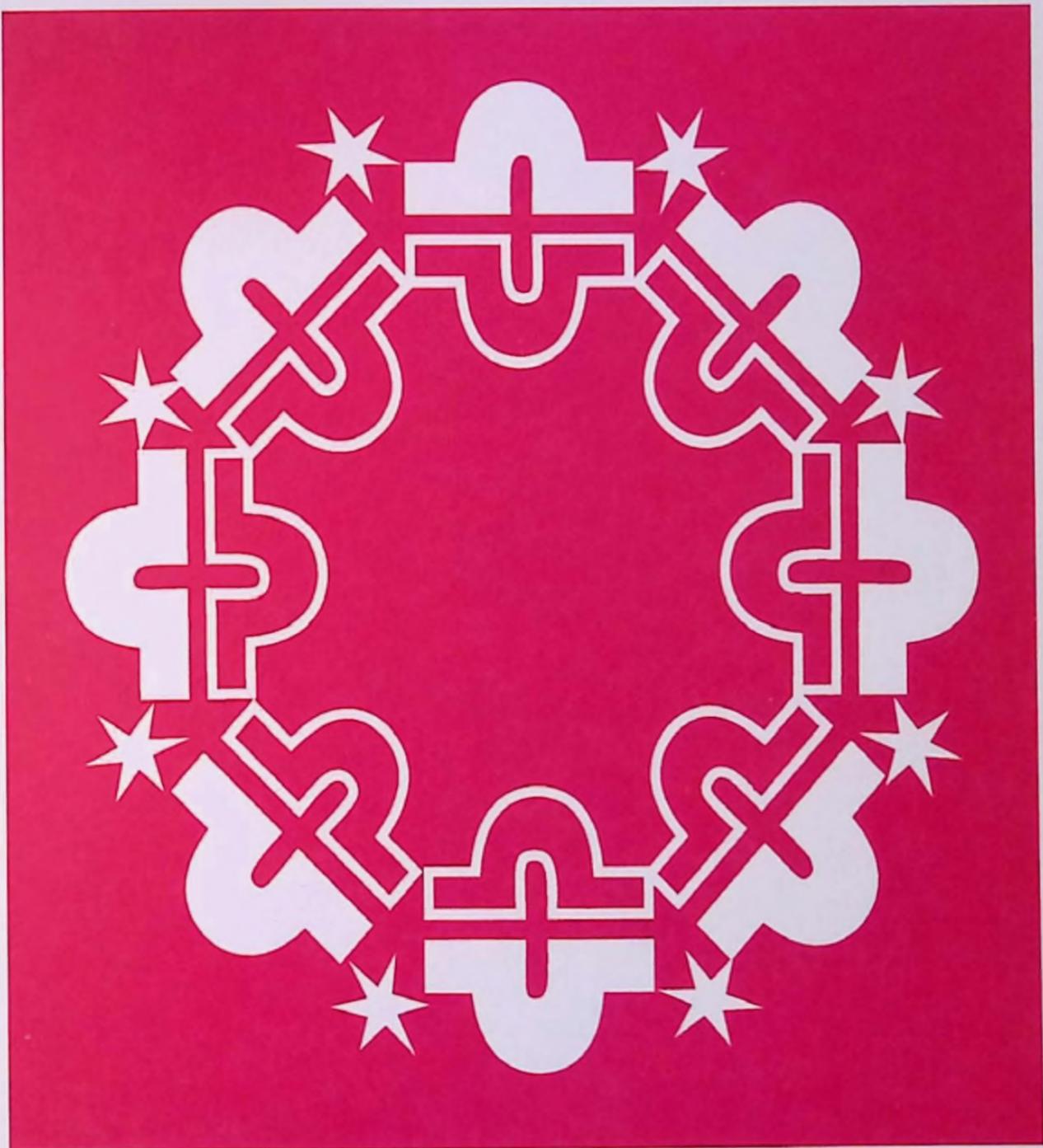
La plantica  
estaba seca  
y por eso  
la regué;  
si la vieras,  
lo contenta que se ve.

Así la seguí  
cuidando  
y hoy a su lado  
noté,  
un cogollito  
pegado  
como a la madre  
el nené.





La plantica  
está de fiesta  
y el retoñito  
también.



Las Hormigas  
Ernesto Luis Rodríguez



Un hilo de hormigas  
como en procesión,  
pasa por el patio  
bajo el girasol.

Parece que viaja,  
sin luz ni motor,  
un tren infinito  
que nos dice adiós.



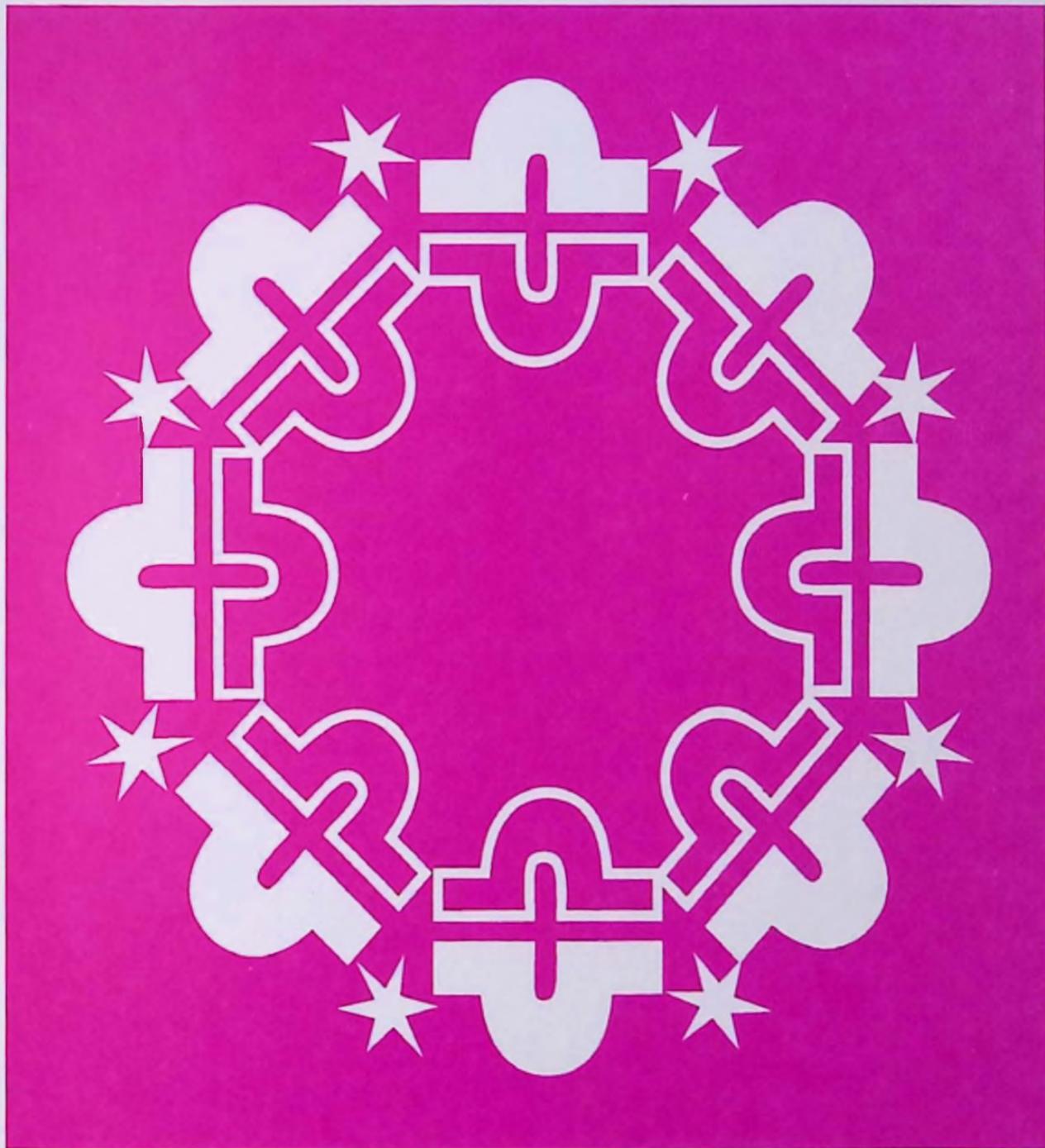
¡La cueva está lejos  
como una estación!

Quisiera contarlas:  
¡Ya pasan de cien!  
Son mil vagoncitos  
del anochecer...



¡Cuidado, amiguito!  
No acerques el pie,  
que se descarrila  
mi pequeño tren...

¡Felices los sueños  
que viajan con él!



El Correo  
Jesús Rosas Marcano





Alcatraz, buchón,  
tú eres el correo ordinario  
de la nación.

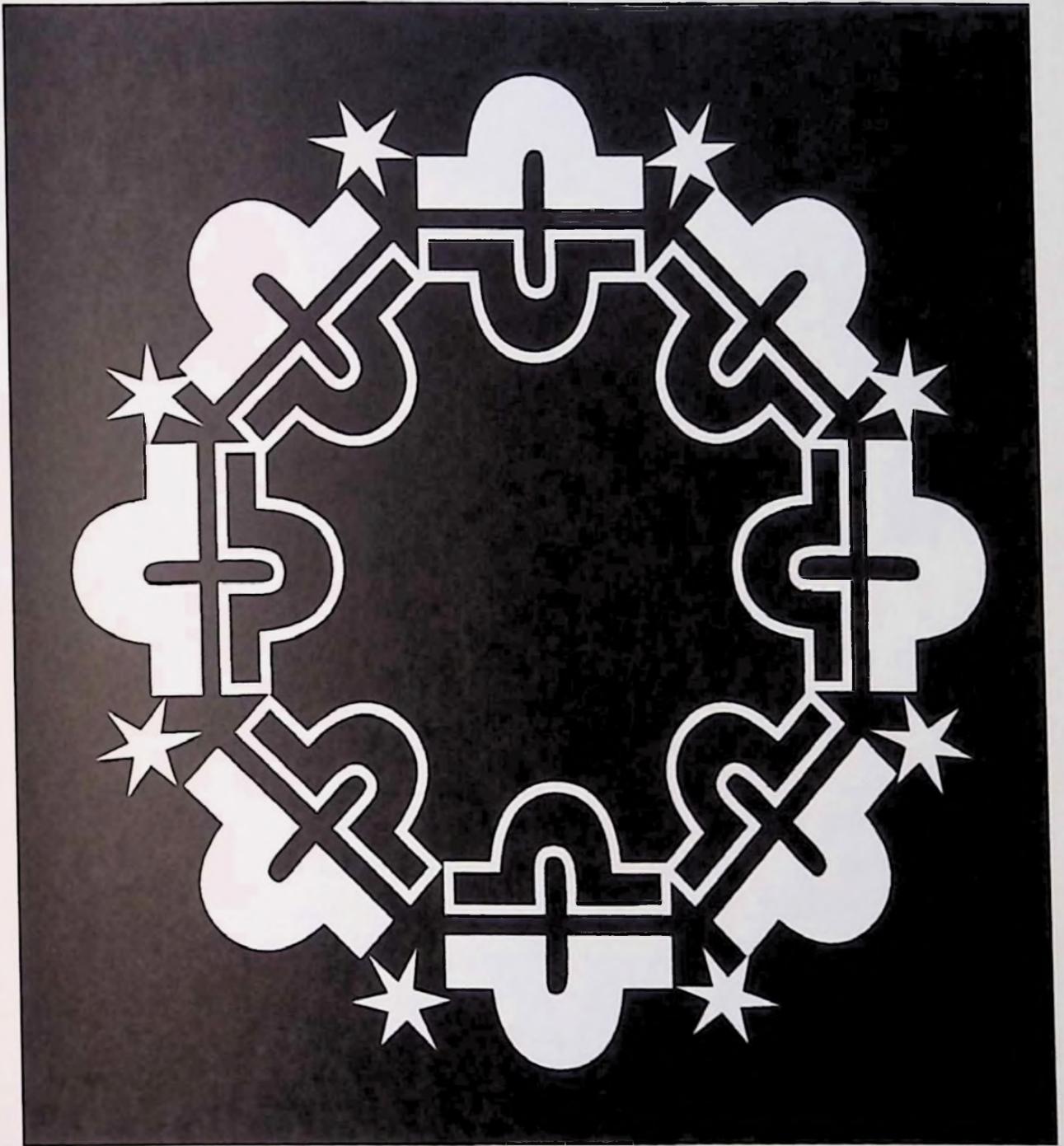
Vas y vienes  
en convoy.



Llévale estas encomiendas  
al Señor.

Guácharo,  
tú eres  
el correo nocturno.

Tú llevas en los ojos  
los secretos del mundo.



¡Una Rosa para la Luna!  
Arantzazu Amezaga de Irujo





La Tierra y la Luna son viejas y buenas amigas y siempre andan juntas por el profundo silencio del espacio, contándose todos sus secretos. Las estrellas están demasiado lejanas y para hablar con ellas hay que alzar mucho la voz... además, son muy vanidosas porque tienen luz propia y únicamente desean hablar de lo bellas que lucen, plateadas y rutilantes sobre el firmamento oscuro, aunque se ofenden si alguien recuerda que la luz del sol las vuelve opacas e invisibles.

De vez en cuando, algún meteorito que viene de lo más profundo del Universo, saluda a las dos amigas... aunque, como siempre lleva mucha prisa, apenas si le da tiempo de decirles adiós. Pero, la Tierra y la Luna nunca se aburren pues los hombres que viven en la Tierra suelen realizar hazañas tan portentosas que ambas se admiran y entusiasman por ellas.

—Son seres maravillosos, amiga Luna —comentaba una vez, orgullosa la Tierra—; mira cómo edifican casas con mi arcilla, para guarecerse de la lluvia y del frío. Cómo han desviado

el curso de mis ríos para su provecho... ¡y los grandes barcos que han construido para atravesar mis mares!... ¡Y los aviones poderosos que surcan mis cielos!

La Luna asombrada de tales proezas, reflexionaba:

–Entre todas las criaturas que tienes, el hombre es sin duda, la más prodigiosa.

–¡Y pensar que alguna vez esos seres me parecieron los más indefensos!

–Dios les negó las terribles garras del oso, los poderosos colmillos del elefante, la fuerza del toro, pero, un día, lograron cautivar el fuego del hermano Rayo e inventaron la rueda... y luego hicieron algo aún más admirable: ¡crearon signos para prolongar su memoria a través del tiempo! ¿Cómo hacen para lograr tales maravillas?

–Dios les dio inteligencia – musitó gravemente la Tierra. Pero la Luna no oyó la respuesta y se quedó pensativa. Sentía en el fondo algo de envidia por las criaturas que poblaban





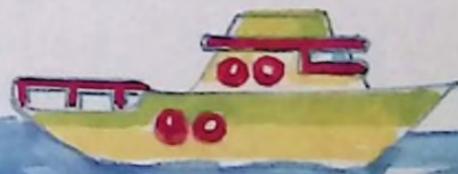
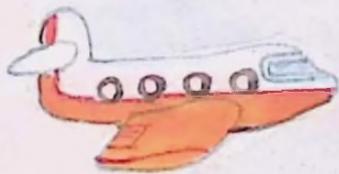
a su amiga la Tierra. Ella era toda desierta. Ningún río la alegraba ni ninguna verde montaña se erguía en ella. Su horizonte carecía de los maravillosos colores que pintaban el ocaso, en el horizonte de su amiga... y las flores no querían abrirse en su suelo rocoso y yermo.

A veces, meditaba tristemente:

-Si tan sólo una rosa floreciera en mí algún día... pero ¡si no tengo ni un manantial que ofrecerle!

La Tierra le decía entonces, para consolar su pena:

-Tú eres hermosa... tu faz es limpia y brillante como plata pulida y alumbra la oscuridad de mis noches y los hombres te agradecen el don de tu luz.





—La luz que te doy me la presta el Padre Sol. Soy fría... ¡soy estéril! ¡Y cuánto daría por tener una flor! Algo que creciera dentro mío y me debiera la vida y fuese hermoso... Tú no me puedes entender amiga, porque estás repleta de agua y de flores y de criaturas. Yo sólo tengo rocas y las rocas son duras y amarillas y frías ¡y pesan tanto, amiga Tierra!

Y la Luna suspiraba después de decir estas cosas y la Tierra, como buena compañera, trataba entonces de distraerla, contándole algunos chismes del Cielo. Hablaba de lo brillante y majestuoso que lucía Saturno con sus nueve anillos, de lo temerario que era Mercurio girando alrededor del Sol, tan cerca de su terrible calor. Y le comentaba también del manto rojizo que cubría a Venus y la hacía tan bella, aunque fuese difícil decidir en la mañana cuál refulgía más en el Cielo, si ella o Marte. ¿Y qué decir de las estrellas fugaces? Eran decididamente mal educadas. Nunca tienen tiempo de detenerse a conversar un rato...

—Como si la vida fuera andar siempre corriendo...



con lo grato que es conversar con los viejos amigos, abierto el corazón a la risa y al llanto –terminaba la Tierra y se alegraba de ver que el rostro de su amiga estaba otra vez plácido, sin aquella tremenda arruga de tristeza que se le marcaba en la frente cuando pensaba en la flor.

Una noche, la Tierra, muy excitada, confió algo extraordinario a su amiga:

–Oye... ahora sí que los hombres han inventado algo magnífico. Y están tan orgullosos que lo han iluminado con miles de luces. ¡Resplandece todo como si fuera un diamante gigantesco!

Llegado el momento la Luna miró sin gran interés aquella cosa larga y resplandeciente de la cual hablaba la Tierra, pero como estaba triste otra vez a causa de la rosa, apenas si oyó a la Tierra seguir diciendo:

–Yo creo que preparan un viaje muy largo...

Durante varios días la Tierra apenas si habló de otra cosa que del invento de los hombres, hasta que al fin, una mañana, después de una gran explosión cuyo eco resonó en todo el Universo, el invento empezó a levantarse hacia el cielo, velozmente. La tierra se dio cuenta de que iba en dirección a la Luna y alborozada se lo dijo a su amiga. La Luna quedó anonadada ante la noticia y apenas pudo musitar:

–¡Dios mío! Pero... ¡si estoy llena de rocas! –Y desolada, se echó a llorar.



Los hombres llegaron en su frágil aparato de delgadas patas y temerosos y cautos descendieron de él lentamente, para comenzar a caminar con suavidad el duro suelo de la Luna.

-¿Qué hacen, amiga mía? -preguntó la Luna temblorosa.

-No lo sé aún... llevan algo en las manos.

-Quizás sea una rosa -dijo la Luna-; pero, cuando vean todo lo árida que soy, se la volverán a llevar, pues ¿cómo podría una rosa florecer entre mis rocas? -Y la voz de la Luna tenía un acento quejumbroso.

Amiga Luna, tú misma no lo puedes ver... pero te admirará, los hombres están recogiendo tus rocas, eso hacen. ¡Y las meten en una bolsa de plata!

-No te burles de mí... ¿Cómo es posible que agarren mis rocas?

-Pues eso hacen y parecen muy contentos.

-¡Mis rocas! ¿Será posible que les guste mis rocas? Durante largo tiempo he pensado que eran tan horribles... pero, si han hecho un viaje tan largo y peligroso para buscar mis piedras, no deben ser tan pobres, ¿verdad?

Y la voz de la Luna tenía un acento nuevo, lleno de esperanza y alegría.

–Están dichosos... y sienten no poder traerse más –aseguró la Tierra.

La Luna sonrió ampliamente. Había creído siempre que Dios, al hacer el Universo, se había olvidado un poco de ella. Y que a nadie podía gustarle su horizonte sin colores, su cielo sin nubes. Pero he aquí que venían los hombres prodigiosos de la Tierra y después de caminar sobre su suelo pedregoso se llevaron como tesoro precioso algunas de aquellas rocas de las que tanto había renegado. ¡Y hasta parecía que le habían dejado algo así como una flor!

–¿Será una rosa, amiga Tierra?

–No, no es una rosa, pero es quizás mejor porque no tiene espinas. Y no necesita agua tampoco. Sí. Yo creo que es tan buena como una flor.

–Dime de una vez qué es... –rogó la Luna que estaba ya muy impaciente. La verdad, en los muchos miles de años que tenía, nunca le había sucedido una cosa semejante. Se sentía de pronto hermosa, joven, animosa.



-Tiene un tallo largo y luego, algo así como un pétalo...  
-contestó lentamente la Tierra que se gozaba de la tensión de su amiga y se burlaba un poco de su vehemencia. El rostro de la Luna estaba teñido de un suave rubor y la Tierra se dijo que nunca la había visto tan bella. "Ha despertado de pronto al sentirse útil, puesto que los hombres se llevan sus rocas... y al sentirse amada, ya que le dejan una flor", pensaba la Tierra, pero la voz apremiante de la Luna la sacudió de sus meditaciones.

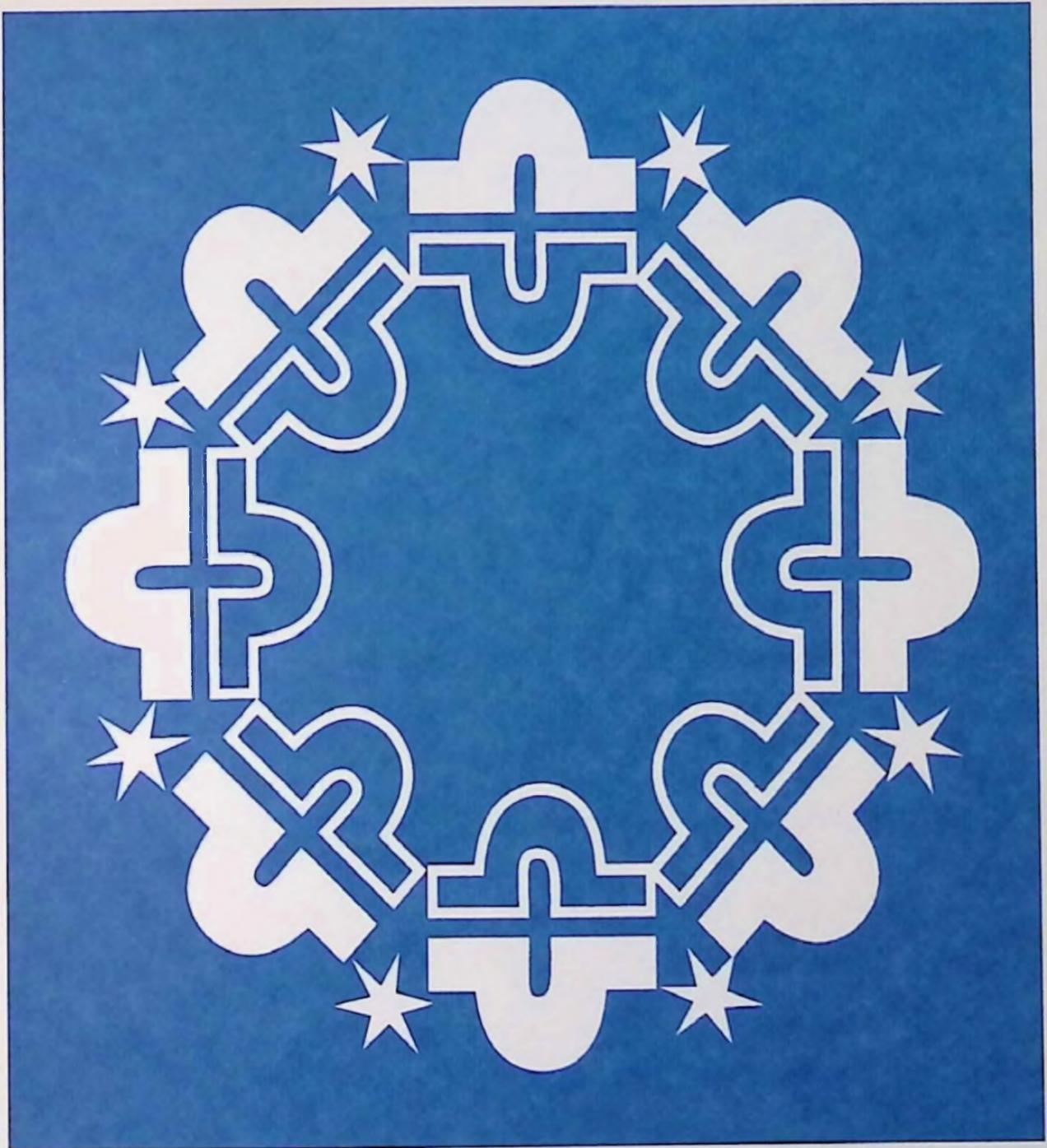
-Dime qué es, por favor.

-Su bandera -contestó al fin la Tierra-; para los hombres representa lo más sagrado, pues es el símbolo de su patria. No. No te han dejado una rosa, amiga mía, pero te han dado algo que es tan dulce al corazón de los hombres como la fragancia de una flor...

La Luna sintió una deliciosa sensación de plenitud. Los hombres maravillosos habían viajado largo tiempo y peligrosamente por el espacio para llegar hasta ella... y la habían encontrado útil y bella, pues se llevaron sus rocas con regocijo y le dejaron su bandera en señal de amistad y gratitud.

¡Ya no estaría nunca más vacía y sola en el Cielo! ¡Tenía algo así como una rosa!





El Libro  
Ernesto Luis Rodríguez





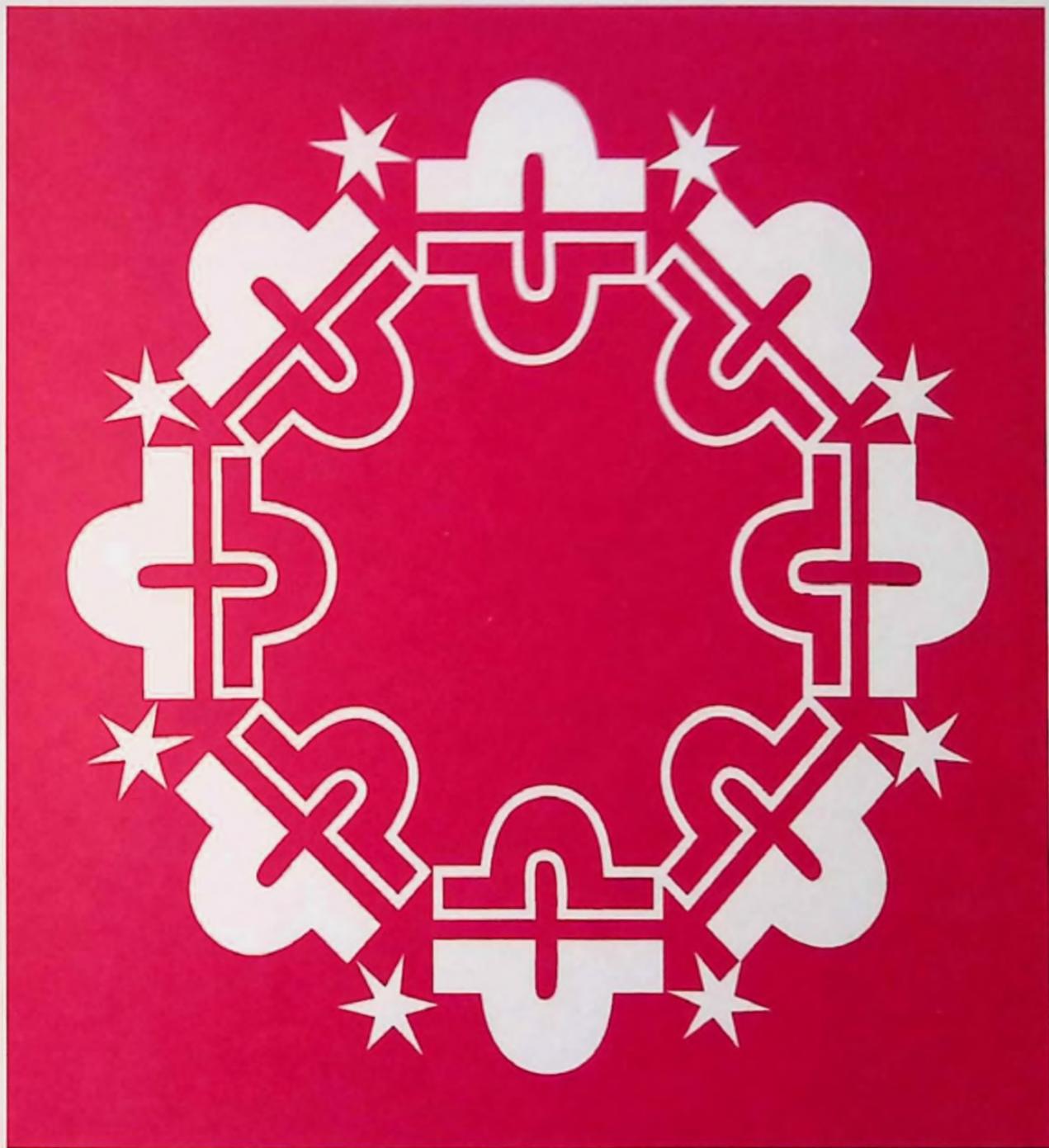
Madre:  
Ya tengo tu libro,  
¡qué bello regalo!  
y con él me diste  
la gloria de amarlo.

En su fondo he visto  
relucir el campo,  
palpitar el río,  
floreecer el árbol.

Madre:  
Todo el universo  
luminoso y ancho  
cabe en este libro  
como en un remanso.

Y con él mañana  
volveré cantando  
a decirte, madre  
que pasé de grado.





Cancioncilla de Navidad  
Pablo Rojas Guardia



¡Lucero grande en el Avila,  
ya viene San Nicolás!

¡Llévame, madre, llévame hasta Galipán!  
¡La luna tan tonta, madre,  
pasa tocando la Silla  
y no se echa a descansar!

¡Llévame, madre, llévame hasta Galipán!

Yo quiero coger la yerba  
que tiene cinta de plata,  
la yerba que esta mañana  
muy verdecita que estaba.

¡Llévame, madre, llévame hasta Galipán!

¿Es verdad que si les pido  
a las errantes estrellas  
lo que yo quiero, esta noche  
el cielo me lo concede?  
Dime, madre, si es verdad,  
mira que quiero pedirles  
que tu máquina se pare  
y que tú no cosas más.

¡Llévame, madre, llévame hasta Galipán!



Cogeremos los duraznos  
sabrosos, las fresas  
coloraditas, para tomarlas  
con leche fresca...

¡Llévame, madre, llévame hasta Galipán!

Que si nos coge la noche  
yo quiero ser el primero  
para ver cómo llegan  
los Tres Reyes a Belén.

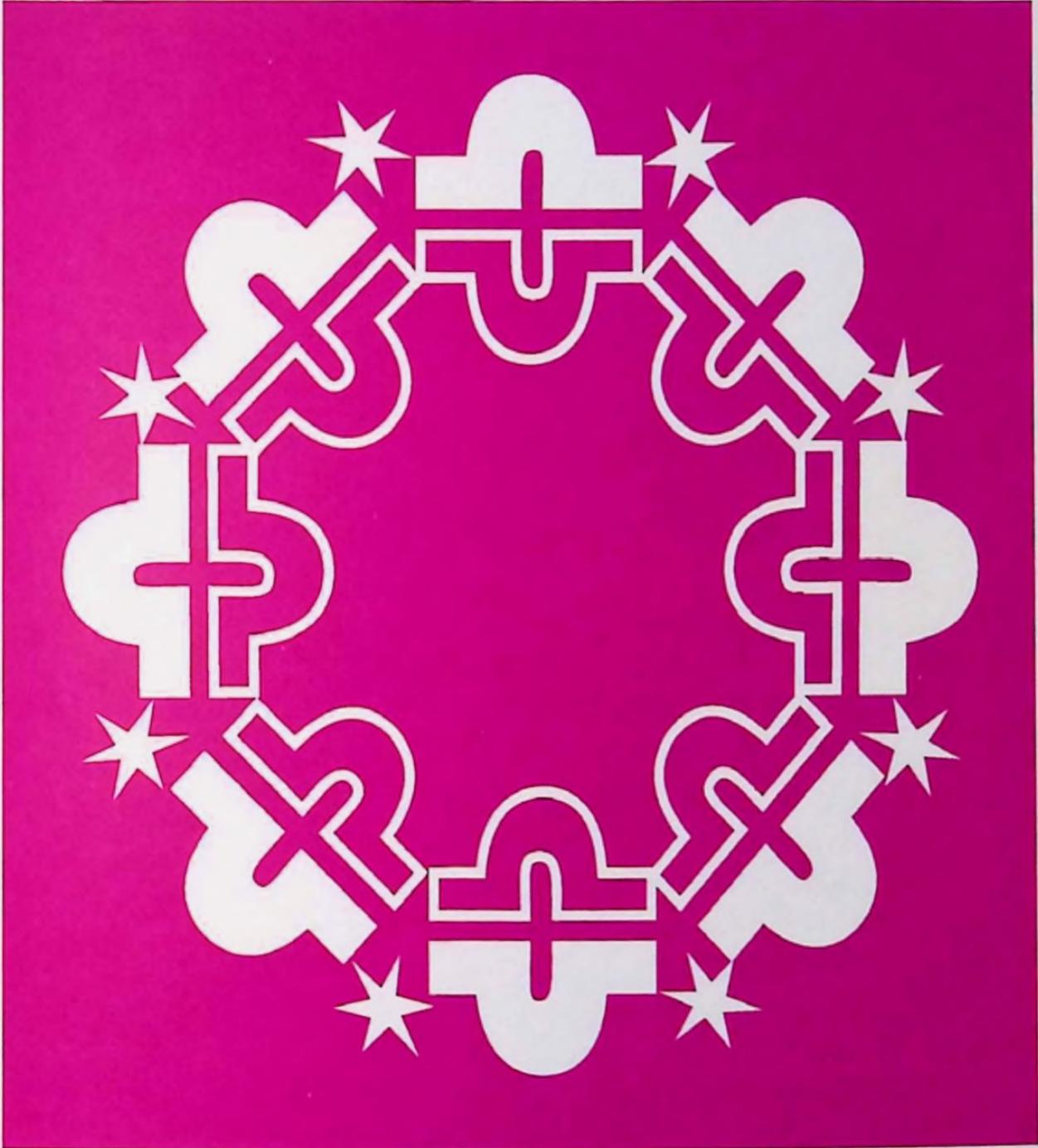
¡Llévame, madre, llévame hasta Galipán!

¡Qué hermosa mi Navidad!  
Duraznos grandes,  
yerbas de plata,  
fresas coloraditas  
con leche fresca...

Mis zapatos en el Avila  
tendrán regalo de cielo:  
¡mi madre no cose más!

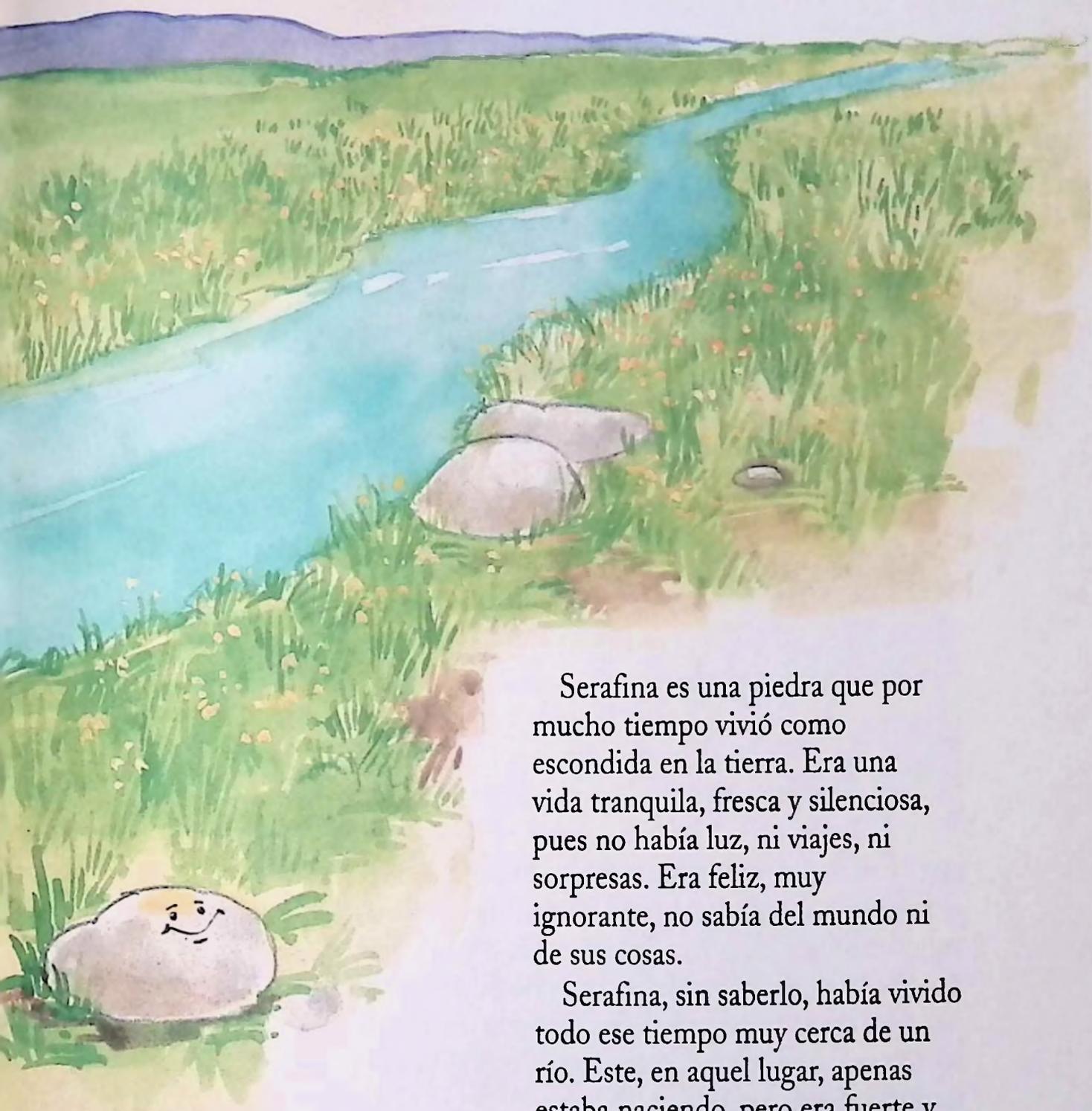
¡Aunque tú no quieras, madre,  
yo voy hasta Galipán!





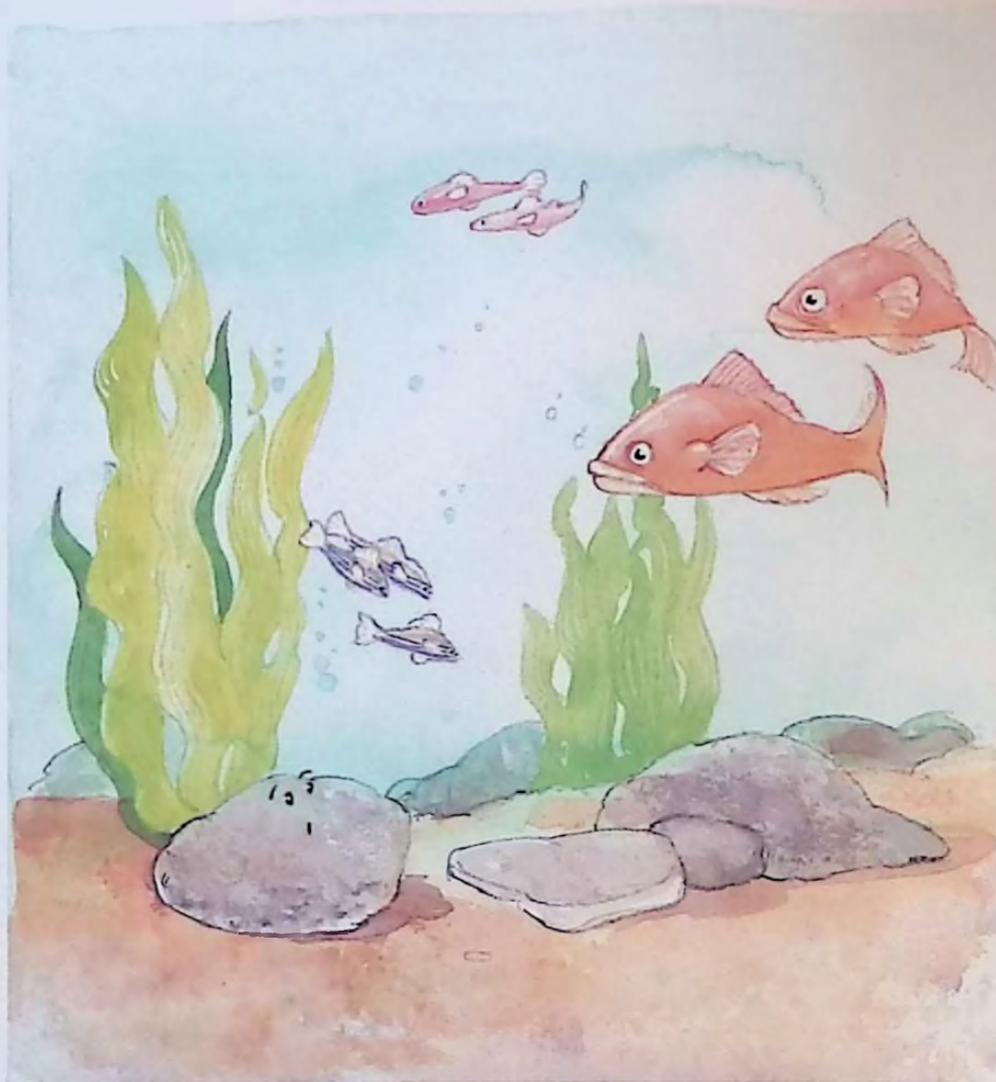
Serafina la Piedra  
Mary Sol de Armas





Serafina es una piedra que por mucho tiempo vivió como escondida en la tierra. Era una vida tranquila, fresca y silenciosa, pues no había luz, ni viajes, ni sorpresas. Era feliz, muy ignorante, no sabía del mundo ni de sus cosas.

Serafina, sin saberlo, había vivido todo ese tiempo muy cerca de un río. Este, en aquel lugar, apenas estaba naciendo, pero era fuerte y alegre. Un día tocó un trozo de tierra que nunca antes había tocado y le llevó con él. Dentro de esa tierra removida estaba Serafina; así, de pronto se vio envuelta en agua



clara y nerviosa, rodando río abajo. Sintió que algo extraño empezaba a sucederle; aturdida, no sabía lo que sentía, y se volvió tímida y extraña. El río iba aprisa y lo nuevo de la luz, aunque viniera a través del agua, le hacía descubrirlo todo; por un tiempo se golpeó contra las otras piedras del fondo, hasta que más adelante, el terreno se volvió plano y el río tranquilo y más ancho.

El viaje de Serafina empezó a ser entonces lento y suave, por primera vez tuvo tiempo de ver todo. El fondo estaba lleno de plantas, de arena, y de piedras grandes y planas. Le pareció un mundo feliz, aunque para su gusto muy variable: a veces lleno de movimiento y otras inmensamente tranquilo.

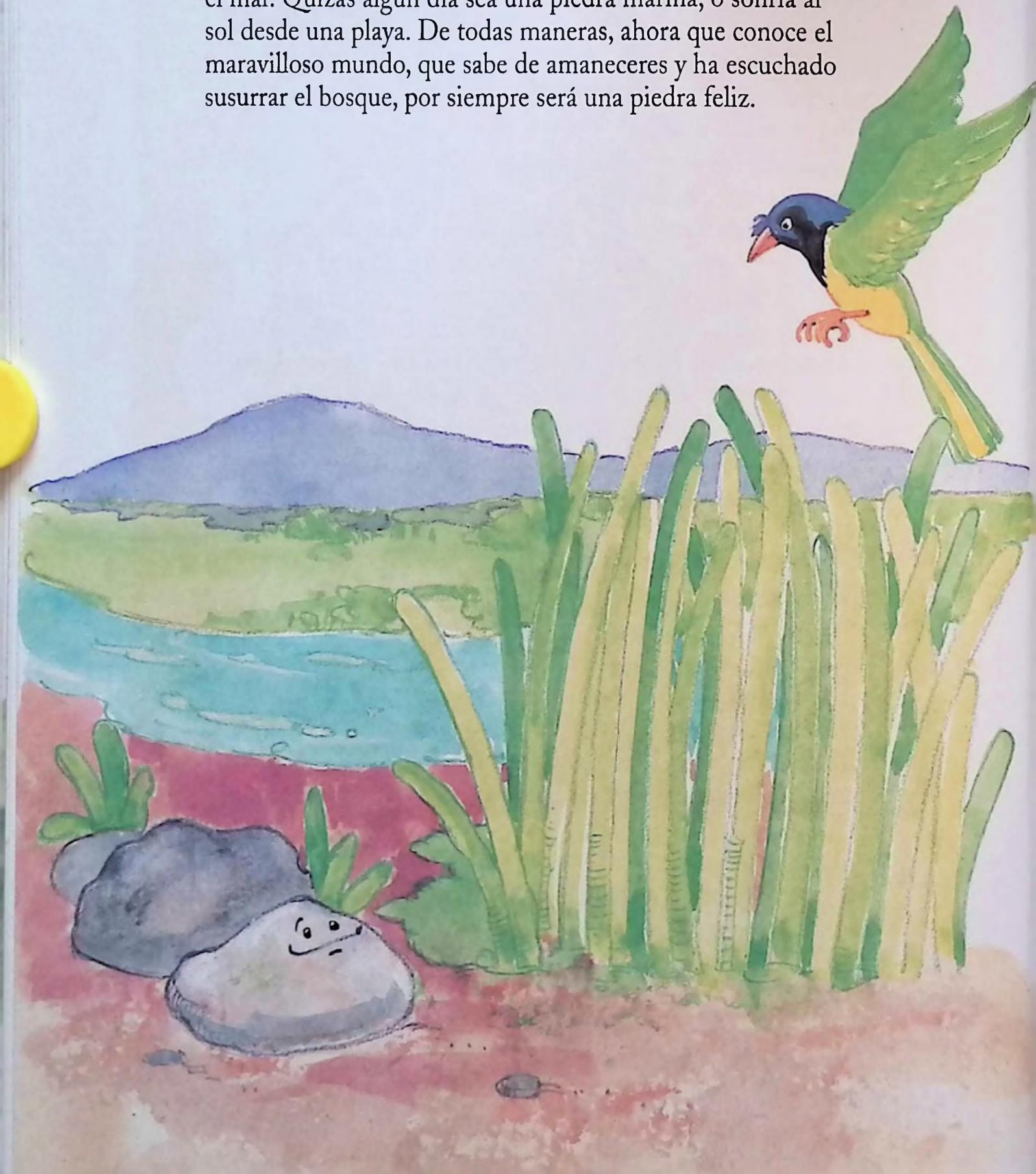
Era la mitad del día. El sol mantenía el agua tibia y había pereza en todas partes. Empezó a resultarle hermoso a Serafina ir más y más río abajo, acariciando fugazmente, cuando el río iba aprisa, las plantas del fondo, y cuando iba lento, permanecer entre ellas algunos momentos. Y pasó todo su primer día en el río, feliz y muy contenta de su suerte. Tenía tantas sensaciones nuevas, como nunca antes había imaginado. Ingenuamente pensó que el día era infinito, hasta que se hizo de noche. El cielo, de tan azul que era, fue cambiando de tonos, hasta llegar a negro. Todo se volvió como un extraño milagro, y a la vez un recuerdo intenso de su mundo anterior. Apareció la Luna, y como tinta de plata envolvió el fondo del río, y el agua tan clara antes, se volvió oscura y misteriosa. Sorprendida, sin poder detenerse para tocarlo todo, se sintió fugaz y liviana, mientras se dio cuenta de que el río, despreocupadamente, sólo quería seguir cantando a la Luna.

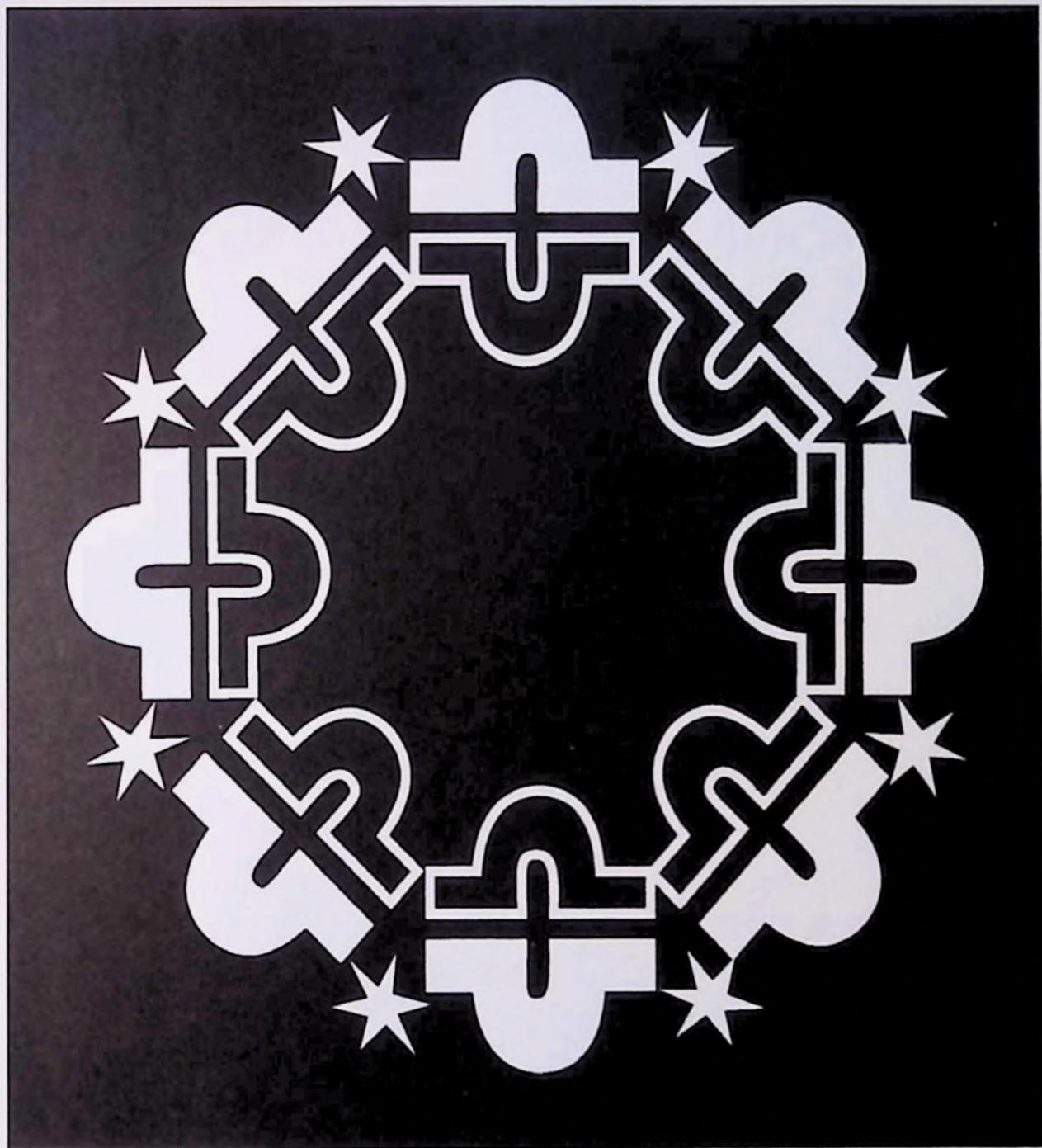
Todavía cuando era de noche, Serafina se quedó enredada entre unos juncos, tan unidos, tan altos y rectos, cantando con el viento, haciendo más feliz la noche para el río, que siempre cree cantar solo.

Y otra vez que se hizo un nuevo día, y luego otra nueva noche, y así por mucho tiempo, siempre viviendo en el río, viajando con él, hasta que éste, una vez que tenía más agua que nunca, la dejó en la ribera junto a otras muchas piedras. Allí Serafina conoció el silencio con que viajan las nubes, lo suave y fresca que puede ser la brisa y lo mucho que el río imita al cielo.

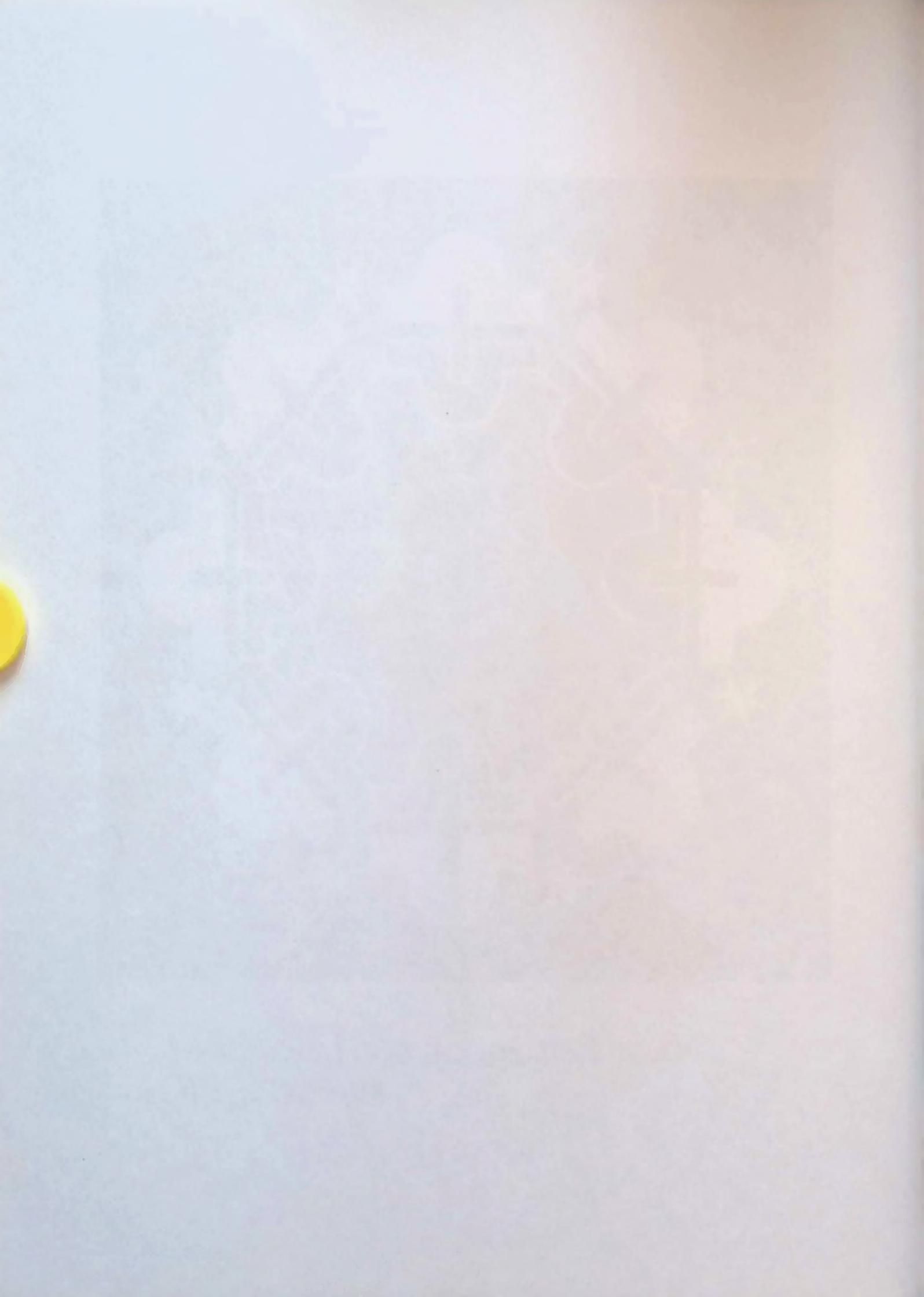
La verdad es que Serafina está ahí desde entonces, revive de gozo cada día, y conoce la magia de una primavera. El río le dio la forma pulida y suave de las piedras bonitas, y es feliz.

Es posible que de nuevo vaya otra vez hasta el río, pues él es eterno viajero, y que éste la lleve hacia abajo, tan lejos como el mar. Quizás algún día sea una piedra marina, o sonría al sol desde una playa. De todas maneras, ahora que conoce el maravilloso mundo, que sabe de amaneceres y ha escuchado susurrar el bosque, por siempre será una piedra feliz.





Los Remiendos son Estampillas  
Morita Carrillo





¿Sellitos  
de correo  
sobre  
mi pantalón?

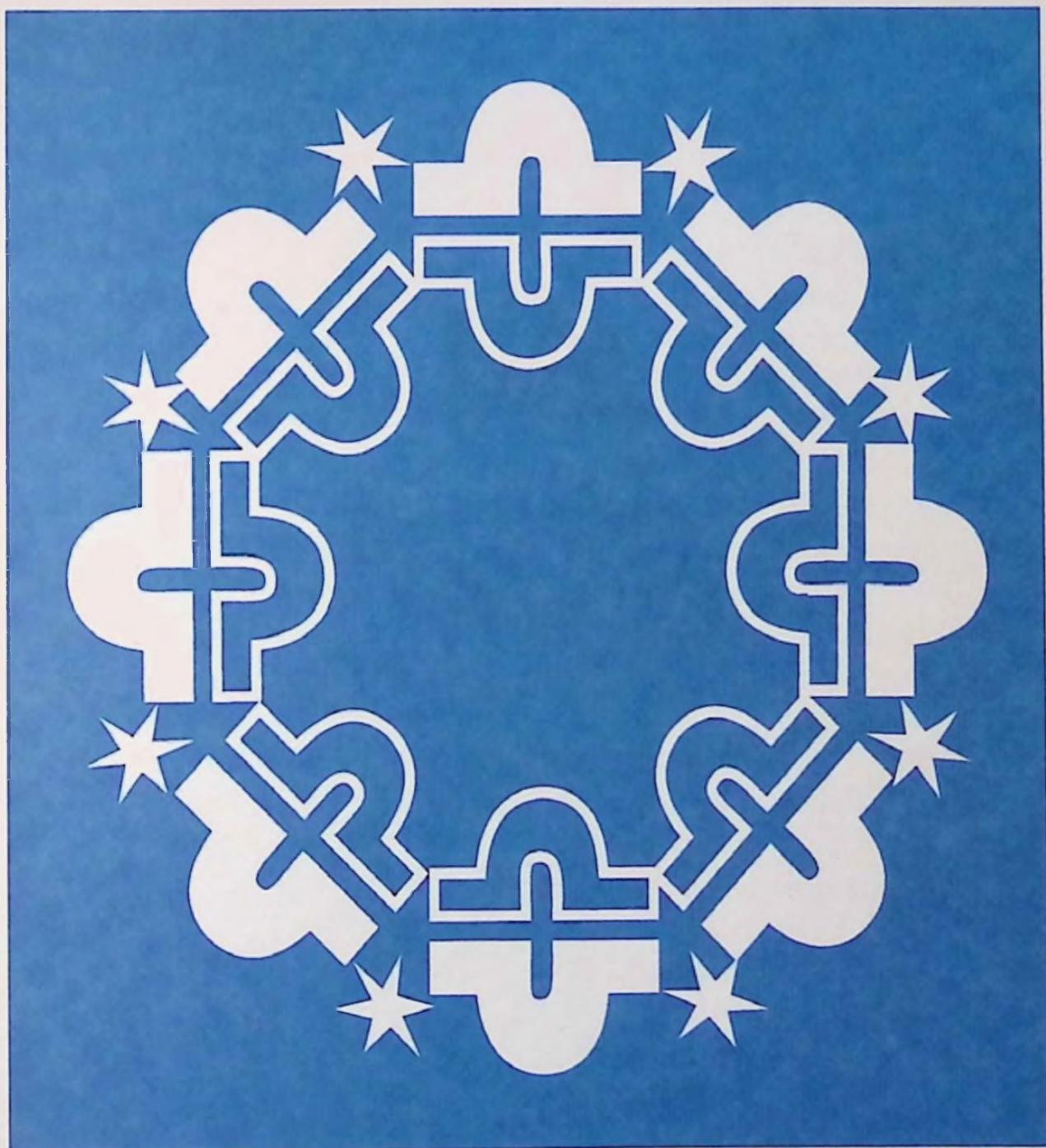
Cosió  
mamita  
todos  
los colores  
en mi ropa  
de dril.



¡Qué  
pintoresco  
estoy!

Si me viera  
el cartero,  
me llevaría  
al buzón.

Y yo,  
como  
una carta  
sin dirección,  
¡iría a todos  
los pueblos  
del país!



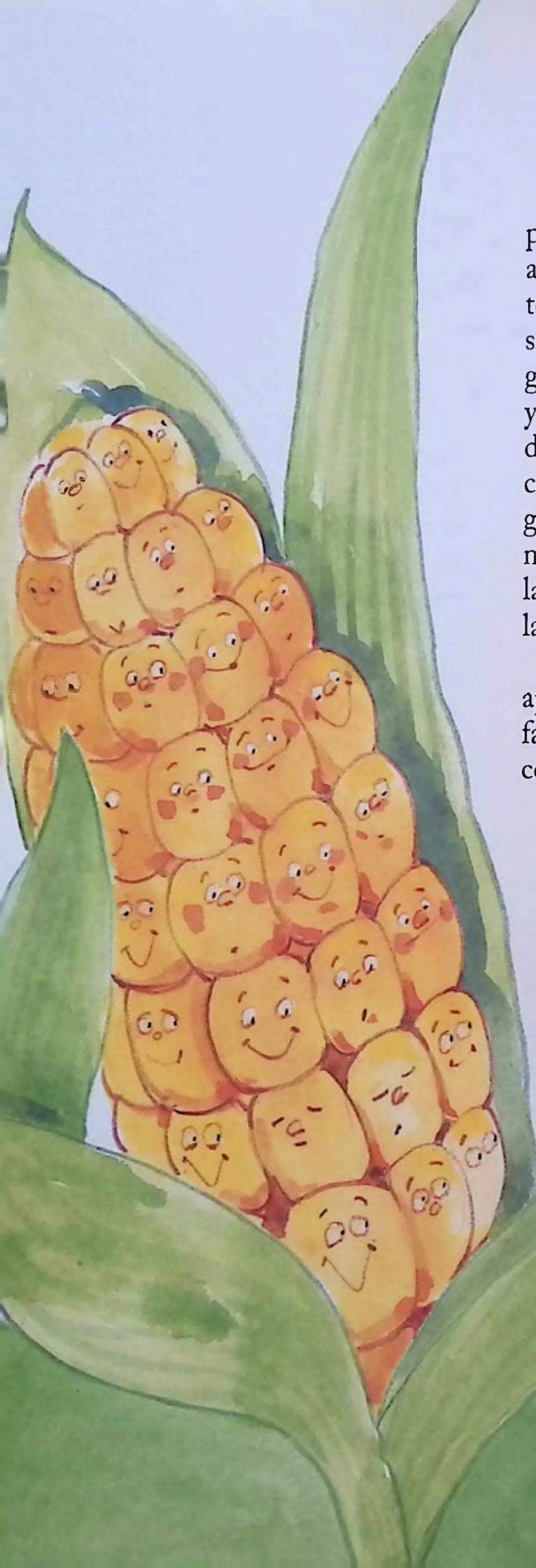
El Granito Valiente  
Ana Rosa Estacio





Érase una vez una hermosa mata de maíz. Una mata verde, muy verde que apuntaba hacia el cielo. Tenía entre sus hojas numerosas mazorcas; en cada mazorca aparecían ordenados en línea muchísimos granos de maíz. Entre las ringleras de los granos pequeños había uno muy avispado, decidido, valiente.

Un día este granito propuso a sus hermanos de mazorca escaparse y abandonar la mata en que estaban alojados para ir por el mundo en busca de aventuras. Pero era preciso para que nadie pudiera sorprenderlos en su fuga, obrar con cuidado,



proceder con el mayor silencio y aprovechar el momento en que todas las cosas duermen, en que se apagan todos los ruidos en el gran sosiego de la noche oscura y profunda, en que el viento deja de soplar y de estremecer con sus silbidos, la lluvia cesa de gotear, el sol oculta sus rayos más allá de horizontes lejanos y la luna clara se esconde tras de la montaña.

Entonces el granito valiente aprovechando un momento favorable se dirigió a sus compañeros y les dijo:

—Vámonos ligero antes de que, al rayar el alba, venga el hombre aquel que a veces, cuando me asomo a curiosear, veo acercarse a nuestras matas, observar las mazorcas y luego arrancarlas sin compasión para después separar los granos, depositarlos en una gran cesta y seguir con su carga camino adelante, ¡Dios sabe a dónde!

Al oír estas palabras y siguiendo el ejemplo del granito valiente, saltó de la mata otro grano y luego otro. Sólo dos se decidieron a seguir a su compañero y guía. ¡Qué desilusión!

Los tres granos se pusieron en marcha y caminaron, caminaron toda la noche. Al despuntar el día, con la caricia de los primeros rayos del sol sintieron los tres compañeritos una gran alegría; la alegría de verse libres. Y continuaron su caminata más animosos y decididos.

Al cabo de mucho andar a campo traviesa y recorrer montañas, bosques, sabanas y hondonadas, he ahí que se atravesó a su paso un riachuelo de aguas claras y tranquilas. Ante aquel espectáculo uno de los granos exclamó: —¡Qué deliciosa y fresca debe estar el agua!

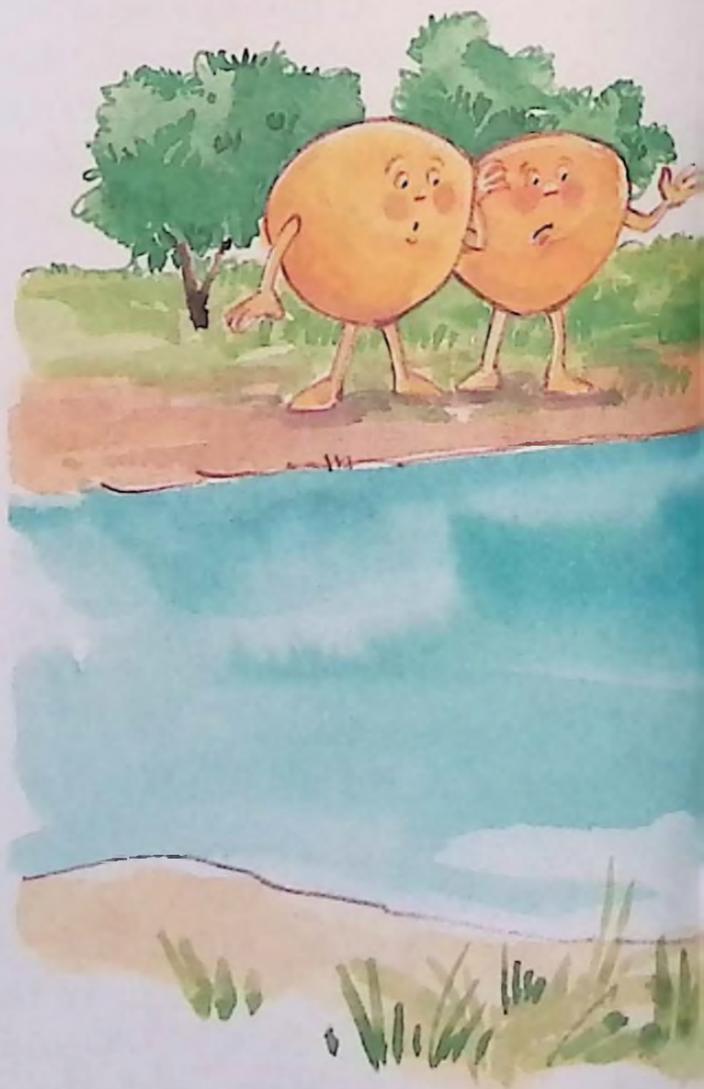


Ahora sí podré apagar esta sed que me abrasa después de caminar sin descanso. Cómo me provoca esta corriente tan cristalina a echarme al agua y tomarme un baño que, a buen seguro, me aliviará del cansancio del camino. Y sin más ni más, ¡zas!, se tiró al agua y empezó a nadar. ¡Qué gusto, qué delicia!

Al cabo de un rato los ojos asombrados de los granitos que desde la orilla contemplaban cómo su compañero se recreaba en el agua del riachuelo, observaron que el cuerpo de éste se iba transformando en un bulto grueso, muy grueso, que se iba hinchando hasta quedar tieso, inflado, a punto de reventar; que el pobre se fue quedando inmóvil, flotando a merced de la corriente y que ya no podía salir del agua.

Sus compañeritos después de considerar lo sucedido y de lamentar amargamente la suerte de su amigo, no tuvieron más remedio que resignarse a abandonar a su infortunado camarada, resueltos a continuar su viaje y a proseguir la aventura iniciada.

Y siguieron camino adelante durante horas y horas hasta que, al apagarse las luces del día y al llegar las primeras sombras del anochecer, fatigados de tanto andar se decidieron a buscar un sitio apropiado donde pasar la noche, un lugar donde la tierra les ofreciera un blando lecho en el que pudieran entregarse al sueño y al descanso.



Tan larga y dura había sido la jornada que los pobres granitos se caían materialmente de sueño y de cansancio!

Entre tanto el granito valiente siempre precavido y previsor y que no podía apartar de su mente el triste recuerdo del amigo que había sucumbido en las aguas traidoras del riachuelo, advirtió al otro granito, su único compañero de viaje, el peligro que corría si se quedaba en alguno de los sitios pantanosos que abundaban por aquellos lugares. Pero el incauto sin hacer caso de las amonestaciones de su amigo, rendido por el cansancio y el sueño, se recostó a descansar en una tierra húmeda y pantanosa y corrió la misma suerte del primero. Allí quedó inmóvil, hinchado por el agua que penetraba en su cuerpo.

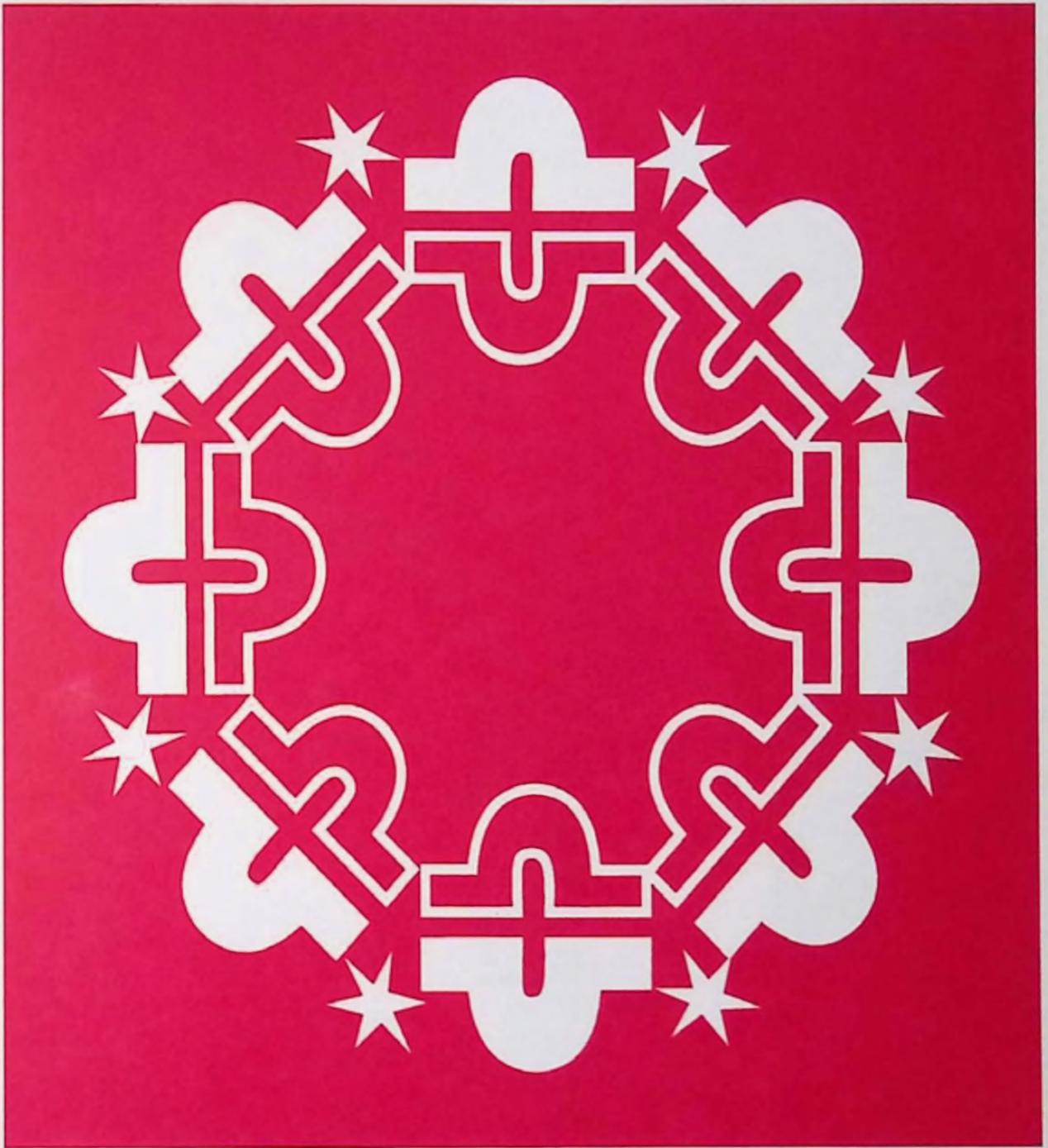


El granito valiente buscó con todo cuidado y precaución hasta encontrar un lugar apacible, acogedor, donde la tierra suave y perfumada por las diversas plantas que en aquel paraje crecían, ofrecía un blando lecho que invitaba al descanso. Y allí se quedó profundamente dormido.

Cuando al cabo de algunos días, después de un largo sueño, la fresca caricia del rocío y de la lluvia, el calor tibio de los rayos del sol y el canto de los pájaros, lo despertaron de su pesado letargo, quedó en extremo maravillado de lo que había ocurrido. Tenía sus pies clavados en aquella tierra fecunda y generosa y de ellos se desprendían unas tiernas raicillas que se hundían en el suelo en busca del jugoso alimento que ya sentía correr por sus venas. Por encima de su cabeza apuntaban ya unos verdes retoños, unas delicadas ramitas en las que se anunciaban algunas hojitas todavía a medio abrir, afiladas, puntiagudas, con ansias de luz, de sol y de cielo azul.

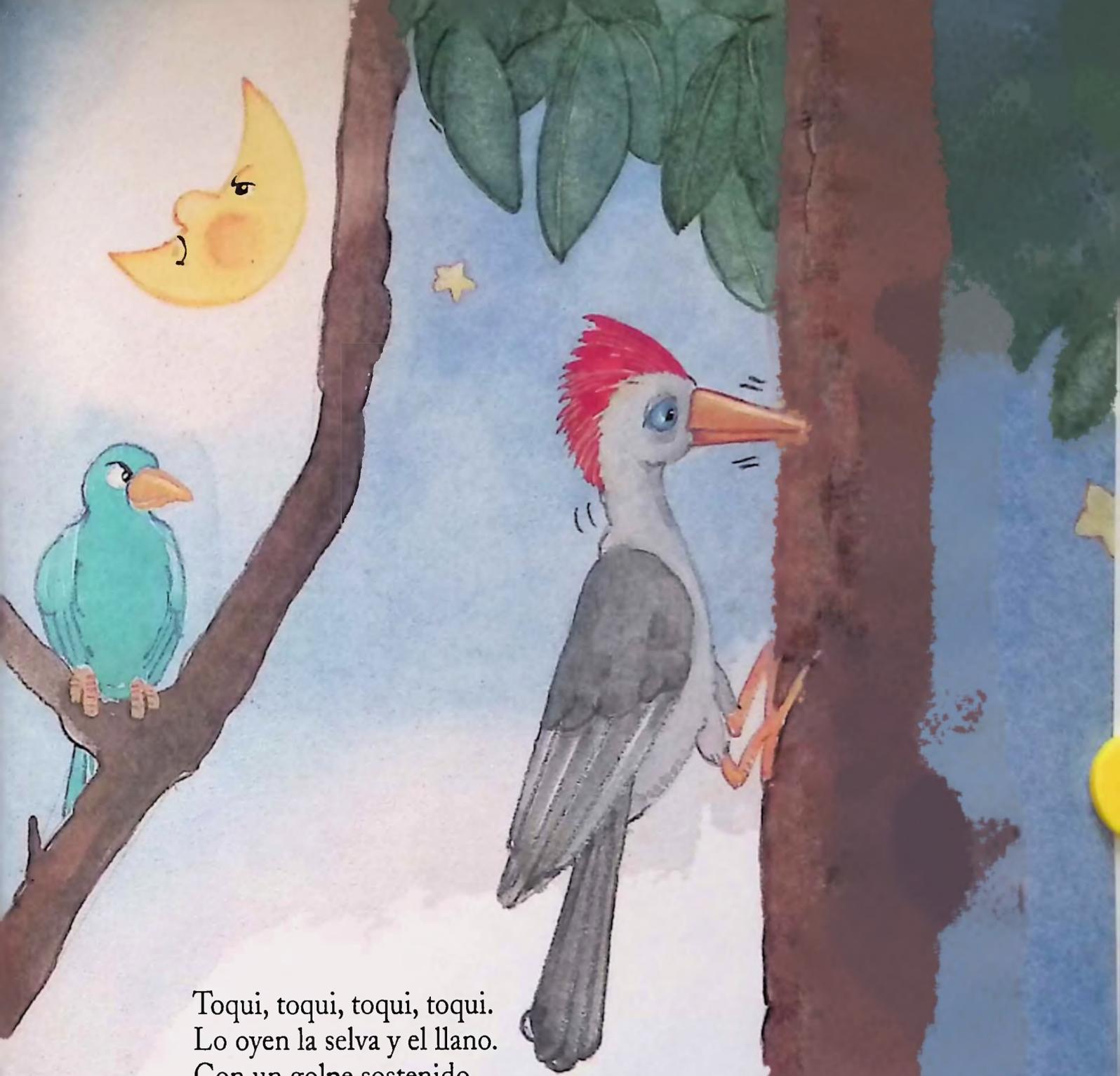
Y su gozo no tuvo límites. ¡Oh! ¡Qué suerte la mía! —exclamó—. Heme aquí convertido en una matica de maíz. Pronto, muy pronto, podré parecerme a mi madre y me sentiré ufano y orgulloso de poder, como ella, ostentar sobre el campo fértil, prendidos a mi tronco los dorados racimos de mis mazorcas y la sabrosa carne de los innumerables granos alineados a lo largo de mis piñas macizas y doradas...





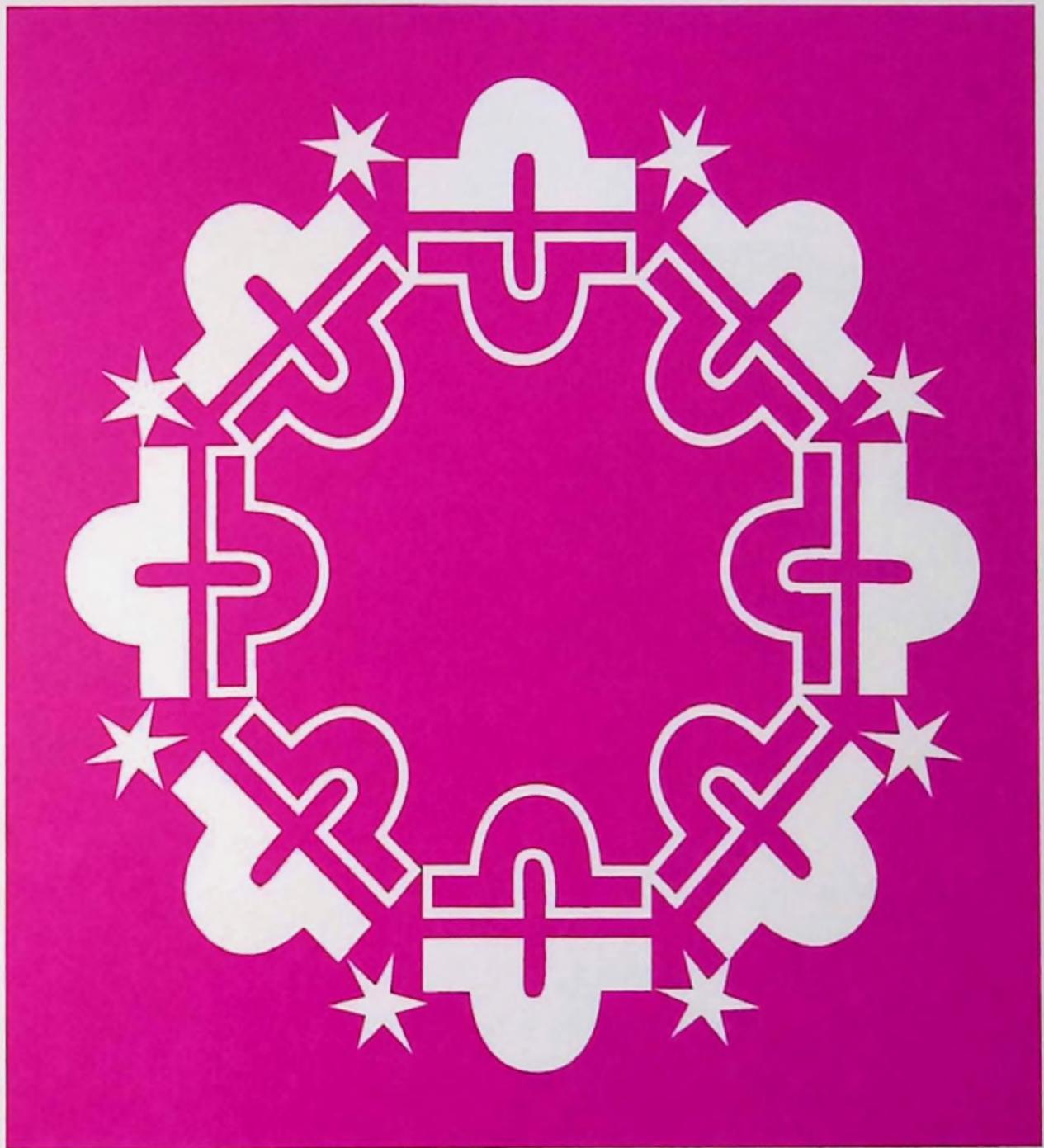
El Pájaro Carpintero  
J.A. de Armas Chitty





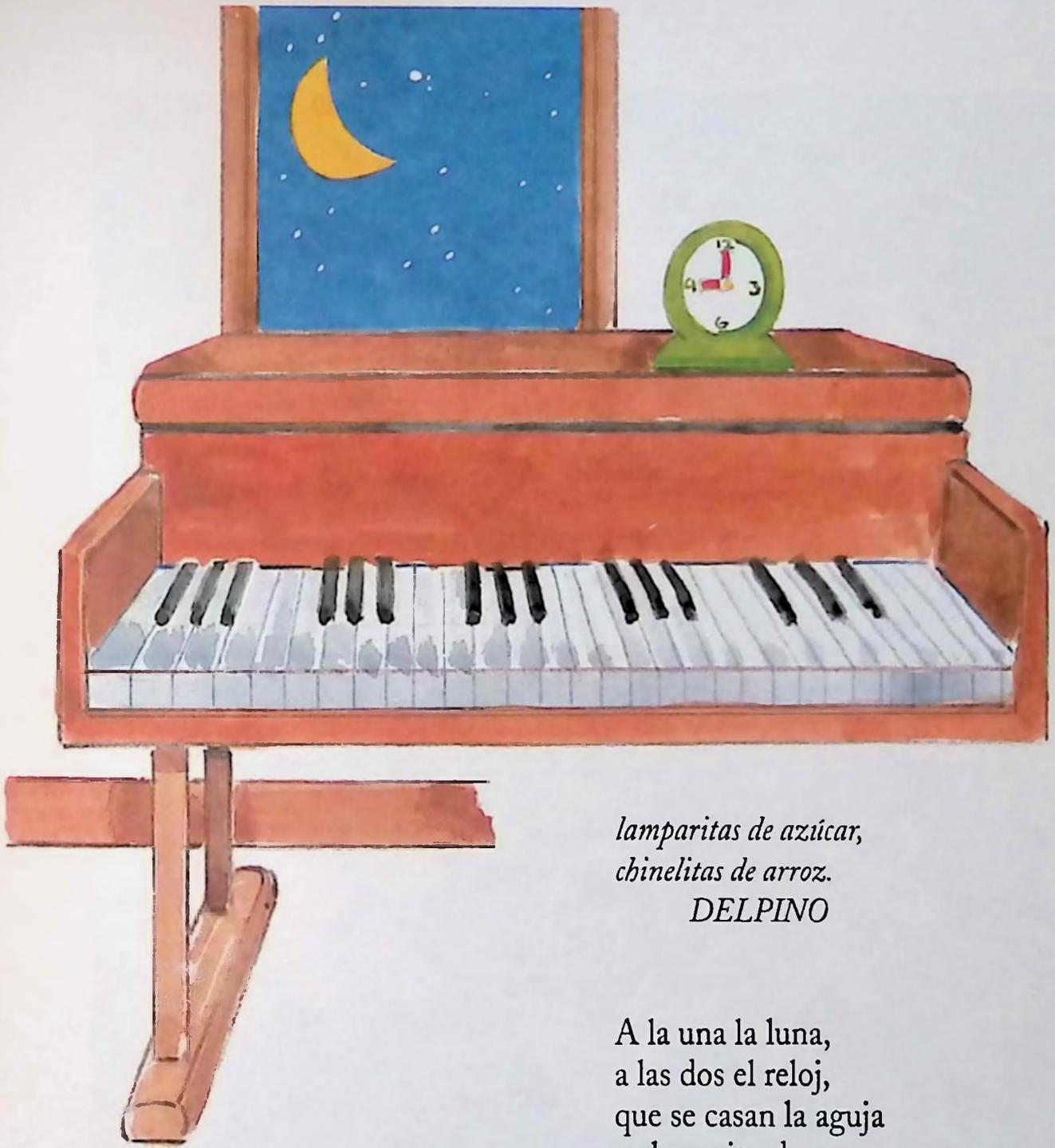
Toqui, toqui, toqui, toqui.  
Lo oyen la selva y el llano.  
Con un golpe sostenido  
hace en los montes su rancho.  
Pecho gris, alas oscuras,  
ojo azul, rojo penacho.  
Toqui, toqui, toqui, toqui,  
el pájaro carpintero,  
toqui, toqui, toqui, toqui,  
noche y día en su trabajo.





Letras para la Primera Lección de Piano  
Aquiles Nazoa





*lamparitas de azúcar,  
chinelitas de arroz.  
DELPINO*

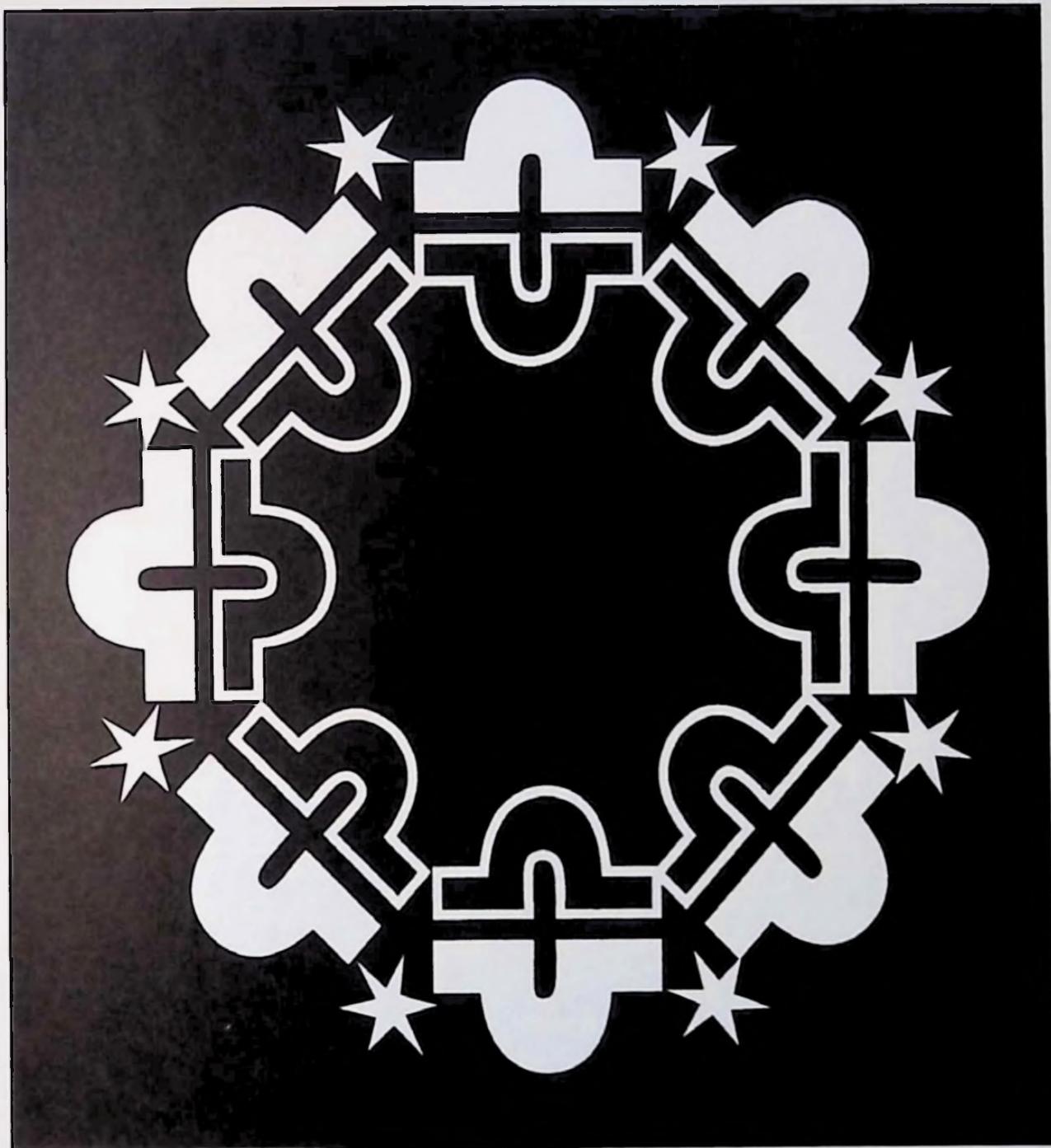
A la una la luna,  
a las dos el reloj,  
que se casan la aguja  
y el granito de arroz.

A la una mi niña  
se me puso a llorar  
porque el pobre meñique  
se cayó en el dedal.



A la una la novia  
con el novio, a las tres,  
en la cola, la cola  
del pianito marqués.

Y se van, a la una  
en su coche, a las tres  
-caballitos de lluvia,  
cohecito de nuez-.

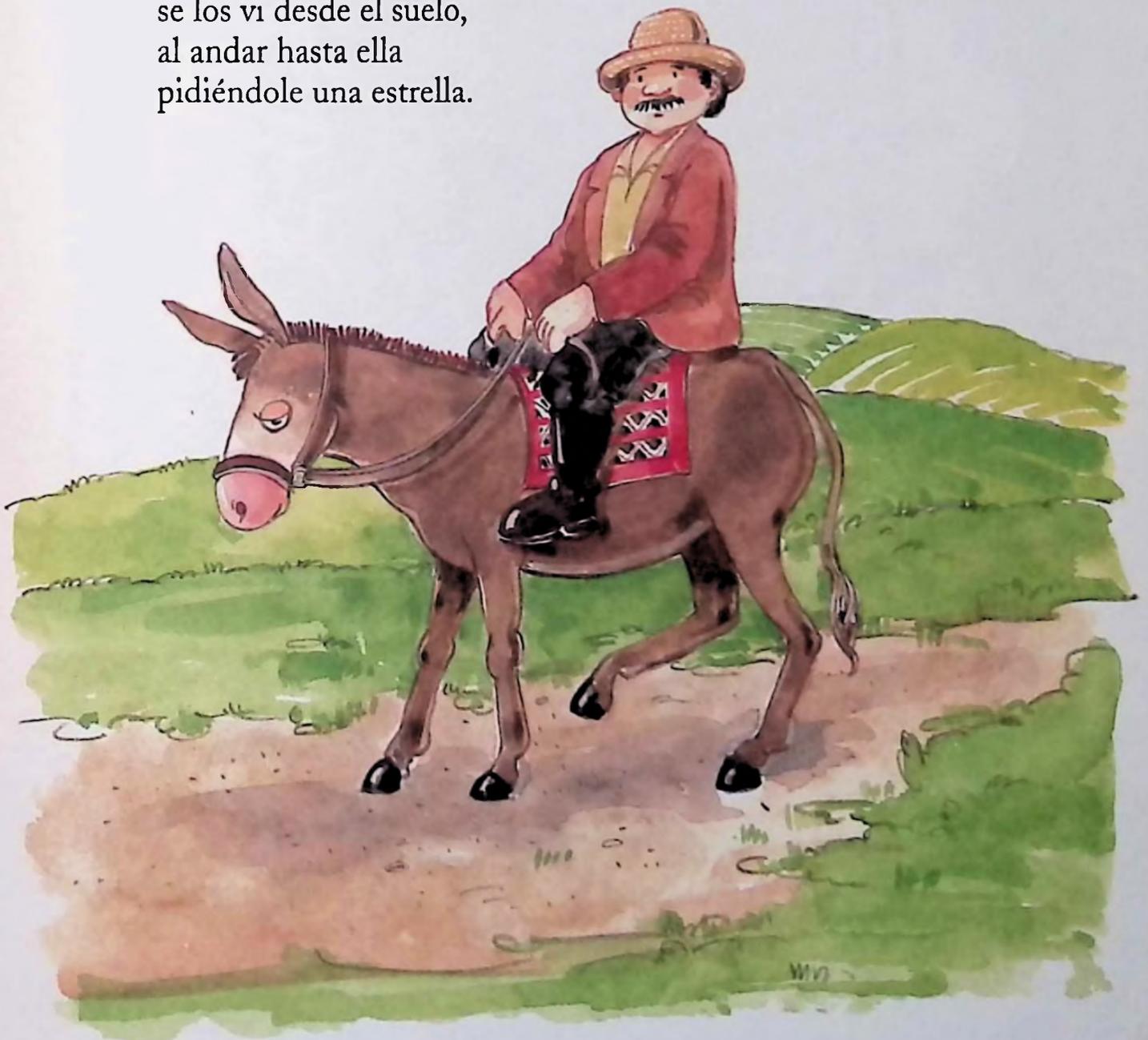


El Niño y Don Quijote  
Arturo Croce



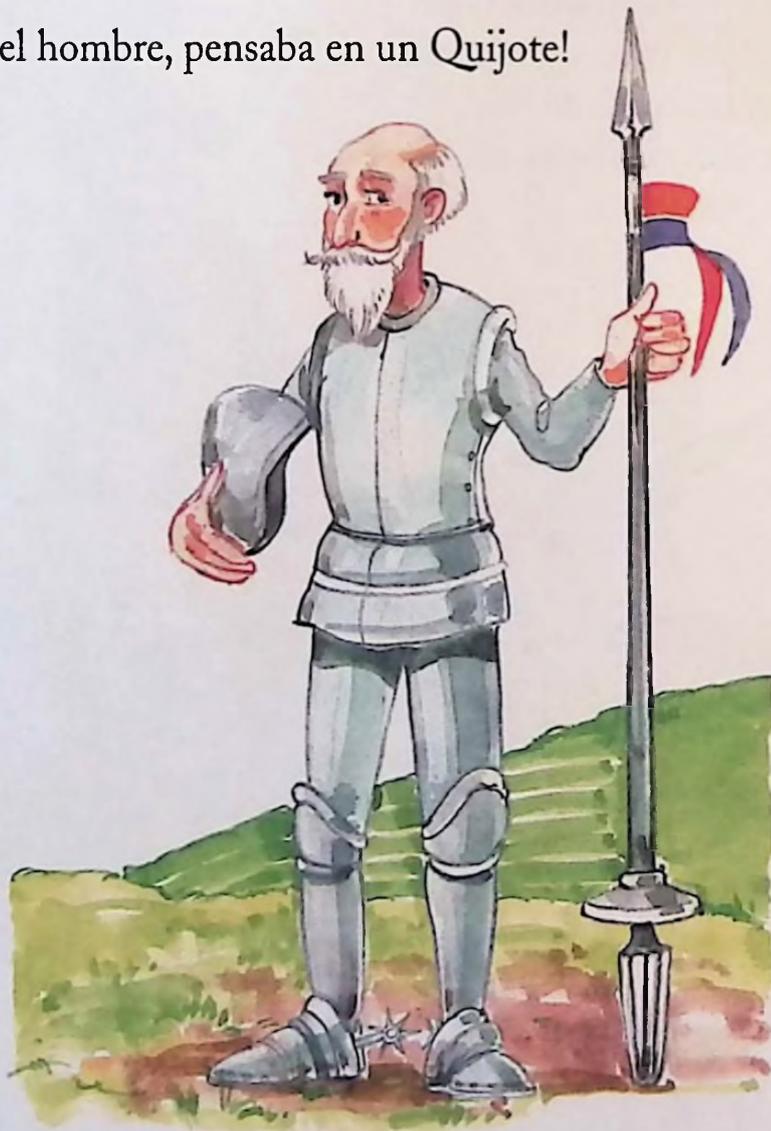
Sancho Panza es muy bueno.  
Lo conocí gordito  
como un cochinito...  
Y le dije a mi madre con un grito:  
¿Quién es ése  
que pasa junto a él por los campos de heno?

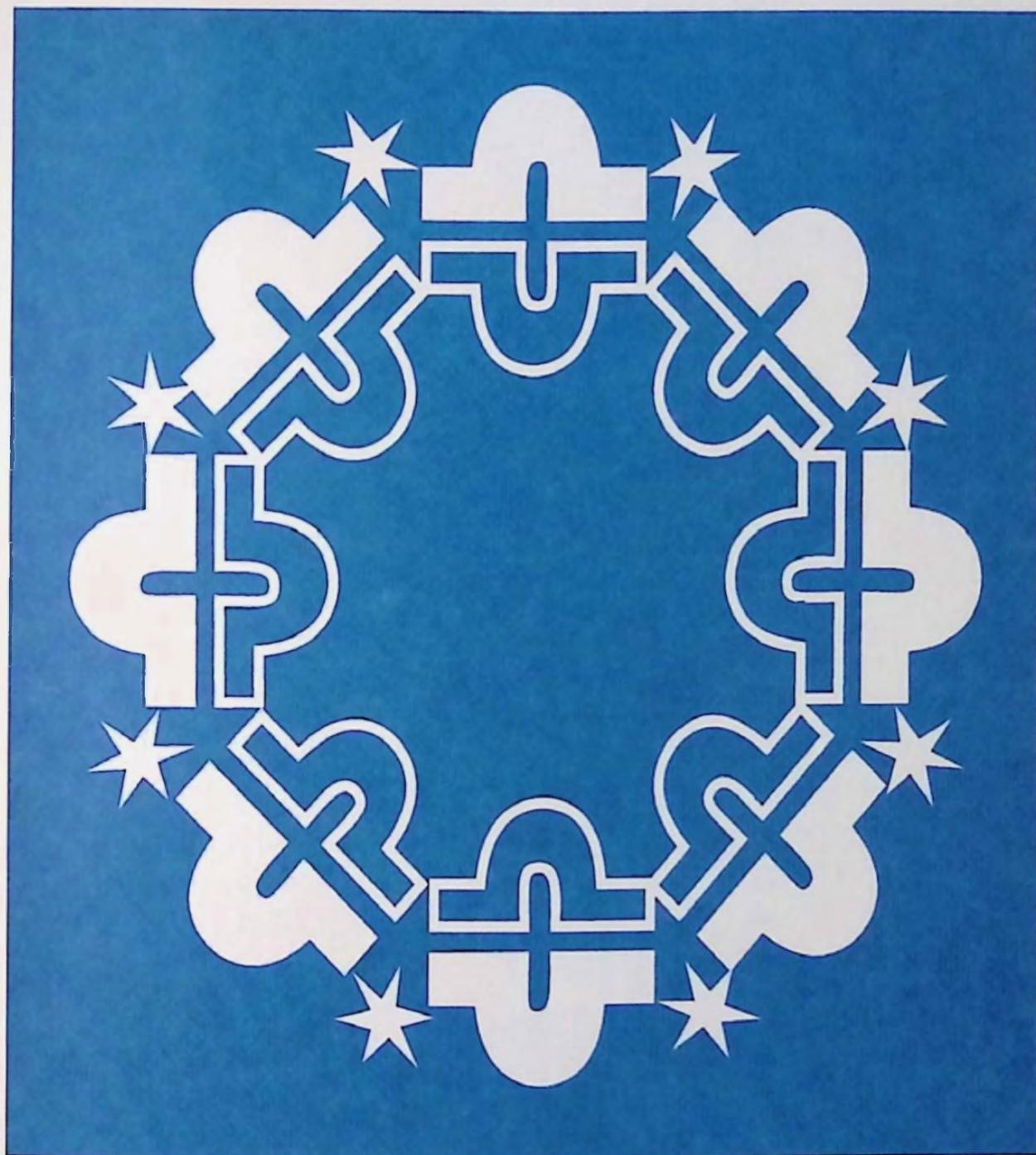
Mi madre abrió sus ojos  
de cielo.  
Con mis pasitos cojos  
se los vi desde el suelo,  
al andar hasta ella  
pidiéndole una estrella.



Me dijo:  
hijo,  
ése que tú me dices, el flaquito,  
es el amo del otro, del gordito.  
Se llama Don Quijote de la Mancha.  
Cuando llegues a grande verás que el bueno Sancho  
era algo como Pancho,  
y el flaquito a caballo tenía la mano ancha  
y el corazón grandote.

¡Dios, al hacer el hombre, pensaba en un Quijote!





Señora Luciérnaga  
Fanny Uzcátegui

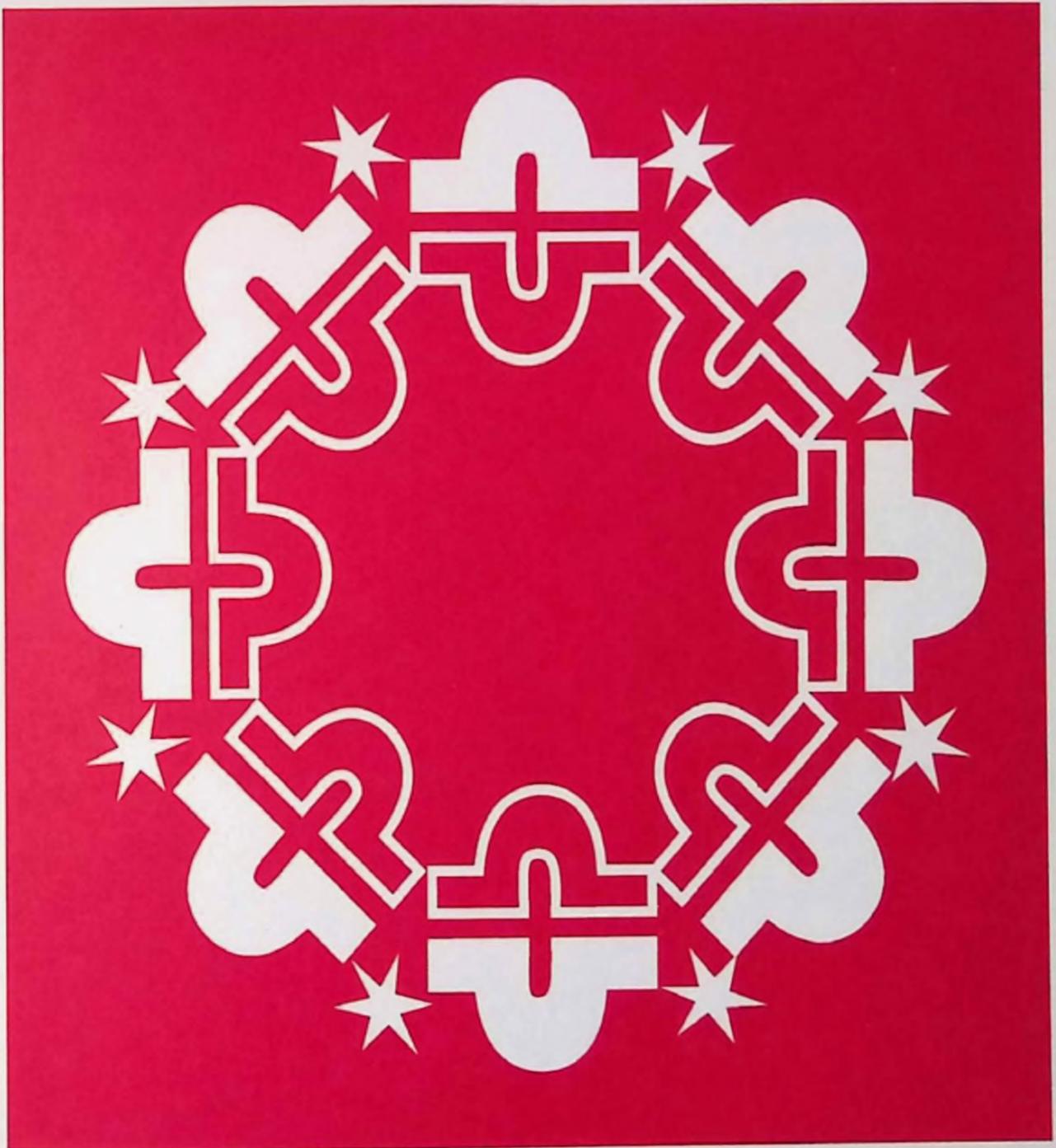




Señora luciérnaga  
regáleme usted  
una lucecita  
para mi quinqué  
que está muy oscuro  
y quiero ver bien  
por cuál caminito  
se llega a Belén.

Señora luciérnaga  
Jesús ha nacido  
y quiero llevarle  
un ramo de olivo  
y una maraquita  
y un panal de miel  
al pequeño niño  
de María y José.



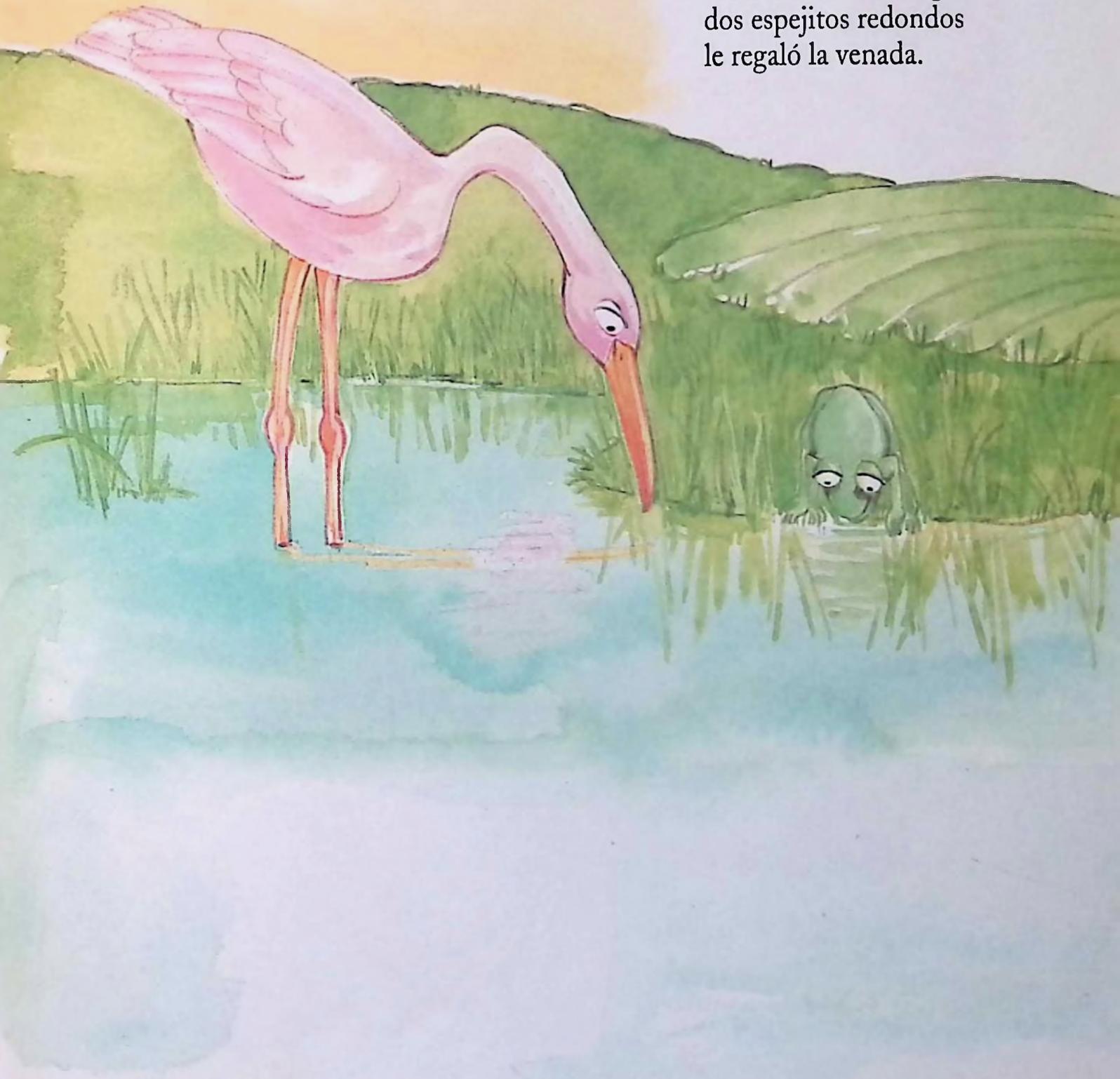


Espejo  
Beatriz Mendoza Sagarzazu

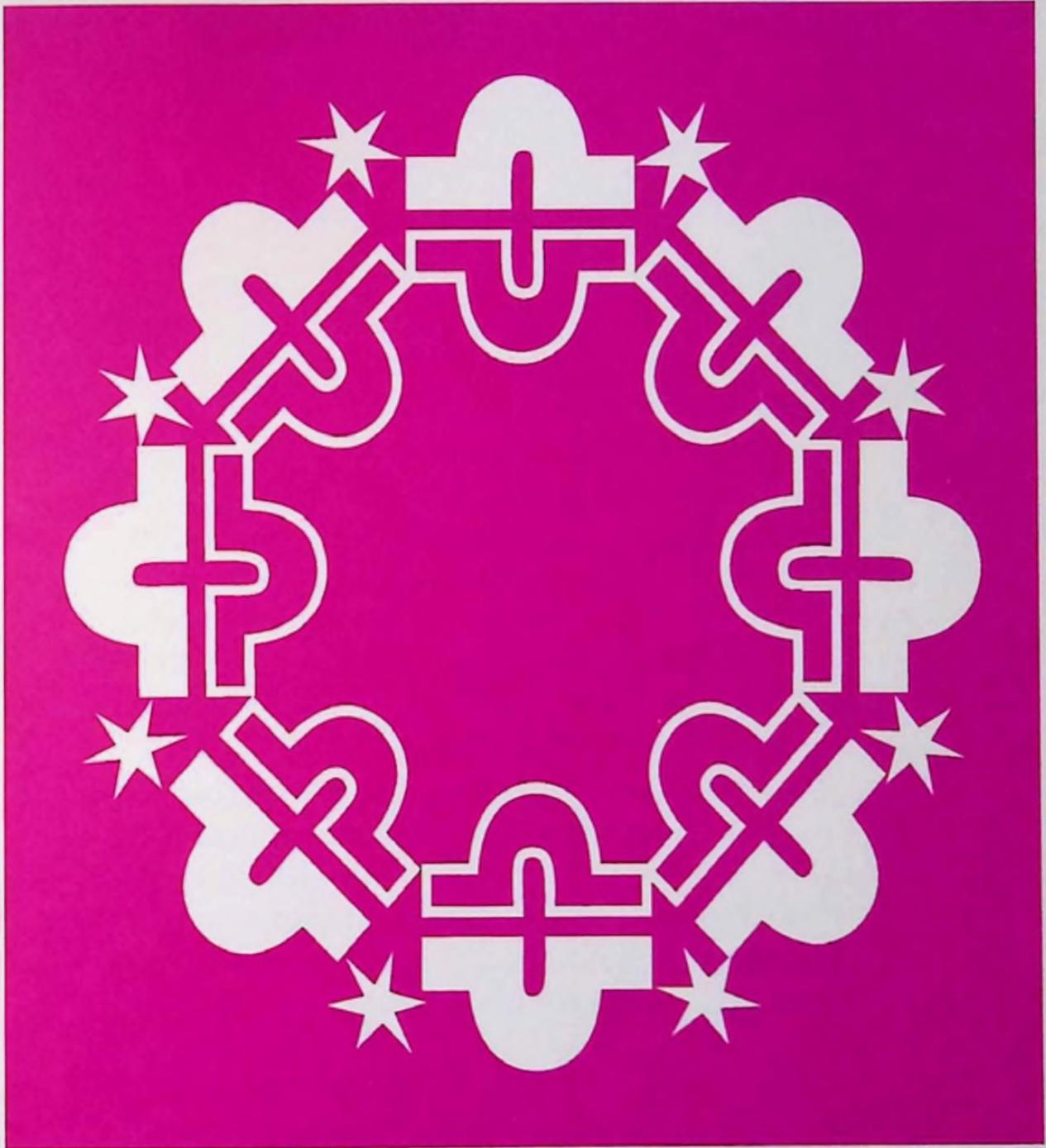


En el espejo del río  
van a mirarse las garzas,  
los grillos y las palomas,  
los pájaros y las ranas.

Al pececito que vive  
en la casa azul del agua  
dos espejitos redondos  
le regaló la venada.







La Mata de Centavos  
Tulio Febres Cordero





Juan era un rapazuelo de ocho años que explotaba de lo lindo la candidez de Dominguito. Cuando le veía alguna golosina en las manos, se le allegaba muy grave, como hombre de negocios formales, y poniéndole las manos sobre los hombros, le decía:

—Mira, Dominguito, hagamos un negocio.

—¿Qué negocio?

—Pues que tú me das ahora la mitad de ese dulce y yo te daré uno entero cuando mi padrino me dé plata.

—Sí, pero que sea bien grande como éste.

—Está dicho.

Y Juan se comía la mitad del dulce; pero media hora después, por cualquier pellizco, por cualquiera dimes y diretes, Juan se declaraba desligado del convenio. Así y todo vivían en la mejor armonía.

—¿Nacen los centavos?

Ante esta inusitada pregunta del chico, Juan abrió tamaños ojos y se puso a reflexionar como un filósofo que quiere dar en la clave del enigma.

—Pues mira, que sí nacen.

—Y entonces. ¿Dónde están las matas?



-¡Tonto! Las matas están muy bien guardadas para que no se las roben.

-¿Tú las has visto?

-No, pero me han contado.

-¿Y qué será lo que se siembra?

-Pues deben ser los centavos para que retoñen.

-Ah... pues yo voy a hacer la prueba.

-¿Dónde tienes los centavos?

-Aquí tengo dos no más.

-Bueno, pero no vayas a decírselo a nadie: entre los dos solitos.

Juan se hizo en el momento a un cuchillo de la casa. Se arrodillaron los chicos y emprendieron la obra.

-No muy hondo, Juan.

-Así está bueno, como para sembrar cebollas.

Hecho el hoyo, Dominguito echó con mano trémula sus dos centavos, que la tierra cubrió en el acto. Se puso una señal en el sitio y ambos chicos se entregaron luego a discutir sobre el caso, forjándose para lo porvenir, mil doradas ilusiones.



Dominguito se acostaba preocupado con aquello, y en sus sueños inocentes veía la mata de centavos, grande y coposa como un mamón, cuajada de racimos por todos lados. Tan luego saltaba de la cama, corría al solar y después de cerciorarse de que no había por allí alma viviente se acercaba al consabido sitio a ver si ya estaba apareciendo el retoño.

Como pasasen los días sin asomar nada, consultó a Juan sobre remover la tierra para ver el estado de los centavos, pero el rapazuelo puso una cara muy grave y le dijo que aquello no convenía por ningún respecto, puesto que se rompían los retoños que ya debían salir.

Un día, por último, en que vendían buñuelos a la puerta de la casa, Dominguito, creyendo que ya no se levantaba la mata, corrió al solar, metió las manecitas en la tierra con febril agitación, abrió un hoyo y otro hoyo, buscó aquí y más allá; rebuscó por todas partes y nada...Mucho tiempo hacía que la semilla, por artes químicos del bribonzuelo Juan, había tomado la forma de dos brillantados caramelos.

Pero el cuento sigue: veinte años después, como diría el epílogo de cualquier novelista, Dominguito, hecho todo un hombre de negocios, llamó a su hermano Juan y le dijo:

-¿Te acuerdas Juan de aquella mata de centavos?

-Y de los sabrosos caramelos que me produjo también me acuerdo.

-Pues mira, yo he persistido en la idea: la mata de centavos existe.

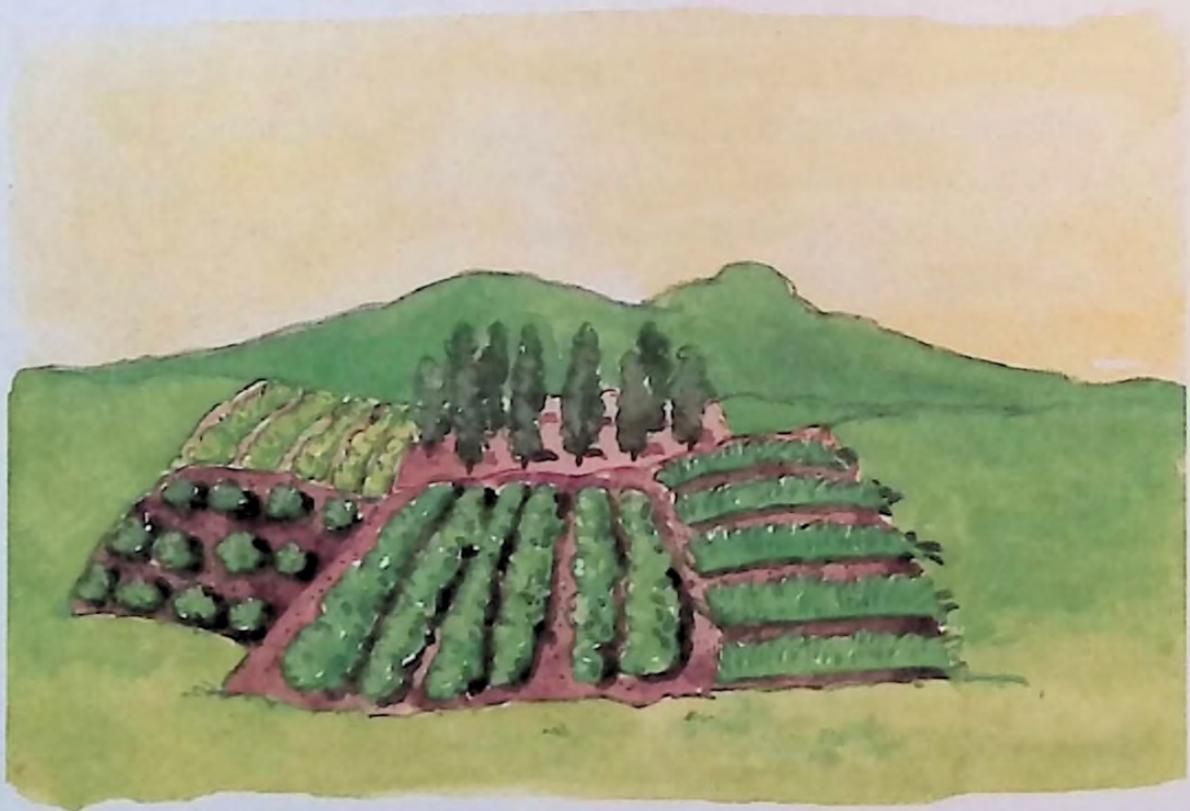
-He cultivado este campo con tesón, lo he sellado de café, maíz y otros frutos, y ya ves que cosecho centavos todos los días.

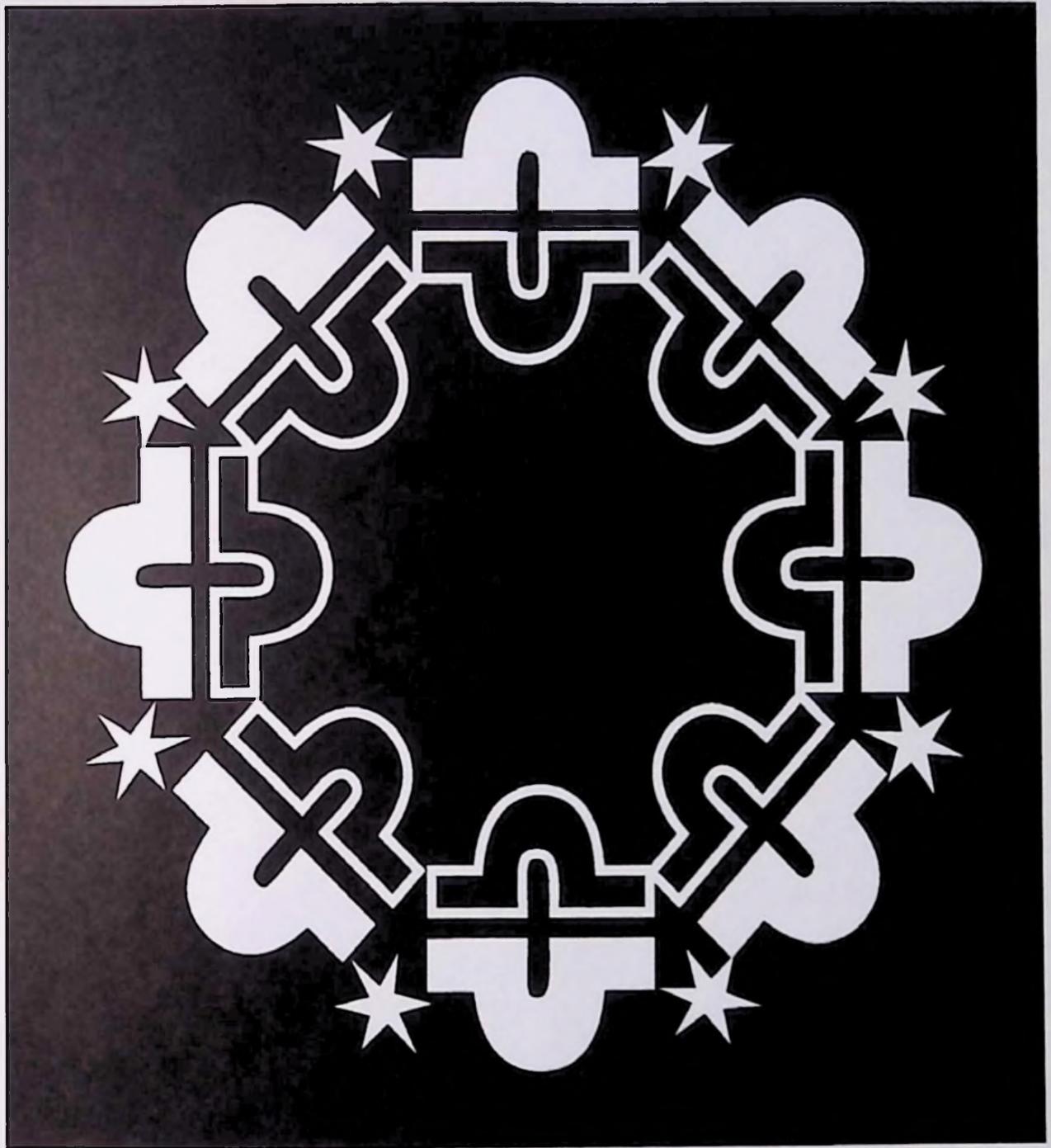
Dominguito tenía razón.

La mata de centavos con que soñamos en la infancia existe.

Se siembra en todas partes, en el campo, en las fábricas, en los talleres; se riega con el sudor de la frente y pronto crece, prospera y rinde el codiciado fruto.

La mata de centavos es el TRABAJO.





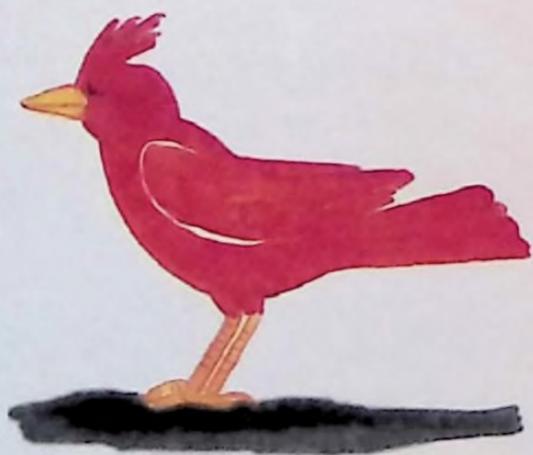
El Cardenal  
Efraín Subero

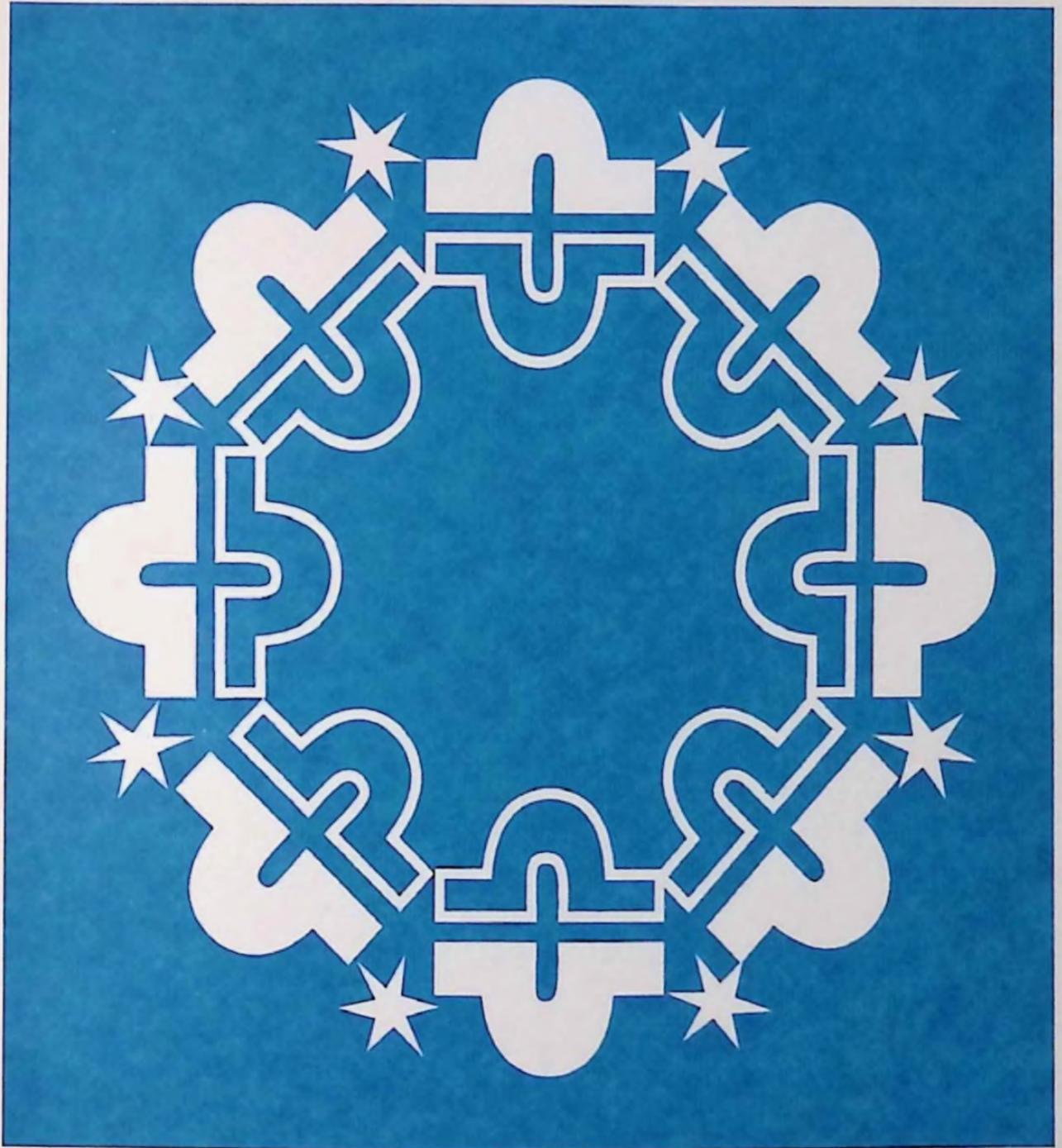




Una gorrita roja  
lleva mi Cardenal,  
porque asiste a una fiesta  
muy especial.

(La bella paraulata  
se va a casar)





El Arbol  
Luisa del Valle Silva

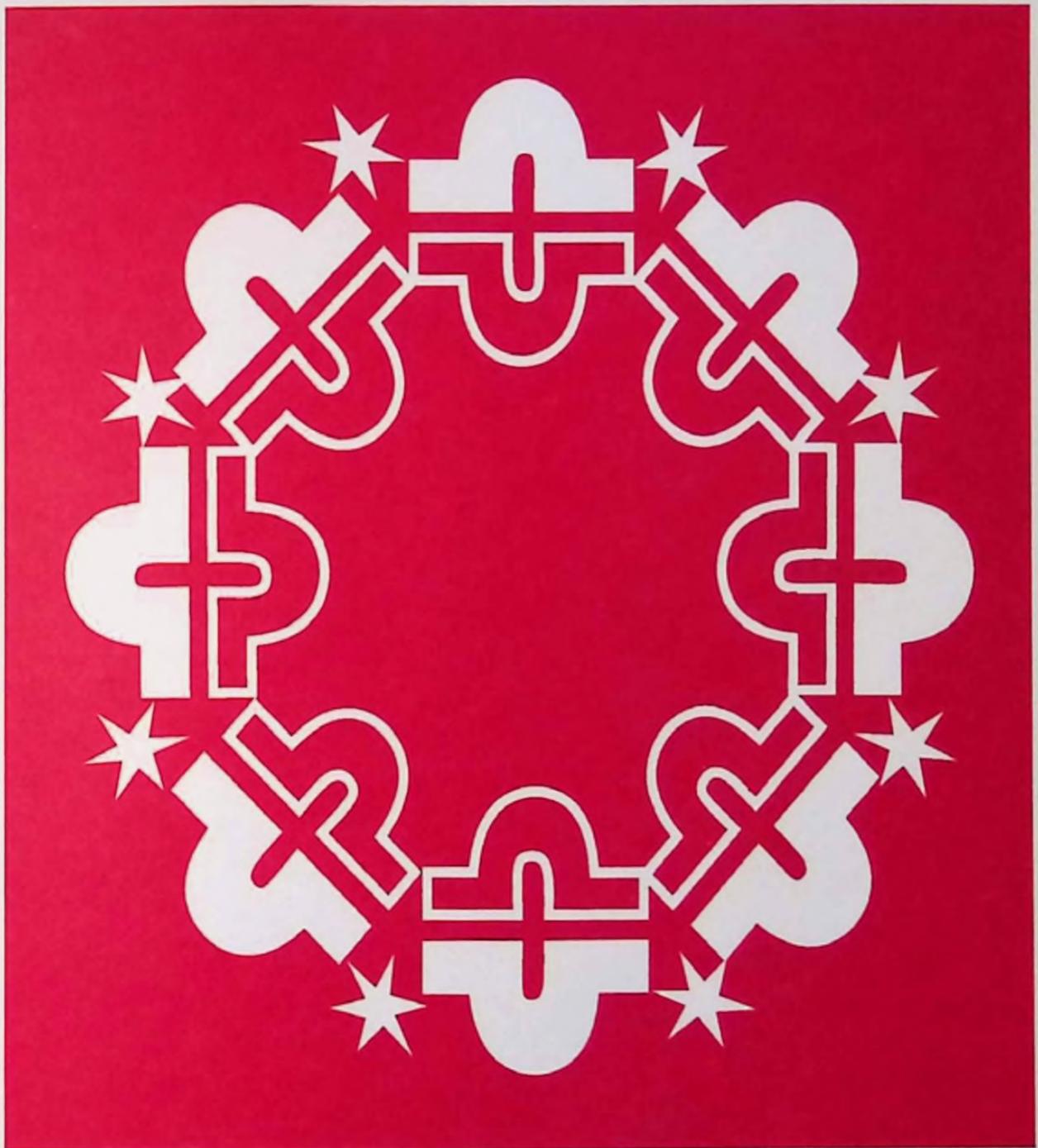




Yo era un árbol, daba sombra,  
cargaba flores y nidos.

Y ahora para que pases  
me he tendido sobre el río.





El Casorio de Lapita  
Oscar Guaramato





¡Tilingo!  
¡Tilingo!  
Dice la campana...

Mañana domingo  
se casa Lapita  
en la capillita  
de La Concepción.  
Será la madrina  
Doña Catalina  
y hará de padrino  
Don Juan Barrigón.

Mañana domingo  
se casa Lapita  
en la capillita  
de La Concepción.  
Claveles enanos  
del campo vecino  
son acompañantes  
del señor padrino.  
Una mariposa  
que llegó de China  
cantará en el coro,  
y abanico de oro  
será el saltamontes  
para la madrina.

Siete girasoles  
llevan los tambores  
de la estudiantina,  
y un anciano grillo  
dará el estribillo  
con su bandolina  
y hará los honores

a los desposados  
cuando ya casados  
doblen en la esquina...

Mañana domingo,  
en la capillita  
de La Concepción,  
estará Lapita.

-¿Lo quieres?

Y ella,  
muy coloradita,  
dirá:

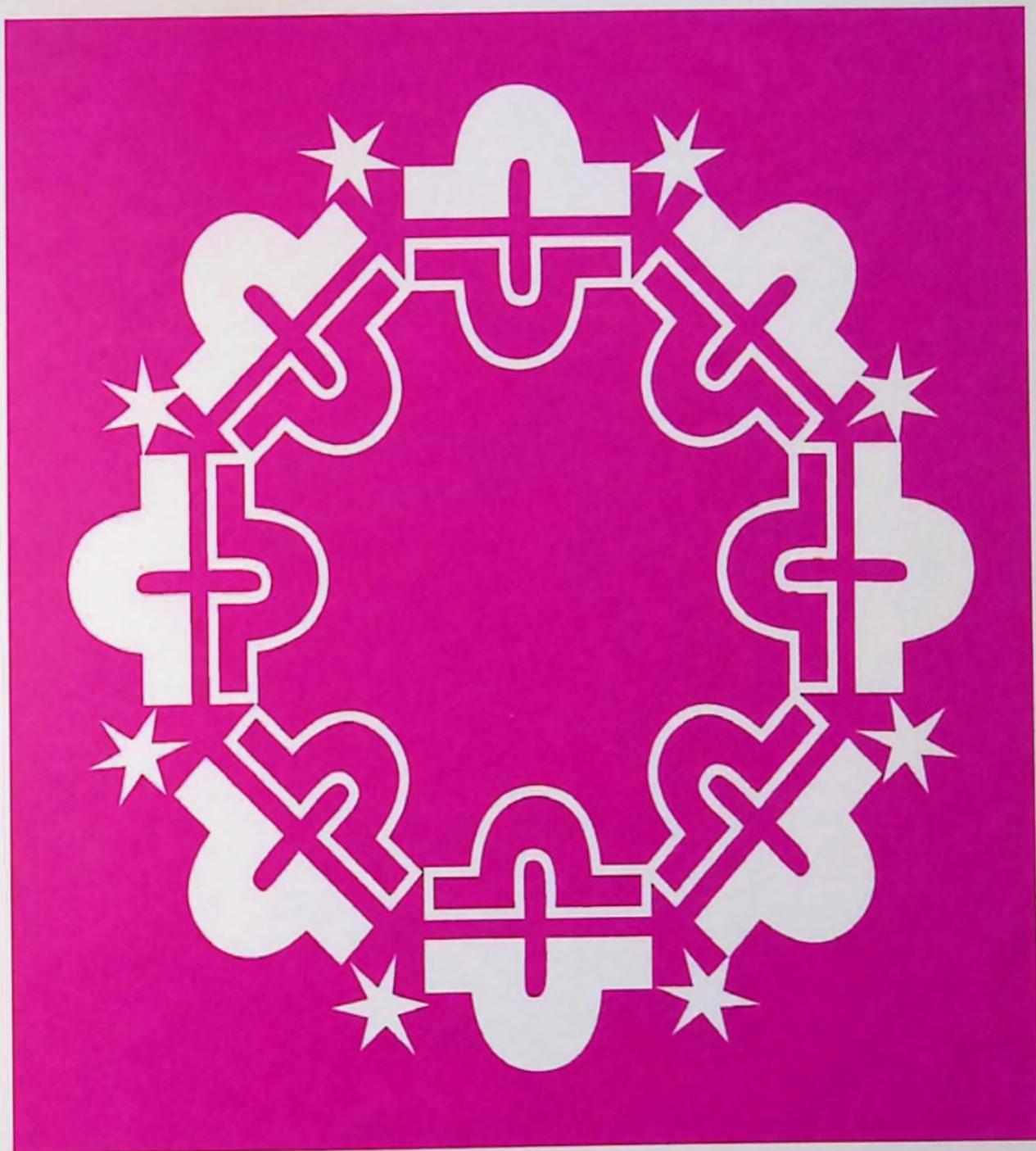
-Sí, señor.

Y cuando se oiga  
tal declaración,  
llorará de gozo  
Doña Catalina,  
sacará el pañuelo,  
y una alegría nueva  
tendrá la mañana,  
porque la campana,  
como es día domingo, dice  
jubilosa:

¡Tilingo!

¡Tilingo!





El Reloj Burlón  
Marisa Vannini de Gerulewicz





El día de su cumpleaños, abuela le regaló a Vicente un reloj. Pero no era un reloj corriente, sino un despertador fino, muy bonito, que marcaba exactamente la hora.

Tenía lindos colores y una campanillita muy aguda que despertaba por la mañana con un resonante driin, driin, driin.

Y como esta era una familia muy alegre, el regalo les encantó a todos: a Vicente porque era bonito y podía manejarlo haciendo correr las brillantes agujas sobre los numeritos pintados de rojo, a su papá porque era algo útil y a su mamá porque pensó que por fin Vicente podría despertarse solo para ir a la escuela y ella no tendría que levantarse más tan temprano.

Y como esta era una familia muy unida, a todos les encantó la idea de que Vicente se preparase solo para ir a la escuela, y Vicente se sintió muy contento y orgulloso de poder ya levantarse y salir a la calle como un hombrecito.

Al principio todo fue bien. Por la noche Vicente controlaba y cargaba su reloj; y por la mañana, al oír el alegre driin, driin,



saltaba de la cama, se aseaba y salía solo de la casa.

Pero llegó diciembre, las madrugadas eran más frías, costaba trabajo dejar el calorcito de la cama, y además Vicente había empezado a acostarse más tarde porque le gustaba patinar y por la noche salía a dar vueltas con los amigos.

Así que una mañana al oír el driin, driin del despertador, Vicente saboreó la tibieza de su cobija, sacó un brazo, le dio con la mano un buen golpe al reloj para hacerlo callar, luego se volteó al otro lado, dio un bostezo y siguió durmiendo.

Cuando se despertó era tardísimo, el sol brillaba alto, y por más que se apresurase, llegó al colegio bastante retrasado y el maestro no lo aceptó y lo mandó a la dirección.





–¿Qué le pasó, hijo mío, para llegar tan tarde? –le preguntó el Director.

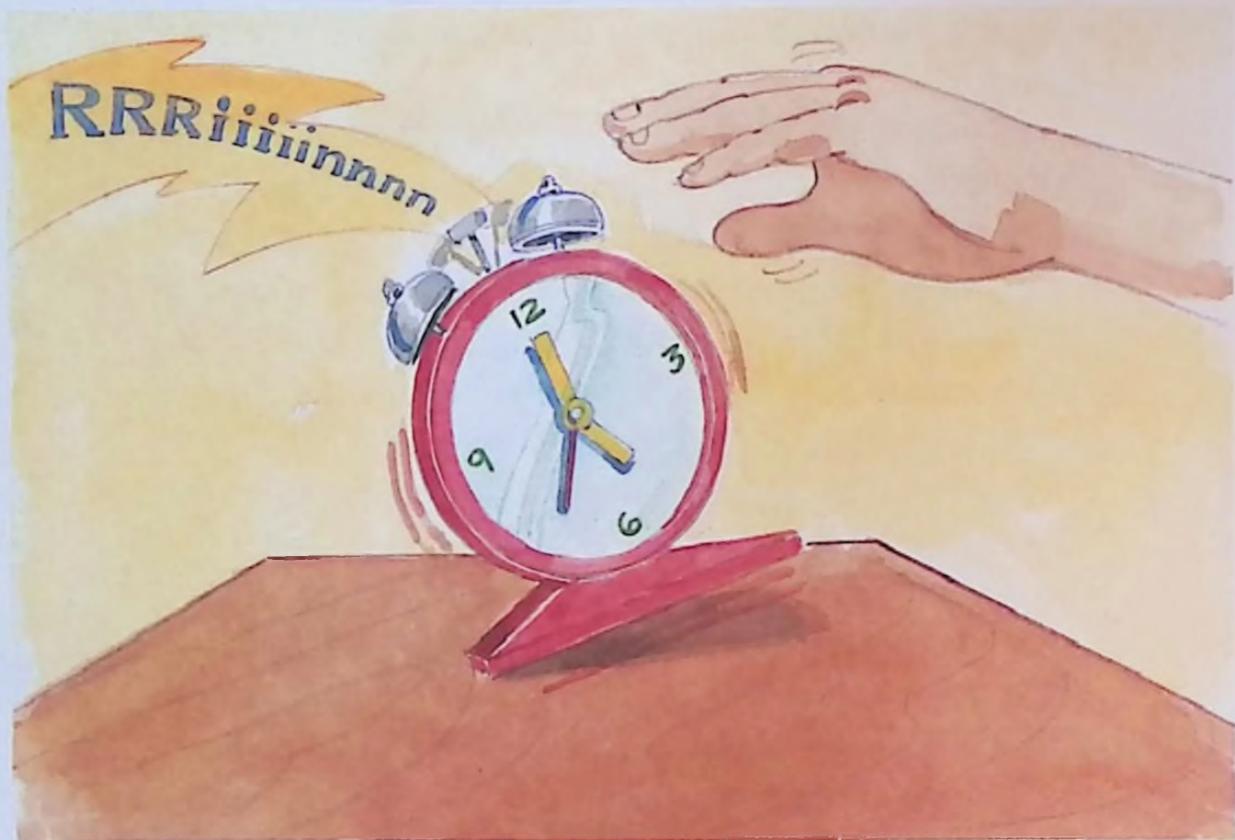
–Pues usted sabe, Director –se le ocurrió decir a Vicente que cuando era necesario se pasaba de listo–. A mí me regalaron un despertador por mi cumpleaños, pero resulta que a pesar de que yo lo puse bien anoche, esta mañana no repicó a la hora, y no me desperté a tiempo. El Director le aceptó la excusa y lo dejó entrar, pero le exigió que al día siguiente trajera una justificación de su mamá.

Al llegar a la casa Vicente le repitió la excusa a su mamá que, pobrecita, se la creyó.

Pero el despertador había oído todo ese cuento y pensó:

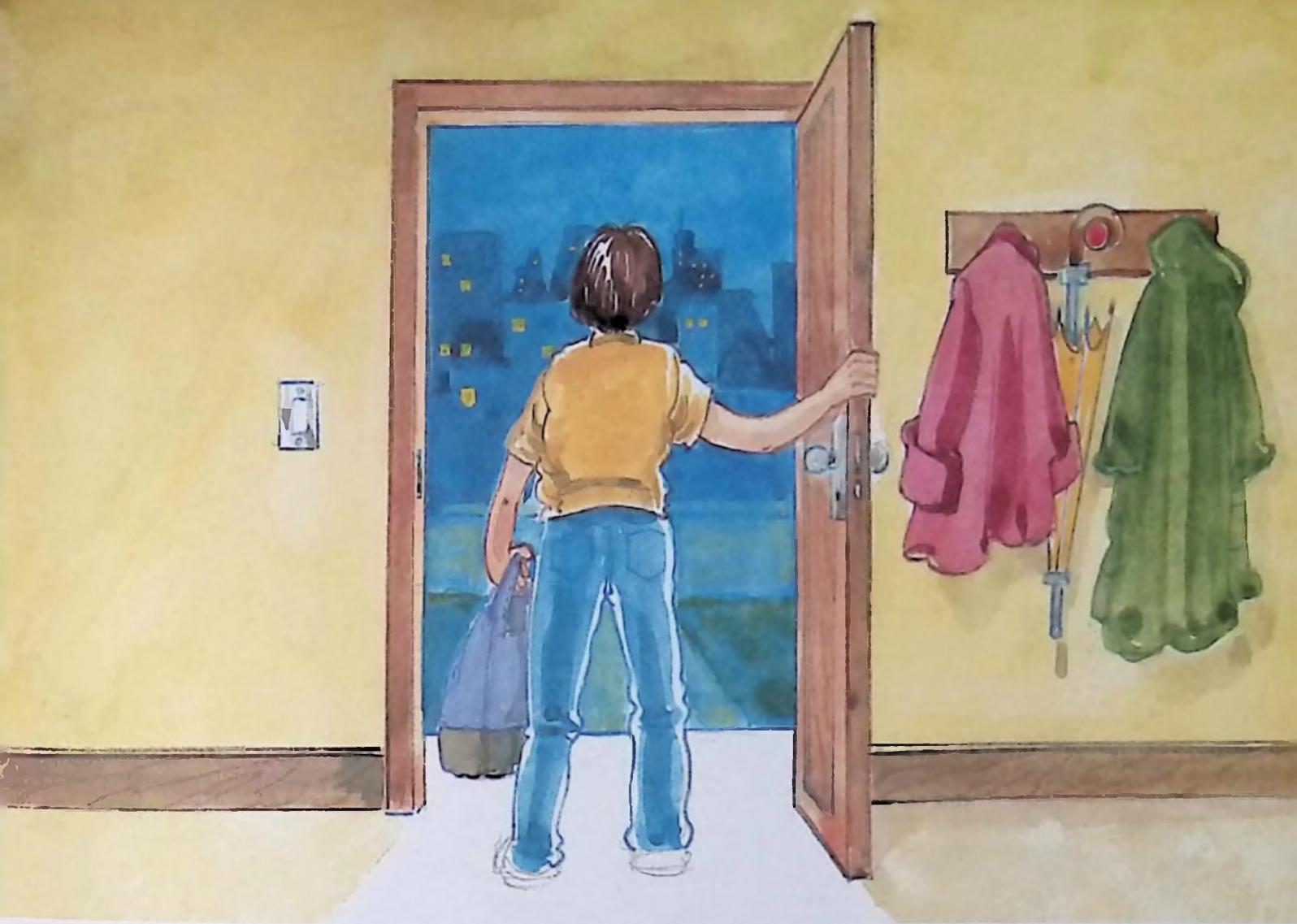
–¿Ah, sí, sinvergüenza, flojo y embustero, para esconder tu vagancia me echas la culpa a mí que soy un honrado trabajador? Pues si ni el Director ni tu mamá te descubrieron, ahora te voy a arreglar yo.





Y así a la mañana siguiente, a pesar de que Vicente lo había cuidadosamente arreglado para las seis, el reloj comenzó a tocar como loco, bien temprano por la madrugada, cuando era aún noche y todavía ni un rayito de luz había empezado a rasgar las frías tinieblas decembrinas.

El pobre Vicente, al oír el driin driin y recordando lo que le había pasado el día anterior, se tiró de la cama, tambaleando de sueño y temblando de frío, se bañó, se vistió rápido y sin siquiera desayunarse agarró su bulto y se fue a la calle.



¡Pero cuál fue su sorpresa cuando al cerrar la puerta detrás de sí, vio que era aún de noche!

Miró extrañado las estrellas que apenas brillaban en el cielo nublado, miró a su alrededor las calles oscuras y las luces de los postes prendidas, y comprendió enseguida que había sido el despertador quien le había gastado aquella broma pesada. Pero, ¿qué hacer? ¿Tocar el timbre para volver a entrar en la casa, despertar a todo el mundo, confesar que había mentido y que ahora el reloj se burlaba de él? No, mejor esperar por allí a que amaneciese y luego encaminarse poco a poco hacia la escuela.

—¡Pero cuando regrese, reloj burlón —gritó indignado antes de irse—, te voy a tirar al suelo y hacerte trizas!

Llegó hasta la esquina y se sentó en la acera, preparado





a pasar triste y solo aquellas largas horas. Pero enseguida se dio cuenta de que no estaba tan solo.

Los autobuses hacían su recorrido habitual; en su parada, había algunos taxis en espera. Pasaban a menudo personas, y comenzó a observarlas: un médico con su maletín, una enfermera nocturna toda limpia y bien arreglada con su uniforme blanco, un joven de paso decidido, tal vez un vigilante. También pasaron unos hombres con cara de cansancio, enfundados en sus chaquetas: eran los obreros del turno de la noche que regresaban a sus casas.

Varios bares estaban abiertos a lo largo de la avenida, y salía el olor del café recién hecho y de las empanadas. El vendedor de periódicos ya estaba en su sitio y se disponía a recibir la prensa. El panadero aún no había abierto pero estaba horneando adentro con las luces encendidas. Con su camioneta, los repartidores de leche recorrían lentamente las calles.

La ambulancia pasó dos o tres veces, dirigida al hospital: y allá adentro, ¡cuánta gente trabajaba! Se veían siluetas perfilarse en las ventanas iluminadas: médicos, enfermeras, religiosas, cocineros, gente que limpiaba.

Nunca Vicente se había imaginado que mientras él dormía tanta gente estuviese trabajando. Así que le dio vergüenza estar allí sentado sin hacer nada y se dirigió lentamente hacia la escuela. Por el camino le sorprendió el alba: las estrellas palidecían, el cielo se fue aclarando, luego se tiñó de rojo y dejó pasar brillante y orgulloso el sol. Largo rato se quedó Vicente mirando hacia arriba: era el primer amanecer que veía en su vida y le encantó.

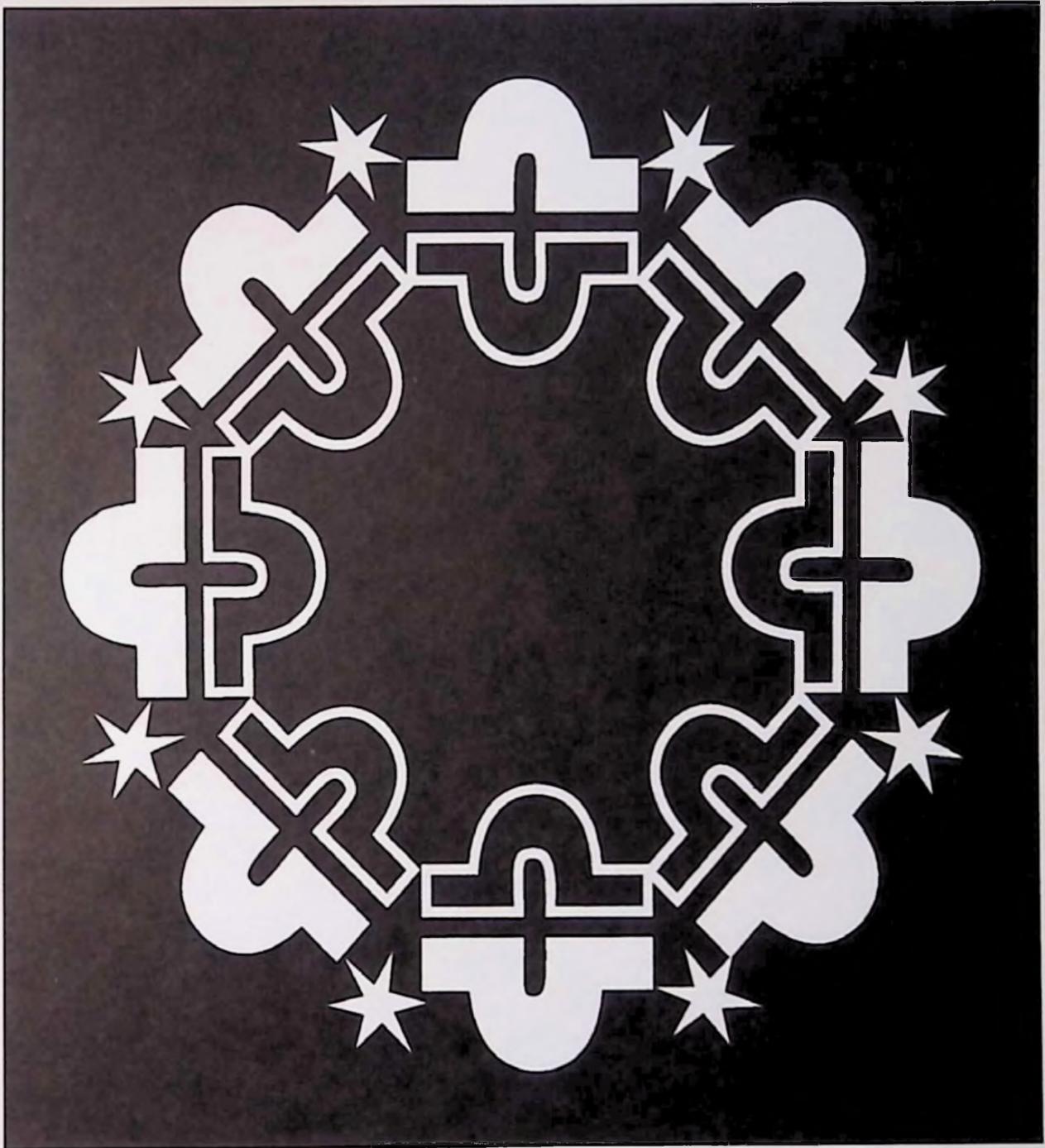
—¡Cuántas cosas bellas y buenas tiene el mundo por la mañana! —pensó. Y cuando llegó a la escuela vio que la puerta estaba abierta, los bedeles estrujaban con fuerza el aserrín contra el piso y en el patio el viejo guardián recogía en una cesta todos los papeles que los niños habían tirado el día anterior.

En la calle ya se bajaban de los carros los niños que llegaban más temprano, porque sus padres los dejaban antes de ir al trabajo. Vicente se dio cuenta de que entre ellos había muchos pequeños, mucho más pequeños que él.

—¡Reloj burlón, no te haré trizas —dijo entonces entre sí—, demasiadas cosas nuevas y bellas me has hecho conocer y comprender!

Y vio que la mañana surgía límpida y que el sol se alzaba triunfante disipando las últimas neblinas del amanecer.





Este Niño Don Simón  
Manuel Felipe Rugeles





El niño Simón Bolívar  
tocaba alegre tambor,  
en un patio de granados,  
que siempre estaban en flor.

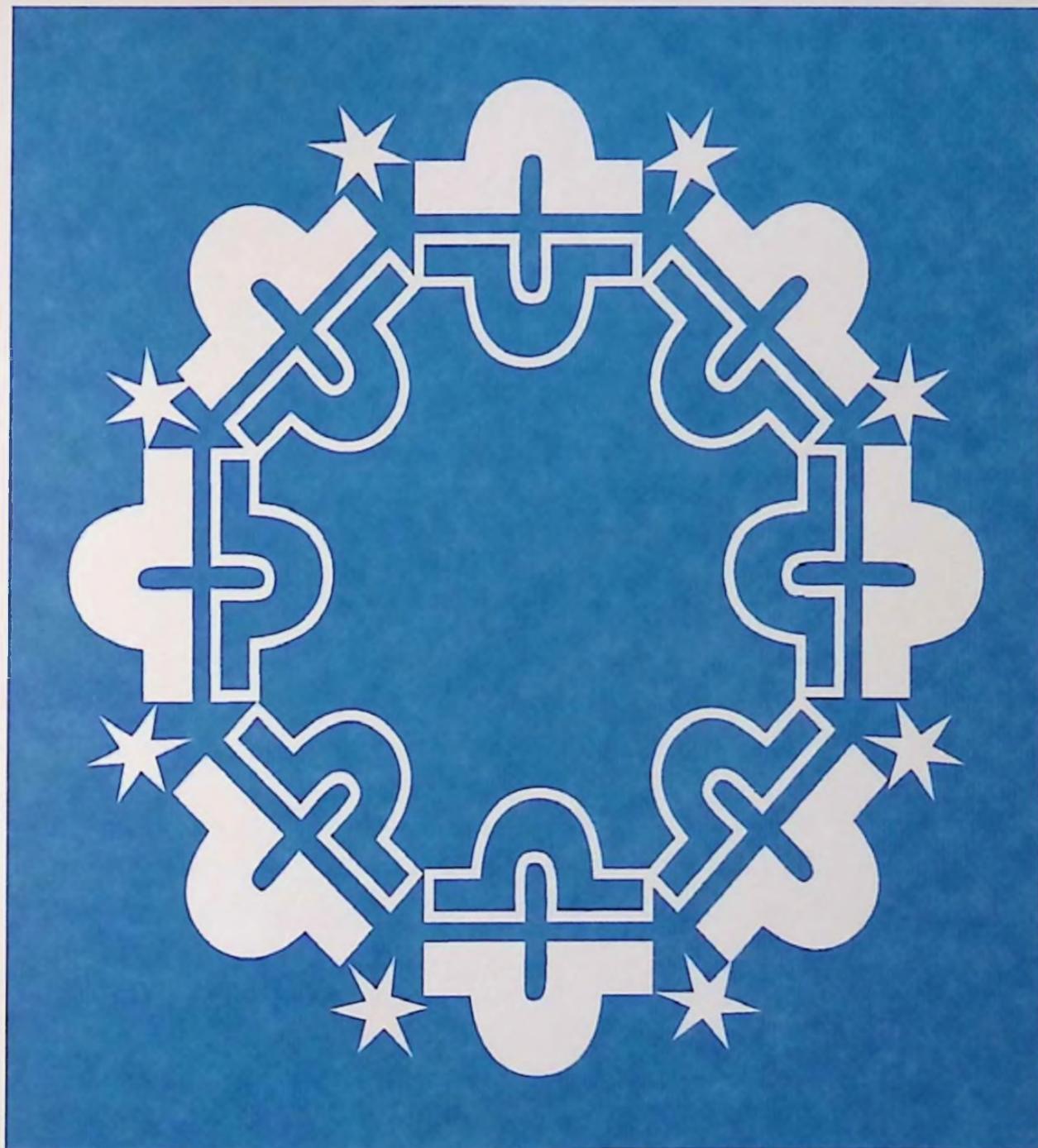
Montó después a caballo.  
Dicen que en potro veloz;  
por campos de San Mateo,  
era el jinete mejor.

Pero un día se hizo grande  
el que fue niño Simón;  
y a caballo siguió andando,  
sin fatiga, el soñador.

De Angostura hasta Bolivia  
fue, guerrero y vencedor,  
por el llano y por la sierra,  
con la lluvia y con el sol.

A caballo anda en la historia  
este niño don Simón,  
como anduvo por América  
cuando era El Libertador.





Regalo de Navidad  
Gloria Stolk





Había una vez un niño que no tenía mamá y vivía solo en un rancho en la montaña. Allí él mismo se hacía su comida, se arreglaba su cama, se lavaba el único par de medias que tenía.

Una mañanita clara, clara, el niño lavó sus medias ya muy viejas, y las colgó en la rama del árbol que estaba detrás de su rancho, para que el sol las secara. Y bajó al pueblo, a trabajar. Ayudaba aquí y allá y le pagaban cada vez más, porque él se iba haciendo diestro en su trabajo. Con su dinero fue a comprar algunas cosas: pantalones y medias, y con la alegría de la ropa nueva, se olvidó de las medias que había dejado colgadas al sol.

Pasaron los días. El muchachito iba creciendo y aprendiendo cosas y en su corazón deseaba recibir un regalo de Navidad. ¿Quién habría de dárselo?. Su mamá no estaba y él no se atrevía a pedirle un regalo a ninguna persona extraña. Pero deseaba, deseaba tanto, tanto, una sorpresa de Navidad. Todos los niños estaban en esos días pensando en sus regalos, prontos a recibirlos, y él...pensaba también.

Llegó por fin el día azul y fresco que los niños llaman Navidad. El muchacho salió hacia el fondo del corral, un poco triste porque no veía de dónde podría venirle lo que tanto anhelaba. Tendría que caerle del cielo. Suspiró, sacudió la cabeza y miró hacia arriba. ¡Ay, mis medias viejas! Dijo al mirarlas colgando, y se acercó más al árbol.

Dentro de una de las medias un pajarito del cielo había hecho su nido, y allí estaban como un regalo vivo y palpitante, más hermoso que todos los regalos del mundo, tres polluelos de cuerpos friolentos, cubiertos por un suave plumón de seda, que lo saludaron piando, piando como si lo conocieran de toda la vida.



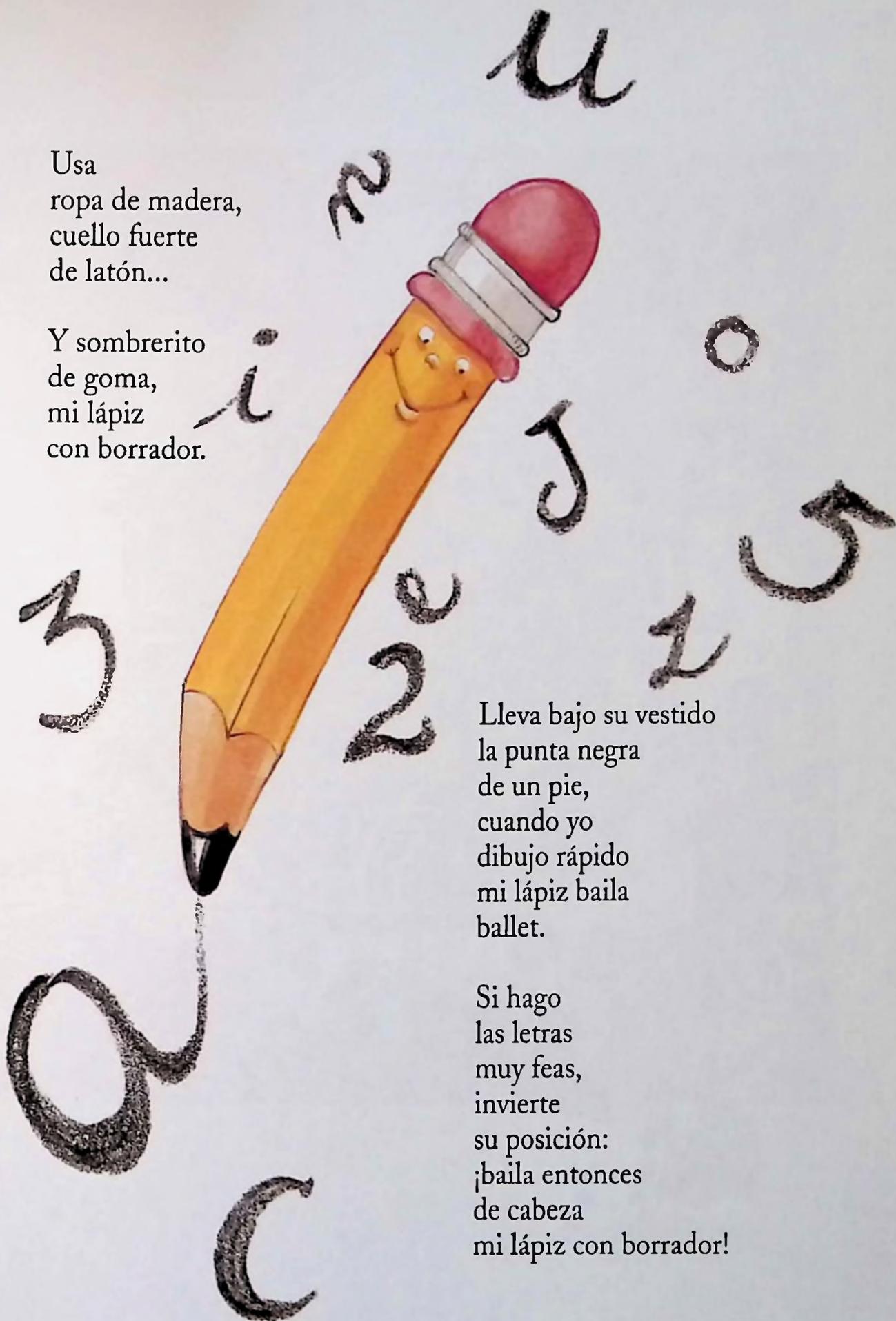


El Lápiz  
Morita Carrillo



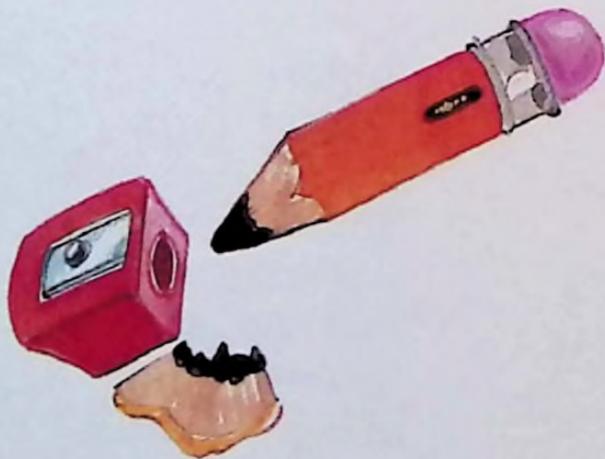
Usa  
ropa de madera,  
cuello fuerte  
de latón...

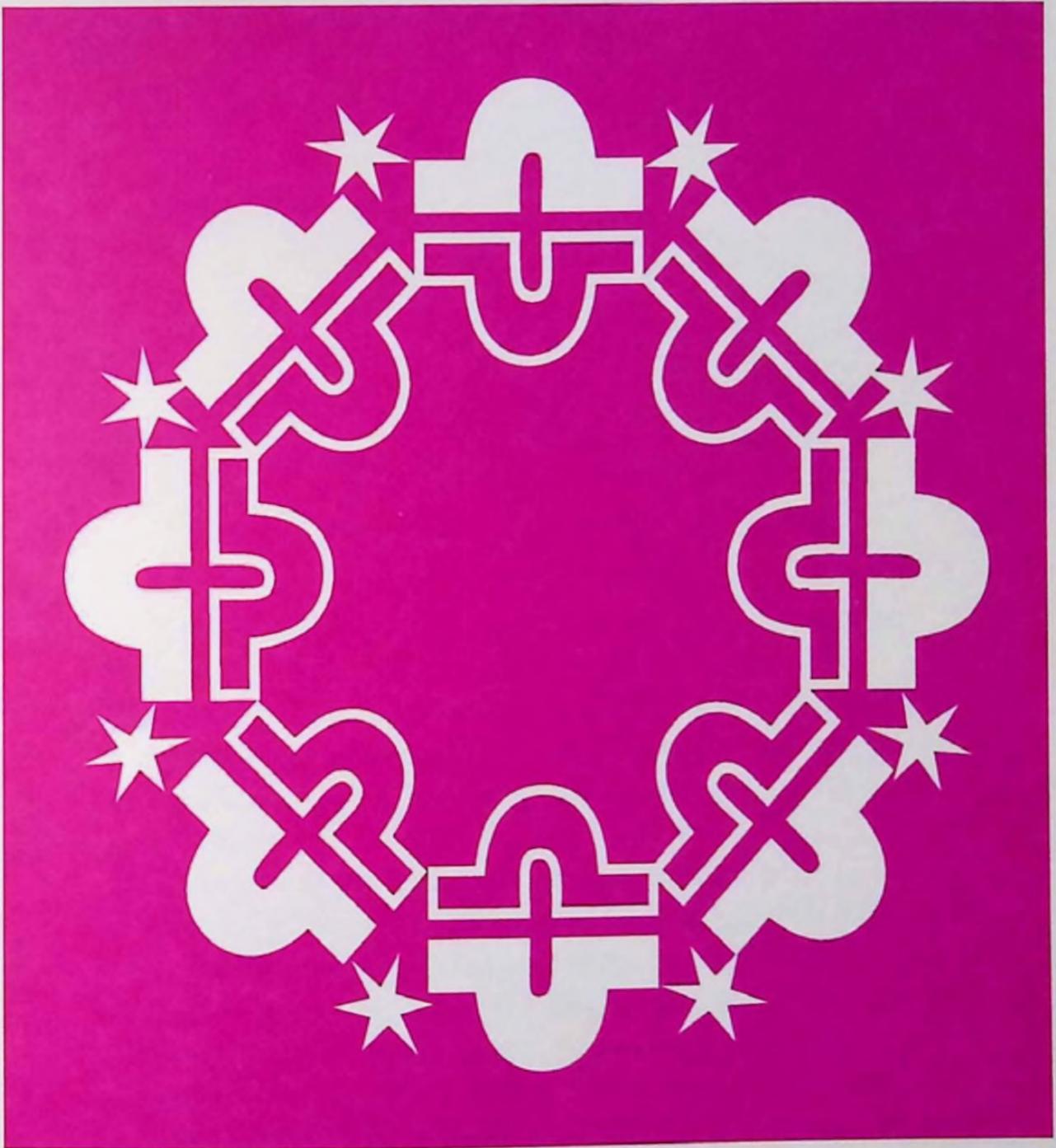
Y sombrerito  
de goma,  
mi lápiz  
con borrador.



Lleva bajo su vestido  
la punta negra  
de un pie,  
cuando yo  
dibujó rápido  
mi lápiz baila  
ballet.

Si hago  
las letras  
muy feas,  
invierte  
su posición:  
¡baila entonces  
de cabeza  
mi lápiz con borrador!





Cometas  
Vicente Gerbasi





Cuatro cuadras de casas bajas, pintadas de azul, amarillo, verde, rojo, o simplemente encaladas, forman la calle principal de Canoabo. Comienza a orillas del río, donde vuela el martín pescador, y termina en una plaza que arbola una iglesia blanca, al pie de la colina del Calvario, donde duermen los mendigos.

Hay otras callecitas, como la de “Los Sapos”, la de “Machado” y “Boquerón”. Esta última es un túnel de árboles suavemente espinado hacia la montaña, donde zigzaguea el camino rojo que va a Aguirre, a Bejuma, a Montalbán, pueblos éstos que se encuentran en una altiplanicie de frescos sembradíos y pastizales.

Las calles de mi pueblo eran de arena y en sus aceras de piedra o de ladrillos crecían hierbas tenaces.

Por aquel tiempo volábamos cometas en el azul límpido de la tarde. El cielo se poblaba de colores, como de aves que hubieran abandonado otro mundo.

Yo miraba las montañas que rodean la aldea. Los niños que vivían allá arriba no volaban cometas. Pero sí venían al pueblo en pequeños asnos negros. Los niños labriegos miraban nuestras cometas allá en el cielo, hacia donde una nube blanca se adelgazaba sobre las cumbres. En aquellas montañas florecen los cafetales a la sombra de inmensos árboles húmedos. Las flores del cafeto son como pequeñas estrellas blancas y su perfume tiene una como suavidad sideral.

Hacia esos lugares de flores y de fieras se alejaban nuestras cometas. Don Arturo Sifuentes se reunía con nosotros para volar su gran barrilete de seda con una larga cola en forma de flores multicolores.

Don Arturo era un viejo alto, muy delgado, siempre vestido pulcramente de blanco. Cuando nosotros comenzábamos a reunirnos con nuestras cometas de papel de seda, él abandonaba su negocio de telas, donde, en verdad, había más botones que telas, y se reunía con nosotros sin hablar.

Cuando uno de nosotros llevaba una cometa nueva, él la tomaba en sus manos, la observaba cuidadosamente, y si la encontraba de su gusto, se limitaba a hacer con la cabeza un ademán de aprobación.



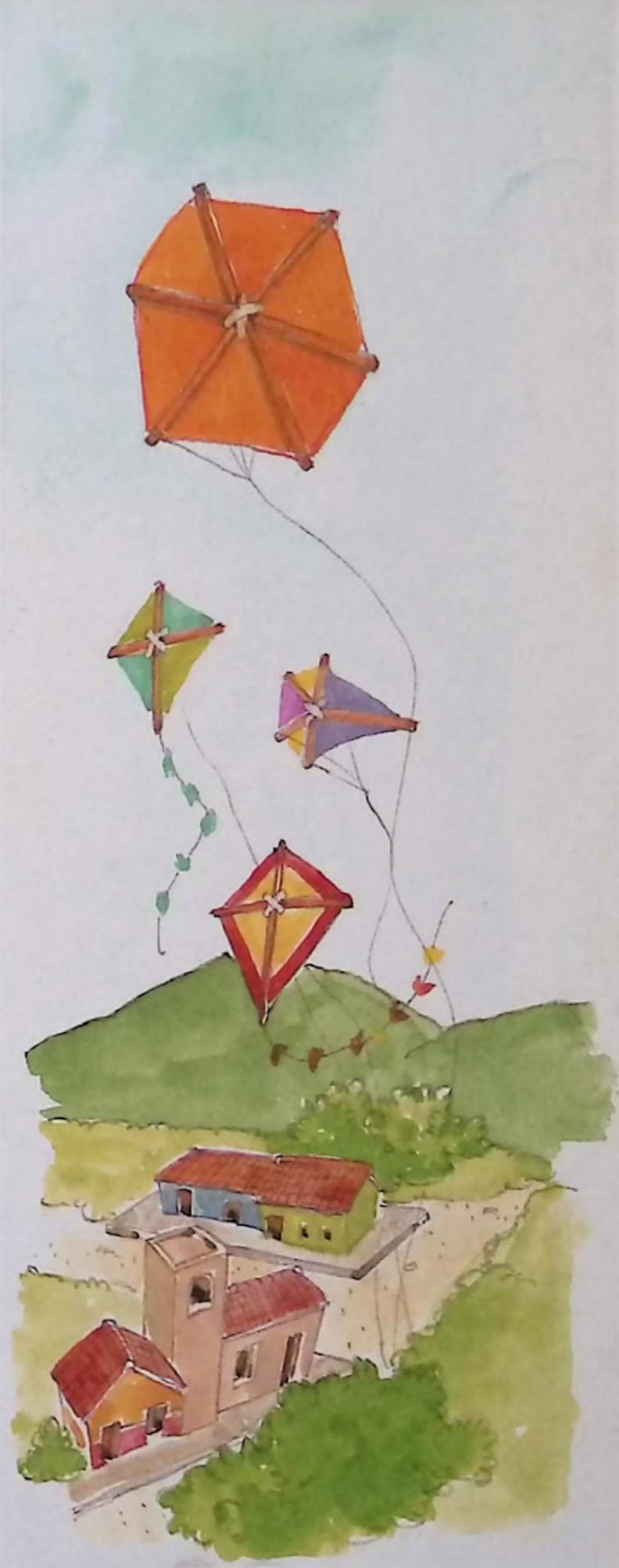
Como su barrilete era tan grande y pesado, debía ser elevado con cordel. En el cielo se mantenía sereno, como un extraño invento, en medio de nuestras pequeñas cometas.

De cuando en cuando, entre una y otra, pasaban lentos los zamuros en su vuelo circular.

Si la brisa era fuerte, Don Arturo ataba el cordel al balaustre de una de las pequeñas ventanas, se iba al negocio y regresaba con otro rollo que empataba para ver su barrilete alejarse de nuestras cometas hasta casi desaparecer como un punto en el espacio.

A esa hora solar se abrían los pavos reales sobre la arena.

En cierta ocasión nos pusimos de acuerdo para ponerles nombre a nuestras cometas. Rafael Linares, quien vivía frente a la plaza en una casa con dos árboles de guayabitas del Perú, llamó



a la suya, Hoja Morada, porque siempre hacía sus cometas con papel de ese color.

A mi vecino Ramón le gustaba hacerlas mitad blancas y mitad negras, y no sé por qué causa rara le puso a la suya el nombre de Vaca del Aire. Pedrito Gómez, un muchacho gordo como un tonel, de cabeza pequeña y ojos negros, grandes, hundidos bajo las cejas, prefería los colores anaranjados y llamaba a su cometa Velero Volador. Francisco Ruiz le ponía a la suya anchas colas azules y la llamaba Aguila de Canoabo. Rosendo, el hijo del maestro de escuela, tal vez ayudado por su padre, la llamó Saturno. Por aquel entonces ya comenzábamos a saber lo que era un planeta, y, desde ese momento, supimos que en este caso se trataba de un planeta con anillos.

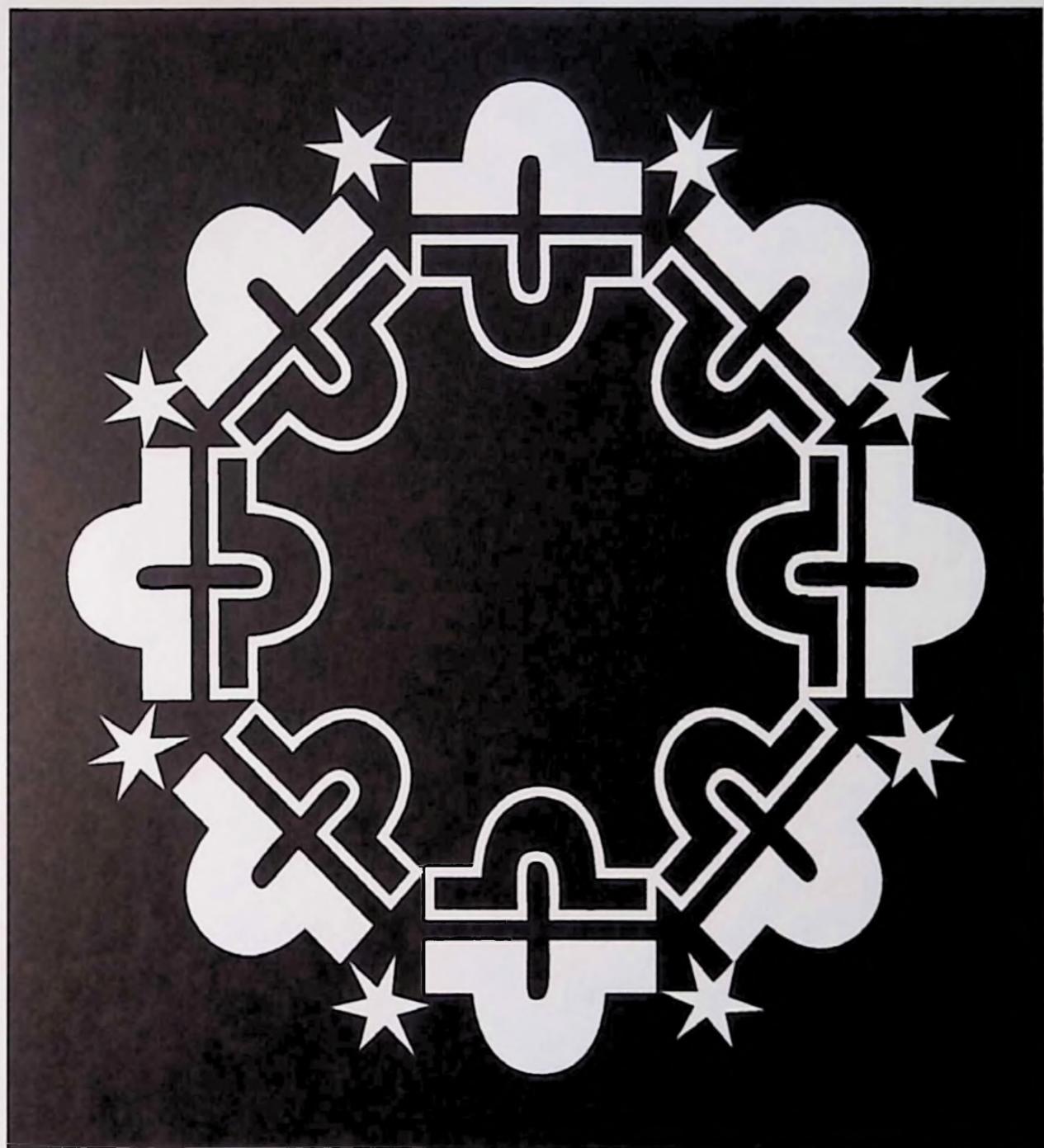
Había otros nombres que no recuerdo. ¡Ah!...yo le puse a mi cometa el nombre de Gallina Verde.

Pero lo más gracioso fue el nombre que Don Arturo le puso a su barrilete: Gigante del Aire.

Desde ese momento, cuando todas nuestras cometas estaban en el cielo rodeando a su barrilete, él nos veía las caras, nos picaba el ojo y nos decía moviendo la cabeza de arriba abajo: "el Gigante, el Gigante".

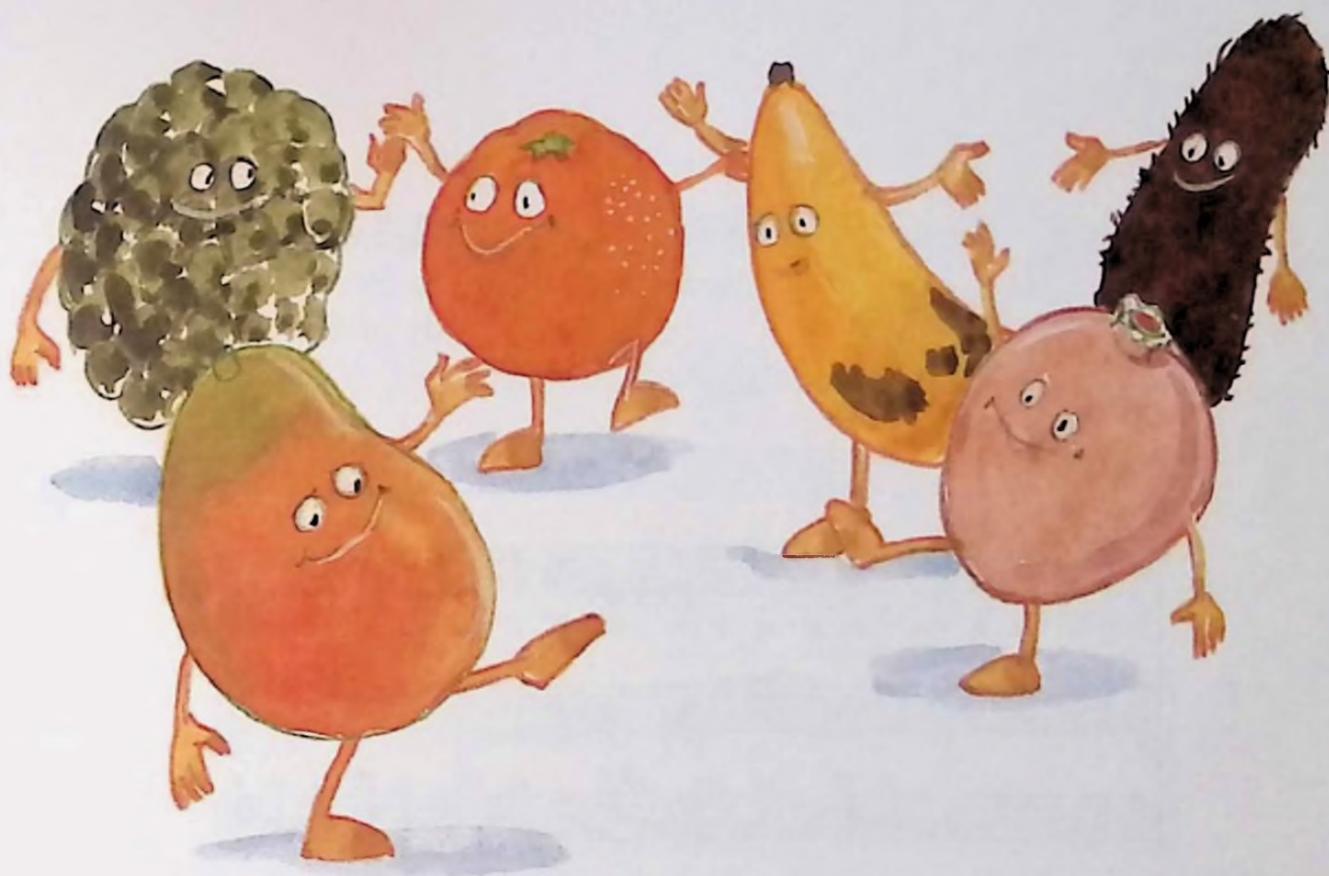
Muchas veces nos sorprendía la noche con densos tintes rojos más allá de las cumbres. Nosotros bajábamos rápidamente nuestras cometas. Pero como el barrilete de Don Arturo se había ido tan lejos, se demoraba largo rato en el aire, donde comenzaban a encenderse las luciérnagas, y se le veía bajar en las sombras, lentamente, como un astro opaco de cuatro colores.





La Ronda de los Frutos  
Luis Julio Bermúdez





Gira la ronda,  
gira la ronda:  
en aire suelta  
frescos olores  
y en risa loca,  
sobre la loma  
pasan en ronda  
los cundeamores.

¡Qué fresca risa  
nos da la guama!  
Llena de aroma  
va la guayaba,  
y al ver la ronda,  
cárcel del alba,  
la chirimoya  
viene a la danza.

La Ronda de los Frutos  
Letra: Luis Julio Bermúdez  
Música: Nelly Mele Lara

Gi-ra la ron - da, gi-ra la ron - da: el ai-re suel - ta fres-cos o-

lo-res y en ri - sa lo - ca, so-bre la lo - ma, pa-san en ron-da los cun - dea-

-mo - res.

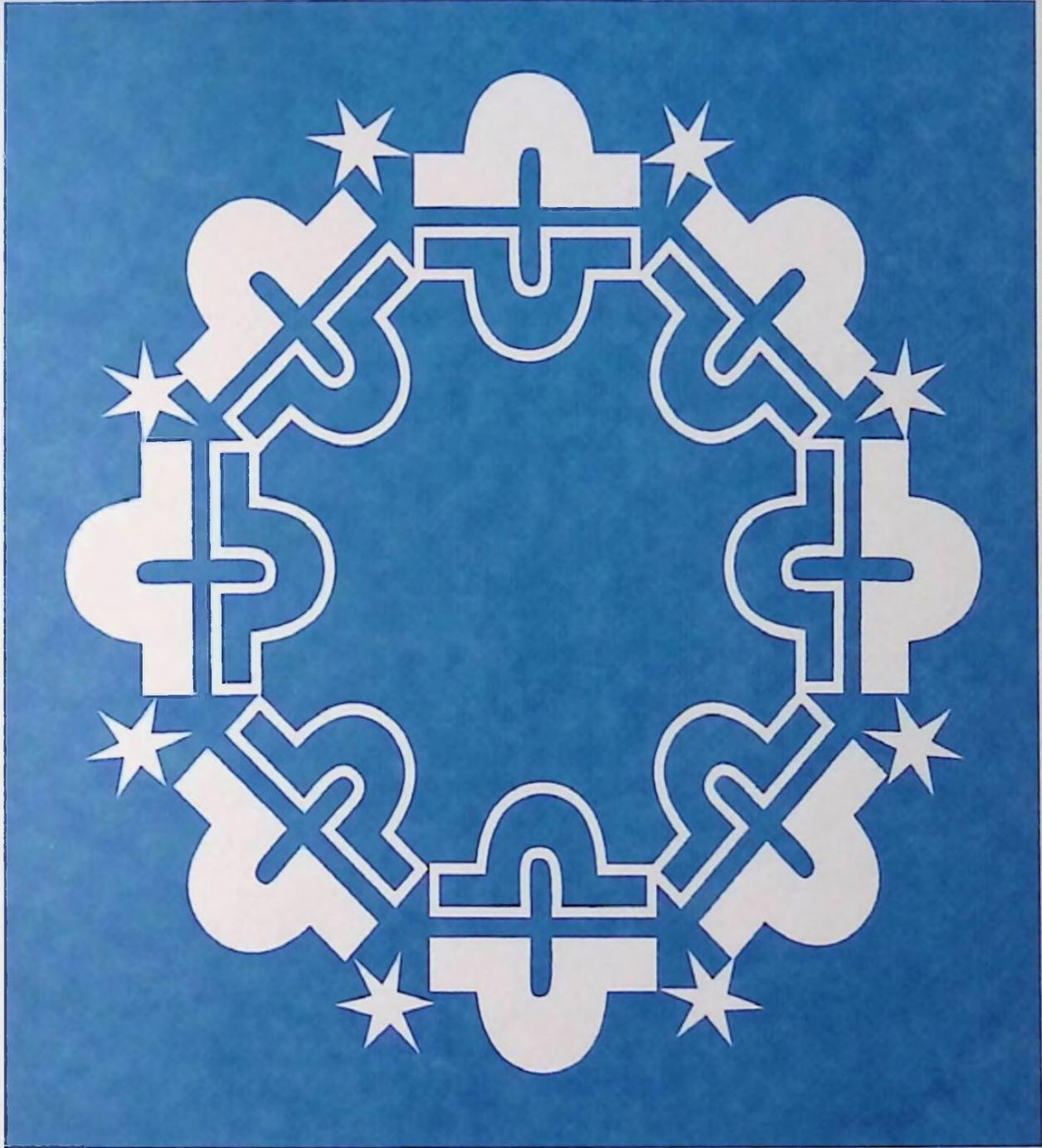
¡Qué fres-ca ri - sa nos dá la gua - ma! Le na de a-ro - ma va la gua-

ya-ba, y al ver la ron - da, car-cel, del al - ba, la chi-ri - mo - ya viene a la

dan-za. Gi-ra la ron - da, gi-ra la ron - da con la-zo ver - de vie-ne la

pi-ña, con ga-bán ro - jo van los me-re-yes, y en ronda pa-san los cun-dea-mo-res.....





La Enredadera  
Walter Dupouy



Ambiciosa trepadora  
tan constante en subir;  
ser de alturas conquistadora  
es el anhelo de tu vivir.

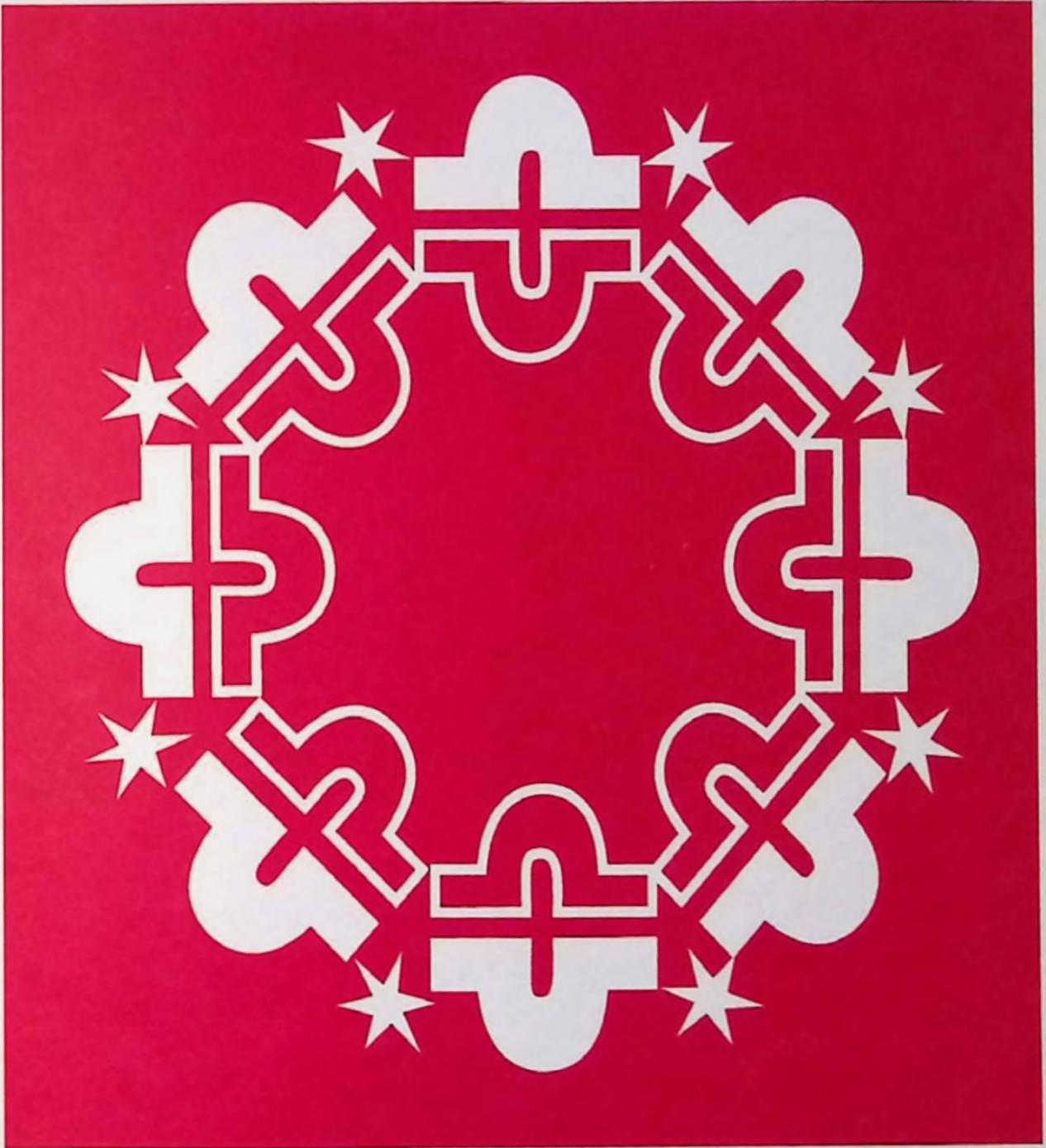
Tu vestidura  
tiene el color de la Esperanza  
y tu esperanza, es tocar el Cielo  
como una alabanza  
pura  
de nuestro suelo.

Trepadora, sube, sube  
pues tu misión es muy bella  
y puede que llegues algún día  
con constancia y con porfía  
subiéndote a una nube  
a enredarte en una estrella.

Caracas, 3 de mayo de 1925.







El Río  
Ernesto Luis Rodríguez

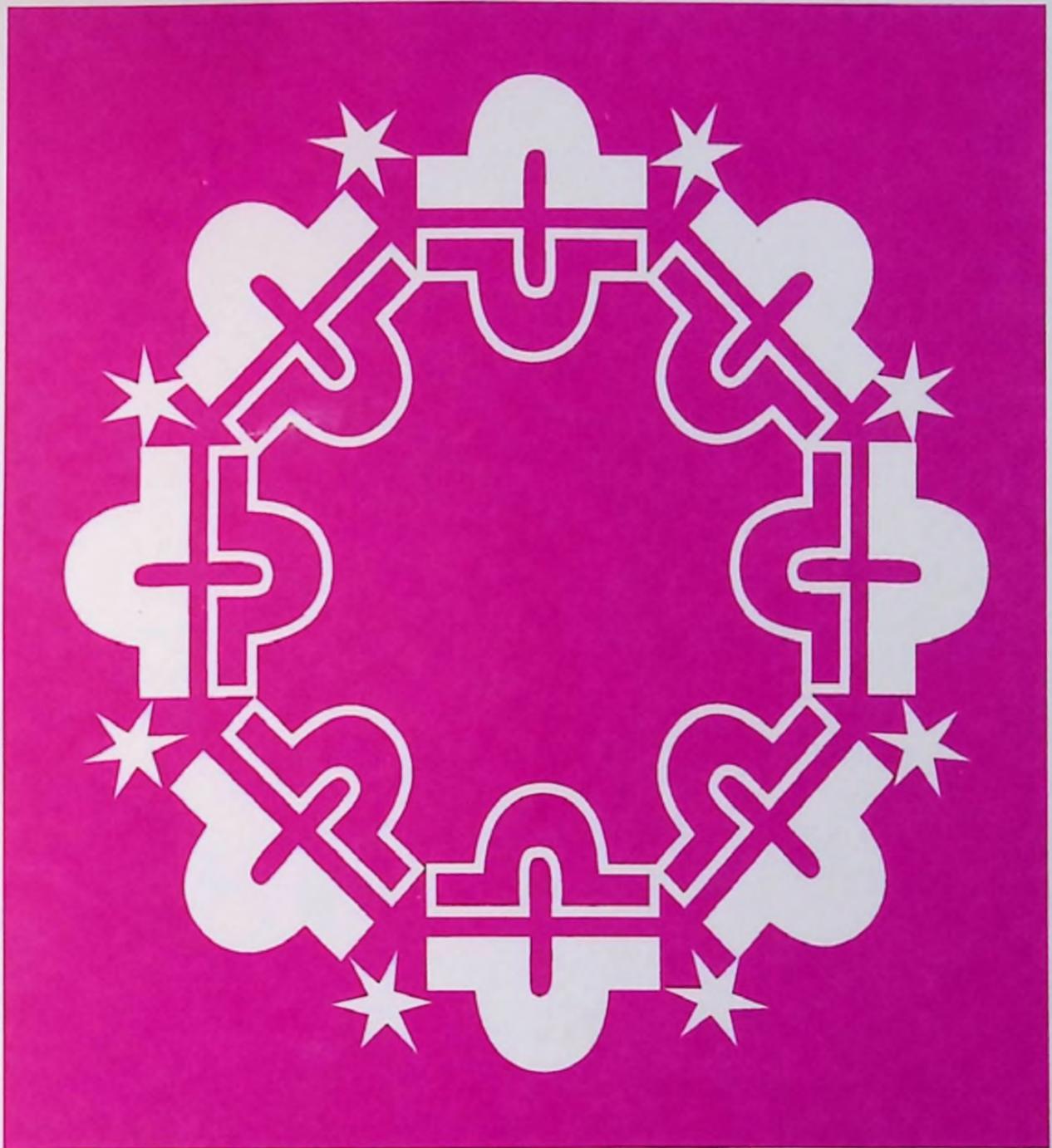




El río  
es un tren en marcha  
alegre  
luminoso  
y veloz.

Pero,  
¡qué extraño!  
nunca se ha ido  
de la estación.





El Presidente de la República  
Jesús Rosas Marcano





—¡Soy el Presidente de la República! —dice Miguel Palacios a su padre, quien ha esperado más de lo habitual —cuarenta y cinco minutos— bajo el muro exterior de la puerta grande del Grupo Escolar.

Las carteleras interiores están apretadas de designaciones abstractas. Se alcanza a leer: La persona educada participa de las actividades cívicas y respeta las instituciones del país.

Luego de tomarlo de la mano y observar con abandono el reloj mural:

—¡Eres el Presidente de la República; sin embargo, nos iremos a pie hasta el Polvorín, como siempre!

El padre, el señor Palacios, recibe las fugaces congratulaciones de algunos maestros que marchan también con retardo a casa. Y el Presidente, breve en la serenidad, bello en la alegría, vibra y contagia emoción y cumplidos.

(Día de sufragios generales en el Grupo Escolar “República de Bolivia”. Dos mil electores menudos caminaron solemnes ante un cajón de maderas pálidas construido por manualistas

de los grados menores, y depositaron una voluntad pequeña para una decisión grande.

Miguel Palacios, del 4º grado B, once años por cumplir, ha sido electo Presidente de la República Escolar, y vive Tajamar arriba, entre El Polvorín y la Puerta de Caracas. Fueron cualidades para la candidatura, su conducta gregaria, su tolerancia, su rendimiento en el trabajo diario).

Palacios va de la mano de su protector. Le repite:

–¡Soy el Presidente de la República!

–¡Lo sé! ¡Por eso almorzaremos más tarde, y yo regresaré más tarde al ministerio!

Pan moreno y claveles enanos. A ciertas horas las campanas de los heladeros son tristes. Aburridor el viento en el asfalto.

–Papá: ¿qué deben hacer los presidentes de la república?

Luego de un breve silencio y una sonrisa repartida:

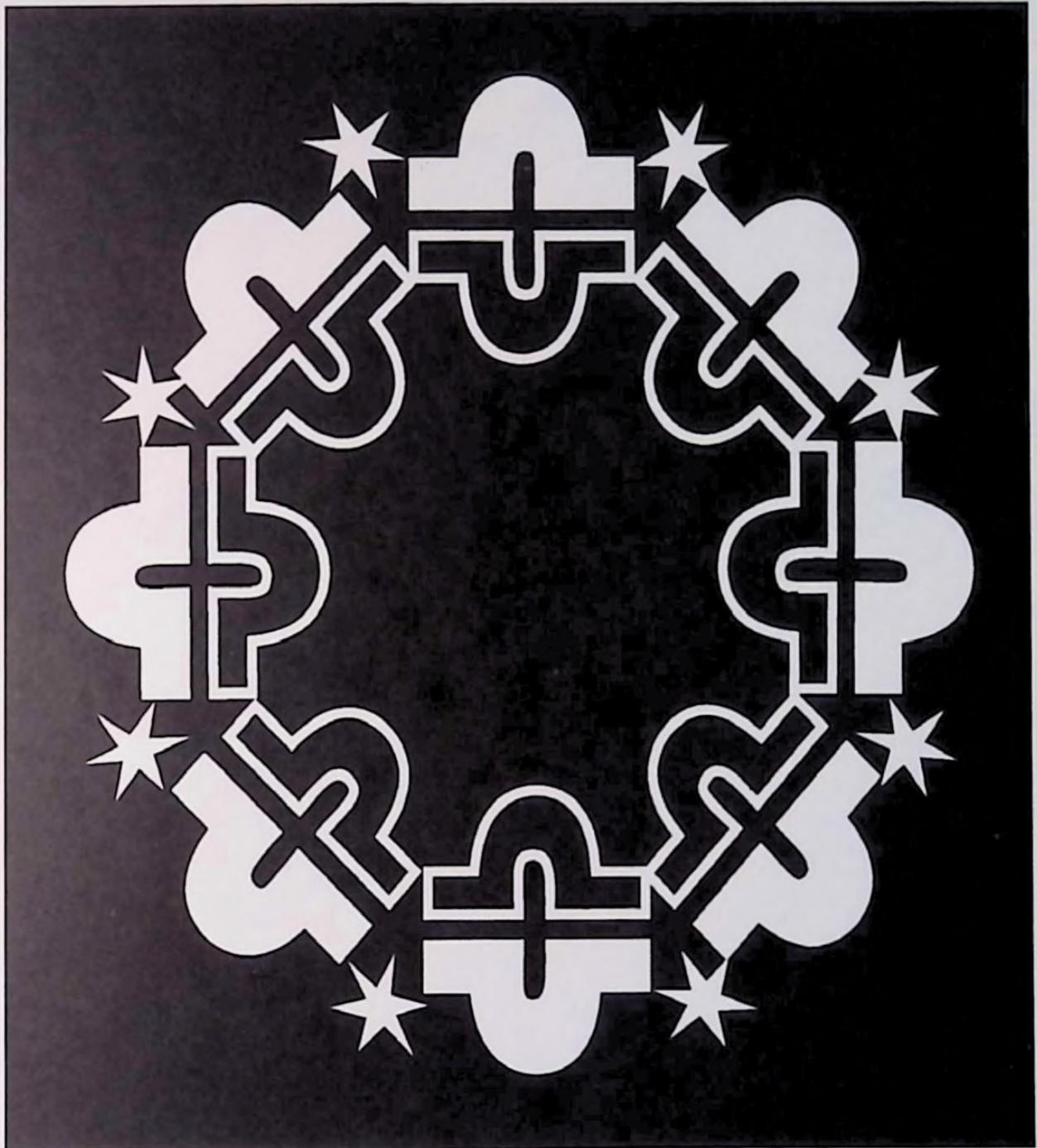
–¡Trabajar mucho! ¡Oír!

–¡Papá, esto se llama el “Boulevard Brasil”, y no la calle de las matas como dice la gente!

–¡Miguelucho: tal vez te interese algo de esa vitrina!... Ya regreso. Y desde el mostrador de la tienda:

–¡Aló! El jefe de servicios. Sabrá dispensar que lo llame a su casa. Quería excusarme de no poder asistir esta tarde al trabajo. Debo almorzar con el Presidente de la República...





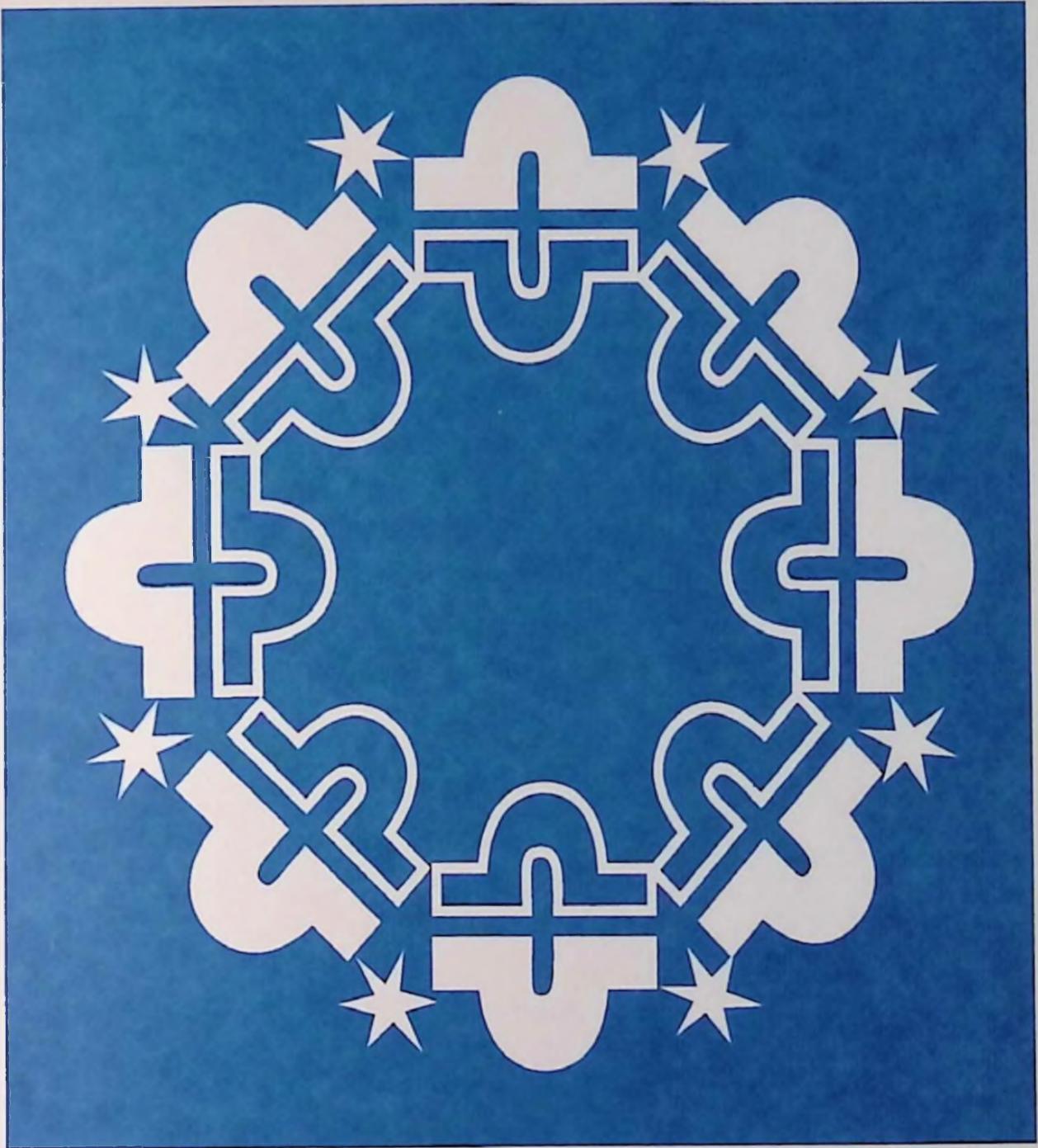
Definición  
Luis Barrios Cruz





La chicharra  
es una hoja seca  
que canta.





Villancico  
Manuel Rodríguez Cárdenas





Con piecitos de oro  
por el senderito,  
pasitos azules  
da la madrugada.  
Lima un gallo zambo  
la línea del alba  
y un tibio lucero  
parece llorar.

Poetas, pastores,  
muchachos, cantores,  
y morenas mozas  
de la vecindad,  
oíd las estrellas  
entre las maracas  
y el viento anunciando  
nuestra Navidad.



Con un saco al hombro  
va San Nicolás,  
brindando juguetes  
de trapo y serrín.  
A la madrugada  
que es tan muchachita,  
nadita le ha dado:  
¡se puso a llorar!

Ahora en un burrito  
Tío Conejo viene  
y en patito de agua  
Ratoncito Pérez.  
La cucarachita  
calza chapín rojo  
y un collar de gotas  
estrena la flor.

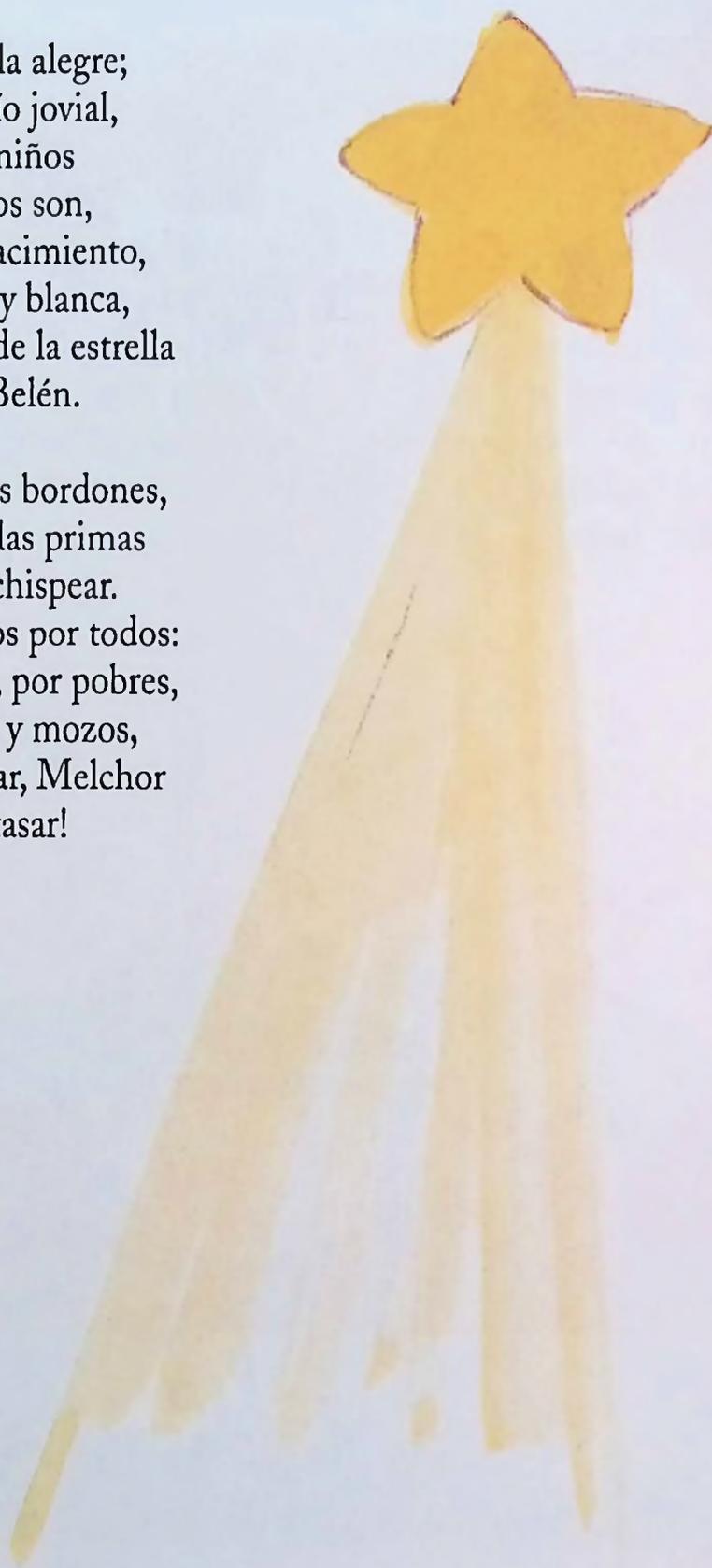
Un turpial dorado  
desde el limonero  
con cristal de trinos,  
hilitos de lluvia,  
copos de azahar,  
va tejiendo el traje  
para el nacimiento  
del niño Jesús.

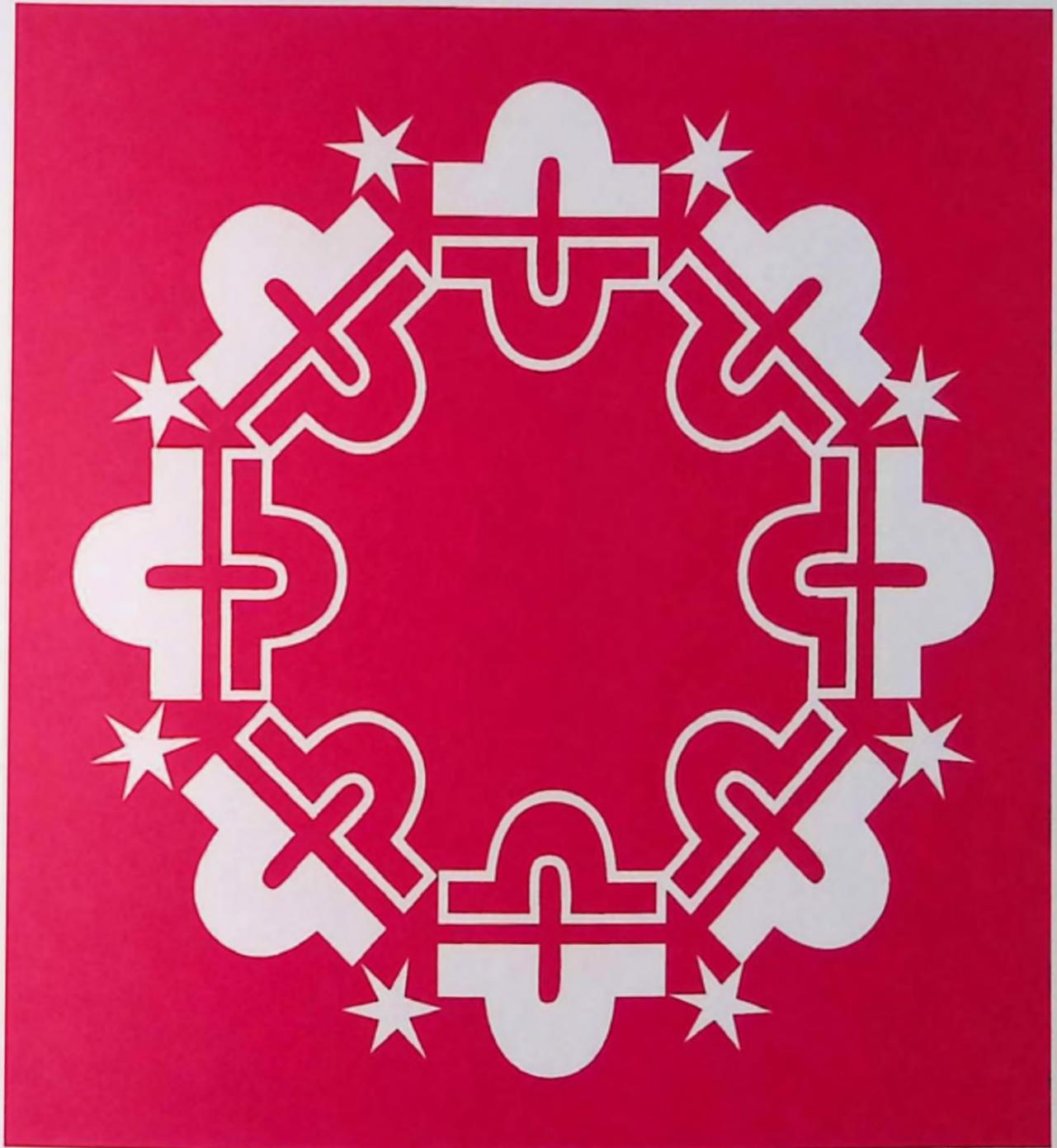
Con motas de nieve  
ovejitas blancas  
signan el camino  
de la serranía.  
Toca un mozo flauta...  
Lejos se oye el canto  
de los ganaderos  
que van al lugar.



Todo brilla alegre;  
canta el río jovial,  
faroleros niños  
los cocuyos son,  
y en el Nacimiento,  
cristalina y blanca,  
se enciende la estrella  
rubia de Belén.

Giman los bordones,  
resuenen las primas  
con loco chispear.  
Brindemos por todos:  
¡por ricos, por pobres,  
por viejos y mozos,  
por Gaspar, Melchor  
y por Baltasar!





El Espantapájaros  
Blanca Graciela A. de Caballero





Con su presencia  
de retazos,  
el espantapájaros  
llenó el huerto...!

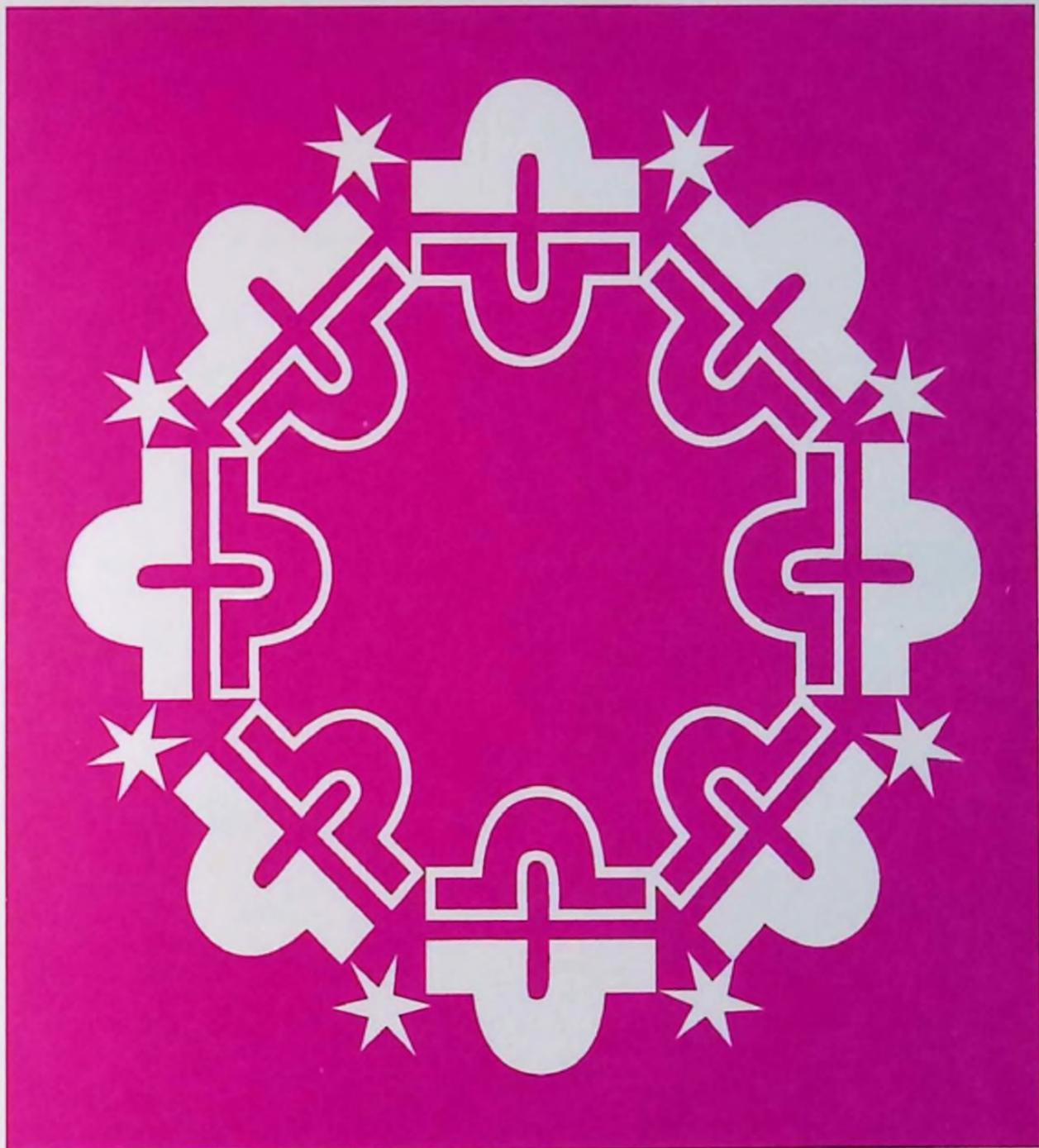
Y con sus largos  
brazos,  
señaló  
muchos caminos  
hacia el sol...

Los pájaros  
que sólo saben  
sendas naturales  
siguieron aromas  
de fruto y de flor...

En el sombrero  
del muñeco,  
hubo fiesta...

El espantapájaros,  
pintoresco señor,  
calladito  
lo aceptó...!





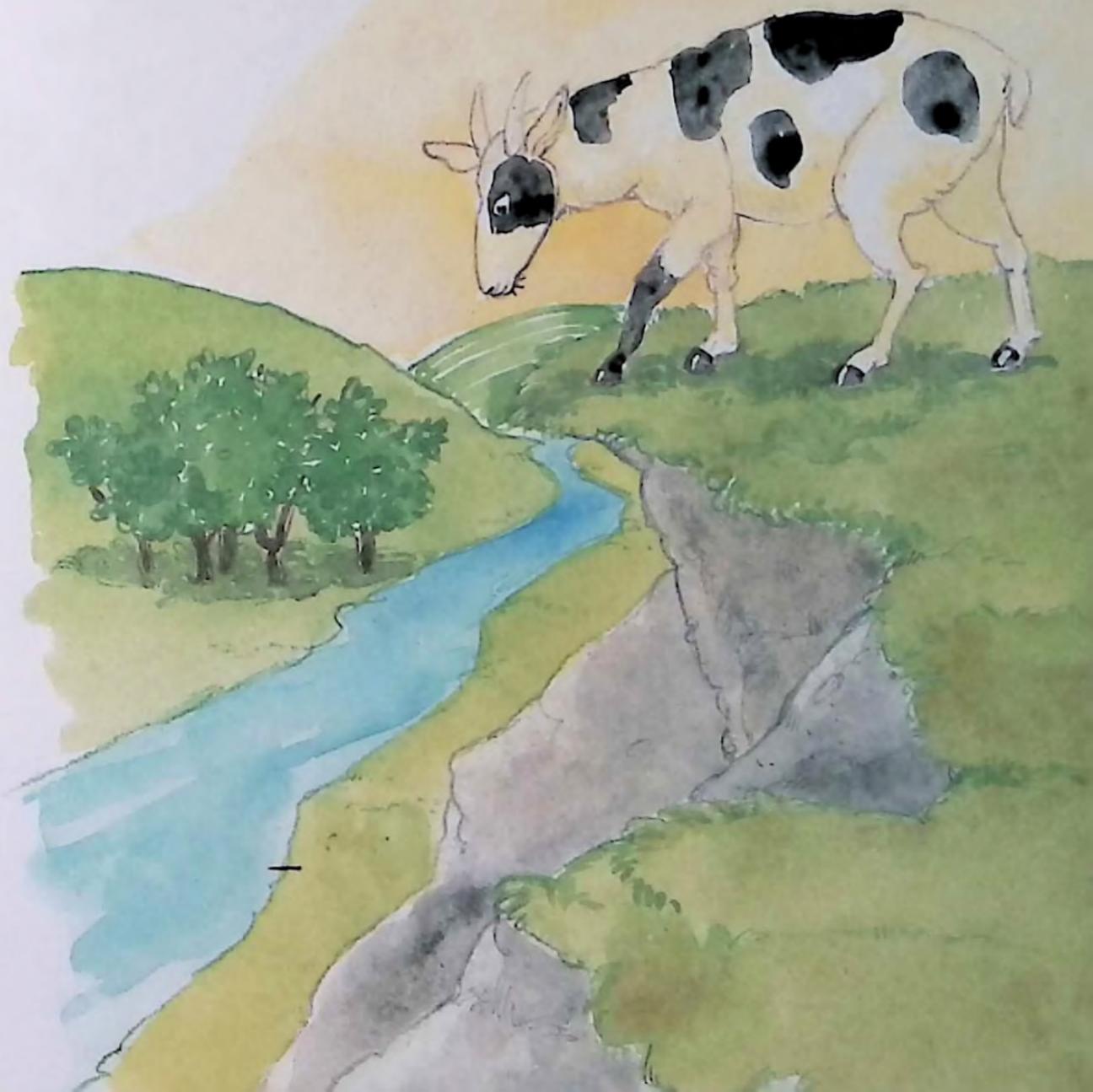
La Cabrita  
Manuel Felipe Rugeles

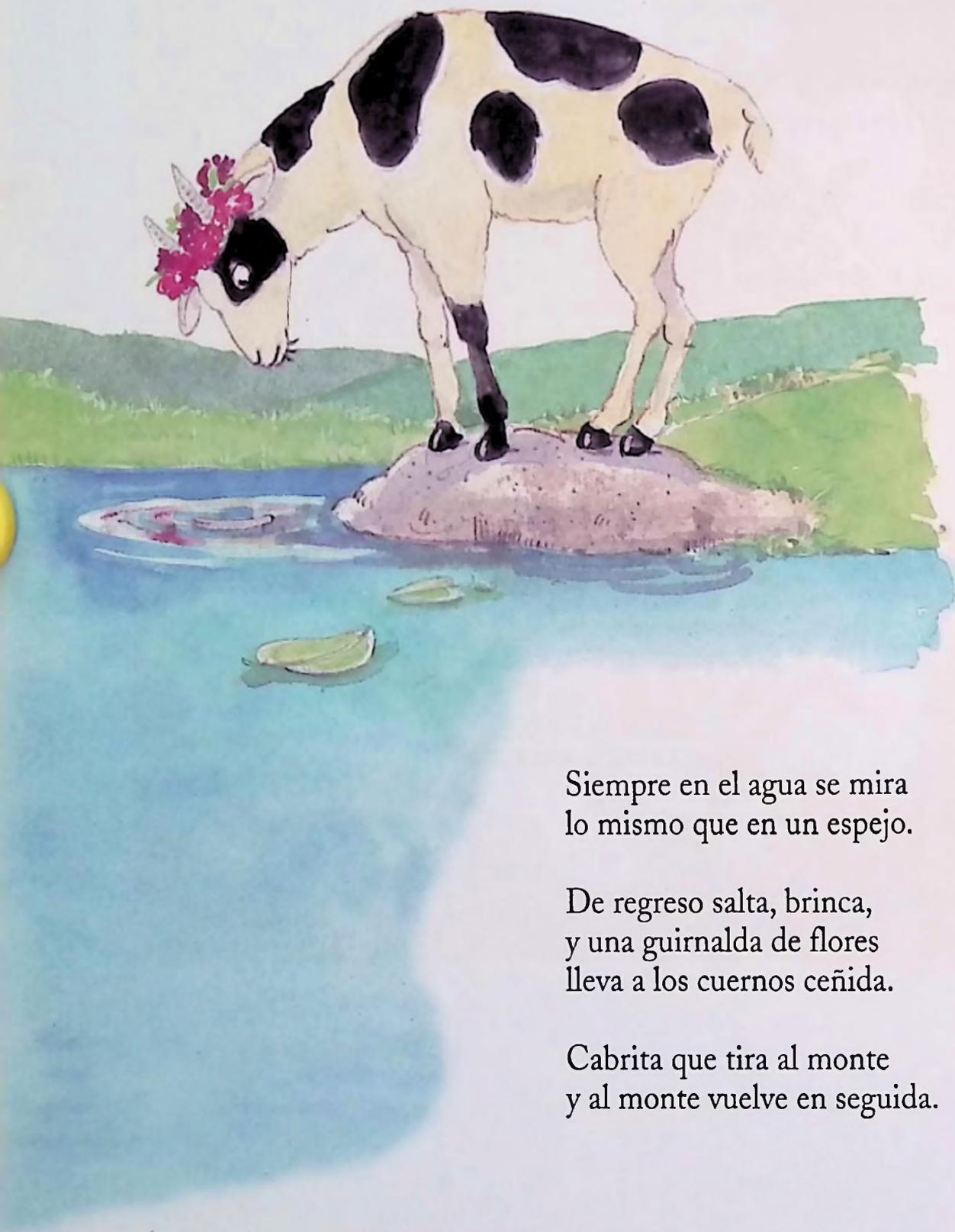


Clara fuente va buscando  
la cabrita, desde arriba,  
desde los rudos peñascos.

El agua desde la orilla  
siempre la espera cantando.

La cabrita, sin linderos,  
miradla cómo de prisa  
camina al abrevadero.

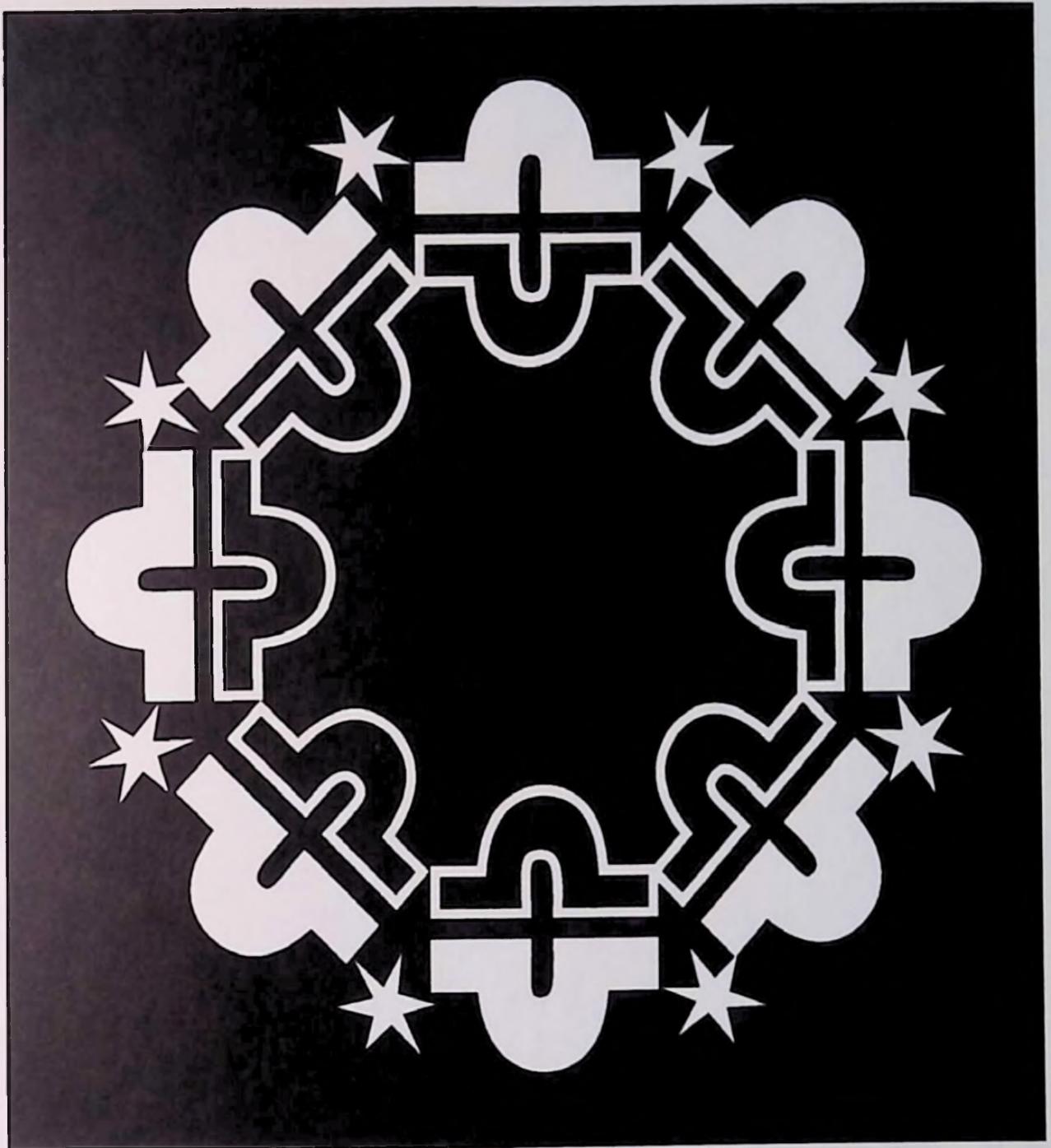




Siempre en el agua se mira  
lo mismo que en un espejo.

De regreso salta, brinca,  
y una guirnalda de flores  
lleva a los cuernos ceñida.

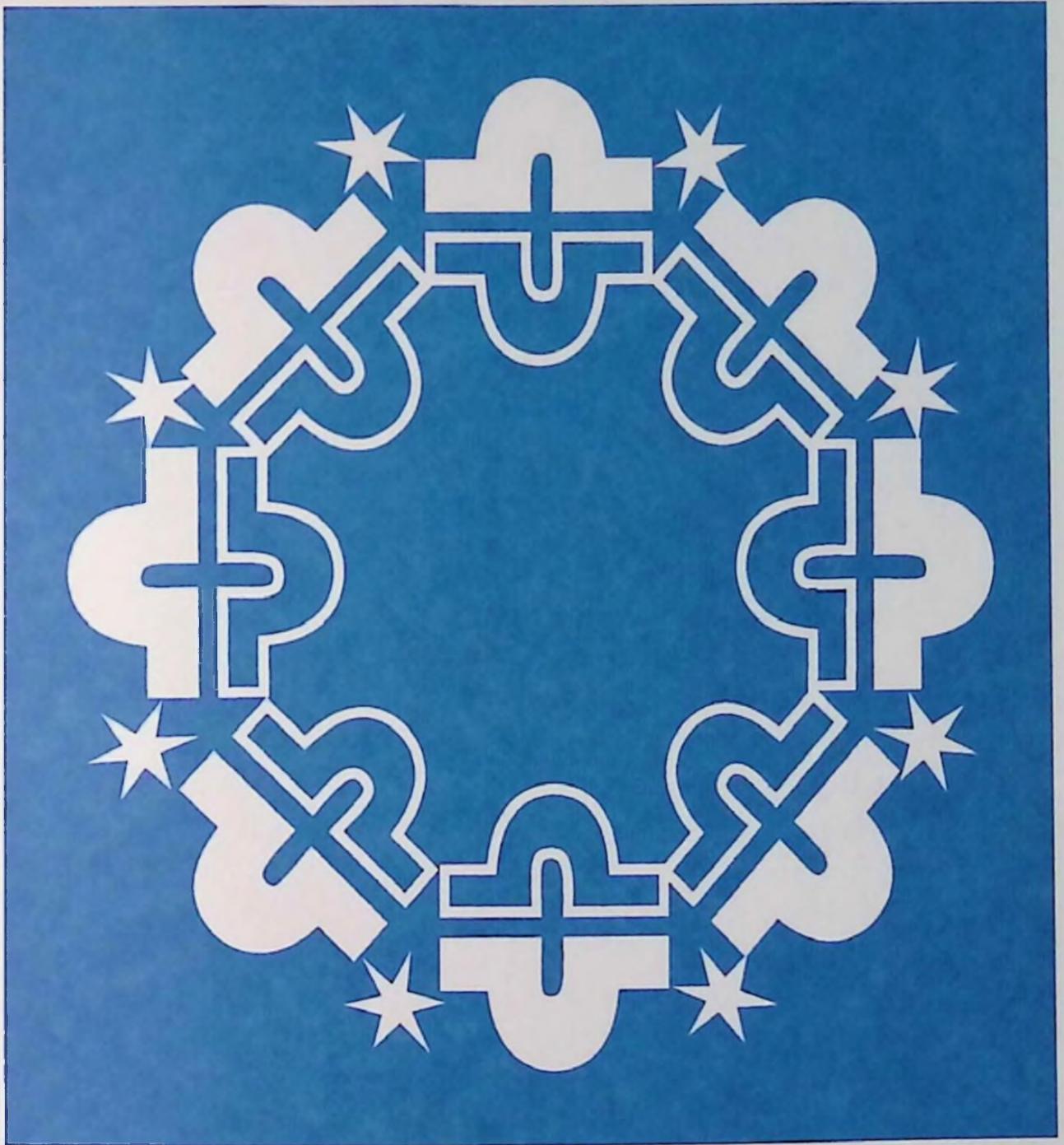
Cabrita que tira al monte  
y al monte vuelve en seguida.



Las Tijeras  
Amanda Picón Aponte







El Arco iris  
Manuel Felipe Rugeles





Doradas gotas de lluvia  
con sol del amanecer.

El arco iris en alto  
salen los niños a ver.  
Por su escala de milagro  
quieren al cielo ascender.

Cauda de siete colores  
dicen que baja a beber

a los ríos y cascadas  
cuando se muere de sed.





Mariposas  
Manuel Felipe Rugeles





Por el campo,  
la flauta del agua.

Mariposas,  
azules y blancas.

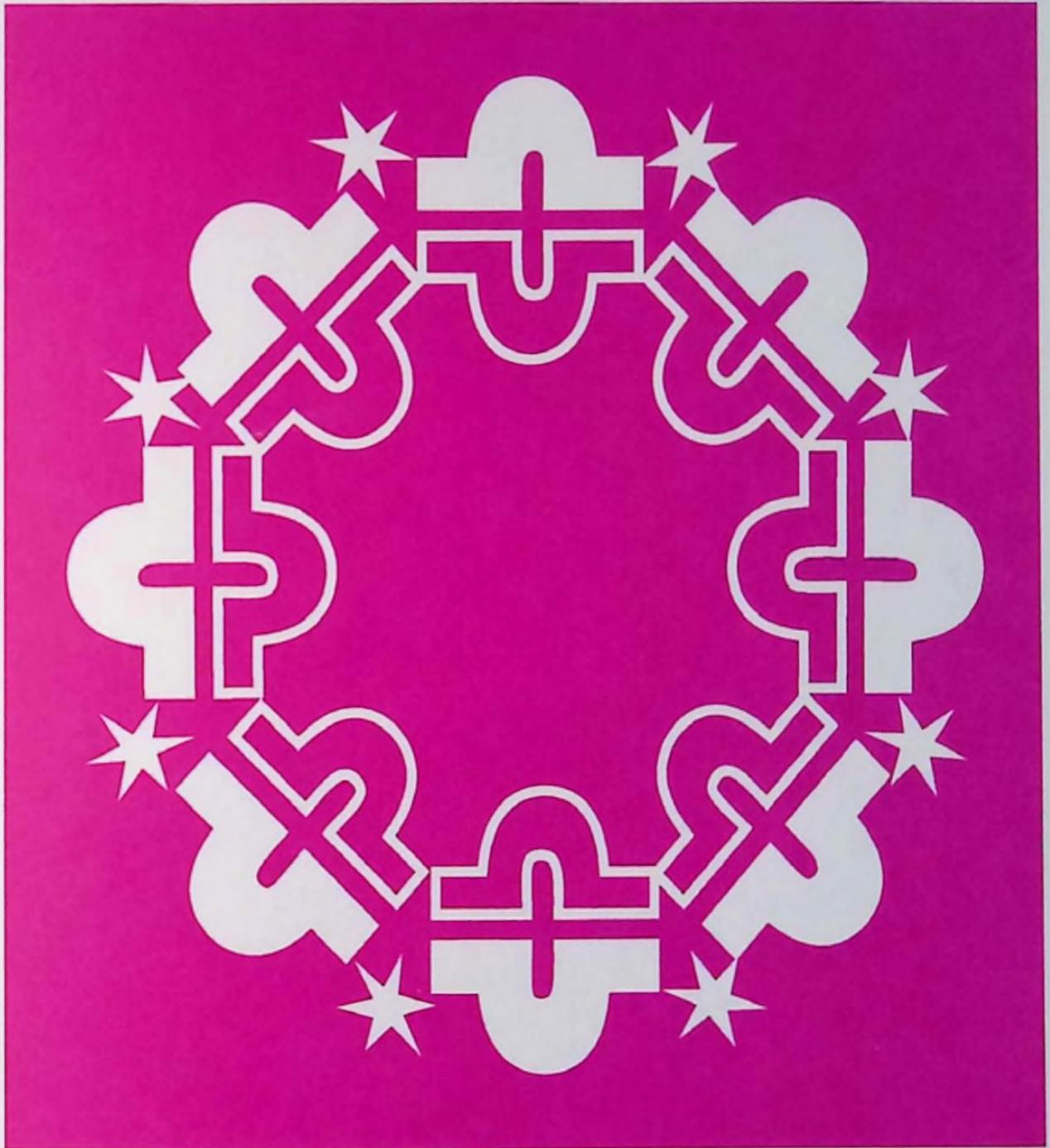
Y encendidas  
de viva esmeralda.

Con la lluvia,  
tan leve que pasas.

¡Qué dorado  
temblor en las alas!

¡Para todas,  
yo abrí la ventana!





La Hormiguita Viajera  
Tania de Potenza



Sucedió que en el jardín de una vieja casona abandonada vivía una familia de hormigas. Todas eran muy trabajadoras y siempre estaban cargando todo lo necesario para su existencia, pero en el grupo se destacaba una que siempre se paraba a ver el horizonte y pensaba:

“¡Qué hermoso sería conocer las tierras que se ven al otro lado del río!” La pobre hormiguita suspiraba y seguía en su trabajo, pero las compañeras le decían:

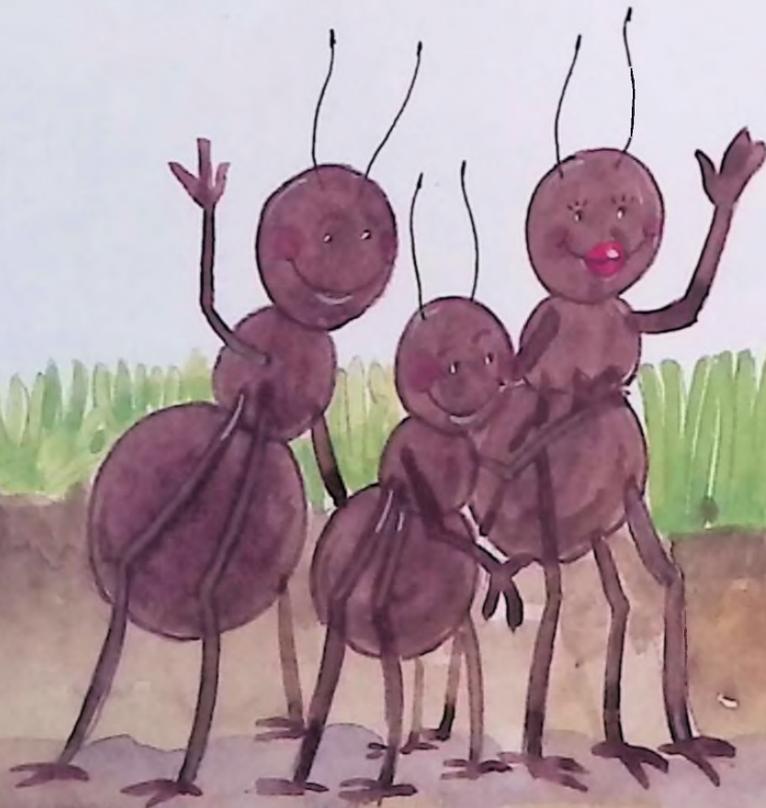


-Eres una soñadora, ¿qué crees que encontrarás allá?

-No sé. Tal vez encuentre otras familias y nos hagamos amigas- contestaba ella.

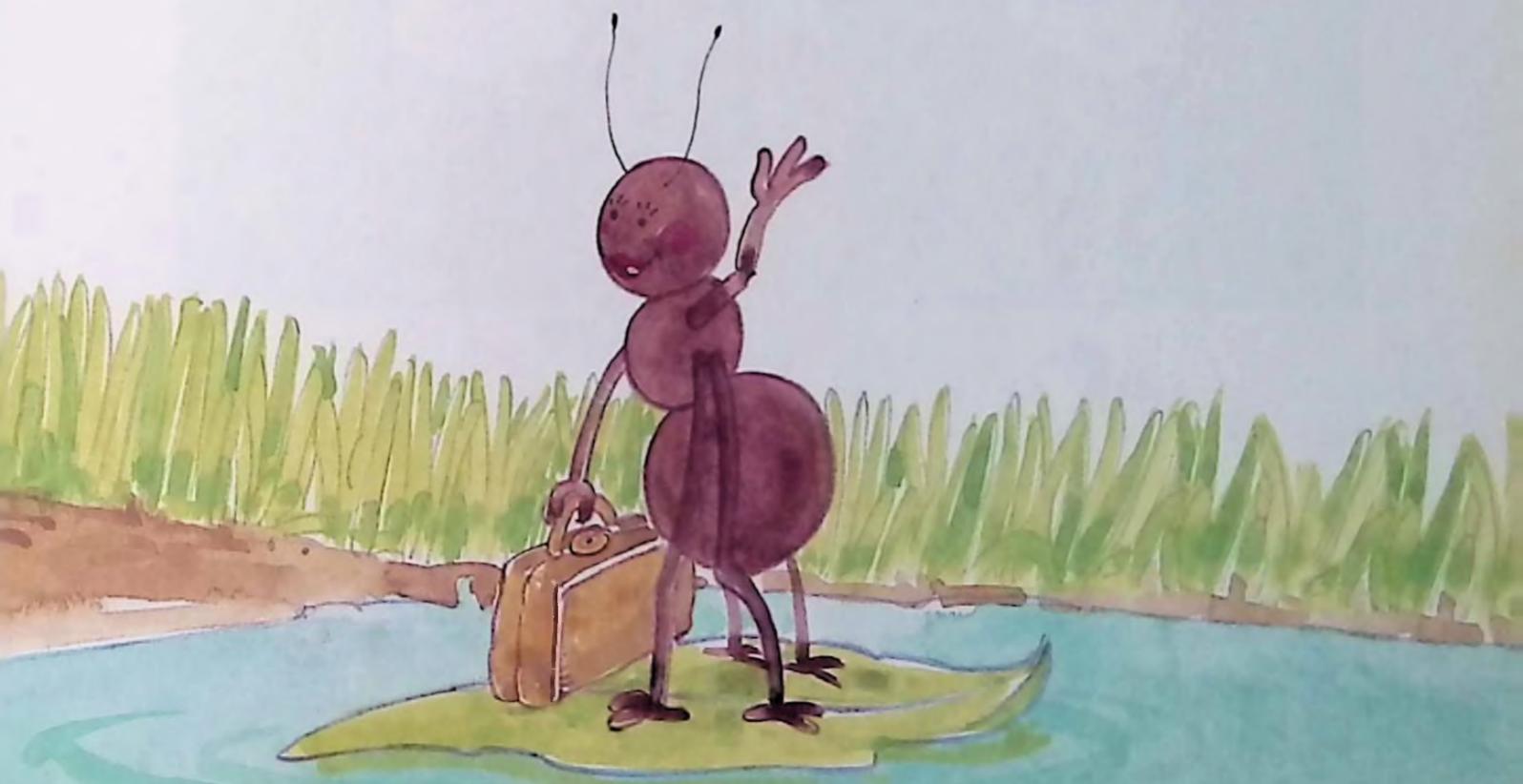
Así pasaban los días y la hormiguita seguía suspirando, hasta que un buen día se decidió a hacer ese viaje tan deseado. Preparó una carga con comida para el camino y se despidió del grupo familiar.

La hormiguita estaba radiante, un poco apenada por dejar a los suyos, pero excitada por la aventura que iba a emprender. Al llegar a la cerca de la casona se volvió y dijo nuevamente adiós a sus amigos. Siguió su largo y penoso camino a través de montes espesos y a cada momento se topaba con grandes lagartijos que corrían por el campo y la llenaban de miedo. Al llegar a la orilla del río se detuvo y pensó: "¿Cómo podré pasar al otro lado?" De repente vio una gran hoja caer del árbol cercano y haciendo un gran esfuerzo la arrimó a la orilla del río y se embarcó en ella. Llevaba navegando un buen rato río abajo, cuando vio aparecer una flota en perfecta formación; era una familia de patos que daba su paseo matutino.



Al llegar a la otra orilla, la hormiguita saltó rápidamente a tierra y dijo: —¡Qué bonito es esto, me gusta más que desde lejos!

En efecto, ahí la grama era de un verde brillante y había flores de todas clases y sus pétalos multicolores caían impulsados por la brisa que soplaba desde los bambúes que estaban en un recodo del río. La hormiguita, aún maravillada, se sentó a descansar cuando, ¡cuál sería su sorpresa, al ver que se acercaba una caravana de hormigas cargadas de hojas y pétalos de varios colores y parecían, en conjunto, carretas de gitanos! Al ver a la hormiguita se sentaron en círculo y ella les contó su historia. Ellas la invitaron a unirse a su caravana; nuestra amiguita aceptó y las acompañó a su hogar el cual quedaba en una granja cercana. En esta granja había animales de todas clases que la hormiguita no había visto nunca antes y estaba encantada con todo lo que veía. A la hora de comer se deleitó con manjares exquisitos, restos de lo que servía en sus comidas la familia humana que habitaba la granja y que echaban a las gallinas, perros y gatos, que tenían en el patio; como la comida era abundante, siempre sobraba para los amigos.



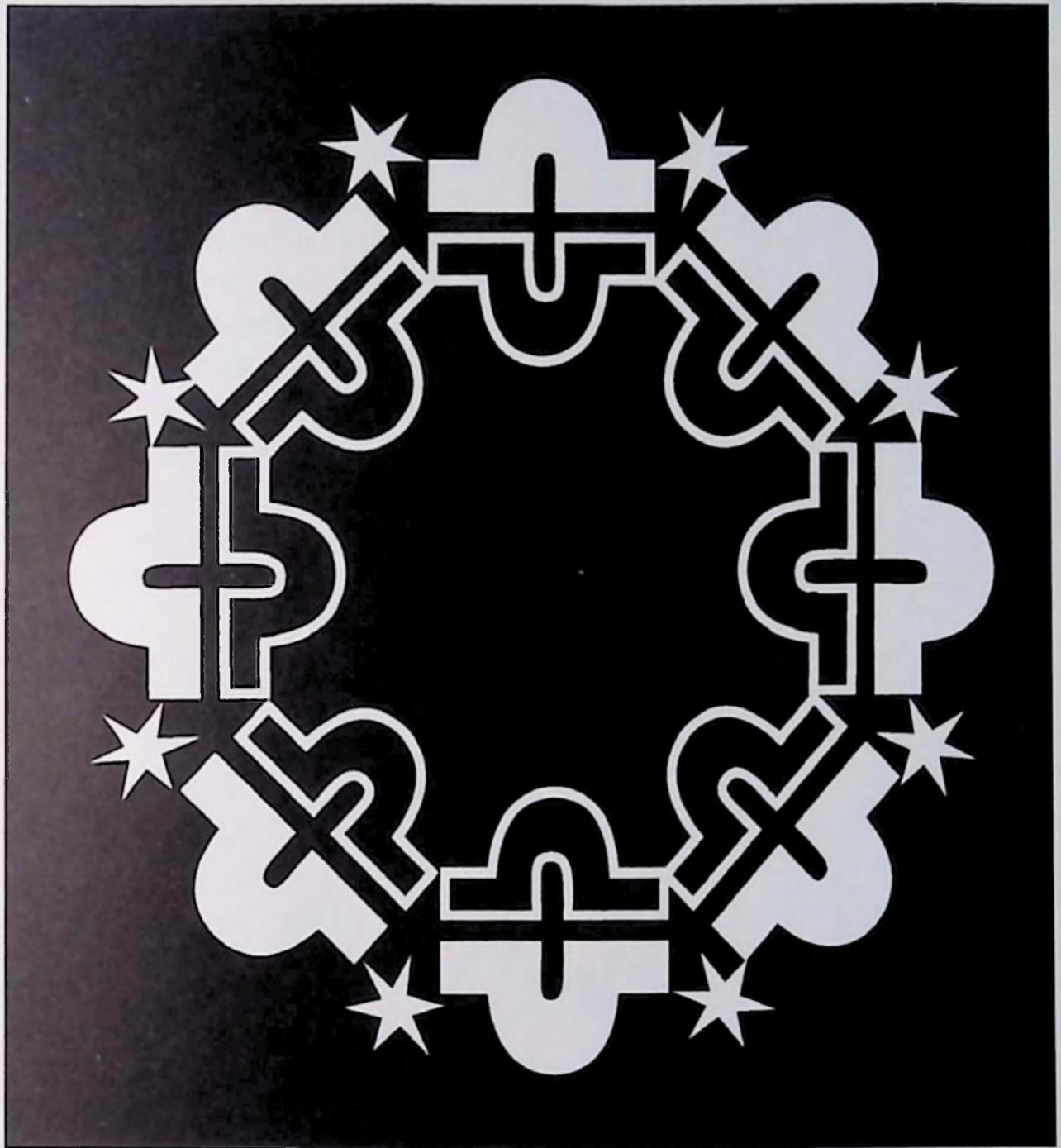
Allí todos trabajaban y por las noches, después de almacenar lo recogido en el día, formaban un gran círculo y cantaban alegremente a la luz de la luna.

Así fue pasando el tiempo hasta que un día la hormiguita, que sentía nostalgia por su familia, decidió regresar a su vieja casa. Todos la despidieron tristemente pues le habían tomado cariño y le prometieron visitarla al otro lado del río, en especial el hijo del jefe de la caravana que se había enamorado de ella.

De regreso en su hogar, la viajera contó los pormenores de su viaje a sus compañeras, quienes se quedaron boquiabiertas con todos los relatos.

Al llegar la primavera, la vieja casona vio llegar una pequeña caravana en la que se distinguía un apuesto hormigón; era el hijo del jefe que venía a casarse con la hormiguita viajera. Prepararon una gran fiesta y fue una boda maravillosa que se comentó de generación en generación.





La Flor  
Manuel Felipe Rugeles



2012  
Printed in China

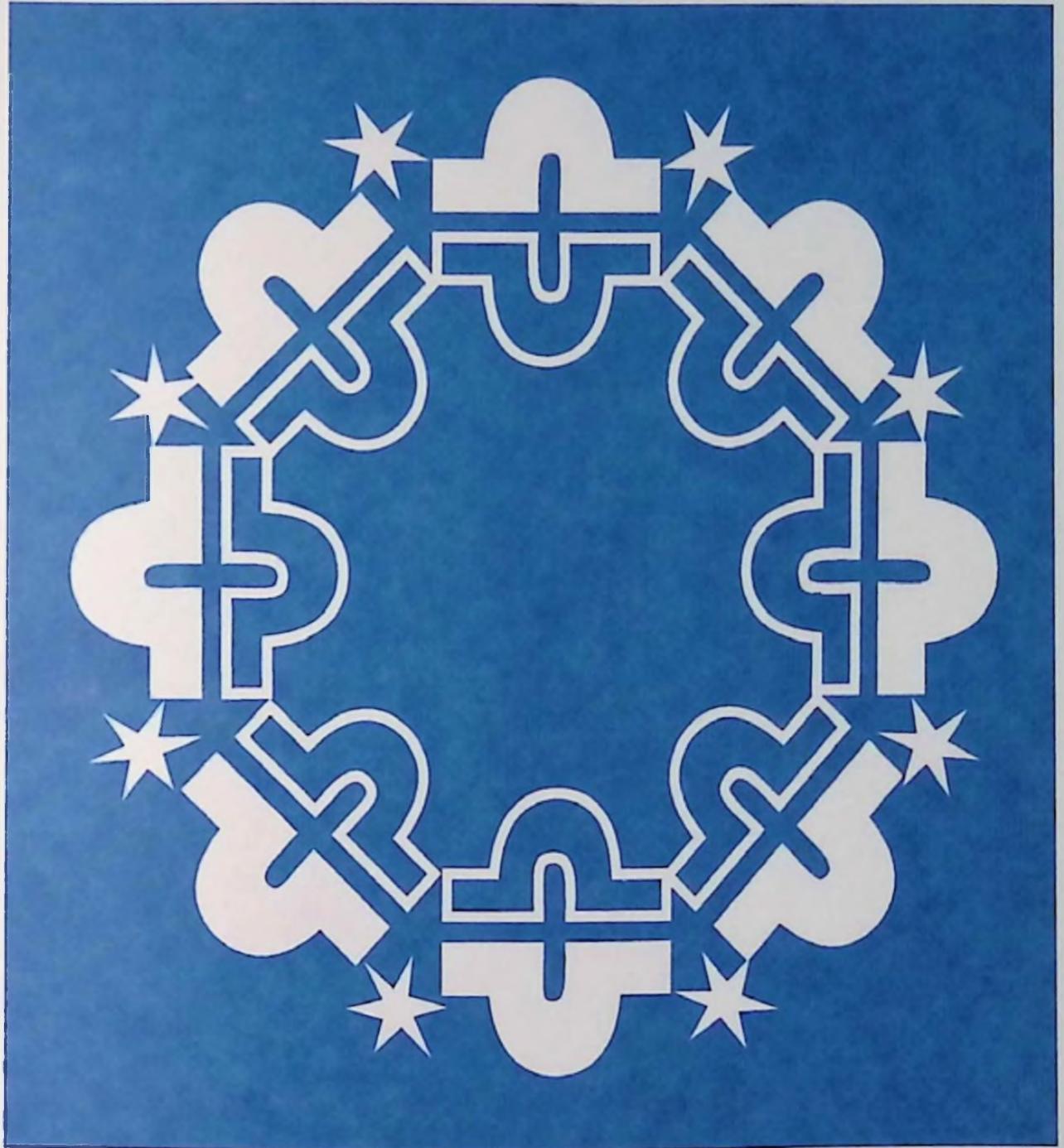
¡Qué pegadita a la tierra  
con sus fibras, la raíz!  
Tallo leve, cáliz breve,  
hojas de verde espadín.

El polen en los estambres  
oro que se ha de esparcir,  
ya convertido en semilla  
sobre la luz del jardín.

Madura de sol y lluvia,  
al germinar en abril,  
ha de ser flor de milagro:  
¡rosa, clavel o alhelí!







Porque es Día de Pascua  
Morita Carrillo



Very faint, illegible text located below the large blue area, possibly a title or subtitle.



Porque es día  
de Pascua,  
corren alegremente  
angelitos descalzos.  
Y llevan hacecillos  
de leña luminosa  
y encienden fogatas  
y preparan  
la cena...

Porque es día  
de Pascua,  
la Virgen  
canta y llena  
azules  
tinajitas  
transparentes...

Y Papá Dios  
sonríe  
largamente...  
¡Porque es día de Pascua!





Cancioncilla de Horario y Minutero  
Morita Carrillo





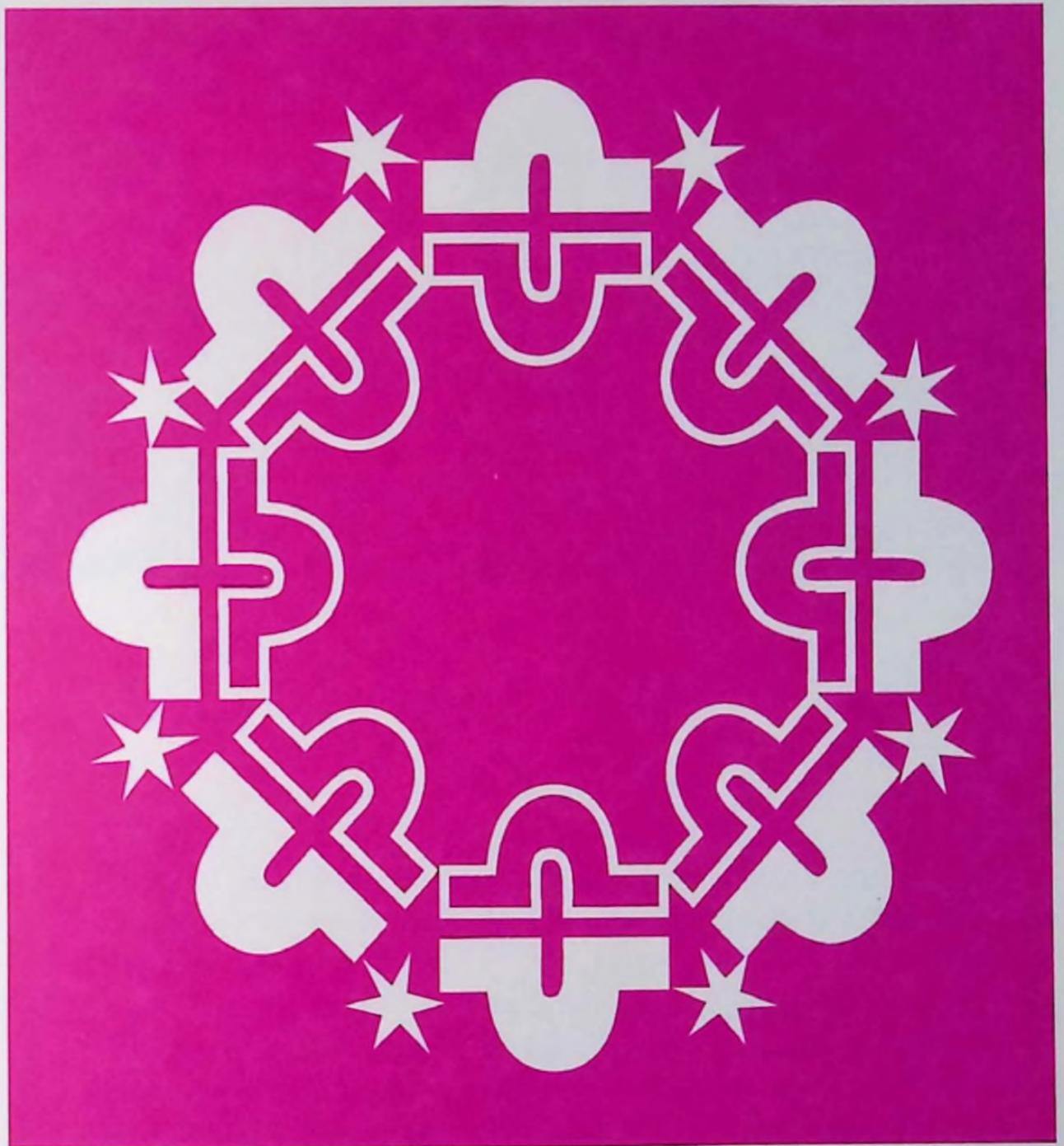
Siempre  
jugando a la rueda,  
dan vueltas  
recorren millas,  
dos hermanos  
que parecen  
caballitos  
de la trilla.

Pic, pac...  
¡Yo delante,  
tú, detrás!  
Pic, pac.  
¡Llegaré  
primero!

(Los dos marcan  
el compás  
con sus casquitos  
de acero.)

Pic, pac...  
Pic, pac...





El Pato Real  
María J. de González Oria





Papá Dios estaba contento. Había terminado la Creación y contemplaba su obra mientras descansaba recostado del borde de una nube.

Miró hacia abajo y vio que la tierra era un Paraíso lleno de flores, pájaros y animales de todas clases. Las aves en especial le causaban profunda satisfacción al Señor; las veía volar alegremente y escuchaba sus maravillosos trinos. Entonces pensó:

“No he terminado. Falta hacer una especie que viva sobre la tierra, vuele como los pájaros, nade como los peces y flote como las flores cuando el viento las arrastra sobre el agua del lago”.

Papá Dios tomó en sus manos un pedazo de arcilla y se puso a trabajar. Dijo:

–El cuerpo debe ser macizo y fuerte. Ahusado para que pueda desplazarse con facilidad debajo del agua o a través de los aires.



Tendrá alas fuertes y de gran envergadura; amplias al extenderlas:



y al cerrarlas se ceñirán al cuerpo a la perfección:



Ya tenía el cuerpo y las alas. Hizo el cuello largo y grácil para que pudiera estirarlo al gritar o hundirlo dentro del agua para buscar alimento:



La cabeza ovalada terminaría en un pico ancho y chato; un poco aserrado en la punta y hecho justo a la medida de sus necesidades. Le ha de servir para cazar peces dentro del agua; cucharear en el barro buscando caracoles y coger granos sobre el duro suelo:



La cola, corta y breve se abrirá como abanico para servirle de timón en el vuelo y para hacerle contrapeso cuando sumerja la cabeza en el agua:



Ya casi estaba completo el animal. Ciertamente iba a ser hermoso y Dios dijo para sí: "Ahora le haré las patas. No pueden ser como las de gallina porque no sirven para nadar":



y las de tucúto son demasiado pequeñas:



las de gavián sólo sirven para hacer rapiña:





las de loro, tampoco. Esta es un ave trepadora;

y las de garza son buenas para caminar en los charcos, pero no para nadar.

Pensándolo bien, Papá Dios se puso a hacer unas patas especiales, tenían la fortaleza y amplitud de las patas



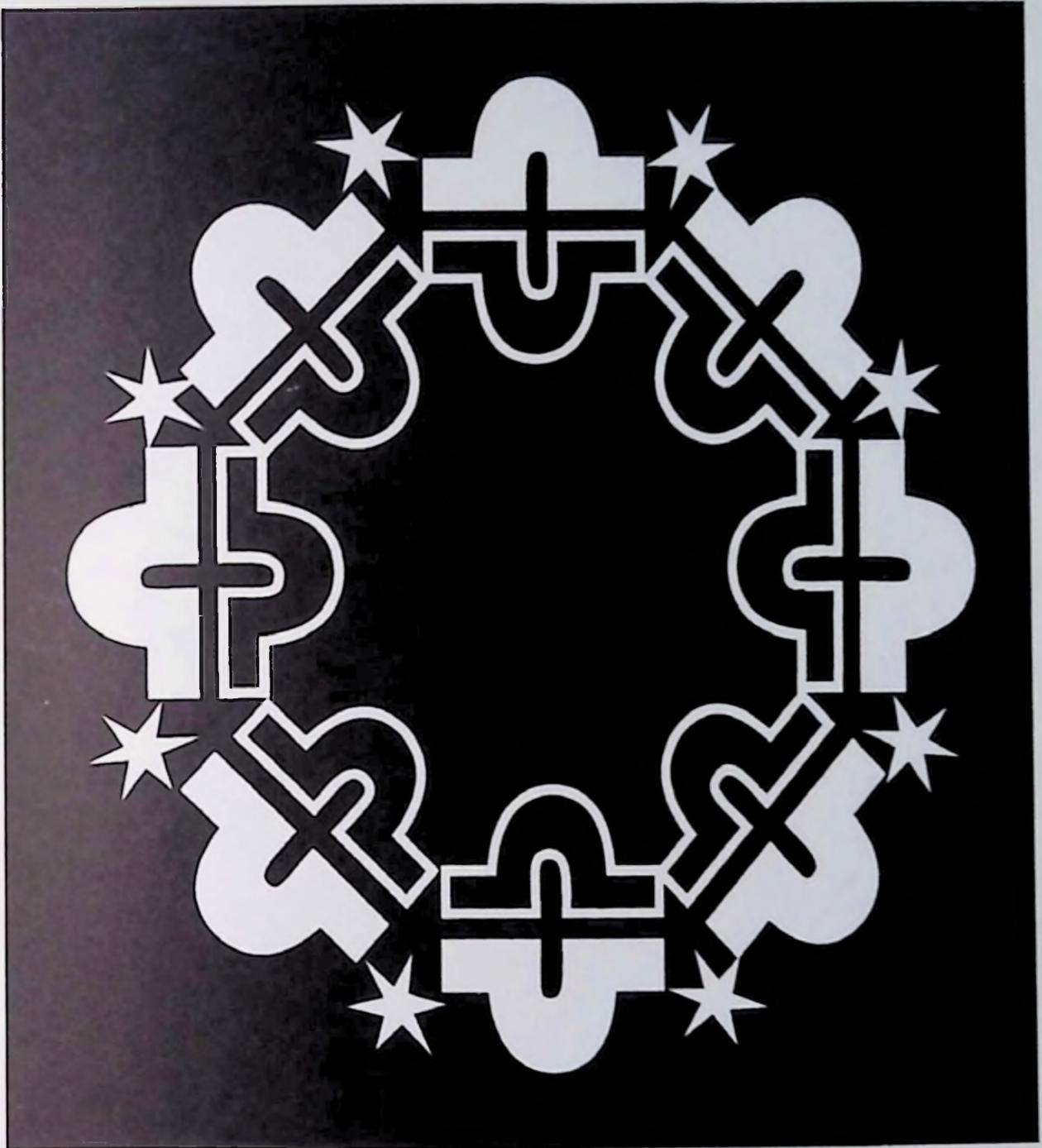
de gallina, pero eran macizas y gruesas como las de gavián; las uñas cortas y rectas y los dedos romos y un poco largos; por último unió los dedos entre sí con una membrana parecida a las aletas de los peces... y le hizo las piernas cortas para que pudiera manejarlas en cualquier elemento con rapidez.

Ya estaba terminada el ave genial; faltaba darle color. El Señor lo pensó mucho porque si lo pintaba de colores vivos iba a resultar muy escandaloso; si lo dejaba oscuro y opaco pasaría inadvertido; así que resolvió pintarlo de negro brillante con visos y reflejos verde-dorados a la luz del sol. Estaba muy bello, pero resultaba muy severo... le colocó unos rectángulos blancos en las alas y quedó perfecto. Era un ave verdaderamente elegante. Emocionado Papá Dios lo contempló y le dijo:

—¡Vamos a darte vida!

Con los dedos enrojecidos de tanto trabajar lo tocó en la frente... unas gotas de sangre preciosísima quedaron engarzadas alrededor de los ojos y el nacimiento del pico. El ave se movió ligeramente. Dios le dijo: “¡Vuela!”. Majestuosamente se elevó ante la mirada de su Creador y se dejó caer suavemente sobre el agua. Dios se dijo a sí mismo lleno de alegría: “Es verdaderamente regia esta especie”, y la llamó: PATO REAL.





Colibrí  
Ana Teresa Hernández





¡Colibrí,  
bailarín  
del aire!

Con tu vuelo  
musical,  
con tu color  
encendido  
vas danzando  
confundido,  
entre las flores,  
atesorando  
por allá  
atesorando  
por aquí  
aroma y mieles  
de los claveles,  
mieles y aroma  
del alhelí...

¡Colibrí,  
bailarín  
del aire!





# Indice



Presentación	5
Alicia Pietri de Caldera	
¿Qué es un libro?	7
Marisa Vannini de Gerulewicz	
Ilustraciones de Mateo Manaure	13
Carta de Pablo Neruda	15
Las Aves del Caribe	17
Pablo Neruda	
Zapatitos de Lluvia	23
Jacinto Fombona Pachano	
La Carreta	27
Jacinto Fombona Pachano	
El Morrocoy	31
Efraín Subero	
El Guamacho	35
María Josefina de González Oria	
El Cocuyo y las Estrellas	43
Renato Agagliate M.	
La Estampillita Traviesa	47
Alfredo Rivero Nadal	

La Canción de la Brisa Alarico Gómez	57
Cuento para Niños Reyna Rivas	61
El Espantapájaros y la Luna Ana Teresa Hernández	65
La Margarita Blanca Graciela de Caballero	73
La Venada de las Patas Feas Renato Agagliate M.	77
El Naranja Feliz Arantzazu Amézaga de Irujo	83
El Charco Julio Morales Lara	95
El Barquito de Papel Ana Mercedes Alvarez de Vernet	99
Poema de los Reyes Magos Efraín Subero	109
Hermanito Indio Edda Arriaga	113

La Hija de la Luna Fanny Mendizábal de Alfaro	117
Tres Cuentos Frescos de Mamá Naturaleza Henry Hernández Pérez	123
El Niño Pintor Carmen Delia Bencomo	131
Jesús, José y María Oscar Guaramato	135
La Plantica Blanca Graciela Arias de Caballero	143
Las Hormigas Ernesto Luis Rodríguez	147
El Correo Jesús Rosas Marcano	151
¡Una Rosa para la Luna! Arantzazu Amezaga de Irujo	155
El Libro Ernesto Luis Rodríguez	165
Cancioncilla de Navidad Pablo Rojas Guardia	169

Serafina, la Piedra Mary Sol de Armas	173
Los Remiendos son Estampillas Morita Carrillo	179
El Granito Valiente Ana Rosa Estacio	183
El Pájaro Carpintero J.A. de Armas Chitty	191
Letras para la Primera Lección de Piano Aquiles Nazoa	195
El Niño y Don Quijote Arturo Croce	199
Señora Luciérnaga Fanny Uzcátegui	203
Espejo Beatriz Mendoza Sagarzazu	207
La Mata de Centavos Tulio Febres Cordero	211
El Cardenal Efraín Subero	217

El Arbol Luisa del Valle Silva	221
El Casorio de Lapita Oscar Guaramato	225
El Reloj Burlón Marisa Vannini de Gerulewicz	229
Este Niño Don Simón Manuel Felipe Rugeles	241
Regalo de Navidad Gloria Stolk	245
El Lápiz Morita Carrillo	249
Cometas Vicente Gerbasi	253
La Ronda de los Frutos Letra: Luis Julio Bermúdez Música: Nelly Mele Lara	259
La Enredadera Walter Dupouy	265
El Río Ernesto Luis Rodríguez	269

El Presidente de la República Jesús Rosas Marcano	273
Definición Luis Barrios Cruz	277
Villancico Manuel Rodríguez Cárdenas	281
El Espantapájaros Blanca Graciela A. de Caballero	287
La Cabrita Manuel Felipe Rugeles	291
Las Tijeras Amanda Picón Aponte	295
El Arco Iris Manuel Felipe Rugeles	298
Mariposas Manuel Felipe Rugeles	303
La Hormiguita Viajera Tania de Potenza	307
La Flor Manuel Felipe Rugeles	313

Porque es Día de Pascua Morita Carrillo	317
Cancioncilla de Horario y Minutero Morita Carrillo	321
El Pato Real María J. de González Oria	325
Colibrí Ana Teresa Hernández	333



Ediciones de la Presidencia de la República

Caracas – Venezuela

Ilustraciones: Mateo Manaure, Laura Liberatore

Portada: María Guadalupe Castillo X.

Impreso por Gráficas Armitano, C.A.

5.000 ejemplares

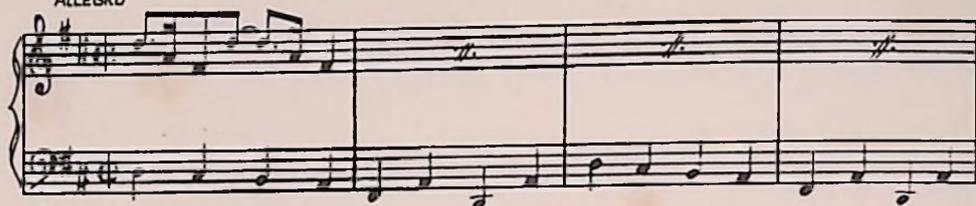
Julio 1998

© Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,  
sin la autorización expresa de la Fundación del Niño.

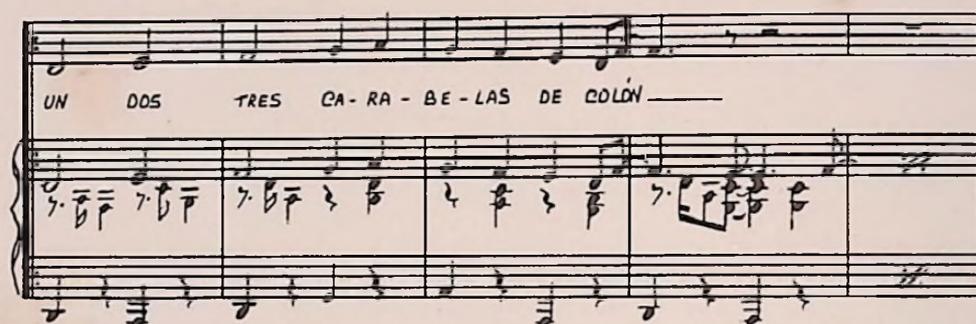
# CARABELAS DE COLON

JOSÉ A. PUCHE

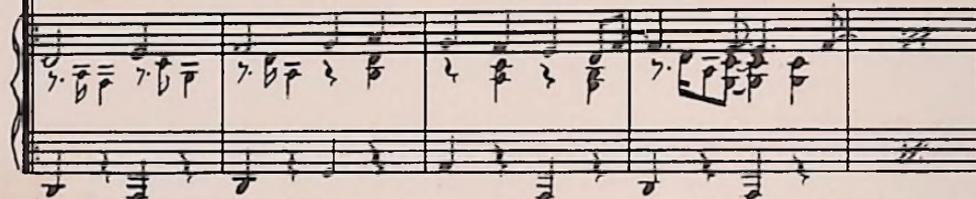
ALLEGRO



Piano introduction in G major, 2/4 time. The right hand plays a rhythmic melody of eighth notes, while the left hand provides a steady accompaniment of quarter notes.



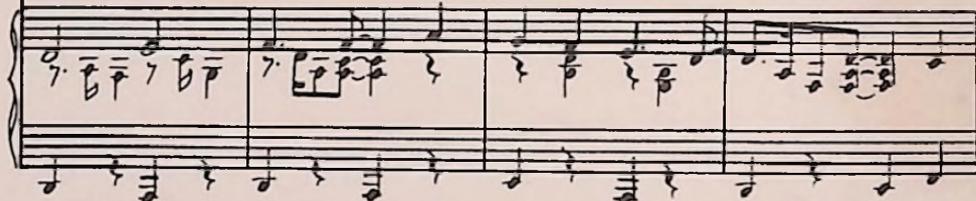
UN DOS TRES CA-RA-BE-LAS DE COLON ———



Piano accompaniment for the first vocal line, featuring chords and rhythmic patterns in the right hand and a bass line in the left hand.



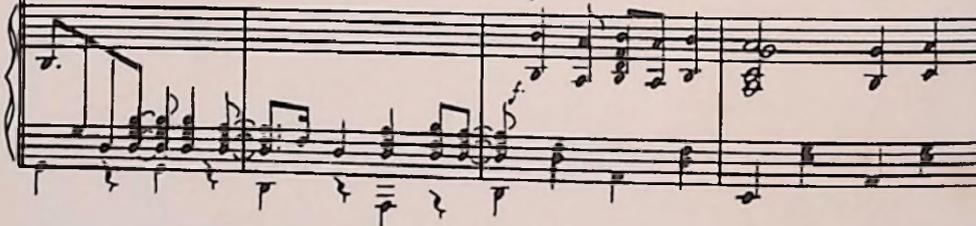
VUEL-TAS DAN CO-MUN CA-RRU-SEL ——— EL



Piano accompaniment for the second vocal line, continuing the musical accompaniment with chords and bass.



MAR ES UN TAZÓN SO-LO SON PA-JA-



Piano accompaniment for the third vocal line, concluding the piece with a final chord and bass line.

-RI - TAS DE PA-PEL

VUEL - TAS DAN CO - MOUN CA RRU - SEL

rit.

Un, dos, tres  
 Carabelas  
 de Colón...  
 Vueltas dan  
 como un carrusel

El mar  
 es un tazón  
 Sólo son  
 pajaritas  
 de papel.

